



Luis Rendueles

LOS RATONES DE DIOS

«En julio del 2011, los canónigos de la catedral de Santiago de Compostela se dieron cuenta de que faltaba el *Códice Calixtino*, un manuscrito del siglo XII valorado en varios millones de euros.»

sinficción

LOS RATONES DE DIOS

LOS SECRETOS DEL ROBO DEL *CÓDICE CALIXTINO* DE LA
CATEDRAL DE SANTIAGO

- LUIS RENDUELES -

Colección dirigida y coordinada por
Marta Robles

sinficción
- Barcelona 2019 -



LOS RATONES DE DIOS

Los secretos del robo del *Códice Calixtino* de la catedral de Santiago





Luis Rendueles (Gijón, 1967) es periodista de sucesos e investigación. Trabajó en el diario *El Sol*, TVE y Antena 3. Fue reportero y subdirector de la revista *Interviú* y ahora forma parte de *El Periódico de Catalunya*. En radio copresenta, desde hace diez años, el espacio de «Territorio Negro» dentro del programa *Julia en la Onda*, de Julia Otero. Fue nombrado Periodista del Año por sus reportajes sobre el secuestro de la farmacéutica de Olot y ganó el premio de la Fundación Policía Española por el programa de radio. Ha escrito, con su compañero Manuel Marlasca, los libros *Así son, así matan*; *Mujeres letales*, y *Una historia del IIM que no va a gustar a nadie*.

En julio del 2011, los canónigos de la catedral de Santiago de Compostela se dieron cuenta de que faltaba el *Códice Calixtino*, el manuscrito iluminado del siglo XII considerado como la primera guía de viajes del mundo y referente para millones de peregrinos cuando realizan el Camino de Santiago.

El robo del *Códice Calixtino*, una obra rodeada de misterio, leyendas y controversia desde sus orígenes hasta nuestros días —y de valor incalculable—, conmocionó a toda la sociedad española e internacional.

Para recuperar la famosa reliquia, se puso en marcha un operativo

liderado por la Brigada de Patrimonio Histórico. Para su investigación, los policías tuvieron que viajar a Santiago —y también en el tiempo—, al entrar en un mundo gobernado por las leyes de Dios, ejecutadas por el deán, jefe del templo, y sus colaboradores, los canónigos.

Inevitablemente, las pesquisas que el inspector jefe Tenorio y el juez Vázquez Taín hicieron abarcaron todos los rincones más oscuros de la catedral y desvelaron chantajes sentimentales, guerras entre canónigos, acusaciones de homosexualidad y drogas, y permitieron averiguar, además, que había ratones que robaban dinero de los peregrinos desde hacía muchos años ante la «clamorosa desidia» de los sacerdotes, según dictaminó el tribunal que juzgó el caso.

El caso también desveló que la razón para robar el *Códice Calixtino* no era ni mucho menos la que los investigadores se esperaban.

Primera edición: junio del 2019

Para Josep Forment, siempre con nosotros

© Luis Rendueles, 2019

© de la presente edición, 2019, Editorial Alrevés, S.L.

Directora de la colección: Marta Robles

Diseño de la colección: Ernest Mateu

sinficción

Editorial Alrevés, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a - 08034 Barcelona

www.alreveseditorial.com

ISBN: 978-84-17847-03-6

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272

04 47.

*Para todas las personas que cada día
tratan de hacer el bien y ayudar a los
demás, como hizo mi madre, Carmen Bulté.
No hace falta que crean en ningún Dios; si
existe, ellas son su espejo.*

*Y para Emma, que tantas veces me ha
hecho tocar el cielo.*

Soy una tramposa, una mentirosa y una ladrona.
Pero soy decente.

Marnie, la ladrona, de Alfred Hitchcock,
con Tippi Hedren.

- . -

Algo grave ocurrió aquí y ni ellos mismos pueden justificarse. El principio de autoridad ha desaparecido y los granujas obran a sus anchas.

Conspiración de silencio, de John Sturges,
con Spencer Tracy.

- . -

¿Puede alguien caminar sobre las brasas
sin quemarse los pies?

PROVERBIOS, 6:28.

- PRÓLOGO -

Los ratones de Dios es una obra extraordinaria que rezuma tintes de novela gótica trasladada al siglo XXI, aunque se trate de una historia real por completo. La prosa de Luis Rendueles, sólida y brillante, recrea con absoluta maestría uno de los casos más fascinantes de la crónica negra reciente: el robo del *Códice Calixtino*. El recorrido por la catedral de Santiago de Compostela, de la mano de personajes insólitos, con trastiendas más que sospechosas, supone una aventura inesperada para el lector, que se ve atrapado en ella, sin remedio, como una mosca en una tela de araña. Poder conocer los entresijos de una historia de estas características, acudiendo a las fuentes principales y revisando los detalles más inimaginables, supone un privilegio, pero más aún si se hace a través de una narración de tantísima calidad como la que nos ofrece este periodista y escritor. Rendueles, sin ninguna duda, contaba con un interesante argumento del que tantos deseábamos saber más de lo que se había publicado en los medios de comunicación; pero la manera de desarrollarlo, la estructura, el ritmo, el lenguaje y esa mirada tan personal convierten el propio texto en una joya. Toda mi admiración para este compañero amigo, que tanto suma a la colección de *sinficción*.

MARTA ROBLES

- PARA SER HONESTO -

Este libro es un retrato de la investigación policial que permitió recuperar el *Códice Calixtino* (ver página B) para la catedral de Santiago, Galicia y el mundo entero. La narración se basa siempre en documentos policiales y judiciales. También, en las entrevistas personales que mantuve con los protagonistas de esta historia. Algunos otros han preferido no hablar. Todo lo que aquí se cuenta ocurrió en aquel año de lucha por encontrar el *Calixtino*. Solo me he permitido la licencia de reconstruir algunos diálogos, que en los textos originales que he consultado estaban en estilo indirecto, para dar mayor viveza a la narración. En otros casos se traslada la conversación de fuentes directas de algunos de sus protagonistas.

Algunos detalles sobre ratones y hombres que pululaban por la catedral y fueron descubiertos por los investigadores se han omitido para no dañar a inocentes.

Mi agradecimiento al juez Vázquez Taín y a la inspectora *Ana*, que me ayudaron a entender sus aciertos y sus dudas durante aquellos doce meses de búsqueda. También a otras personas que han colaborado conmigo y cuyos nombres han pedido que no figuren en este libro.

También a Isabel, hija de Cristóbal y Concha, que me dejó su tiempo para ayudarme con los miles de folios de la documentación del caso.

Gracias a Carlota Lafuente, mi compañera, que sufrió el proceso de creación de este libro y fue corresponsal artística, colaboradora y primera editora del texto.

Gracias a Luis *el Parrochu*, un viejo abuelo de Gijón que siempre saca una sonrisa a la vida, y a veces la contagia, no importa lo dura que sea o cómo te golpee. Siempre he contado con su cariño, su fuerza y su apoyo. Los últimos diez años he aprendido también a comprender sus debilidades, como él

aguanta las mías, y apreciar su ternura.

Los ratones de Dios no podría haber nacido sin la ayuda decidida y sincera de Antonio Tenorio, viejo policía asturiano que fue generoso en el tiempo y la palabra con el autor hasta un punto de que este tiene una deuda con él que no podrá pagar. Conociéndolo, sé que no le gustará verlo por escrito, pero es así. Y así debe quedar constancia. En tinta y, si fuera posible, en piedra.

HABLARÁN LAS PIEDRAS

Las campanas iban a tañer imperiales aquel mediodía. Como siempre. La catedral de Santiago de Compostela es el corazón de Galicia. Tiene vida propia desde que Alfonso VI aprobó su construcción, en el año 1075 de nuestra era. Los reyes y los gobernantes pasan. Los siglos pasan, se deshacen bajo su piedra, bajo el granito colocado allí desde hace casi mil años. *Tempus fugit*. Ni siquiera las tropas de Napoleón Bonaparte que invadieron España en 1808 pudieron acabar con la morada del apóstol, aunque, eso sí, se llevaron el botafumeiro original. La catedral de Santiago tiene vida propia y también tiene moradores, los señores del templo: son los canónigos (*ver página A*), de diez a quince hombres que viven y mueren allí, que gobiernan entre pasillos, dependencias privadas y escaleras de caracol la vida del gigantesco y sagrado edificio. Los canónigos del cabildo son hombres casi todos mayores de ochenta años. Ellos guardan los secretos de uno de los lugares más importantes del cristianismo, al que cada año miles de personas acuden en peregrinación para dejar allí pecados, promesas y dejar también mucho dinero, papel moneda de todo el mundo en forma de ofrenda.

La mañana del 4 de julio del 2011, san Laureano y santa Isabel, mientras las campanas del templo anunciaban el mediodía en Santiago de Compostela, un hombre de pasos tranquilos cruzó el claustro, dejó atrás la formidable biblioteca y entró en el archivo de la catedral en dirección a la cámara acorazada. Las llaves de la caja fuerte estaban puestas. Miró hacia el piso superior. Nadie podía verlo. A su merced estaba el manuscrito encuadernado. Apenas treinta centímetros de largo y veintidós de ancho. Lo cogió, lo metió bajo sus ropas y salió de allí con los mismos andares tranquilos. Cruzó el claustro, llegó a la sacristía y se confundió con el resto de las almas que aquel lunes de verano poblaban la catedral.

Muy pronto, la vida de Santiago de Compostela y la de los canónigos, la de los sacerdotes, los sacristanes, los archiveros y la de todos los habitantes del templo iba a ser sometida a la mayor investigación de su historia. Muy pronto llamarían a la puerta de la catedral los forasteros, los bárbaros, esta vez encarnados en policías, los mejores especialistas de la Policía Nacional, llegados desde Madrid. Aquellos hombres y mujeres iban a descubrir sus pecados, veniales algunos y capitales otros. Y cuando lo hicieran, hasta las piedras tendrían que hablar. Aunque algunos trataron de resistirse.

- CAPÍTULO 1 -

¿EL CÓDICE... QUÉ?

La semana había empezado tranquila para Ana, la inspectora de uno de los grupos de la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional. La terrible crisis económica ocupaba las conversaciones de policías y delincuentes; el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, se estaba muriendo en Cuba; Alberto de Mónaco se había casado por fin y Rafa Nadal no había podido con Novak Djokovic en la final de Wimbledon. Aquella jornada tranquila cambió por completo cuando sonó el teléfono de Ana. Lo que le comunicaron iba a cambiar su vida y la de sus compañeros durante casi un año. Al otro lado, Ana escuchó el acento gallego de un inspector jefe destinado en la comisaría de Santiago de Compostela que le decía algo increíble: «Han robado el *Códice Calixtino*». Cuando su compañero colgó, Ana sabía que tenía que llamar inmediatamente a su superior, el inspector jefe Tenorio, un veterano policía asturiano que estaba esos días postrado en la cama de un hospital. Los dos investigadores supieron de inmediato que aquello iba a ser una bomba.

Desde que Ana se lo comunicó a su jefe, las llamadas y las conversaciones sobre el robo en la catedral de Santiago fueron subiendo en la cadena de mando de la policía y de los políticos. De los sencillos muebles y pasillos donde trabajan Ana y los suyos en la central de policía de Canillas, el mensaje sobre lo que había ocurrido en Santiago viajó a despachos con moqueta y aire acondicionado. En esos territorios, a veces, hacía falta dar algún detalle más para ayudar a entender la trascendencia de lo que había ocurrido en Galicia, una noticia que iba a llegar a todo el mundo:

—¿Que han robado el *Códice* qué?

—*Calixtino*, el *Códice Calixtino*.

Los investigadores de Patrimonio Histórico ya saben que a veces la mejor manera de explicar a un político o a un periodista la importancia que puede tener el robo de una obra de arte no es facilitar datos técnicos sobre su contenido, su historia o su relevancia artística. Lo más eficaz para no andarse con zarandajas es traducir esa obra de arte desaparecida a dinero, ponerle un precio.

—Han robado el *Códice Calixtino*, estaba en la catedral de Santiago de Compostela. La última vez que lo aseguraron valía más de mil millones de pesetas, unos mil doscientos millones. Ahora hay quien dice que vale cien millones, pero de euros.

A veces, como ocurriría en el caso del *Códice*, para explicar el valor de lo robado a algún profano un tanto obtuso, los policías de Patrimonio se permitían alguna licencia, alguna comparación un tanto excesiva.

—Es como si alguien se llevara *Las Meninas* del Museo del Prado.

Con esos dos mensajes, ya no hizo falta decir más.

El *Códice Calixtino* es un manuscrito iluminado del siglo XII que está considerado como la primera guía de viajes del mundo y que sirve de referente a miles de peregrinos cuando hacen su camino de redención hacia Santiago de Compostela. «Iluminado» quiere decir que sus autores lo decoraron con oro, plata, bordes, letras capitulares o cualquier clase de ilustraciones. Los expertos creen que lo escribieron hasta tres pares de manos diferentes. El manuscrito mide casi treinta centímetros de largo y veintidós de ancho. Son 225 folios de pergamino que conservan la paginación original, escrita en números romanos. El *Calixtino* fue encuadernado entre 1964 y 1966 en la Biblioteca Nacional de Madrid para evitar su deterioro. Se hizo, según los expertos, en un volumen en piel imitando las técnicas mudéjares. Y se utilizó una costura española, con un hilo de grosor de cincuenta gramos sobre cuatro nervios de cáñamo.

Desde entonces, el *Calixtinus* se guardaba siempre en una sala acorazada de la catedral de Santiago. Allí pasaba los años casi como un delicado recién nacido: apoyado sobre un cojín, con un paño que lo cubría. Todos los días se medían las condiciones de humedad y temperatura en las que estaba el preciado manuscrito para que no corriera ningún riesgo. El libro se mantenía entre el cincuenta y tres por ciento de humedad relativa en el mes de febrero hasta el sesenta y cinco por ciento en el mes de mayo. En cuanto a la temperatura, el *Códice* dormía entre los trece grados de febrero y los veintiuno propios de las tardes de verano gallegas. Todo estaba controlado para evitar que sufriera daños. Para poder verlo, había que solicitar un permiso especial. Muy pocos investigadores que acudían a Santiago lo conseguían por el conducto oficial.

No es un libro viejo más, el *Códice Calixtino*. Es una obra rodeada de misterio, leyendas y controversia desde sus orígenes hasta nuestros días. Su autoría, su fecha de escritura y los fines que perseguían quienes lo crearon están difuminados, quién sabe si de forma intencionada, entre la bruma. Los folios están escritos sobre piel de ovejas a las que se les arrancaba el pelo, que luego se pulía con piedra pómez. De esta manera se obtenía un material flexible, pero que no se descompone con los años ni sufre la temible invasión de hongos que destruyen el papel.

Los códices son libros escritos a mano por calígrafos especializados y están iluminados con tintas de vivos colores. En el caso del *Calixtino* son rojos, verdes, azules y dorados. Su autoría fue atribuida, sin mucho fundamento, al mismísimo papa Calixto II, muy relacionado con Santiago de Compostela porque su hermano, Raimundo de Borgoña, estaba casado con la reina doña Urraca. El de Borgoña fue uno de los nobles del sur de Francia que había llegado a España buscando hacerse con un nombre y fortuna en las guerras contra los musulmanes. Tenía excelentes relaciones con la abadía cisterciense de Cluny y, tras su boda con doña Urraca, montó una verdadera corte en Galicia. Don Raimundo, ya conde de Galicia, era quien nombraba los obispos. Y así hizo con su antiguo escribano y secretario, don Diego de Gelmírez, futuro arzobispo de Santiago y que fue quien coronó en la catedral al hijo de Raimundo y doña Urraca, el infante Alfonso VII. Quizá por este parentesco directo —el nepotismo es una costumbre milenaria— el papa Calixto II fue un gran benefactor de la catedral, y elevó a Santiago a dignidad

arzobispal.

Ya en aquella época, hace casi mil años, los poderosos de Santiago cometían algunos pecados capitales. Don Raimundo tuvo un hijo ilegítimo con una princesa mora llamada Zaida, un bastardo al que no reconoció hasta diez años después de su nacimiento. Finalmente, el conde de Galicia murió en 1106, poco después de legar un monasterio a su amigo y colaborador Gelmírez. Raimundo de Borgoña está enterrado para la eternidad en la capilla de las Reliquias, construida en el siglo XVI en la antigua sala capitular, un viejo lugar de reunión del cabildo de sacerdotes que gobernaba el templo. Aquellos fueron años de oscurantismo y milagros. Relatos de peregrinos que visitaron Santiago en el siglo XVIII, como Nicola Albani, afirmaban que en la capilla había ampollas con sangre de san Genaro, el patrón de la ciudad italiana de Nápoles, y hasta dos frascos más: uno estaba lleno de las lágrimas que había vertido la Virgen María tras la muerte de su hijo y otro contenía la propia leche salida de los pechos de la Inmaculada.

Todo indica que lo de atribuir al Papa la autoría del *Códice Calixtino* fue una maniobra medieval destinada a dar prestigio al libro —el *marketing* y los *negros* que hacen el trabajo sucio de algunos escritores tampoco son inventos modernos—. Su grafía es la letra minúscula francesa y el tipo de escritura va variando a lo largo del libro. Los expertos creen que quien escribió la mayor parte del *Calixtino* fue un clérigo francés llamado Aymeric Picaud, que supuestamente lo llevó en persona hasta Compostela para tratar de redimir su alma pecadora.

Picaud había nacido en Parthenay, un pueblo cercano a Poitou, propiedad de la abadía de Cluny, cuya iglesia está dedicada a Santiago. Pero es dudoso que un simple clérigo fuera capaz de tal despliegue cultural y se apunta al arzobispo Gelmírez, a quien Picaud habría acompañado en una peregrinación, como el verdadero impulsor de la obra, el alma del *Calixtinus*. Atribuirle una autoría francesa, de donde procedían entonces la mayor parte de los peregrinos que llegaban a Santiago, también pudo ser otra maniobra publicitaria, porque le dio trascendencia internacional y ayudó a su difusión y su popularidad.

El *Calixtino* está dividido en cinco partes. El tópicico habla de que es la primera guía turística del Camino de Santiago, pero es mucho más que eso. Es toda una estratégica campaña de promoción del culto jacobeo, que sirvió para

convertir a Compostela en la segunda capital del cristianismo, solo por detrás de Roma. Fue el instrumento de un fabuloso despliegue propagandístico orquestado por el audaz arzobispo Gelmírez, según apuntan algunos estudiosos, para convertir la catedral gallega en la diócesis más importante de España y competir incluso con el Vaticano. Gelmírez había estado allí y trató de imitar en su sede compostelana lo que había visto en Roma.

La cabeza que ideó el *Códice* fue la de un personaje extraordinario. Don Diego de Gelmírez era un inteligente estratega, con sagacidad y diplomacia sobradas para conseguir cada vez más poder sin indisponerse con el Papa, con otras iglesias del reino ni con sus monarcas correspondientes. El arzobispo de Santiago acuñaba moneda, administraba justicia, recaudaba las abundantes riquezas que dejaban los peregrinos y ejercía todo el poder, el eclesiástico y el político, en Galicia.

La catedral iba a ser el legado de Gelmírez, del mismo modo que el *Códice* fue su campaña de promoción, su «marca Compostela» particular. Todo en el *Calixtino* es algo más de lo que parece a simple vista. Tiene un trasfondo destinado al enaltecimiento de Santiago, una ciudad construida para la catedral. El primero de los cinco libros, que ocupa las tres cuartas partes del total, respondía a la necesidad de dar contenido a lo que se predicaba en la seo. Hasta ese momento, en España existía un rito propio visigodo, que fue sustituido por el romano tras la reforma gregoriana. Así que había que crear nuevas oraciones, nuevas lecturas, sermones, homilías y cánticos para decir en las misas, las celebraciones y también en el ofertorio, durante las comidas. Era una forma de reivindicar que en España se estaba *a la última* en cuanto a las tendencias católicas del momento.

El segundo libro detalla los veintidós milagros atribuidos al apóstol Santiago, en los que fue favoreciendo a cristianos de toda latitud: castellanos, catalanes, franceses, de la Borgoña, de Italia, de Grecia... «El abrazo de Santiago abarca a todo aquel que lo invoca», reza la tradición.

El tercer libro del *Calixtino* cuenta el traslado en barco del cuerpo del apóstol Santiago desde el puerto de Jafa, en Palestina, hasta Iria, en la gallega ría de Padrón. La narración reivindica la validez del hallazgo del sepulcro de Santiago en tan remoto paraje del noroeste de la península ibérica en el siglo IX. Según la leyenda, un lugareño guiado por una lluvia de estrellas que caía sobre un punto concreto descubrió el sepulcro y el lugar comenzó a llamarse

Campus Stellae («campo de estrellas», Compostela) y a ser objeto de peregrinación.

El cuarto es el llamado «Libro de Turpin», una crónica atribuida al arzobispo de ese nombre en la que se narra la campaña llevada a cabo por Carlomagno para liberar de los sarracenos a Galicia y otros territorios de lo que hoy es España. En esas lides estaba el emperador cuando el apóstol Santiago se le apareció y se le presentó así, según el *Calixtino*:

—Yo soy Santiago apóstol, discípulo de Cristo, hijo de Zebedeo, hermano de Juan el Evangelista, a quien con su inefable gracia se dignó elegir el Señor, junto al mar de Galilea, para predicar a los pueblos; al que mató con la espada el rey Herodes, y cuyo cuerpo descansa ignorado en Galicia, todavía vergonzosamente oprimida por los sarracenos. Por esto me asombro enormemente de que no hayas liberado de los sarracenos mi tierra, tú que tantas ciudades y tierras has conquistado. Por lo cual te hago saber que así como el Señor te hizo el más poderoso de los reyes de la Tierra, igualmente te ha elegido entre todos para preparar mi camino y liberar mi tierra de manos de los musulmanes, y conseguirte por ello una corona de inmarcesible gloria. El camino de estrellas que viste en el cielo significa que desde estas tierras hasta Galicia has de ir con un gran ejército a combatir a las pérfidas gentes paganas, y a liberar mi camino y mi tierra, y a visitar mi basílica y sarcófago. Y después de ti irán allí peregrinando todos los pueblos, de mar a mar, pidiendo el perdón de sus pecados y pregonando las alabanzas del Señor, sus virtudes y las maravillas que obró. Y en verdad que irán desde tus tiempos hasta el fin de la presente edad. Ahora, pues, marcha cuanto antes puedas, que yo seré tu auxiliador en todo; y por tus trabajos te conseguiré del Señor en los cielos una corona, y hasta el fin de los siglos será tu nombre alabado.

Según el arzobispo Turpin, el apóstol se apareció dos veces más a Carlomagno, que reunió los ejércitos y entró en España para combatir a los infieles. Fue conquistando ciudades y llegó a Galicia, donde pasó tres años y donde enriqueció la por entonces «basílica de Santiago» antes de salir de España cargado de oro y plata.

El quinto libro del *Calixtino*, el más conocido y abiertamente propagandístico, es una guía del camino para los peregrinos a Compostela, en

la que se ofrecen informaciones prácticas para quienes deseen emprenderlo: posibles rutas, poblaciones importantes en el trayecto, aguas para refrescarse, hospitales para los enfermos y peligros para los peregrinos. Menos conocidas, pero una de las joyas que contiene el *Códice*, son sus páginas musicales: composiciones gregorianas para varias voces que convierten al manuscrito en el primer repertorio polifónico de la historia. Casi todas están al final del quinto libro, en un apéndice.

En cuanto a su valor material, dos técnicas en restauración del Archivo del Reino de Galicia, Eva García Amador y Águeda Guardia Peragón, diplomadas en Restauración de Documento Gráfico, realizaron después del robo un informe junto a la directora del archivo, Carmen Prieto. El manuscrito tiene un «incuestionable valor histórico, cultural y artístico». Es único y fue el primero, del que muy pronto se hicieron copias, como el *Códice de Ripoll*, conservado en el Archivo de la Corona de Aragón, la copia que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, escrita a dos columnas en lugar de a una como el *Calixtino*. También hay una copia posterior en el British Museum, en Londres, que alguien realizó en Santiago hacia el año 1330. Es muy parecido al de la catedral, pero le faltan algunas de las piezas musicales. En el Archivo de San Pedro, en el Vaticano, se conserva un *Códice*, que se cree que fue copiado en Compostela en la segunda mitad del siglo XIV. Tiene los mismos cinco libros que el original, pero le falta el apéndice final con la polifonía.

La única valoración objetiva en dinero del *Calixtino* se había hecho muchos años atrás, en 1993, cuando los sacerdotes que gobernaban la catedral habían decidido suscribir un seguro antes de enseñar el manuscrito en una exposición abierta al público. En aquel momento, el seguro lo valoró en doscientos millones de pesetas. Dieciocho años después, el mercado del arte había cambiado mucho. Las tres expertas del Archivo del Reino de Galicia estudiaron también otro libro de la catedral, llamado el *Tumbo A*. Se trata de un documento de la misma época del *Calixtino*, redactado entre los años 1129 y 1255, y que recoge los distintos privilegios que los reyes fueron concediendo a la catedral compostelana. En el 2008, cuando formó parte de una exposición conmemorativa de los ochocientos años de la carta de foro del rey Alfonso IX a la ciudad de La Coruña, ese libro había sido valorado en seis millones de euros para firmar la póliza de un seguro. Y el *Calixtino* tenía,

según las expertas, «una dimensión más amplia». No se podía entender el «fenómeno jacobeo» ni la «dimensión del camino de peregrinación a Santiago de Compostela sin el *Códice Calixtino*». Así que las tres mujeres pusieron un precio «de partida» para la obra robada: el *Calixtino* valía, como mínimo, siete millones de euros. Fueron muy prudentes. Otros expertos que lo valoraron después lo tasaron alrededor de los cien millones de euros.

En Madrid, el inspector jefe Antonio Tenorio seguía postrado en un hospital cuando la inspectora Ana y dos comisarios fueron a verlo. Al borde de su cama se colocaron los comisarios Pacheco y Castro, los responsables de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta), ambos veteranos maderos con decenas de asesinatos, secuestros y otros crímenes resueltos en su mochila y que a finales de ese año iban a tener que encargarse del asesinato de Ruth y José Bretón, los niños de Córdoba que fueron quemados vivos por su padre.

Hasta aquella mañana de verano, el *Códice*, toda una joya medieval, era un tema de conversación reservado a iniciados, solo para eruditos, pero aquella traducción del *Calixtino* a dinero había funcionado y los políticos estaban dispuestos a dar muchos medios a la investigación, de forma que el asunto lo iban a llevar, además de agentes especializados en robos, los hombres y mujeres de Patrimonio Histórico. En aquella investigación iban a estar los mejores. Y Tenorio, el jefe de esa brigada, no podía levantarse de la cama para dirigirlos, ni para ir siquiera a la catedral. Era la tercera vez que lo operaban de una hernia discal entre la L3 y la L4. La espalda lo mataba. No podía ni andar. Lo que no habían conseguido los etarras cuando era un joven policía recién salido de la escuela, lo hacían sus vértebras. El caso más importante, al menos el que más presión iba a traer encima de su etapa en la Brigada de Patrimonio, lo cogía a punto de jubilarse y, como decía él mismo con su humor socarrón, cuando estaba «metido en boxes», como un coche averiado, como le ocurría mucho ese año a su paisano Fernando Alonso, entonces en Ferrari.

En Galicia, el hombre que iba a dirigir la investigación del robo del *Códice Calixtino* aún no lo sabía. Sus amigos lo llaman Toño y aquella mañana conducía como cada día desde La Coruña hasta Santiago de Compostela para ir al trabajo. Llevaba puesta la radio y así se enteró del

bombazo que sacudía su ciudad y su comunidad. Cuando el magistrado José Antonio Vázquez Taín entró en el juzgado de Santiago que dirige, el número 2, sus trabajadores, que saben que al juez le va la marcha, no pudieron evitar darle el pésame: «Mala suerte, no le ha tocado lo del *Códice*». El caso había entrado en otro juzgado. Pero a la hora de la comida le comunican una novedad inesperada: la jueza de guardia ha terminado las diligencias sobre el robo y el caso pasa a reparto entre los magistrados de Santiago. Esa tarde, Vázquez Taín pensó que sus compañeros estaban de broma cuando le dijeron que en su despacho había gente esperándolo para una reunión urgente. Era un asunto muy gordo. Era el *Códice Calixtino*.

En aquellas horas, la idea que difundieron algunos medios de comunicación era que lo más probable es que el manuscrito estuviera ya fuera de España. El inspector jefe Tenorio les pidió a sus superiores que en las investigaciones, además de policías expertos en robos, participara gente escogida de Patrimonio. Dentro de esa gente tenía que estar Carlos, un tipo concienzudo, y sobre todo la inspectora Ana, una policía más técnica de su total confianza. El jefe Tenorio llevaba en la policía toda la vida y sabía que Carlos y Ana eran los mejores para dar con el ladrón y recuperar el *Calixtino*. Si hubiera que tirar una puerta abajo para liberar a un secuestrado, posiblemente habría elegido a otros compañeros, pero para esa operación ellos eran los más indicados. Los dos comisarios aceptaron y desde entonces Ana iba a ser los ojos y las manos de Tenorio, que estaría aún varios días inmóvil en una cama de hospital y varios meses más con la espalda doblada, casi sin poder caminar ni viajar, confinado entre su despacho y su casa de Madrid.

Dentro de la catedral de Santiago, los hombres del templo retrasaron todo lo que pudieron la comunicación a la policía de lo que estaba pasando. Pero veinticuatro horas después del descubrimiento del robo, cuando ya habían removido todos los rincones de la cámara acorazada y el *Códice* no aparecía, decidieron por fin ir a poner la denuncia. Lo hizo el canónigo jefe del templo, en la comisaría de la Policía Nacional de Santiago, el 6 de julio del 2011 a las siete menos cuarto de la tarde. Allí, don José María Díaz Fernández, deán y archivero mayor de la catedral, máximo responsable de los documentos contenidos en la biblioteca, iba a contar que el día anterior un archivero medievalista lo había avisado de la falta del libro. El manuscrito que no

estaba era precisamente el preferido del deán, pero, aun así, el culto y poderoso anciano no sabía desde cuándo no estaba en su lugar, desde cuándo faltaba de aquella cámara de seguridad.

La policía española avisa inmediatamente a Interpol, la Organización Internacional de Policía Criminal que conecta a fuerzas de seguridad de todo el mundo para resolver delitos sin que las fronteras los frenen. En menos de dos horas, 192 países estaban advertidos del robo del manuscrito de Santiago. También se había colocado ya una imagen del *Codex Calixtinus* con sus principales datos en la base de datos de las obras de arte robadas de la policía, conocida como *Dulcinea*, la amada de don Quijote, para que estuvieran avisadas las asociaciones y gremios de anticuarios, por si al ladrón se le ocurría ofrecer el manuscrito por ahí. Se establecieron inmediatamente controles policiales a la entrada y salida de Santiago, una especie de operación jaula.

Un helicóptero de la policía sobrevuela esa tarde la catedral. Y suena la primera voz de alarma. Desde el cielo, el piloto advierte que el templo tiene una ventana rota (*ver página D*).

Durante aquellas pasadas en vuelo de reconocimiento sobre la seo, lo que vio el piloto del helicóptero de la Policía Nacional fue algo muy parecido a los paisajes que los turistas disfrutaban cuando pagan diez euros para realizar la ruta sobre los tejados del templo, una visita guiada denominada «Cubiertas de la catedral». Desde el palacio arzobispal de Gelmírez, un edificio contiguo a la seo, hay que subir por una estrecha escalera de 105 peldaños que lleva a las cubiertas, justo por detrás de la fachada del Obradoiro. Un paseo por las losas de granito macizo permite contemplar muy de cerca las torres de la Carraca y de la Campana, la torre del Reloj o de Berenguela y el claustro gótico-renacentista a través del cual el ladrón había accedido al archivo donde se guardaba el *Calixtino*. Pero aquella ventana rota de la catedral descubierta por el policía del helicóptero iba a ser la primera pista falsa. El cristal llevaba bastante tiempo así y la entrada de esa zona del templo no está cerca del lugar del robo. Ni siquiera hace falta romperla para llegar al *Códice*, mucho menos para salir de allí. Era la primera prueba de que nada iba a ser fácil en esa operación. El mismo *Códice Calixtino* lo explica. Todo son recovecos, lugares más o menos escondidos. La catedral de Santiago y sus moradores van a ser un laberinto para los investigadores.

Las vidrieras que hay en la misma catedral son 63. En cada uno de los altares del ábside hay tres. En el cielo de la iglesia alrededor del altar de Santiago hay cinco ventanas, por las que el altar del apóstol se ilumina. Arriba, en el triforio, hay 43 ventanas.

Mientras en el lugar del robo los agentes de la policía científica comprueban que nadie ha forzado las puertas del archivo ni tampoco la cerradura de la caja fuerte, la inspectora Ana y tres policías más viajan a Santiago de Compostela. Antes de salir del complejo policial de Canillas, en Madrid, le piden a un compañero que compruebe dónde está *Ziska*, al que algunos han bautizado como el Usain Bolt de los ladrones de arte. Un robo tan audaz como el del *Códice* puede llevar su marca. Es un tiro al aire, pero los policías están acostumbrados a las sorpresas y uno de sus primeros mandamientos es comprobarlo absolutamente todo en cada caso, no vaya a ser... Usain Bolt, el nombre del extraordinario atleta jamaicano, el hombre más veloz del mundo, es como en el gremio de los de Patrimonio llaman a Zsolt Vamos. El hombre es en realidad un ciudadano húngaro, antiguo vendedor de coches usados, que se había casado con una mujer de República Dominicana, se instaló luego en ese país caribeño y había robado en España hasta sesenta y siete mapas, la mayoría del siglo XVI, en bibliotecas de Soria, Toledo, Valladolid, Logroño y Pamplona, donde había sido finalmente detenido en el 2009.

Ziska o Usain Bolt usaba muchos nombres falsos, se hacía pasar por investigador de libros antiguos y era audaz. Había sido capaz de asaltar el mismísimo monasterio de El Escorial. De allí se había llevado un planisferio desplegable de Ptolomeo, astrónomo, matemático y geógrafo del siglo I d. C. que creó los primeros mapas del mundo conocido. Algunos policías admitían en voz baja que, en lo suyo, Ziska era todo un artista. Usaba las ballenitas que hay en los cuellos duros de algunas camisas como pequeñas cuñas o cuchillas con las que cortaba los documentos de los libros que expoliaba. De esa forma, evitaba los detectores de metales al entrar y salir de las grandes bibliotecas.

Los policías comprobaron muy rápido que Ziska, que aquellos días aún estaba reclamado por un juzgado español y tenía prohibido salir del país por su último robo conocido, andaba de vacaciones por Torremolinos cuando el *Calixtino* se había esfumado. Así se lo transmitieron a Ana, antes incluso de que llegara a la capital de Galicia aquella noche de julio. La inspectora ya

conocía de antes la catedral y Santiago era una de sus ciudades favoritas. El manuscrito que había desaparecido, el *Códice Calixtino*, dibuja así en su libro quinto lo que sentían los peregrinos medievales cuando se acercaban al final del Camino y ante sus ojos asomaba la ciudad:

Entre dos ríos, uno de los cuales se llama Sar y el otro Sarela, está situada la ciudad de Compostela. El Sar está al oriente, entre el Monte del Gozo y la ciudad; el Sarela está al poniente. Siete son las entradas y puertas de la ciudad. La primera entrada se llama Puerta Francesa; la segunda, Puerta de la Peña; la tercera, Puerta de Subfratribus; la cuarta, Puerta del santo Peregrino, la quinta, Puerta Fajera, que lleva a Padrón; la sexta, Puerta de Sussanis; la séptima, Puerta de Mazarelos, por la cual llega el precioso vino a la ciudad.

En esta ciudad suelen contarse diez iglesias, entre las que brilla gloriosa la primera, la del gloriosísimo apóstol Santiago el de Zebedeo, situada en medio; la segunda es la de san Pedro, apóstol, que es abadía de monjes, situada junto al camino francés; la tercera, de san Miguel, llamada de la Cisterna; la cuarta, la de san Martín obispo, llamada de Pinarío, que también es abadía de monjes; la quinta, la de la Santísima Trinidad, que es el cementerio de los peregrinos; la sexta, la de santa Susana, virgen que está junto al camino de Padrón; la séptima, la de san Félix, mártir; la octava, la de san Benito; la novena, la de san Pelayo, mártir, que está detrás de la iglesia de Santiago; la décima, la de santa María Virgen, que está detrás de la de Santiago, y tiene un acceso a la misma catedral, entre el altar de san Nicolás y el de la Santa Cruz.

(*Códice Calixtino*)

Santiago, la Jerusalén de Occidente, como la llamara doña Emilia Pardo Bazán, es un festín para un amante de la historia del arte. También lo es para una policía destinada en la Brigada de Patrimonio Histórico. Durante el viaje por carretera, la inspectora Ana fue recordando la última vez que había estado trabajando allí, una operación que, a ratitos, le había permitido conocer un poco la catedral y otras iglesias. Ana y sus compañeros lo llamaron *el asunto Patterson*. En el año 1996, un tipo encantador, un hombre de mundo con apellido estadounidense y nacionalidad de Costa Rica, había aparecido en

España. Leonardo Patterson se presentó a todos como un respetado marchante de arte que estaba dispuesto a organizar una exposición nunca vista en el mundo: tenía mil quinientas piezas de la época precolombina. Y algunas eran verdaderas joyas de la cultura moche, desarrollada entre los siglos I y VIII en la costa norte del Perú. Los mochicas habían creado la que quizá fue la primera organización política compleja de la zona andina. Entre ellos había grandes ingenieros que excavaron canales para obtener agua del desierto. Levantaron también enormes templos y sobre todo las huacas, grandes pirámides de adobe donde rendían culto a Ai Apaec, su principal Dios.

Aquellos indígenas eran también grandes ceramistas que habían dejado verdaderos tesoros, especialmente en los ajuares funerarios que colocaban junto a las tumbas de sus sacerdotisas. Esa civilización inca se derrumbó por los desastres climáticos: feroces inundaciones seguidas de largos períodos de sequía. Los jefes empezaron a hacer sacrificios humanos para calmar a los dioses, pero no fue suficiente. Y ahora, el coleccionista indígena, aquel Patterson, ofrecía en Galicia varios objetos procedentes de la tumba del señor Sipán, uno de los jefes mochicas del norte, que había sido descubierta en 1987 en una zona conocida como La Hueca Rajada, y también había sido saqueada, a veces por campesinos de esa zona humilde que luego vendían las piezas por cuatro soles a otros menos humildes y luego a otros intermediarios de marchantes desaprensivos, algunos Indiana Jones piratas. Pese a todo, durante los trece años de trabajos que realizaron allí, los arqueólogos encontraron la tumba de dos viejos reyes mochicas y de otros dieciséis nobles.

La Xunta de Galicia y el Arzobispado de Santiago de Compostela cayeron seducidos por aquel Indiana Jones que venía de Hispanoamérica. Nadie reparó entonces en que la policía federal norteamericana, el FBI, llevaba tiempo tras sus pasos y lo había acusado de falsificación y contrabando. La exposición fue inaugurada por el incansable Manuel Fraga, el que fuera presidente de Costa Rica y premio Nobel de la Paz, Óscar Arias, y la líder indígena guatemalteca Rigoberta Menchú. Fue todo un éxito y, aprovechando esa ola, Patterson trató de vender las piezas a la Xunta por unos tres mil millones de pesetas. Dos arqueólogos estadounidenses alertaron entonces de que no estaba clara la procedencia de algunas piezas y el negocio, o la estafa, se frustraron.

Leonardo Patterson vendía su historia como la de un coleccionista hecho a

sí mismo. De raza negra, presumía de haber crecido en la selva y de no saber apenas escribir. Parecía tener alguna tartamudez o dificultad para hablar y decía también haber sido amigo de Salvador Dalí, uno de los artistas más falsificados de la historia. Diez años después de aquella exposición en Santiago, empezaron a llegar desde todo el mundo reclamaciones de algunas de las piezas de Patterson. Uno de esos países era Perú, al que muchos habían expoliado su cultura y su riqueza. En el 2006, la justicia peruana recurrió a Interpol para recuperar parte de sus tesoros robados y luego expuestos en Galicia. Y el asunto llegó a la Brigada de Patrimonio Histórico de la policía, donde Ana era ya inspectora.

El trabajo policial pareció sencillo entonces. Todas las piezas se habían quedado en Santiago, en un almacén de una empresa de mudanzas. Ana y sus compañeros tuvieron que hacer las fotos de las mil setecientas piezas, una a una, y enviarlas luego a la Interpol. Patterson había vendido el resto y esperaba colocar algunas más, pero la policía española lo avisó, a él y a su abogado, de que necesitaba un permiso expreso para sacar cualquiera de esas obras de arte de España. La operación no pareció ser muy difícil y durante aquellos días Ana pudo disfrutar de la catedral de Santiago y recibir por primera vez la enormidad de su piedra, aquella sensación de viajar en el tiempo, de trasladarse a otra época cuando entrabas en el templo y lo recorrías en silencio.

En el 2008, y ante una nueva petición del juzgado número 33 de Lima para recuperar algunas de las piezas de Patterson, Ana volvió al viejo almacén de mudanzas. Sorprendentemente, allí quedaban solo trescientas piezas. Por suerte, entre ellas estaban las que reclamaba Perú, de forma que pudieron recuperarlas y devolvérselas. Pero no se sabía dónde estaban las demás hasta que otro gobierno, esta vez el de México, denunció el expolio. Una aduana de la ciudad de Múnich, en Alemania, registró la entrada de casi toda la colección Patterson el 4 de marzo del 2008, procedente de Galicia. Todo aquel tesoro valía más de cincuenta y tres millones de euros y el Indiana Jones negro, el marchante salvaje y casi analfabeto, lo había sacado de España sin permiso. No había elegido mal el destino. La civilizada Alemania era uno de los pocos países europeos que entonces aún no había firmado los acuerdos internacionales sobre tráfico y protección de obras de arte y patrimonio. Así que la petición de España para que Patterson fuera detenido nunca se había

ejecutado. El hombre sería desde entonces un fugitivo y Ana y los suyos no dejarían de pensar en detenerlo.

En todo eso pensaba Ana mientras se acercaba a Santiago de Compostela. Esta vez se había robado dentro de la catedral. En el corazón del cristianismo en España. Esta vez no habría que buscar aquellas curiosas cerámicas de la cultura moche, en las que se representaba con todo lujo de detalles a una pareja practicando el coito anal o una felación. Alguien profano podía pensar que aquella vez todo iba a ser más casto, más católico, aunque, cuando se habla de pasiones humanas, y cualquier investigación de un delito acaba tocando ese hilo, no hay religión ni rey ni Dios que les sea ajeno. Muchos pequeños templos románicos gallegos y castellanos tienen, de hecho, imágenes de hombres y mujeres mostrando sus genitales. Basta con asomarse a la puerta de Platerías de la catedral de Santiago y observar la representación de lo que se conoce como *la mujer adúltera*, la escultura de una mujer de pelo rizado que sostiene una calavera.

El libro 5 del manuscrito que había sido robado y que Ana tenía que recuperar, el *Códice Calixtino*, habla así de la imagen de esa mujer y del motivo para incluirla en las esculturas de la catedral: «No ha de relegarse al olvido que junto a la tentación del Señor está una mujer sosteniendo entre sus manos la cabeza putrefacta de su amante, cortada por su propio marido, quien la obliga dos veces por día a besarla. ¡Oh, cuán grande y admirable justicia de la mujer adúltera, para contársela a todos!».

- CAPÍTULO 2 -

ENTRE NAZIS Y VIDENTES

Aquella primera semana de investigaciones en Santiago fue frenética. Cada día, agentes de policía hacían lo que llamaban una «requisa» de una zona concreta de la catedral. Es un lugar inmenso, lleno de recovecos. Cada mañana repasaban a conciencia alguno de ellos. Fuera del templo, en la comisaría, los investigadores llegados desde Madrid disponían ya de un despacho con ordenadores y la ayuda de personal de Santiago. Cada día, los policías iban varias veces desde esa oficina a la catedral, en visitas de ida y vuelta.

Muy pronto, Ana se daría cuenta de que aquella no iba a ser una operación policial cualquiera. Hablaba varias veces al día con su superior, el inspector jefe Tenorio, que seguía sin poder moverse casi, y ambos acuerdan desde el principio que no van a comentar con nadie nada de lo que averigüen, ni siquiera con sus compañeros, los jefes policiales de Santiago. Los investigadores iban a poner una enorme lupa sobre los habitantes de la catedral, y al hacerlo iban a enterarse, como les ocurre siempre a los policías, de trapos sucios y pecados más o menos capitales de quienes allí moraban. De forma que decidieron que nadie, salvo ellos, tuviera acceso a las pesquisas. Que tampoco trascendiera nada. Para encontrar el *Calixtino*, ellos iban a remover hasta las piedras de la catedral, un mundo opaco, cerrado al exterior, y muchas personas podían salir dañadas.

La catedral de Santiago tiene, pues, cincuenta y tres alzadas de hombre de longitud, es decir, desde la puerta occidental hasta el altar de san Salvador. En cambio, de anchura, desde la puerta Francesa hasta la del mediodía, tiene treinta y nueve. Su altura por dentro mide

catorce. Nadie puede saber cuánta sea su longitud y su altura por fuera. Esta misma iglesia tiene, pues, nueve naves abajo y seis arriba, y un cuerpo y dos brazos, y otras ocho capillas pequeñas, en cada una de las cuales hay sendos altares. Y de aquellas nueve naves que seis son pequeñas y tres grandes. La primera nave principal va desde la puerta de occidente hasta los cuatro pilares centrales que sostienen toda la iglesia, y tiene una navecilla a la derecha y otra a la izquierda. A su vez las otras dos naves grandes están dispuestas en dos brazos y la primera de ellas se extiende desde la puerta Francesa hasta la puerta meridional. Y ambas naves tienen dos navecillas laterales. Estas tres naves principales llegan hasta el techo de la iglesia, y las seis pequeñas solo alcanzan hasta las medias cindrias. Todas las naves grandes tienen de anchura once alzadas y media de hombre. La alzada de un hombre decimos que son justos ocho palmos. En la nave mayor hay veintinueve pilares, catorce a la derecha y otros tantos a la izquierda, y hay uno dentro entre las dos puertas frente al aquilón, que separa los ciborios. A su vez, en las naves del crucero de la misma iglesia, a saber, desde la puerta Francesa hasta la del mediodía, hay veintiséis pilares, doce a la derecha y otros tantos a la izquierda, y dos colocados dentro ante las puertas, que separan los ciborios y los portales. En el ábside, además, existen ocho columnas exentas alrededor del altar de Santiago. Las seis navecitas que hay arriba en el triforio de la iglesia son de la misma longitud y anchura que las otras navecitas que están debajo de ellas. Por uno de sus lados, desde las grandes naves, suben hasta lo alto, y unos dobles pilares que son llamados por los canteros medias cindrias. Arriba en las naves hay tantos pilares como existen abajo en la iglesia y en el triforio hay tantos arcos fajones como abajo; pero en las naves del triforio entre pilar y pilar hay siempre dos columnas juntas, llamadas cindrias por los canteros. En esta iglesia, en fin, no se encuentra ninguna grieta ni defecto; está admirablemente construida, es grande, espaciosa, clara, de conveniente tamaño, proporcionada en anchura, longitud y altura, de admirable e inefable fábrica, y está edificada doblemente, como un palacio real. Quien por arriba va a través de las naves del triforio, aunque suba triste se anima y alegra al ver la espléndida belleza de este templo.

«Quien por arriba va a través de las naves, aunque suba triste, se anima y alegría.» Lo decía el *Códice Calixtino*. Aquellas primeras noches, la inspectora Ana no dormía bien en su habitación del hotel en Milladoiro, a unos cuatro kilómetros del templo. Daba vueltas a todos los datos, se le ocurrían algunas ideas. «¿Se ha podido vender?» «¿Para qué lo han robado?» Desde Madrid, sus jefes habían decidido que fuera ella, y solo ella, la que hablase con los canónigos, esa casta especial de hombres poderosos y ajenos al mundanal ruido. La edad media de los sacerdotes que formaban parte del cabildo es... la edad media. Era una broma que escucharían aquellos días. En el órgano de gobierno de la catedral no había ningún sacerdote menor de sesenta años y casi todos habían cumplido ya los tres cuartos de siglo. Los canónigos —hoy quedan nueve y dos eméritos o jubilados— vivían, rezaban y morían dentro de la catedral, pues allí tenían derecho a ser enterrados. Todos votaban en las reuniones del cabildo. Y no todo era paz entre ellos.

Ana y un compañero policía acuden uno de aquellos primeros siete días tras el robo a ver a uno de esos canónigos, don Manuel Iglesias, antiguo administrador de la catedral. El sacerdote tiene ya ochenta años, pero está muy lúcido. Parecía que los estuviera esperando. No se va por las ramas y saca de un cajón varias libretas manuscritas en las que guarda anotaciones que van a resultar muy interesantes para los investigadores. Manuel Iglesias había sido el responsable de entregar el dinero que los peregrinos y los devotos dejaban en el centro religioso a la empresa Prosegur, que luego llevaba los billetes al banco. Ana descubre asombrada que el sistema es artesanal, casi medieval. Todas las semanas, cada miércoles o jueves por la mañana, los vigilantes con uniforme marrón llegan en un furgón y lo dejan en el lugar de la rúa Fonseca que comunica directamente con la catedral. Entonces, desde arriba baja lentamente una polea con el dinero: decenas, cientos de miles de euros en las semanas buenas. Abajo, el guardés del templo, Armando Raposo, a quien llaman «el deán civil», una especie de jefe de mantenimiento y personal de la catedral, sale de la nave y entrega entonces el saco a los de seguridad, que se encargan de llevarlo al banco.

La catedral de Santiago es una fábrica de hacer dinero. Pegados a sus muros de piedra, delante de sus dieciséis capillas, incrustados en sus pilares y frente al santo sepulcro, cepillos para limosnas de todo pelaje asaltan al peregrino. Es imposible no toparse con alguno de ellos. Los hay de madera, de

metal, plástico y piedra; antiguos y modernos; donativos para honrar a un santo determinado o bien para el mantenimiento general del templo. Para monedas y para billetes. Es un sistema circulatorio por el que en vez de sangre o agua corren ríos de euros, dólares y dinero de todo el planeta. Un flujo que no estaba controlado por nadie.

La tentación que pueden sentir los pecadores por coger algo de ese río de dinero viene de lejos. Ya en los estatutos del cabildo catedralicio de Santiago, el órgano de los sacerdotes que gobiernan la seo, aprobados en 1899, se hablaba de las funciones que desempeñan los llamados reliquiarios. El canónigo reliquiario era el encargado de anotar en un libro todas las limosnas recibidas; debía hacer constar, además, el nombre del devoto y el objeto de su donativo. Don Manuel Iglesias era, más de cien años después de aprobarse aquella norma, el canónigo administrador, heredero de los reliquiarios, el encargado de poner orden y controlar los dineros de la catedral.

Aquel día, el anciano sacerdote Iglesias, el primero que fueron a ver los policías llegados desde Madrid, les tiene preparada una revelación: les cuenta que un párroco de pueblo lo ha llamado por teléfono la noche anterior y le ha dicho que quizá el *Códice* ha sido robado por un misterioso grupo neonazi radicado clandestinamente en algún rincón de Galicia. Un feligrés había llamado al cura y le había dado el nombre del supuesto ladrón ultraderechista, el que sería el cabecilla de los nazis profanadores de templos.

Los policías no se lo creen, pero tienen que acercarse hasta el pueblo, cerca de Cangas, para comprobarlo. Allí, el humilde párroco les cuenta que, en efecto, un vecino lo ha llamado y le ha dicho que el *Códice Calixtino* «lo ha robado Paco, el nazi», sin más. El curilla se resiste a darles el nombre verdadero, el número del teléfono móvil o algún dato que les permita llegar hasta el confidente. Así que no hay más remedio que utilizar un viejo truco de policía, uno casi artesanal. Mientras uno de los investigadores da conversación y distrae al párroco, el otro agente lee al revés el papel donde está escrito el teléfono del hombre que ha llamado para denunciar al nazi y lo memoriza. Al salir del despacho, comprueban los datos, hacen la llamada. La pista no llevará a ningún sitio, todo indica que se trataba de una venganza entre vecinos aprovechando que el *Códice* estaba aquellos días en todos los medios de comunicación. Nunca supieron si Paco era nazi, pero estaba claro que no tenía nada que ver en la desaparición del *Calixtino*.

Cualquier desaparición *mediática*, ya sea de personas o de objetos valiosos, se convierte, hace años ya, en una extraña mezcla de *Gran Hermano*, *Sálvame* y otras salsas más o menos rosas. Eso incluye a veces la aparición estelar de algunas personas que dicen tener conexión con el otro mundo, los videntes. Los policías, que suelen renegar de ellos, saben que a veces los adivinos son usados como paraguas por gente que realmente sabe algo de un asunto criminal, que en ocasiones son una especie de confesores de alguien que no se atreve a acudir a la justicia, de forma que no rechazan escuchar a ninguno de los médiums, por mucha pereza y escepticismo que sientan. Eso fue lo que hizo que gente de la misma unidad policial donde trabaja Ana acabara, por ejemplo, haciendo un extraño viaje a Sevilla acompañando a una gurú que había sido recomendada por la Ertzaintza, la policía vasca, para tratar de encontrar el cadáver de Marta del Castillo, la joven desaparecida y asesinada el 24 de enero del 2009 y cuyo cuerpo aún no ha sido encontrado.

La policía vasca aseguraba que aquella mujer había ayudado a encontrar los cuerpos de dos ciudadanos desaparecidos en Euskadi, de forma que, tras consultar con sus colegas de la Policía Nacional, la trasladaron a Sevilla. La médium decía «haber visto» que Marta del Castillo estaba muerta, enterrada en una finca de olivos a diez kilómetros de la capital andaluza; más exactamente apuntó que el cuerpo de la adolescente estaba bajo el olivo número veintiséis contando desde la entrada, lo dijo con una precisión casi científica. Aquello ocurrió meses antes de la desaparición del *Códice Calixtino* y no terminó bien: cuando ya estaban yendo hacia la finca, la vidente reparó en que se había olvidado en el hotel algunas de las *herramientas* que utiliza para comunicarse con el otro mundo. Uno de los comisarios de la UDEV tuvo que recordárselo y todos regresaron a la base. Luego, cuando por fin llegaron a la finca señalada por la mujer, comprobaron que en aquel terreno ni siquiera había veintiséis olivos en fila.

En el caso del *Códice* también aparecieron algunos videntes. Lo hicieron muy pronto, desde la primera semana, al calor de la noticia difundida por televisiones de todo el mundo. Los investigadores se resignaron a tener que escuchar a uno especialmente. Se trataba de un hombre que aseguraba que él sabía dónde estaba el *Calixtinus* y también conocía quién lo había robado, pero eso no era lo más importante. Antes de revelarles esos dos datos, el gurú quería contar a la policía algo mucho más urgente: él tenía la verdad, toda la

verdad, sobre los atentados islamistas de Madrid del 11 de marzo del 2004. Tras una reunión breve, los policías lo bautizaron como «el vidente pirado» y decidieron no perder más tiempo con él.

La maquinaria de la policía trabajaba contra el tiempo. Lo primero, como siempre, era buscar a quienes podían haber cogido el *Códicepor* uno de los pecados capitales más comunes: la avaricia. Un robo por dinero. Así, repasaron, por ejemplo, la historia personal y policial de todos los vigilantes de seguridad que trabajaban en la catedral en busca de posibles candidatos. Cruzaron sus nombres en sus bases de datos en busca de algo sucio o extraño en sus vidas, o de malas compañías que podían haberlos atraído hacia el lado oscuro. Así descubrieron que una de las *seguratas* más recientes, que había empezado a trabajar en el templo apenas dos días antes de que se llevaran el *Códice*, tenía un hermano que había sido detenido por un asunto de falsificación de moneda.

Los investigadores rebuscaron en aquella vieja historia, del año 2002. En realidad, no tenía demasiada sustancia. Una noche, el hombre había sido parado por una patrulla de la Policía Nacional, los agentes lo habían cacheado y le habían encontrado ocho folios en blanco en los que estaban fotocopiados ocho billetes de cinco mil pesetas. El asunto no tenía demasiado color ni nivel y muy pronto los vigilantes y su entorno quedaron descartados como sospechosos. Pero aquellos días los investigadores iban a recibir otra llamada. Una mujer próxima a los religiosos, al entorno místico de la catedral, decía saber quién tenía el *Códice* en su archivo personal. Unos días atrás, ella lo había visto con sus propios ojos. El ladrón, les aseguró, era un sacerdote jesuita, un respetado coleccionista de antigüedades y también amigo personal de don Manuel Fraga Iribarne, el que fuera presidente de la Xunta de Galicia y que había fallecido en enero de aquel año, 2012.

- CAPÍTULO 3 -

«EL LADRÓN ES AMIGO DE MANUEL FRAGA»

«He visto el *Códice Calixtino* con mis propios ojos. Lo tiene en su casa José López Calo. Ese hombre es un sacerdote que vive en la residencia de los jesuitas.» Una voz de mujer contó todo eso a los agentes que el 9 de julio atendían el teléfono 091, pocos días después de que se denunciara el robo del manuscrito. La inspectora Ana y sus compañeros averiguaron que el tal López Calo era, en Santiago y toda Galicia, un prestigioso coleccionista de antigüedades, pero que, en el micromundo dentro de la catedral, aquel hombre tenía otra fama, no se sabía si bien ganada o producto de maledicencias. Muy pronto, los agentes localizaron a esa mujer y se entrevistaron con ella. Insistía en que había estado en la casa de los jesuitas con López Calo y aseguraba que él seguía dando misa cada mañana, a las siete, en la catedral, algo que los policías comprobaron que era falso.

La mujer, soprano de vocación, parecía saber de qué estaba hablando:

—Tiene su casa llena de libros antiguos, con alarmas y cámaras de seguridad. Me suele decir que cuando se muera lo dejará todo a la universidad, pero que les ha hecho firmar una cláusula por la que ellos, entonces, no permitirán a nadie que vea su biblioteca.

Los policías se dan cuenta de que pueden estar ante una pista interesante.

—¿Cómo es este señor? —le preguntan con aire inocente.

—Calo es muy egoísta, no quiere compartir con nadie lo que tiene, solo

con las personas, como dice él, que están a su altura —continúa la mujer.

La colaboradora espontánea sigue relatando a los policías de qué conocía al sacerdote que podría tener en su casa el *Códice* robado.

—Quiso comprarme mi biblioteca. Yo tengo algunos pergaminos y libros, ¿saben?, pero le dije que no. Él me dijo que si se la vendía, pondría mi colección en una sala de su casa con un letrero y mi nombre. Me dijo también que yo pasaría a la posteridad.

Los policías escuchaban aquellas palabras, cada vez más interesados.

—En su biblioteca tiene verdaderas obras de arte, me enseñó un libro inmenso, me dijo que lo había comprado por once millones —continuaba la testigo.

Los agentes dieron *carrete* a la mujer mientras ella seguía dando datos y explicaba que el jesuita estaba vinculado a nombres conocidos, famosos, poderosos.

—Estaba obsesionado con los libros antiguos, casi nunca se los presta a otros estudiosos. Es amigo de Manuel Fraga. Hace años, Fraga le dio ciento cincuenta millones de pesetas para realizar unos discos con su trabajo. Pero nunca hubo discos y López Calo se quedó con el dinero. También es amigo del rey de España.

En realidad, la mujer no había visto el *Códice Calixtino*, pero quería ayudar a la policía y de buena fe había apuntado al jesuita como sospechoso. Ella pensaba que podía estar detrás del asunto. Pero un juez nunca autorizaría, solo con esos datos, a registrar su casa en busca del libro robado. Había que buscar por otro lado antes de descartar la pista del musicólogo.

En cualquier investigación policial es básico hacerse con fuentes, *chotas*, confidentes, chivatos, colaboradores, soplones, *gargantas*... Son personas que viven con un pie a cada lado de la ley. Mienten a sus socios en el negocio

criminal y mienten a la policía, pero a veces dicen la verdad, o una parte de ella, y facilitan grandes operaciones policiales. Cada *confite* es un mundo. La ley obliga a que los colaboradores fijos de la policía y la Guardia Civil estén registrados y controlados, a que reciban un dinero, pero también a que se les asigne un código de fiabilidad —en la Guardia Civil se califica como A-1 al confidente que aporta los datos de mayor veracidad—. En la investigación sobre el *Códice Calixtino*, la inspectora Ana y sus hombres tuvieron casi que partir de cero. Desde Madrid, coordinados por el jefe Tenorio, que ya estaba haciendo la primera fase de rehabilitación de su espalda en su casa, se *tocó* a los contactos habituales, pero en Santiago de Compostela, sobre el terreno, se iban a necesitar *gargantas* nuevas, no profesionales, de los que no cobran, los más difíciles y artesanales de localizar. Mucho más en un mundo tan cerrado como el de la catedral. En otro mundo, un mundo de otra época, medieval casi.

Muy pronto, y pese a las dificultades, los policías habían conseguido hacerse con una *fuentes* de fiar, alguien que se abría y contaba las pequeñas miserias del corazón y también del estómago del templo que da vida a Santiago de Compostela. X era un seglar, joven, que trabajaba en la catedral. Era de los pocos que sonreía cuando veía a la mujer policía entrar en el templo aquellos días. Así que, cuando se recibió la llamada que señalaba al sacerdote López Calo, los investigadores acudieron a él en busca de una voz imparcial y fiable.

—Es *vox populi* en la catedral que cuando Pepe López Calo va al archivo hay que tener cuidado. Dicen que roba cosas y, siempre que va al archivo, alguien se queda con él para no dejarlo solo en ningún momento. A veces es el mismo deán el que se queda vigilando —le explicó X.

Dos agentes se desplazaron días después a Burgos, donde estaba entonces el sacerdote jesuita, para entrevistarse con él. El domingo 3 de julio López Calo había estado en la ordenación de sacerdotes, en la catedral de Santiago, así que el jesuita podía haber tenido oportunidad de acercarse a la sala donde *dormía* el *Códice*. Cuando los policías hablaron con él, el padre López Calo les reveló otra historia que estaba soterrada entre la piedra de Santiago: hace siete años que no va a la zona del archivo, han sido siete años de una guerra sorda, total, con el deán, don José María Díaz, con el que tuvo un

enfrentamiento en el año 2004, del que prefiere no explicarles nada a los policías, y con el que, desde entonces, dice, no se ha vuelto a cruzar una palabra.

- CAPÍTULO 4 -

EL IMPENETRABLE DEÁN

Manuel Fraga fue durante años el hombre más poderoso de Galicia, pero en Santiago de Compostela su poder tenía que compartirlo con la piedra, con la catedral, con Dios. Fraga era un hombre religioso, pero también fue un hombre práctico. Cuando llegó a la Xunta de Galicia, tras una larga vida en política, don Manuel se enteró de que la catedral pasaba por un mal momento. Los peregrinos no llegaban con tanta frecuencia como antes y los ingresos disminuían. Corría 1990 y toda España hablaba de los preparativos de la Expo en Sevilla y de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Galicia se quedaba descolgada de aquella ola de inversiones cuando uno de los hombres fuertes de Fraga, Vázquez Portomeñe, entonces *conselleiro* de Relaciones Institucionales, fue a comer al Gato Negro, una taberna de Santiago. Tras tomarse unas tapas y regarlas con un buen vino de Ribeiro, alguien mencionó que en 1993 tocaba celebrar el Año Santo compostelano. Casi ninguno de los comensales lo recordaba, porque por entonces esas celebraciones xacobeas pasaban casi desapercibidas. La cosa se fue animando y, en unas servilletas, Portomeñe empezó a dibujar su plan para «resucitar» algo de Galicia, algo de Santiago de Compostela.

Aquel esbozo de idea supieron *empaquetarlo* bien. Lo llamaron *Plan Xacobeo 1993* y, en efecto, resucitaba el Camino de Santiago, pero no como algo rancio y anacrónico. Fraga y los suyos lo vendieron como la «Calle Mayor de Europa», un camino que simbolizaba los valores de la Unión Europea, el club de las democracias occidentales. Faltaba por convencer al entonces presidente del Gobierno, Felipe González, porque el Camino hasta Compostela estaba destrozado tras décadas de decadencia. Después de

muchos años de rivalidad política, con el retiro de Fraga a su tierra gallega, Felipe había empezado a apreciar al viejo *león de Perbes*, quizá por comparación con su sucesor José María Aznar. El socialista solía comentar que a Fraga «le cabe el Estado en la cabeza» y aceptó encantado la propuesta de su viejo rival. El rey Juan Carlos también se mostró entusiasmado. Con el apoyo de todos iba a haber dinero y se levantaría una red de albergues, se restaurarían itinerarios y monumentos, se celebrarían actividades científicas, deportivas, culturales... y hasta se crearía un logo, una marca y una mascota Xacobeo que no cayó demasiado bien entre los sectores más conservadores de la Iglesia. Se llamaba el *Pelegrín* («peregrino») y fue creada por el diseñador Luis Carballo. El artista había tomado como base para crear a *Pelegrín* la descripción que de los viejos peregrinos y caminantes a Santiago se hacía ya en el *Códice Calixtino*.

El libro 5 del manuscrito, desaparecido cuando la inspectora Ana y los suyos habían llegado a la catedral, recoge el *Iter pro peregrinis ad Compostellam*, una completa guía para los peregrinos que describe la ruta del Camino Francés, las costumbres de los pueblos y ciudades por donde pasa el itinerario y los santuarios que el caminante debe visitar. Dividido en once capítulos, el libro 5 del *Calixtino* repasa como un diario de viaje las posadas y los hospicios, los accidentes naturales del camino, los peligros para el peregrino. También incluye algunas anécdotas y opiniones del autor del *Códice* sobre lo que se fue encontrando durante su travesía hacia Compostela. Así, los habitantes del norte de España eran, en su opinión, «hombres de caras feroces que aterrorizan a la gente con sus gruñidos de bárbara lengua». Especialmente negativa resultaba su impresión sobre los vascos y navarros, de quienes escribió que «son un pueblo repleto de maldad, de tez oscura, de aspecto aberrante, perverso, pérfido, desleal y falso». El manuscrito llega a calificarlos de ladrones que «comen, beben y visten como cerdos». Claro que los propios gallegos son descritos en el *Calixtino* como seres «iracundos y litigiosos».

La resurrección y el *lifting* del Xacobeo fueron todo un éxito. Muy pronto, la Unesco declaró el Camino de Santiago Patrimonio Cultural de la Humanidad. Galicia fue de las pocas comunidades autónomas españolas que crecieron en riqueza durante aquel 1993, un año de recesión después de los fastos del 92. La Xunta invirtió unos veintiún mil millones de pesetas en el

primer Xacobeo moderno y se calcula que el retorno, el impacto publicitario mundial, fue de trescientos mil millones, además de todas las obras que se hicieron en la ciudad y que ahí siguen. Así que don Manuel había resucitado el Camino, lo había puesto en el escaparate de agencias de viajes de ciento ochenta países del mundo, pero la catedral seguía rigiéndose por las normas de Dios y las normas de los canónigos, los hombres de negro. La catedral, la piedra, conservaba mucho poder en Galicia. Eso palpaban Ana y sus compañeros cuando cruzaban sus patios. Allí dentro se respiraba poder. Más que en la Xunta de Galicia, cuyo palacio estaba muy cerca.

Tiene esta iglesia, según tradición, setenta y dos canónigos, de acuerdo con el número de los setenta y dos discípulos de Cristo, y que observan la regla del doctor de las Españas san Isidoro. A estos, pues, se les reparten las ofrendas del altar de Santiago por semanas sucesivas. Al primero se dan las ofrendas en la primera semana, al segundo en la segunda, al tercero en la tercera y después se reparten a los otros hasta el último. Cada domingo, según dicen, se hacen tres partes de las ofrendas, la primera de las cuales la recibe el hebdomadario a quien corresponde. De las otras dos partes nuevamente reunidas se hacen luego tres partes, una de las cuales se da a los canónigos para su comida, otra a la obra de la basílica y la otra al arzobispo de la iglesia. Pero la semana que va de Ramos a Pascua debe darse de acuerdo con la costumbre a los peregrinos pobres de Santiago en el hospital. Es más, si se cumple la justicia de Dios, la décima parte de las ofrendas del altar de Santiago debe darse en todo tiempo a los pobres que lleguen al hospital. Pues todos los peregrinos pobres deben recibir por amor de Dios y del Apóstol hospitalidad completa en el hospital la noche siguiente al día en que lleguen al altar de Santiago. En cambio, los enfermos han de ser atendidos allí caritativamente hasta su muerte o total restablecimiento. Pues de esta forma se hace en San Leonardo. Cuantos pobres peregrinan allí llegan, reciben comida. También deben darse normalmente a los leprosos de la misma ciudad las limosnas que lleguen cada domingo al altar desde el amanecer hasta la hora tercia.

Y si algún prelado de la misma iglesia cometiese fraude en esto o invirtiese de otro modo las limosnas que han de darse como hemos

dicho antes, tenga su pecado ante Dios y él.

(*Códice Calixtino*, libro 5, capítulo 10)

Los canónigos, los hombres que gobernaban la catedral, eran, además, o al menos debían serlo, hombres santos. Así lo ordenaba el *Códice Calixtino*. Su líder, el deán, era la persona más poderosa de Santiago. Desde hace novecientos años, se llama así al jefe del cabildo de la catedral, en lugar de abad, prior o arcipreste. Quien llega a ser elegido deán se sienta en la primera silla del coro del Evangelio, que también preside. Es la «primera dignidad después de la pontifical». Puede «convocar a cabildo, presidirlo, proponer los asuntos a tratar, resumir la votación, cuidar con el secretario capitular de la redacción de los acuerdos», según los viejos estatutos de 1899. El deán tiene voto en todas las comisiones del cabildo, «asistirá a todas las cuentas de la Hacienda, tendrá cuidado de los pleitos». Tras el robo del *Códice*, era evidente que los ojos se dirigirían al deán, porque, según los estatutos: «Al deán corresponde cuidar que se cumplan todos los ministerios que en orden al oficio divino sea menester. Y que todos los empleados y dependientes de la iglesia cumplan sus respectivas obligaciones, debiendo amonestar, corregir y multar a los que fallen a ellas».

El deán que gobernaba la catedral cuando desapareció el *Calixtino*, don José María Díaz, había nacido en 1930 en el seno de una familia humilde de Mondoñedo, y capitaneaba una nave que no se guiaba por los códigos de los civiles. Al menos, no de los civiles del siglo XXI. Los canónigos vivían y morían en la catedral. Allí eran enterrados algunos. El deán era su almirante, pero dentro de esa nave había bandos enfrentados, facciones. Cualquier innovación debía ser votada por ellos en el cabildo. Y desde hace mucho tiempo, casi todas las innovaciones eran sistemáticamente rechazadas. De forma que el tiempo y las leyes se habían quedado frenadas allí, como en un enorme banco de arena. El robo del *Códice Calixtino* iba a proyectar un foco de luz sobre toda la vida interior de la catedral. Y la inspectora Ana y sus compañeros tendrían que adentrarse en ese mundo sinuoso.

La primera vez que los policías se vieron con el deán se llevaron una impresión ambigua. Se trataba de un hombre muy culto, pero frío, acostumbrado a controlar sus emociones y que creaba distancia, que colocaba algo así como un cristal para hablar con ellos. Ana y su jefe Tenorio, que

habían trabajado durante años en los grupos de Información Antiterrorista del País Vasco, estaban acostumbrados a *leer y traducir* lo que decían algunas personas o lo que ocultaban sus caras y sus gestos mientras las interrogaban o les hacían preguntas más o menos rutinarias. Pero con el deán eso no funcionaba. Don José María era un hombre muy consciente del poder que tenía, muy inteligente, culto, pero poco accesible. Aun así, en sus primeros encuentros, Ana ya se dio cuenta de que el hombre estaba nervioso.

Don José María tenía ochenta años y sufría «lagunas de memoria». Así se lo contó a la policía. Por ejemplo, no sabía a ciencia cierta desde cuándo faltaba el *Códice* de su sitio reservado en la catedral. Explicó que a la última persona que se lo había enseñado, algo así como un mes antes del robo del manuscrito, era un profesor universitario, al que los agentes localizaron luego en Jaca (Huesca). El deán se había equivocado; aquel profesor había estado viendo el *Códice Calixtino*, era cierto, pero eso había ocurrido muchos meses atrás.

Decidieron entonces preguntar al jefe de la catedral por el musicólogo López Calo, a quien una mujer había apuntado como posible autor del robo. Don José María dio la respuesta en un tono que no iba a abandonar y que llegó a desesperar a los policías que trataban de resolver el robo en *su* catedral. «Sí, dicen que este hombre se lleva a veces documentos y libros del archivo», les apuntaba, «pero no, no creo yo que haya sido capaz de algo como esto», se corregía... «Es cierto que hablan de que faltan cosas del catálogo de bienes muebles de la iglesia y convento de San Domingos de Bonaval y del catálogo de visitas del magistrado Carmona», amagaba de nuevo, «pero no, no creo que haya sido él», finta.

Muy pronto, desde los primeros días de investigación, la inspectora Ana y los suyos escucharon todo tipo de rumores, chismes, sobre la vida del deán y la de los otros hombres de la catedral. Todos los que viven y tendrán el privilegio de ser enterrados allí tienen más de sesenta y cinco años, pero esas historias, las suyas y las de los trabajadores civiles, afloran como agua estancada entre pasillos y escaleras, sobre las catacumbas, bajo la piedra de Santiago. Los empleados civiles forman otra *casta* dentro de la catedral. Son como una especie de segunda categoría ante los canónigos, a quienes han de servir y obedecer. Pero no convenía que los policías se dejaran engañar. En realidad, esos seres *gregarios* sabían todo sobre los canónigos y la vida en la

catedral. Conocían los pecados que se cometían allí. Y por eso tenían los secretos, el poder real, tanto que algunos de ellos se sentían más dueños del templo, del espacio físico, que los propios sacerdotes. Al fin y al cabo, los sacerdotes, los deanes, pasaban, cambiaban con el tiempo. Y los trabajadores, los gregarios, seguían allí, inmóviles durante décadas, eternos. Muchos de ellos no se jubilaban, no se iban, algunos incluso pasaban su puesto en la catedral a sus hijos, como en tiempos antiguos.

El primero de esos seres gregarios de la catedral en sorprender a la policía fue el que había sido electricista del templo durante casi veinticinco años, un tipo llamado Manolo Castiñeiras. El hombre apunta por primera vez que detrás del robo del *Calixtino* puede haber un móvil sentimental. El deán, les cuenta el electricista a los policías, tiene un «amigo» con el que tuvo una «relación» hace tiempo. Todo terminó mal, asegura, porque el deán dejó a deberle en facturas unos cuarenta mil euros. El supuesto amigo, dolido, habría robado el libro no tanto por dinero, que también, como para hacer daño al deán por haber faltado a su palabra y a su relación.

En ese mundo jerárquico también hay monjas, mujeres que, entre otras cosas, planchan, lavan, hacen las comidas a los canónigos... Son religiosas que viven en régimen de clausura en el convento de las Madres Mercedarias, donde reside también, en una humilde habitación, el deán, don José María. Las mercedarias son mujeres que eligen libremente vivir «cautivas», así lo definen ellas, consagradas a la religión y a servir a los canónigos, también a bordar mantelería y a cultivar productos en su pequeña huerta que luego a veces se venden al público.

Mientras los policías trataban de averiguar el paradero del *Calixtino*, detrás de los muros del convento se vivía otra historia tenebrosa. Una joven procedente de la India denunciaría a la policía que al menos tres chicas como ella vivían encerradas allí dentro, trabajando de sol a sol, casi como esclavas. Que no tenían documentación personal ni llaves para salir de allí. Que, de hecho, solo había dos juegos de llaves y ambas estaban en poder de las dos monjas superiores. «No te marcharás de aquí mientras yo viva», le había espetado una de las jefas, la madre María Luisa, a una chica que quería irse, según la denuncia.

Las mujeres pasaron hasta quince años viviendo allí, en el mismo convento en el que comía y dormía el deán, hasta que la Policía Nacional, en enero del

2016, las sacó casi contra su voluntad. Hasta tal punto que dos de ellas no querían irse cuando llegaron los agentes. Tras el escándalo, las monjas mercedarias emitieron un comunicado en el que rechazaban la versión de las jóvenes hindúes y aseguraban que ellas les habían dado en el templo de Santiago una «formación» para la «vida contemplativa», algo que se había convertido en una «tarea entrañable». Ninguna joven había estado allí obligada y una de ellas había llegado incluso a ser nombrada vicaria, el segundo puesto en importancia del convento, y hasta madre superiora en funciones. Las investigaciones de un juez concluyeron posteriormente que no se había cometido ningún delito y que las monjas extranjeras no habían sido retenidas allí contra su voluntad.

Cinco años antes de ese escándalo, cuando los investigadores trabajaban ya en Santiago para recuperar el *Códice*, una de aquellas monjas que orbitaba por la catedral se dirige a ellos. Es la madre Asunción. Quiere hablarles a la inspectora Ana y a sus compañeros de otro «conocido» del deán don José María. La monja también lo llama «amigo» del sacerdote, dice que es un estudiante portugués de Medicina que iba «mucho» a ver al canónigo a su despacho y que desde que empezó el verano había «desaparecido». Pero esa religiosa tiene otra teoría sobre el robo del *Códice* y no duda en explicársela con claridad descarnada a uno de los agentes que ha llegado desde Madrid.

—Hay una persona que tiene acceso a todas las dependencias de la catedral. Tiene muy buena relación con el deán. Es el organista, Joaquín.

La monja les añade a los policías un detalle que ella considera de interés para ellos. En los pasillos de la catedral se comenta que el organista «podría ser homosexual» y que frecuenta ambientes y compañías «extrañas».

- CAPÍTULO 5 -

EL SEXO DE LOS ÁNGELES

El grupo de investigadores que dirigía el inspector jefe Tenorio había empezado la búsqueda del ladrón siguiendo el manual policial. Como la puerta de la estancia donde se guardaba el *Códice* no había sido forzada, lo primero era delimitar quiénes tenían la llave para entrar con suavidad. En principio, solo tres personas la tenían a su disposición. Uno era el deán y los otros dos eran los archiveros de la catedral, como llamaban a los documentalistas. Demasiadas pocas personas, de forma que convenía no cerrar el abanico de sospechosos tan pronto. Había que averiguar quién había tenido acceso al archivo donde se guardaba el *Códice Calixtino* con otra llave perdida o robada. Estaban el deán y los canónigos, claro; pero también los otros habitantes de ese fascinante y cerrado universo de la catedral de Santiago. Todos ellos acabaron formando parte de una lista de «interés» para los investigadores. Los policías pidieron a Hacienda y a los bancos de Santiago datos de todas las personas que estaban en esa lista en busca de algo que no cuadrara.

Muy pronto, descartaron a los dos trabajadores técnicos del archivo. Ellos eran quienes atendían a investigadores que llegaban a Santiago para estudiar el *Códice* u otros fondos históricos depositados allí. Pero en realidad lo que se enseñaba a la mayoría de los estudiosos era un facsímil del *Códice*, una lujosa copia, casi nunca el original. En la catedral había también tres catalogadores y un digitalizador del archivo. Ellos tampoco podían haber sido. No tenían llaves y no estaban allí en el momento en que se había producido el robo.

Las visitas al archivo de la catedral eran frecuentes, y no solo de investigadores. Poco antes de la desaparición del *Códice* había entrado allí un

grupo de jóvenes estudiantes de la ESO. A comienzos del año 2011, las integrantes del club de lectura *As pintoras daltónicas*, del Colegio Público Integrado dos Dices del Concello de Rois, en la provincia de La Coruña, tuvieron el privilegio de escuchar de labios del mismísimo deán los entresijos del *Calixtino*. «Yo prefiero tenerlo encima de un cojín y envuelto en un paño noble», les indicaba don José María libro en mano a las jóvenes estudiantes, que, sentadas alrededor de una mesa de la sala del archivo, iban grabando con sus teléfonos móviles. En su charla, el deán les relataba en gallego la importancia del manuscrito como un instrumento propagandístico para la ciudad de Santiago. «Este libro, para dársele prestigio inventósele un autor, Calixto II.» El anciano sacerdote finalizaba su disertación explicando la distribución del archivo de la catedral: «Tenemos cinco salas más de documentos escritos y una pequeña cámara fuerte donde está el *Calixtino* y los Tumbos medievales de documentación más importante, todo ello abierto a todo tipo de investigadores».

Ocho meses después de estas palabras, el libro desapareció. Fue entonces cuando las chicas del club de lectura colgaron en su blog y en YouTube el vídeo de su visita, que aún puede verse con el título, no exento de retranca: «*Código Calixtino: as pintoras daltonicas estivemos alí, pero nos non fomos*» (*Las pintoras daltónicas estuvimos allí, pero nosotras no fuimos...*). Las jóvenes no precisaban en ningún momento si lo que les enseñó el deán fue el auténtico *Códice* o uno de los facsímiles que se habían hecho tiempo atrás.

Entre tanto, los policías se habían hecho con varios ejemplares de aquellos facsímiles. Se habían realizado novecientas copias del volumen completo del *Códice Calixtino*, que se vendían en el museo de la catedral a unos dos mil quinientos euros cada uno. La empresa encargada fue Kaydeda y en la editorial Xuntanza, en La Coruña, tenían todavía ejemplares. Los peregrinos que acudían a la catedral podían consultarlos en la sala de investigadores del archivo, pero siempre en horario de lunes a viernes, nunca los fines de semana. La inspectora Ana decidió entonces poner a sus agentes a investigar a la empresa que hizo las copias del *Códice*. Sus empleados tuvieron libre acceso a él durante mucho tiempo y podían haber sentido la tentación de llevarse el original. Además, algunos rumores en la catedral hablaban de que aquella operación comercial había sido ruinoso. Desde que se pusieron a la venta, se colocaban muy pocos facsímiles, apenas uno o dos cada año. De

hecho, la mayoría se utilizaban para regalos a autoridades.

Volviendo a las personas incluidas como sujetos de interés en la lista de trabajadores y personas con acceso a las zonas sensibles de la catedral, entre ellas estaba la señora de la limpieza de la seo, una mujer llamada Victoria, que iba a dar la primera sorpresa a los policías. Los bancos enviaron la información y los agentes descubrieron que la mujer tenía una cantidad «interesante» de dinero en una cuenta corriente, una cifra que podía parecer algo inflada para lo que ella ingresaba con su trabajo, de forma que decidieron investigarla. La mujer trabajaba limpiando varias zonas de la catedral y también en el archivo, con lo que entraba y salía con absoluta naturalidad de la cámara donde se guardaba el *Códice*.

Por otra parte, el hombre más poderoso de los gregarios de la catedral era, desde hacía muchos años, un Raposo. Primero lo fue Armando, el padre, que se había jubilado, aunque seguía yendo al templo con mucha y devota frecuencia; ahora lo era Julio, su hijo. Los Raposo llevaban casi cincuenta años siendo los hombres para todo del templo y de los canónigos. Ambos tenían acceso a la cámara de seguridad donde se guardaba el *Códice Calixtino*. Tenían también llaves de casi todos los habitáculos de la catedral y conocían todo el laberinto de puertas y pasillos. A Raposo lo llamaban «el deán civil». Mandaba sobre todos los trabajadores no religiosos y tenía el privilegio de encargarse del botafumeiro. Cuando estudiaron sus cuentas corrientes, el jefe Tenorio y los suyos quedaron asombrados: allí había bastante dinero.

Así que investigaron al viejo guardés jubilado, *tiraboleiro* mayor del templo, jefe de los turiferarios, el responsable de hacer volar a una velocidad de casi setenta kilómetros por hora aquella bola de latón de sesenta y dos kilos de peso, cargada de incienso, un trabajo de contrapesos, cuerdas y tambores que giran sujetos al cimborrio y que necesita la participación de ocho personas. Raposo conocía el templo de arriba abajo, también sus vísceras y su corazón. Había entrado a servir en la catedral en 1950 y había aprendido el oficio hasta conseguir ser piloto del botafumeiro, quince años después. Era un hombre reservado, pero eso no sorprendió a la inspectora Ana ni al resto de los investigadores. Casi todos los gregarios y también los seres superiores, los canónigos, eran así. Raposo contestaba poco y solo a algunas preguntas. A veces las frenaba en seco, como hacía con el *tiraboleiro* casi siempre, salvo

en un par de ocasiones, como cuando no pudo evitar que le rompiera la nariz a un turista alemán que quiso acercarse demasiado.

La memoria de la catedral guarda como heridas las dos veces que la historia ha registrado que la enorme bola se cayó, para vergüenza de todos. La primera ocurrió el Día de Santiago de 1499. Aquel 25 de julio, la princesa Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, pasó por Santiago antes de viajar a Inglaterra con el heredero, Arturo Tudor, el príncipe de Gales. Cuando la princesa estaba en el templo, una de las cadenas que sujetan el botafumeiro se rompió y este salió disparado, atravesando la ventana izquierda de Platerías. Las leyendas de la catedral añaden que ese episodio habría sido una señal de la desgracia que estaba por venir: en 1501, el marido de Catalina murió. Y ella acabó casándose con Enrique VIII de Inglaterra, hermano de Arturo. Ambos tuvieron una hija: María, pero ningún varón. La intención del rey de dejar el trono a su primogénita chocaba con la iglesia católica, lo mismo que sus planes de abandonar a la princesa española y casarse con su amante de entonces, Ana Bolena. Enrique VIII hizo las dos cosas y se produjo el cisma de la iglesia anglicana, todavía vigente hoy. Catalina se negó a anular su matrimonio, fue desterrada y acabó sus días confinada en el castillo de Kimbolton, donde murió en 1536.

La segunda vez que se cayó un botafumeiro en Santiago ocurrió en el siglo XVII. El 23 de mayo de 1622, la cuerda o maroma que lo sujetaba se rompió y aquello cayó sobre los ocho hombres que lo manejaban, sin herir de gravedad a ninguno de ellos. Entonces era de plata maciza y había sido donado al templo por el rey Luis XI de Francia. Allí estuvo hasta que tropas francesas, las que mandaba el emperador Napoleón Bonaparte, invadieron España y colocaron como rey a José I—Pepe Botella para el pueblo—. En el año 1809, soldados del ejército imperial francés entraron en la catedral de Santiago y se llevaron consigo el enorme *echahumos*.

El botafumeiro que la inspectora Ana y los suyos veían esos días en la catedral era de latón, había sido fabricado en Vizcaya, en el año 1851, y el orfebre José Losada le había dado luego un baño de plata. También habían intentado robarlo, pero alguien mucho menos marcial que las tropas de Napoleón. En el año 1993, coincidiendo con una visita a Santiago de Compostela del entonces presidente del Gobierno, Felipe González, para celebrar el primer Año Santo Xacobeo moderno, una persona obsesionada con

el político trató de llevarse del templo la enorme bola de latón. Fue el empresario José María Ruiz-Mateos, a quien el Gobierno socialista había expropiado su imperio empresarial de Rumasa y protagonizaba desde entonces excéntricas operaciones de desprestigio de algunos políticos socialistas, como cuando hizo llegar a la revista *Interviú* unas fotografías del entonces director general de la Guardia Civil y ya fugitivo de la justicia Luis Roldán en calzoncillos y jugando con una cucaracha hinchable mientras celebraba una fiesta privada junto a dos mujeres. En aquellos tiempos, Ruiz-Mateos también se había vestido de Superman y golpeado al que fuera ministro de Economía, Miguel Boyer, al grito de «Que te pego, leche». Incluso llegó a ser elegido diputado en el Parlamento Europeo.

El chófer de José María Ruiz-Mateos, Víctor de la Cruz, explicaría tiempo después el plan que trazó su jefe para robar el botafumeiro de la catedral de Santiago. Según la versión del conductor, él y otra persona intentaron ejecutarlo en el verano de 1993.

—Antes de la visita de Felipe González, nos colamos en la catedral y *fichamos* los movimientos del *botafumeiro*. Al día siguiente, después de la última misa, llegamos a cogerlo, pero aquello estaba ardiendo y pesaba una barbaridad.

El que fuera hombre para todo de Ruiz-Mateos contó que, entonces, su cómplice y él decidieron dejarlo en un trastero de la catedral, pero que aquello empezó a soltar mucho humo, tanto que los canónigos lo detectaron y lo devolvieron a su lugar. El *botafumeiro* ya no había vuelto a salir de allí. El buen hacer de Armando Raposo, heredado por su hijo Julio, había evitado que ocurrieran accidentes serios. A veces, ya en tiempos de teléfonos móviles y de aplausos donde antes reinaba el silencio, como ocurre incluso en algunos entierros, los peregrinos rompían la calma de la catedral aplaudiendo cuando el deán civil atrapaba como un portero de fútbol avezado el *botafumeiro* en vuelo después de que completara sus diecisiete vaivenes en unos cinco minutos. En el año 2007, la Iglesia decidió empezar a cobrar un dinero extra por el uso del *echahumos* —unos doscientos cuarenta euros por cada grupo de turistas— fuera de los días especiales fijados para hacerlo.

El dinero ahorrado por los Raposo resultó llamativo para los

investigadores. Un día, Armando, el deán civil del templo, del que solo salió definitivamente para morir, en abril del 2014, fue preguntado por lo que habría ocurrido si en lugar del *Códice Calixtino* alguien hubiera robado los huesos del apóstol Santiago, la principal atracción de la catedral, el imán para cientos de miles de peregrinos. Raposo contestó entonces, con media sonrisa: «Si pasase eso, aquí se les acababa la bicoca». La bicoca. El chollo. La catedral. Los policías llegados desde Madrid descubrieron muy pronto que los personajes que poblaban el templo, del deán abajo, tenían sus propias costumbres, sus rutinas, se regían por sus propios códigos internos, casi como si formaran parte de la coreografía de un *ballet* que los que llegaban de fuera no podían entender. Manejaban además su propio lenguaje críptico, plagado de expresiones antiguas, frases hechas, refranes, ironías más o menos explícitas y citas de la Biblia. También, algunas del propio *Códice Calixtino*, como esta del libro 1, capítulo 2, que habla sobre el diablo y la tentación.

El diablo envidioso y proveedor de vicios, que tentó a Adán en el Paraíso y que nunca cesa en su empeño de apartar a los justos del buen obrar, precisamente en las solemnidades de los santos suele tentar más que en otros días a los diligentes con sus engañosos estímulos. Hay también algunos, lo que es más grave aún, que suelen malearse más en los días festivos que en otros, en vez de mejorar. Ciertamente no celebra las fiestas de los santos el que en los días festivos incurre en envidia, o maledicencia, o embriaguez, o excesiva juerga, o fornicación, u ocupación en cosas mundanas, o en homicidio, o en cacería de aves o de bestias, o en juegos de dados o de ajedrez, o en asedio o venganza o combate con enemigos, o en opresión de hermanos, o en cualquier falta grave; sino quien se ocupe y fuere hallado en repartos a los pobres, o dando hospitalidad, o en castidad, o visitando enfermos, o en lecturas sagradas, o en oración, o poniendo paz entre desavenidos, o en cualquier obra buena.

Los agentes interrogaron en aquellos frenéticos días del verano del 2011 a dos empleados de mantenimiento de la catedral, que ayudaban a los Raposo. Uno de ellos, José, se mostró especialmente nervioso cuando lo llamaron para que hiciera una declaración. El hombre llevaba ocho años trabajando en la catedral, les comentó nada más empezar a hablar. Ana y sus compañeros saben

que muchos inocentes se ponen histéricos cuando se ven bajo el foco de la policía. Parece que José va a ser uno de ellos. Aun así, deciden, como al resto, ponerle un cebo:

—Mira, José, fíjate qué curioso: si el que ha robado el *Códice Calixtino* mañana lo devolviera sin que tuviera daños, el ladrón no iría a la cárcel. Habría sido un hurto, nada más. Es lo que dice la ley aquí en España.

El obrero los miraba atónito, cada vez más inquieto. Los policías apretaron un poco más la cuerda.

—Sí, José. Por ejemplo, si fuiste tú el que cogió el *Códice* y mañana nos lo devuelves, no te pasaría nada, tan amigos.

El hombre no respondió. Pero cuando fue a firmar su declaración, los policías vieron que las manos le temblaban tanto que apenas podía sujetar el bolígrafo. Era inocente.

Unos días después de ese episodio, el 20 de julio, la inspectora Ana recibe una sorprendente llamada del deán. «He hablado con el organista. Me dicen que lo han visto por la zona de Milladoiro, y por allí vive Juan», le anuncia. Juan es un viejo empleado del templo que había pasado a ser un hombre de interés para los policías desde que el deán y otros les hubiesen contado que lo despidieron tras cometer algunos robos en la catedral. El más sonado, cambiar una bandeja de oro por otra simplemente dorada. Algunos de los canónigos y de los gregarios decían que Juan había pasado algunas temporadas en la cárcel. La reunión, en aquellos días críticos, del organista atormentado y el *ratero* despedido podría indicar algo. Quizá se hubieran puesto de acuerdo para robar el *Códice* y venderlo luego.

Como había hecho la madre superiora de las monjas, parecía que el jefe de la catedral apuntaba hacia uno de los dos músicos del templo. Por su cuenta y riesgo, sin consultar con la policía, don José María decide entonces hablar con él. El organista Joaquín le explica que sí, que estuvo en la zona de Milladoiro, pero simplemente porque fue a una tienda de segunda mano que estaba allí, un Cash Converters. Los investigadores acuden a la tienda con la fotografía del que luego iban a llamar *el Teclas*. Al dependiente le suena su cara, pero no

puede asegurar al cien por cien que ese fuera el cliente de uno de los últimos días. No recordaba tampoco su nombre. Luego, los agentes descubren que la tienda donde el organista dijo haber ido está en la misma calle que el domicilio del antiguo electricista, Manuel Castiñeiras. ¿Podía haber sido el robo del *Calixtino* una conjura de varios seres gregarios de la catedral para vengarse de posibles humillaciones a las que los sometieran los canónigos?

Tras aquel *soplo*, el deán envía otro mensaje, esta vez muy distinto, a los investigadores. Con delicadeza, les susurra que la señora de la limpieza de la catedral había acudido a él. La mujer estaba inquieta:

—Verá, don José María, es que me he enterado de que los policías están mirando en el banco mis cuentas corrientes. ¿Hay algún problema conmigo?, ¿usted sabe?

Ese mensaje del deán era su forma de decirles con elegancia a la inspectora Ana y sus compañeros policías que todos los pasos que ellos dieran en la catedral y también en Santiago, todos los movimientos que hicieran, iban a ser observados por muchas miradas. Y que el dueño de esos ojos iría a contárselo a él, que también se enteraría, muy rápidamente. Ana supo pronto que el deán no la engañaba. Cada vez que recorría los pasillos y las escaleras de la catedral, muchas veces con Rebeca, su joven compañera, ella no veía a nadie, pero sabía que alguien estaba observando lo que hacían, adónde iban, con quién hablaban. Y que alguien se lo iba a contar al deán muy rápido.

Uno de los investigadores lo resume así: «Al cruzar la puerta de la catedral entrabas en la Edad Media». Desde el principio, los policías y el juez Taín supieron que aquello no iba a ser fácil. No se escuchaba una mala palabra dentro del templo, todo era ceremonioso, no había un mal gesto, pero las cosas se iban a hacer a su manera, según dictaran los hombres del templo. El deán y los suyos tardaban en darles cualquier cosa que les pidieran hasta lograr desesperarlos. Conseguir cualquier dato sencillo, por ejemplo, la lista de trabajadores que estaban de vacaciones el día que desapareció el *Códice*, resultaba muy laborioso. Al juez Taín a veces le recordaba lo farrogoso que era investigar asuntos que tuvieran conexiones en otros países. En esos casos hay que pedir comisiones rogatorias al extranjero, te contestan meses después

y no te dan toda la información... Hay que volver a pedirla... La catedral de Santiago era como un país lejano en la distancia y en el tiempo. Desde el principio, el deán y los suyos les habían dejado claro que allí dentro se regían por sus propias normas. Que esa parte de España tenía sus propias reglas. Que todo tenía que contar con el conocimiento y el permiso del deán, que había que respetar sus tiempos lentos, su recelo; eso sí, un recelo muy educado, exquisito.

Aquella misma noche, dos policías volvieron a la catedral. Allí estaba, como cada madrugada, en una soledad y un silencio que impresionaban, el guardés nocturno y responsable de conectar el sistema de alarmas, Antonio. Es un tipo bajito, ancho de espaldas. Cada noche llegaba a las diez y hacía guardia en el templo hasta las siete de la mañana. Aquella madrugada, los policías lo acompañaron por todo el recorrido, casi en silencio. Fue algo impresionante para la inspectora Ana. El templo gigantesco, la piedra, de noche, la torre del Reloj. El silencio. No escuchaban ningún sonido en el interior, pero al regresar a la zona principal comprobaron que el organista estaba allí, tocando, abstraído.

El guardés nocturno les explicó que cada noche él hacía el mismo recorrido de vigilancia. Que tras subir las casi doscientas escaleras que llevaban a la torre, algunas de piedra, otras de madera, cada vez más estrechas, él estaba unos cuarenta y cinco minutos dando cuerda al enorme reloj de la catedral, un mecanismo que llevaba funcionando desde el año 1831 y que estaba dentro de un armario de madera, con cristales a los cuatro lados. Una enorme manivela movida por ese hombre de pueblo, de pequeña estatura, pero con una fortaleza que sorprendió a los investigadores, sube los contrapesos hasta el centro de la maquinaria y da vida al reloj para las siguientes veinticuatro horas. Desde allí arriba, desde lo que el guardés y los habitantes de la catedral llamaban La Trinidad, la inspectora Ana y los suyos lo comprobaron, nadie puede escuchar lo que pasa en otras zonas del edificio, mucho menos en el archivo y la cámara donde se guardaba el *Códice*.

El proceso que el guardés realiza cada noche dura unos tres cuartos de hora. La parte superior tiene cuatro diferenciales similares a los de un coche, que van conectados a un eje. Este atraviesa la fachada y hace girar la aguja de las horas de las cuatro esferas de la torre. Dos cuerdas se unen al mecanismo con dos brazos mecánicos. Llevan a dos «martillos» que golpean las dos

campanas de la torre, la campana menor, que marca los cuartos y las medias horas, y la famosa campana mayor, la Berenguela, que marca las horas en punto. La catedral cuenta a sus peregrinos que la campana mayor fue robada por el caudillo musulmán Almanzor cuando saqueó Santiago de Compostela en el año 999 de nuestra era. Almanzor ordenó llevarse a Berenguela y a su hermana menor, que fueron transportadas hasta Córdoba sobre los hombros de esclavos cristianos. Allí estuvieron, colocadas como si fueran lámparas en la mezquita de Córdoba, hasta que, tres años después, una expedición de más de diez mil hombres dirigida por Alfonso V de Castilla entró en Córdoba y las recuperó. El rey ordenó que las campanas volvieran a la catedral de Santiago a hombros, eso sí, de esclavos musulmanes capturados en aquellos días. Otra leyenda dice que Almanzor salió tras ellas, pero no pudo recuperarlas. Y que quedó maldito y murió poco después.

La Berenguela actual que hace sonar las horas en Santiago es una réplica de la que en 1729 fundió el mismo artesano que lo hizo antes con las campanas de la catedral de Burgos, Güemes Sampedro. Pesa 9.600 kilos y tiene un diámetro de más de dos metros. Está rota y puede verse en el claustro de la catedral de Santiago (*ver página A*), muy cerca del pasillo que llevaba hasta el *Códice Calixtino* (*ver página B*). El mecanismo del reloj y las horas que gobierna el guardés Antonio Conde tiene un problema: la aguja no puede desplazarse hacia atrás, de forma que la peor noche del año para el guardés es cuando, casi siempre a finales del mes de octubre, se retrasan los relojes para cumplir con el horario de invierno. Esa noche debe adelantar once horas el mecanismo para que todo siga sonando como debe.

Ha de ser impresionante para un hombre gallego humilde, de pueblo, estar a cargo de ese tesoro. Un orgullo. La tentación de la vanidad. También es, sin duda, una gigantesca responsabilidad. La leyenda, otra más, de la catedral de Santiago —hay casi una por cada rincón del templo— asegura que si una noche la campana Berenguela se equivocara y sonara trece veces en lugar de doce, el demonio tendría entonces un margen de una hora para gobernar el templo y el mundo. Alguien ha comentado a los policías que la campana no se ha equivocado, pero que el guardés, a veces, se olvida de conectar la alarma.

Los agentes comprueban que, como el personaje de la novela de Víctor Hugo que vive en la catedral de Notre Dame, Antonio no descansa ni una semana del año. Tampoco coge vacaciones de verano. Solo falta una o dos

noches de cada 365 días, cuando hay fiestas patronales en el pueblo de su esposa. Antonio es un personaje interesante en ese mundo tan cerrado y los policías tratan de ganarse su confianza. No lo van a lograr. Hasta tal punto que, cuando le piden el número de su teléfono móvil para llamarlo otro día y quizá hablar fuera de allí, sin testigos, Antonio, de quien algunas lenguas han contado a la policía que pasa algunas noches en compañía de alguna botella, se escurre y dice que no se acuerda del número de su móvil, que no lo lleva encima.

Dicen que el Apóstol echó una maldición a la tierra de Galicia de que no diera más vino en adelante, porque una matrona llamada Compostela, según cuentan, embriagada con vino, se durmió y no anunció al Señor, que visitó la Basílica, mientras él dormía en su regazo.

(*Códice Calixtino*, libro 1, capítulo 1)

Al día siguiente, los agentes vuelven a reunirse con una de las monjas del templo, la madre Asunción. Ella insiste en apuntar al organista de la catedral como posible autor del robo del manuscrito. Pero los investigadores ya saben que la opinión de la religiosa está bastante condicionada. Se han enterado de que, desde hace varios años, la mujer mantiene graves rencillas personales con el organista. Le reprocha que, durante las misas, cuando a ella le llega el turno de lucirse y hacer un solo en el coro, el organista toca demasiado alto con la intención, sospecha la madre Asunción, de tapar su voz.

Los policías que investigan el robo del *Calixtino* llamaban ya *el Teclas* a Joaquín el organista, otro de los seres gregarios de la catedral. El hombre rondaba los cincuenta años. Joaquín es alto, sensible, bien parecido. Había estudiado en el seminario, había sido alumno del deán y de otros canónigos de la seo. Tenía en sus manos la voz del templo, su pulmón. Lo hacía sonar majestuoso al menos dos veces al día, durante la conocida como misa del peregrino, a las doce del mediodía, y en la de las siete y media de la tarde. El órgano original de la catedral era barroco y fue encargado en el año 1704 a don Manuel de la Viña. La parte más visible del instrumento, su piel, había sido diseñada por el arquitecto Domingo de Andrade y decorada por el escultor Manuel de Romay. La última revisión la habían realizado en el año 2005. Joaquín hacía sonar aquellos millares de piezas mecánicas, eléctricas y

electrónicas como los ángeles. Solo él pensaba entonces en palabras como «labiales», «cañutería», «secretos» y «secretillos». En un órgano, los «secretos» son los distribuidores del aire a presión que hace sonar los tubos. En el de la catedral de Santiago, el órgano tenía cuatro «secretos», pero entre los pasillos había muchos más secretos, muchos eran ciertos, otros eran rumores, algunos, simples insidias. Y el organista era protagonista de algunos de ellos (*ver página D*).

Dos meses antes del robo del *Códice*, Joaquín *el Teclas* había quedado fuera del cartel del Compostela Organum Festival, donde la organista Loreto Aramendi, de la basílica de Santa María de San Sebastián, interpretó el *Primer Libro de Órgano*, una de las composiciones escritas por Manuel Cela, que se convertía así en el protagonista de la velada. Cela compartía el puesto con *el Teclas*. Aquella noche, acompañando las notas del órgano, se pudo escuchar también al coro de la capilla. Las partituras de canto gregoriano contenidas en el *Códice* constituyen una de las excepcionalidades del libro, pues son las primeras composiciones polifónicas escritas de Europa y en concreto la primera pieza de todo el repertorio occidental a tres voces. Son veintidós composiciones a dos y tres voces, pertenecientes a la primera época de la polifonía europea conocida como Ars Antiqua, de 1170 a 1310, y puestas por escrito constituían un conjunto de lo más vanguardista. Fueron lo último en la tendencia musical del momento, hace novecientos años.

Entre los pasillos y los archivos, las tumbas de canónigos y el claustro, se oían voces que hablaban del sexo de los ángeles, también del sexo del organista Joaquín. Algunos decían que era homosexual, como si fuera una señal sospechosa de algo. La inspectora Ana comprobó pronto que *el Teclas* era un hombre muy culto, superdotado, con un conocimiento casi enciclopédico de muchos temas. Pero también era un hombre atormentado. Decían que se había quedado huérfano muy pequeñito. Había sido uno de los protegidos del deán y ahora vivía solo en una casa de los canónigos en Santiago de Compostela.

El juez José Antonio Vázquez Taín, titular del número 2 de Santiago de Compostela y encargado del caso, autorizó a pinchar el teléfono de Joaquín el organista. Los policías sabían que habían tenido suerte. Un caso tan complicado como el *Calixtino*, que iba a obligar a poner patas arriba la catedral de Santiago y sus habitantes, había caído en buenas manos. La mala

fama o el prestigio de los jueces corren como la pólvora entre los pasillos de las comisarías y los cuarteles de la Guardia Civil. Casi todos los agentes veteranos saben de qué juez conviene fiarse, quién es perezoso, quién es un burócrata y quién, como el magistrado Taín, había arriesgado su vida, y hasta la de su familia, luchando por hacer bien su trabajo, descubrir delincuentes y lograr que se los condenara.

Taín no es un juez normal, si por normal entendemos la media, lo habitual en España. Sus abuelos eran agricultores, su padre fue maestro de escuela y su madre era ama de casa en una aldea de apenas sesenta habitantes de la Galicia de hace casi cincuenta años. Sus padres se deslomaron para que los seis hijos pudieran coger lo que entonces se llamaba el «ascensor social». Y así, ahora, hay un Vázquez Taín dentista, otra bancaria, otro director de un colegio..., y también hay un juez Taín.

Los policías lo respetaban desde hacía tiempo, y contaban con elogios historias sobre su trabajo y su valor. En 1999, el joven magistrado había llegado al juzgado de Vilagarcía de Arousa, un lugar de las rías gallegas conocido entonces como *Vila Mercedes* por los coches de lujo que los contrabandistas de tabaco gallegos, muchos de ellos pasados ya al negocio de la *fariña* o cocaína, paseaban impunemente por las calles ante la impotencia, cuando no la pasividad, de otros jueces y algunos guardias civiles y policías. Eran años muy complicados en los que los traficantes eran admirados por mucha gente, tratados con respeto por los políticos. Años en los que se exhibían con descaro y nadie parecía hacer nada.

Las madres de algunos jóvenes que fueron *enganchándose* y muriendo fueron las primeras en levantarse y fundar la asociación Érguete para enfrentarse a Sito Miñanco, Laureno Oubiña, los Charlín y otros. Después de ellas, el juez Vázquez Taín fue el primero en arremangarse y pelear contra los narcos allí, en su terreno. El juez estuvo un año observándolos, aprendiendo las conexiones de su tejido social corrupto. Conociendo al enemigo con el que se iba a enfrentar. Y luego empezó a golpearlos con dureza, no solo a los *lancheros* o a los traficantes, también al responsable de la escuela náutica que hacía los planos de navegación para los barcos que traían la coca, y a quien ayudaba a las tramas de blanqueo, para limpiar luego el dinero. Taín defiende que el blanqueo de dinero, contra lo que muchos pensaban entonces en Galicia, no crea riqueza en una zona, sino que la destruye: mata a las empresas

y trabajadores honrados que tratan de competir con quienes lo hacen dopados con dinero negro y pueden *tirar* los precios y sufrir pérdidas sin problemas. Algunos bautizaron entonces al juez gallego como el *Garzón de la Ría*, en alusión al juez Baltasar Garzón, destinado entonces en la Audiencia Nacional. Un policía que trabajó con los dos magistrados durante aquellos años, en que los narcos estuvieron a punto de convertir Galicia en un territorio fallido para el Estado, lo matiza así:

—Baltasar Garzón le echó mucho valor, rompió un tabú y empezó a detener narcotraficantes en la operación Nécora y en muchas otras. Pero no hay que perder de vista que, cuando todo acababa, Garzón cogía el helicóptero y volvía a Madrid. Taín, que arriesgaba lo mismo, y a veces cerraba mejor las operaciones, se quedaba aquí. Vivía aquí. Y aquí podían matarlo o destruirlo, a él o a su familia.

Iban a intentarlo varias veces, de hecho. El juez Taín no quiso dirigir macrocausas contra la droga, aquellas grandes investigaciones que incluían a mucha gente procesada que luego era absuelta. Él prefirió ir caso por caso, barco por barco. Así, las operaciones que dirigió con la Guardia Civil, Policía Nacional o Vigilancia Aduanera sirvieron para recuperar cincuenta y cinco mil kilos de cocaína, cincuenta y cinco toneladas. Hubo una semana en la que el juez logró localizar y detener dos barcos cargados de cocaína en aguas gallegas en dos días consecutivos. Tras su desembarco en el juzgado de Vilagarcía, los especialistas de la Policía Nacional y la Guardia Civil solo querían trabajar con él, ya no hacía falta que un juez llegara desde Madrid, ajeno a las influencias y el miedo al narco. Taín se atrevía.

Vázquez Taín explica con frecuencia que Galicia no se convirtió en una región fallida, un territorio gobernado por los narcos, una Sicilia española, gracias a aquellas madres, gracias a Carmen Avendaño y al resto de las mujeres que perdieron el miedo: «Nos hacían sentir vergüenza», suele confesar, «si ellas se atrevían a pelear y exponerse así, a pecho descubierto, nosotros teníamos que hacerlo más». Taín lo hizo a fondo. Tanto que los servicios secretos del reino de Marruecos, perjudicados por la actividad laboral del juez gallego, montaron una operación de libro para destruirlo.

Todo empezó poco después de que el juez hubiera golpeado a alguien que

hasta entonces había sido intocable. Se llamaba Marcial Dorado, un contrabandista confeso de tabaco y con conocidos poderosos y en algún caso elegidos luego presidentes de la Xunta de Galicia. En el 2003, una investigación dirigida por el juez Taín intervino el barco *South Sea* con casi seis mil kilos de cocaína a bordo. Y el magistrado acusó a Dorado de estar detrás de ese cargamento de droga. Poco tiempo después, cuando el caso aún no había sido juzgado, el agregado de la Guardia Civil en la embajada española en Marruecos, un prestigioso teniente coronel de la Benemérita llamado Juan Miguel Castañeda, a quien algunos de sus compañeros llamaban *el Califa* desde que su padre, también guardia civil, fuera jefe de Protocolo de la Casa Real de Marruecos durante el mandato de Hassan II, iba a aportar una información de origen misterioso, una *bomba* destinada a explotarle en las manos al juez gallego.

Castañeda había estado destinado en el cuartel de Intxaurren, en San Sebastián, durante los años de plomo del terrorismo etarra y bajo el mando de Enrique Rodríguez Galindo. El entonces capitán Castañeda había roto muchos tabúes y códigos de aquel *Fort Apache* cuando fue uno de los autores del informe Navajas, en alusión al fiscal de ese apellido que impulsó una investigación nunca terminada para tratar de aclarar la existencia de una red de vínculos y favores mutuos entre algunos guardias civiles de la lucha antiterrorista en Guipúzcoa, vidriosos contrabandistas de tabaco y algunos traficantes de droga. Entre esos traficantes estaba, según aquella vieja documentación, el gallego Marcial Dorado, y allí lo conoció el guardia civil Castañeda, que había tratado de atraparlo.

El *cebo* de aquella operación para destruir al juez Taín fue otro guardia civil que había pertenecido a una unidad de élite, José Manuel Sánchez Zabala. El agente había estado destinado en la UCIFA, un grupo dedicado a la lucha contra la droga y que tuvo que ser disuelto por la Guardia Civil y hasta cambiado de nombre después de que se descubriera que a veces pagaba con droga a traficantes y montaba sus propias operaciones de narcotráfico para luego desmontarlas y conseguir elogios y gratificaciones. Sánchez Zabala fue elegido en su momento para infiltrarse en la organización de Marcial Dorado y desmantelarla desde dentro, pero acabó pasándose al otro lado y trabajó para el narco.

Así que cuando Marcial Dorado vio su libertad en peligro por las acciones

del juez Vázquez Taín, recurrió a Sánchez Zabala y al entonces ya teniente coronel Castañeda. Este acudiría a sus compañeros de la UCO, la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, con unos documentos explosivos que llevaban el membrete de los servicios secretos marroquíes. Allí se afirmaba que el juez Vázquez Taín, el héroe de la lucha contra la droga en las rías, trabajaba en realidad para un grupo de narcotraficantes gallego y que solo cogía barcos y la cocaína de los clanes rivales, mientras dejaba pasar la *fariña* del suyo propio.

Fue uno de los peores momentos de su vida profesional. Una noche, el magistrado supo que el expediente contra él llegó a estar sobre la mesa de una sala de la Audiencia Nacional y que un juez, nunca quiere decir cuál de ellos, había firmado una orden de detención contra él por formar parte de una gran organización de tráfico de drogas. Era cuestión de horas que fueran a registrar su casa y ponerle los grilletes. Entonces, alguien se dio cuenta del dislate y todo aquello fue anulado, pero algunos pusieron su «pluma» al servicio de aquellos que querían acabar con su carrera. Taín recuerda que aquello había estado a punto de destruir su reputación, su nombre. Al final triunfó la verdad. Marcial Dorado fue condenado por narcotráfico; el exguardia civil Sánchez Zabala, por blanqueo de dinero, y el teniente coronel Castañeda murió durante el juicio contra él.

Pese a aquella pesadilla, el juez suele explicar a sus amigos con buenas dosis de retranca y humor que «un albañil no puede negarse nunca a subirse a un andamio». Y al andamio seguía subiéndose cada día. También para encontrar la verdad del robo del *Calixtino* de la catedral de Santiago.

Con el impulso de Vázquez Taín, los investigadores del robo del *Códice Calixtino* descubrieron muy pronto que el organista de la catedral tenía relaciones con gente de varios países extranjeros, entre ellos Alemania y Suiza. Podía colocar el manuscrito fuera de España. Hablaron entonces con el músico y este les explicó que a veces acudía de madrugada a la catedral, que le gustaba, y que le calmaba subir la escalera hacia la planta superior y sentarse allí a tocar el órgano durante unas horas; que también aprovechaba para ensayar nuevas piezas y que en aquellas visitas se quedaba allí hasta las tres de la madrugada aproximadamente. A veces, el organista acudía con algún amigo en sus visitas nocturnas privadas. El guardés los veía entrar y salir.

Un equipo especial de vigilancia de los GOAS, el grupo de apoyo

operativo de la Policía Nacional, llegó aquellos días a Galicia para vigilar día y noche al *Teclas*. También colaboraron los hombres «de la maleta», un grupo de policías de servicios especiales que viajan siempre con un maletín que contiene los últimos equipos de seguimiento, fabricados algunos en Israel, el país más avanzado del mundo en espionaje. El grupo de apoyo fue haciendo un mapa de los encuentros y contactos que mantenía cada día el organista. Siguieron sus rutinas y descubrieron que tenía otro teléfono móvil, diferente al que está *picado* por orden del juez.

Alguna de aquellas noches de verano en Santiago, los policías del GOAS tuvieron que salir de fiesta siguiendo los pasos de Joaquín *el Teclas*. Vieron cómo se iba con el pianista de la catedral, con otro músico y con una mujer japonesa. Cómo tomaban cañas en La Bodeguita, en Santiago. Cuando el grupo de la catedral se descuidó, uno de esos policías camuflado como cliente del bar recogió la copa que se había bebido Joaquín. La copa, convenientemente protegida, viajó a Madrid. Tras el análisis de la policía científica, los investigadores ya tendrían las huellas dactilares y el ADN del organista atormentado. No sabían si serviría para algo.

El 25 de julio, los policías del grupo de apoyo avisan a la inspectora Ana. *El Teclas* ha llamado de madrugada a un tal Toni y le ha pedido que le consiga «medio huevito». Algo más tarde de las cinco de la mañana, el organista de la catedral había llamado a un número de teléfono de un tal Rubén, un joven de veinticinco años. Dos agentes lo han comprobado: tiene antecedentes por un hurto en una farmacia y en los últimos tiempos ofrece su cuerpo en Internet. Parece que es un chapero.

Aquella noche, muy cerca de la catedral, una sombra había cruzado la calle y entrado en la capilla de las Ánimas, un pequeño templo levantado a finales del siglo XVIII en el viejo lugar donde había estado el hospital de impedidos y niñas desamparadas. Hay una nave principal y única, que va dejando hasta cuatro altares mientras se cruza. Sobre el tabernáculo hay una representación de las Ánimas, son siete, como los siete pecados capitales. Quien recorre esa noche el templo de las Ánimas del purgatorio es un alma atormentada por algo que había hecho años atrás. En silencio, la sombra entra en la capilla y deja, como olvidada, una bolsa de plástico. Dentro hay un cofre de plata que había robado años atrás. El párroco, don Santiago, lo encontrará al día siguiente. Los policías se entrevistan con él y le toman las huellas

dactilares. La inspectora Ana y los suyos son advertidos de lo que ha ocurrido. Repasan entonces los informes de los GOAS. Una noche de esa misma semana, mientras seguían al *Teclas*, el hombre había cambiado su rutina, no había ido de cañas ni pasado por ningún bar. Había entrado en la capilla de las Ánimas, para rezar. Los policías que lo estaban siguiendo no lo vieron dejar nada dentro.

- CAPÍTULO 6 -

LOS OJOS DE DIOS

La catedral había sido consagrada en el año 1128 de la era cristiana. Cuarenta años después, se encargó al maestro Mateo la realización de la cripta y del pórtico de la Gloria, quizá su imagen más icónica. Desde muy pronto tuvo importancia como lugar de peregrinación. Nadie tocó la piedra desde entonces, hasta que fue embellecida y ampliada entre los siglos XVI y XVIII. Desde principios del siglo XXI, el templo tiene repartidas hasta veintidós cámaras de seguridad. Las grabaciones que se hacen van a dos circuitos diferentes. Unas recogen las imágenes de la zona del museo y las entradas al templo; otras, las del acceso a la sacristía y también al claustro, el lugar del robo.

Una primera inspección de la zona hizo viajar a la inspectora Ana casi hasta el siglo XVI. Además de la entrada oficial al archivo, la que usaban los investigadores autorizados para llegar desde el claustro de la catedral, había otra forma de llegar a la cámara acorazada donde se guardaba el *Códice Calixtino*. Unas escaleras conducían desde el archivo hasta el *hall* del despacho privado del deán. La puerta siempre estaba cerrada y, además de don José María, solo tenían llaves de allí los archiveros, la mujer de la limpieza y el deán civil. Había otra entrada hacia los sótanos, pero estaba siempre cerrada, solo tenían la llave algunas monjas y el canónigo administrador. Unas escaleras comunicaban las estancias y conducían al *Códice*. El ladrón no había forzado ninguna entrada ni había dejado huellas (*ver página C*).

El deán no pudo ayudar a los policías. No recordaba cuándo había visto el *Calixtino* por última vez. Pero José Manuel, un joven archivero, fue

fundamental para las investigaciones. Él contó a Ana y a sus compañeros que sabía desde cuándo faltaba el manuscrito y este dato permitió a los policías ahorrarse miles de horas dejándose los ojos revisando una y otra vez las cámaras de seguridad.

—El martes pasado —el archivero se refería al 28 de junio— entré en la cámara de seguridad para dejar un libro. Allí vi al deán, que estaba enseñando el *Códice Calixtino* a un representante de la imprenta San Martín, de aquí de Santiago. Dos días después, el jueves, este hombre volvió a la catedral a por algo. Yo entré en la cámara para meter el libro de vuelta y vi que ya faltaba el *Códice*.

José Manuel explicó que aquella vez había una tercera persona junto al sacerdote y su amigo; se trataba de un chico joven que «últimamente viene con él a ver al deán».

El testimonio del archivero valía oro, permitía a los policías buscar entre miles de horas de grabaciones solo las de una semana, la que iba entre el 30 de junio y el 5 de julio del 2011, cuando el robo había sido descubierto. Dos agentes de la comisaría de Santiago de Compostela y uno del grupo de Patrimonio Histórico se sentaron en un despacho de la comisaría para ver día y noche, por turnos, hacia atrás y hacia delante, todas las imágenes. Especialmente las grabadas por la cámara número 8, la que recogía la vida diurna y nocturna en el claustro y la entrada al archivo.

Una parte del claustro de la catedral de Santiago sirve de enterramiento de canónigos desde que se construyó, en el siglo XVI. A lo largo de sus pasillos, de cuarenta y cinco metros por cada lado, se suceden en el suelo varias decenas de sepulcros, cubiertos por losas de piedra antigua. Entre ellos está el del ilustrísimo y reverendísimo monseñor Juan Martínez Bretal, que fuera arcipreste de la catedral, nacido en 1912 y que falleció el 20 de julio de 1996. La tumba de Bretal está pegada a la arquería del claustro renacentista, construido durante cerca de setenta años por Juan de Álava, Gil de Ontañón, Juan de Herrera y Gaspar de Arce. Cuatro magníficas bóvedas estrelladas rematan sus cuatro alas, bajo las que descansan hacia la eternidad los restos de los canónigos privilegiados. Como lo hacen también en el patio central las viejas campanas de la torre del Reloj, entre ellas la Berenguela original,

rajada en su estructura. En el centro de todo está la Fons Mirabilis, una fuente románica de granito que estuvo tiempo situada a la entrada de la catedral para que los peregrinos se lavasen en ella antes de entrar al templo, según se relata en el propio *Códice Calixtino*. En el tramo sur del claustro está la puerta de entrada al archivo, donde, hasta que había sido robado, reposaba el manuscrito.

Así pues, en las grabaciones de esa zona privilegiada de la catedral tenía que aparecer el ladrón del *Códice Calixtino*. Pero la primera mala noticia llegó muy pronto. Los investigadores no podrían ver nada de lo que ocurría durante las noches en esa zona, o sea, en el claustro, la entrada del archivo y el despacho del deán. El cabildo, el órgano de gobierno de los canónigos, había contratado un sistema de iluminación para el claustro y esa luz quemaba las imágenes de las cámaras de seguridad de allí, las hacía ciegas. Así que, como recordaría luego la inspectora Ana, «nos perdimos toda la vida nocturna».

Los tres policías encargados de revisar las imágenes de la catedral de Santiago hacen una primera visión rápida de lo que ocurría durante el día, aquella semana crítica del robo. También comprueban las otras cámaras en busca de algo sospechoso. Las únicas imágenes nocturnas de interés son las de la zona de la sacristía, donde están instaladas las alarmas. Quieren ver si el guardés de noche, ese tipo que solo descansa, como mucho, un par de jornadas al año, conecta la alarma realmente. Tampoco lo pueden garantizar, porque no se aprecia bien en las imágenes, pero Antonio —el guardés nocturno— sí que pasa por allí cada noche entre las once y cuarto y las once y media, haciendo la ronda, y, aparentemente, conectando la alarma.

Las imágenes hablan. En ellas se ve a un grupo de peregrinos que acude el día 30 de junio. Están mucho tiempo, se entretienen quizá demasiado para lo que es habitual, pasan casi veinte minutos en la zona del archivo, la sala contigua donde se guardaba el *Calixtino*. Son unas quince personas y se ve a un guía con ellos. El registro de los archiveros recoge que el guía se llama Edgar, pero nadie sabe su número de teléfono ni quién ha autorizado esa visita. Los investigadores también seleccionan las imágenes del 5 de julio. Hacia las doce y treinta y tres minutos de la mañana, se ve a una pareja que pasa más de tres minutos y medio en la zona. El hombre lleva una camisa azul, pasea con su brazo sobre el hombro de la mujer, con media melena morena y ropa clara.

Mientras Ana y sus compañeros tratan de averiguar quién es ese

matrimonio y quién es el guía Edgar, el 18 de julio, el juez Juan Antonio Vázquez Taín, encargado del caso, acude al claustro con el fiscal, Antonio Roma, la secretaria del juzgado y algunos policías. Van a reconstruir el robo en el lugar donde ocurrió. Son las cuatro de la tarde y todos comienzan a caminar entre pasillos y estancias de la catedral. Muy pronto van a darse cuenta de que va a ser difícil encontrar al culpable. Es muy fácil, demasiado, entrar y salir de esa zona. No hay controles, las llaves de la cámara de seguridad están siempre puestas... Cualquier trabajador de la catedral o quien conociera el lugar podría haber entrado y llevarse el manuscrito en menos de dos minutos, antes de volver a confundirse entre la piedra, el granito y los turistas que acudían, como cada verano, en masa; algunos perdidos por la zona buscando el cuarto de baño, los servicios públicos que están pegados al archivo.

Además, los investigadores van a encontrarse con una dificultad añadida. Dos compañeros de la inspectora Ana descubren que las cámaras de seguridad ya no están en la misma posición en las que fueron colocadas en su día. Tratan de comprobar si el ladrón pudo estar dentro del despacho privado del deán, pero advierten que alguien cambió la orientación de las cámaras y ya no se aprecia el mismo ángulo de tiro.

El juez, el fiscal, el jefe Tenorio y la inspectora Ana están de acuerdo en que es poco probable que el robo lo cometieran los peregrinos que acompañaban al guía Edgar. Son demasiadas personas para ponerse de acuerdo en cometer un delito tan grande, tan importante. Alguno de ellos se arrepentiría o hablaría. Y tampoco sería fácil que uno de ellos lo hubiese cogido sin que los demás se dieran cuenta. Pese a todo, los policías siguen buscando al misterioso Edgar.

El 3 de agosto, los agentes van a la catedral con una selección de las imágenes de las cámaras de seguridad. Se las van a enseñar a los trabajadores del archivo, gente joven y que ha colaborado con ellos de buen grado desde que han llegado. Los trabajadores reconocen e identifican con facilidad a los investigadores que entraron por la puerta principal del archivo la semana del robo. Pero todos se asombran de la cantidad de gente que entra en la zona, aparentemente restringida, utilizando el despacho personal de don José María, el deán de la catedral. Hay que atravesar un corredor que sube una escalera y cruza luego un pasadizo. Ellos no sabían que pasaba eso. Además, no conocen

a la mayoría de los hombres que salen en esas imágenes llegando al archivo a través de las dependencias privadas del deán.

Los policías deciden enseñarle a don José María esas imágenes del trasiego de gente cerca de su despacho. El religioso los ha tenido desconcertados desde que llegaron a Santiago para ayudarlo a resolver la que, sin duda, es la mayor situación de crisis de la catedral en todo el siglo. Y entonces, frente a las grabaciones, el deán va a ir identificando lentamente, en voz baja, a quienes aparecen allí, entrando al archivo desde su despacho. Primero, habla de un joven seminarista. «Ese es Francisco, viene casi todos los días a verme. Tiene dislexia y yo lo ayudo a leer.»

Las imágenes de aquella semana de verano muestran a otros hombres jóvenes que salen con el deán de su despacho. El sacerdote se acerca y se aleja de la pantalla del ordenador de la policía. No es capaz de reconocerlos. Asegura que no sabe quiénes son. Ha pasado un mes, desde entonces han robado el *Códice*, no lo recuerda. Otra vez, sus lagunas.

Ana sabe que es mejor callar y no *apretar* en ese momento al jefe de la catedral. Se está moviendo en terrenos pantanosos. Es casi seguro que todo eso no tenga nada que ver con el robo. Los policías se dieron cuenta muy pronto de que los hombres de la catedral tenían vida propia: misterios, miserias, grandezas, rencillas, pecados capitales a veces. Tras un silencio incómodo sobre los jóvenes que lo visitaban en su despacho, don José María recuerda a otros personajes. Como un señor mayor con garrota que ni siquiera aparecía en las imágenes de aquellos días. «No está aquí, no sale, pero viene mucho a verme. Es un hombre que hace aportaciones muy generosas a la catedral desde hace muchos años. Viene, me da la donación en mano y hablamos un rato.»

El deán sí que identifica entonces al joven guía del grupo de los peregrinos que la policía estaba buscando. Confirma que se llama Edgar. «Vive aquí, en Santiago, con su hermano. Los dos son brasileños. Los conozco desde hace mucho tiempo. Somos amigos. Comemos juntos todos los miércoles.» El hombre que gobernaba la catedral explica a Ana que fue él quien dio la autorización al joven para que llevara al grupo a visitar el archivo. Eran todos estudiantes de un grupo cristiano de México que estaban de visita en Santiago. «Yo le di permiso, estuve con ellos en todo momento, hasta que llegó la hora de la misa. Entonces llamé a José Manuel para que bajara a cerrar la puerta.

Antes de irme, le pedí a Edgar que controlase que todo el mundo salía del archivo.» Era cierto, las imágenes mostraban al deán saliendo y dejando a los catorce turistas dentro, sin vigilancia de ningún tipo.

Días después, la policía localiza por fin al tal Edgar. En realidad, es español, no brasileño. El chaval cuenta que sus abuelos eran amigos del deán. «Para mí, don José María es como mi abuelo», les explica. Cuando los agentes comprueban la historia del joven, descubren que es sobrino de Jesús Spínola, un psicólogo de la Xunta de Galicia que ha convivido durante años con el deán en un piso de Santiago y es uno de sus mejores amigos. De hecho, Ana y sus compañeros descubrirán más tarde que ambos compartían aún una cuenta corriente abierta en un banco de Santiago.

Las imágenes grabadas el 4 de julio por la cámara 8 situada en el claustro y que encuadra la entrada del archivo van a dar otra sorpresa más. En ellas aparece un hombre maduro, caminando por la sala que está junto a la sacristía, luego sale hacia el claustro. Desde allí anda tranquilo hacia los baños públicos. A las 7:54:50 se dirige hacia la puerta del despacho del deán. Veintiún segundos después, las cámaras dejan de grabarlo. O bien ha entrado a la dependencia privada o se ha colocado tan pegado a la puerta que su silueta desaparece de las imágenes. Un minuto y medio después, el hombre vuelve a ser grabado. Cruza el claustro y sale por la sacristía. Los policías se fijan en que lleva los brazos y las manos sueltas, libres, no tiene nada en ellas.

El ritual se repite el 5 de julio, el día que se descubriría el robo del *Códice*. El hombre tranquilo cruza sobre las baldosas blancas y negras de la sacristía, llega al claustro, se dirige hacia los baños y sale de allí a las 7:54:53 de la mañana. Vuelve a acercarse hasta la puerta del despacho del deán. Se pega a ella, donde las cámaras ya no lo recogen y su rastro se pierde. Dos minutos y treinta y dos segundos después, el hombre reaparece y hace el recorrido de vuelta. Cruza el claustro, llega a la sacristía y sale de la catedral. Vuelve a llevar los brazos limpios y las manos vacías. Es Manolo Fernández Castiñeiras, el antiguo electricista del templo, un tipo retraído y sinuoso que sigue yendo casi a diario a la catedral aun después de haber sido despedido. Los investigadores que ven las imágenes se asombran especialmente de un detalle: el hombre camina a paso lento, como un robot. Tanto que da siempre exactamente el mismo número de pasos cuando hace el mismo recorrido (*ver páginas H e I*).

La inspectora Ana decide entonces mostrar esas imágenes a otra de sus gargantas profundas en el caso. Se llama V, trabaja para el Vaticano y se ha ofrecido para colaborar. Eso sí, el hombre le ha exigido que ambos deben verse lejos de la catedral, en un lugar tranquilo. No, tampoco en la comisaría. Nadie debe verlo entrar en el recinto policial mientras se investiga lo del *Calixtino*. Cuando se encuentran, el hombre advierte a la mujer policía: «La cámara del claustro lleva un retraso de una o dos horas sobre el tiempo real». Es su manera de decirle que él lo sabe todo de la catedral. «El deán es muy déspota, trata muy mal a los trabajadores», le explica. El funcionario del Vaticano confirma algunas cosas de la condición *humana* en el templo. La madre superiora y el organista no se llevan bien. También estaba un tipo, un delincuente, un antiguo empleado del museo de la catedral: robaba bandejas de oro y era posible que estuviera encarcelado.

A punto de terminar su charla, la inspectora Ana le enseña las imágenes del antiguo electricista. El representante del Vaticano las mira con mucha atención, pero solo dice que le parecen «extrañas». Antes de irse, le recuerda a la inspectora que, si quiere verlo de nuevo, debe ser lejos de la catedral; si coinciden dentro del templo, ella no debe saludarlo. Y le regala dos consejos; el primero: «No te fíes de los canónigos de la catedral. Entre ellos hay muchas rencillas y muchos odios». La última frase la dice ya acompañada de una media sonrisa: «Nunca olvides que ellos son como los jefes de un sindicato, la catedral de Santiago es la única iglesia del Vaticano que tiene un sindicato propio, un sindicato grande y poderoso».

- CAPÍTULO 7 -

EL ELECTRICISTA BEATO

Tendrían que hablar de nuevo con el antiguo electricista, José Manuel Fernández Castiñeiras, al que sus conocidos llamaban Manolo, para que explicara por qué salía en aquellas imágenes. El hombre había trabajado oficialmente en la catedral hasta el año 2005, pero nunca había dejado de ir por allí, todos los días, salvo los fines de semana. Manolo conocía todos los recovecos del templo, también del archivo, y había sido grabado entrando y saliendo de la zona en los días críticos. Algunos de los personajes de ese mundo habían explicado a Ana y a su compañera la agente Rebeca, una joven policía zamorana, que Manolo andaba «resentido» con el deán y que no estaba «muy bien de la cabeza». Castiñeiras ya había apuntado en un primer encuentro con los investigadores, solo seis días después del robo, que un amigo del deán era quien podía haber robado el *Códice*.

Dos de los hombres del inspector jefe Tenorio, «dos tiarrones», fueron a verlo y le enseñaron sus imágenes recogidas por las cámaras de seguridad. En ese momento no se sabía nada de su carácter y el tipo podía reaccionar violentamente. Había que tomar precauciones. Pero Manolo no se inmuta cuando los dos policías le preguntan qué hacía allí a esas horas. Les dice tranquilamente que sí, que acude casi todos los días a la misa de las siete de la mañana a la catedral.

—Luego, cuando termina la misa, voy al cuarto de baño que está en el claustro. Ahí se ve en las cámaras.

Los agentes le preguntan entonces por qué se arrima tanto a la puerta del deán y él explica que lo hace para recogerse en ese recoveco y rezar así tranquilo cerca de las tumbas de los tres últimos canónigos muertos y enterrados allí. Del *Códice* asegura que no sabe nada. Del deán, que los fines de semana va a casa de su hermano, en Mondoñedo. Antes de irse, explica a los dos policías su teoría sobre el robo:

—Miren a ver si lo va a tener el deán olvidado en su casa y no se atreve a decirles nada. —Y les lanza una pregunta—: ¿Les han hablado ya de Suso, el amigo especial del deán?

Los policías saben que se refiere a Jesús, el hombre que había vivido con el sacerdote en Santiago. Deciden callar y dejar que hable el electricista.

—Ese trabaja de psicólogo para la Xunta de Galicia, el deán se lo consiguió. Los dos viven juntos, tienen un piso en la calle República Argentina. Yo he estado allí muchas veces. Y he visto muchas cosas, hombre.

El 20 de julio, Ana consulta con el jefe Tenorio, que sigue en Madrid, renqueante de su espalda. Igual que hicieron con el atormentado organista Joaquín, ambos le piden al juez Taín que se pinche el teléfono del electricista. Quieren escuchar sus conversaciones. Por la tarde, Ana y su compañera Rebeca acuden a la catedral para ver al deán. Por allí ronda Manolo el electricista, que los saluda y les dice: «Todos los días miro y remiro la capilla donde voy a misa, ¿eh?, no sea que aparezca el libro». Las dos mujeres policía no saben si es una provocación, una ironía o simplemente una forma de quedar bien con ellas.

Los investigadores comprueban la coartada que ha dado Manolo para salir en las grabaciones, sus posibles rezos a pie de tumba. En efecto, sus fuentes en la catedral les confirman que Castiñeiras estuvo muy unido a un administrador del templo, don Juan Martínez Bretal, que falleció en 1996. La tumba de ese canónigo está en el claustro, pero para rezar en su memoria no era lógico apartarse del pasillo y acurrucarse en la puerta del despacho del deán como hacía Manolo. Ese comportamiento extraño puede ser un indicio, pero no es nada concluyente. Además, las escuchas de su teléfono no van a ayudarlos. Si

Castiñeiras sabe algo del robo del *Códice*, no lo comenta con nadie; en realidad, a diferencia de Joaquín *el Teclas*, Manolo *el Chispas* no habla del *Códice* ni de casi nada con nadie. Tampoco lo hará ya más veces con los primeros policías, los dos tiarrones que habían sido los primeros que le habían preguntado y con los que no había tenido demasiada química.

Desde Madrid, el inspector jefe Tenorio decide entonces que sea la inspectora Ana la única del grupo que trate personalmente con los canónigos, con el deán y también con Manolo el electricista. Tenorio y Ana tienen experiencia en los grupos de información de la Policía Nacional. Ambos sirvieron en el País Vasco. Una parte de su trabajo consistía entonces en intentar salvar la vida de muchos ciudadanos, la de sus compañeros y la suya propia, pero también en leer los silencios de la gente, sus caras, sus olvidos. Esa experiencia iba a ser muy útil en un mundo, el de la catedral, un entorno casi tan cerrado y tan ajeno al mundo cotidiano como algunos pueblos de Guipúzcoa en los años de plomo y los siguientes de la lucha contra el terrorismo.

Muy pronto, Ana se da cuenta de que Manolo el electricista es un tipo especial. Callado, taciturno a veces, el hombre va vestido siempre, también en verano, con un gabán azul, un tres cuartos de manga larga. La inspectora piensa incluso que a veces parece un pobre hombre. Está casado con una costurera, Remedios, y tienen un hijo, Jesús. Castiñeiras había logrado entrar en la catedral, se decía, por una recomendación del mismísimo arzobispo de Santiago. Su madre, otros decían que en realidad se trataba de su tía, había sido la lechera que proveía a los jefes de la iglesia en la capital gallega. Y así llegó él a formar parte de los gregarios de la catedral, los seres que vivían casi allí, sirviendo a los canónigos. Los compañeros de Ana ya están investigando la vida, el dinero y las propiedades de Castiñeiras y su familia cuando la inspectora se sienta por primera vez ante ese sesentón gallego. Muy pronto va a darse cuenta de que es un tipo de pueblo, un tipo listo. Solo decía lo que quería que escuchara Ana. Después de un rato de cháchara intrascendente, la policía dio un paso más y le preguntó:

—Te noto molesto, Manolo. ¿Qué es lo que te pasa? Cuéntame tus males, anda.

Casi todos los males que sufría Manolo el electricista tenían que ver con el deán. Su despido de la catedral, en el año 2005, antes de que don José María fuera elegido gobernante del templo. El recuerdo de cómo entonces el futuro deán, su amigo canónigo, lo animaba a que luchara por su indemnización, por unos cuarenta mil euros que reclamaba a la catedral. La alegría que él, pobre infeliz, se había llevado cuando don José María ascendió a jefe del templo, cuando se ilusionó pensando en que recuperaría su trabajo allí como electricista. Y la enorme decepción, el doloroso aroma a traición que sintió cuando el nuevo deán, una vez en el cargo, había olvidado las promesas que le había hecho.

Cuando se desahogó con la policía, Manolo el electricista miró a los ojos a Ana. Y entonces, a bocajarro, le espetó:

—¿Y tú qué es lo que quieres?

Ella respondió, amable y tranquila:

—Yo solo quiero que aparezca el libro, Manolo. Tiene que aparecer.

El electricista parecía enfadarse cuando surgía ese tema en la conversación, como si fuera algo improcedente o no viniera a cuento.

—Pero si eso puede estar en cualquier lado, hombre. El deán habrá olvidado dónde lo puso. Cualquier día se levanta un banco —y entonces señalaba uno de los que tenía cerca en la inmensa catedral y lo izaba ante la mirada atenta de la inspectora jefa— y aparece allí el libro, hombre.

Tras esa demostración práctica de cómo iba a reaparecer el *Códice Calixtino* en la catedral, Manolo bajó los ojos y quedó en silencio.

Hay un momento en que una buena policía se da cuenta de que debe terminar la conversación con un sospechoso o un confidente que puede ayudar a resolver un crimen. Es cuando se da cuenta de que esa persona ha levantado ya un muro entre él y el investigador. Los buenos policías saben que la partida de mus o de ajedrez que están jugando al escuchar a un sospechoso, al verlo

sudar, mover las manos, cerrar los ojos, ha terminado, al menos por esa vez. Ya no va a contar nada más. Si el policía trata de seguir apretando puede perderlo para siempre, romper el hilo sutil que une a quien puede haber cometido un delito y a quien tiene que resolverlo. La inspectora Ana aprendió pronto que Manolo el electricista tenía una señal involuntaria que le mostraba, como un mal jugador de póquer, cuándo debía dejar de preguntarle, cuándo tenía que dejarlo en paz. Era el momento, siempre acababa ocurriendo en sus charlas, en que Manolo bajaba los ojos, miraba al suelo y dejaba de hablar. La partida, ese día, había acabado. Manolo ya no *estaba* allí.

El electricista parecía un hombre anodino, extraño, con el aire que acompaña a aquellos que saben que sus mejores días han pasado y que no van a volver. Los mejores días, los mejores años de Manolo, habían sido siempre al abrigo de la catedral y de los canónigos. Él fue casi un discípulo para don Juan Martínez Bretal, el sacerdote al que acompañaba día y noche hasta que falleció. Don Juan había sido como un padre para el electricista, que le hizo de lazarillo en sus últimos meses, cuando el anciano canónigo había ido perdiendo la vista hasta quedarse casi ciego.

Había sido precisamente don Juan Martínez Bretal el que firmó el primer contrato escrito con Manolo Castiñeiras el 22 de julio de 1982. En un extraño documento redactado a máquina, el sacerdote, entonces deán y, como tal, jefe de la catedral, rubrica un papel que era un seguro de vida para su pupilo. Lo contrataba para «realizar todas las obras de electricidad, de reforma, mejora y conservación que se están realizando, así como todas las que haya que realizar en esta catedral, museos y sus dependencias». Es decir, Manolo Castiñeiras iba a ser, según ese extraño papel, el electricista en exclusiva de la catedral y todas sus instalaciones cercanas.

En realidad, Manolo llevaba disfrutando de ese privilegio económico y social durante más de veinte años. En febrero del año 2000, firmó como instalador electricista autorizado un contrato con el que entonces era vicerrector y administrador del Seminario Mayor de Santiago de Compostela. Le iban a pagar «96.000 pesetas al mes o 1.152.000 pesetas al año, incrementables según el nivel salarial, aparte vacaciones». Su misión era mantener las instalaciones del seminario en buen estado de conservación y funcionamiento.

Durante muchos años, los trabajos para la catedral fueron un maná para

Manolo. En 1991, instaló los paneles de información de la cripta del Pórtico, reparó dos focos del techo y colocó apliques en las escaleras de la bajada al Arqueológico. Cobró 42.770 pesetas. Meses después, ganó 56.200 pesetas por instalar baterías para los telefonillos y arreglar un humidificador, así como colocar lámparas, relojes y arreglar el *hall* de la sacristía. No había mes en que no ganara una cantidad decente. Los investigadores sospechaban ya que, además, y debido a la falta total de control de los canónigos, Manolo podía haber estado *hinchando* algunas facturas sin ningún tipo de riesgo. En noviembre de 1995, se hizo cargo del presupuesto para la remodelación de las campanas de la catedral, que llegó a algo más de cuatro millones doscientas setenta y seis mil pesetas de entonces. Además del corazón y las miserias de los habitantes del templo, Manolo el electricista conocía también a la perfección las tripas de la seo, donde pasaba más horas que en su casa (*ver página J*).

Ser el electricista de la catedral de Santiago le daba también un aura de hombre respetable, eficaz, un trabajador de fiar en toda la ciudad. Con esa impronta, Manolo Castiñeiras se hizo un nombre y una carrera en Santiago. Así que, además de los arreglos en casas particulares y algunas comunidades de vecinos, sus trabajos para la catedral le abrieron las puertas del Conservatorio de Música, el Arzobispado de Santiago, una administración de lotería cercana, el Archivo Diocesano, la Administración de Hacienda y hasta las oficinas de grandes empresas como Ferrovial. Manolo era el electricista del corazón de Santiago. Incluso llegó a hacer muchos trabajos para la Óptica Bescansa, en la plaza del Toral, muy cerca de la que ha sido siempre la farmacia más conocida de la ciudad, también de los Bescansa, los padres de Carolina, la que luego sería una de las fundadoras y diputadas de Podemos. La óptica donde trabajaba a veces Manolo es del tío de la parlamentaria.

En aquellos días, mientras la inspectora Ana trataba de ganarse la confianza del electricista, sus compañeros ya habían descubierto algunas cosas curiosas. Una tarde, Manolo llama desde su teléfono móvil a un hombre llamado Celso y habla con él de un chalé. Parece que el electricista quiere comprarlo. Un policía decide hacerse pasar por otro posible comprador y llama poco después al mismo número para interesarse por la casa. El vendedor le dice que son ciento veinte metros de sótano, dos plantas de setenta y cinco metros cada una, que el chalé tiene tres habitaciones, tres cuartos de

baño, un salón de ochenta metros cuadrados, dos terrazas y equipamientos nuevos, con domótica.

El policía de la Brigada de Patrimonio está atónito. El vendedor le ofrece entonces que, si está realmente interesado en el chalé y quiere conocer más detalles, puede consultar la página web kspromocionesblogspot.com. Allí hay fotografías. Cuando el policía entra en la web, no tarda en ver el *casoplón* que quiere comprar el electricista, el mismo pobre hombre con gabán azul que pasa su tiempo rondando la catedral, años después de ser despedido. Ellos ya saben que Manolo *el Chispas* cobra una pensión de cuatrocientos euros; su mujer, Remedios, está cobrando la ayuda a parados de cuatrocientos veinte euros y gana algunos más, entre tres y nueve según los trabajos, por algunos arreglos de costura que hace a amigos y también a algunos familiares y habitantes del planeta de la catedral. El único hijo del matrimonio, Jesús, no tiene trabajo. Pero el cabeza de familia se está planteando comprarse un chalé valorado en 385.000 euros.

Poco después, Ana y sus compañeros recibirán la información procedente del catastro y los registros de la propiedad. El electricista jubilado tiene, además del piso de la avenida de Rosalía de Castro, en Santiago, donde vive con su familia, otro piso más en la misma calle, donde está viviendo su hijo, una finca en Ames y un ático con garaje en la localidad costera de Sanxenxo. Parecen demasiadas propiedades para un sueldo de electricista y para que el hombre esté pensando en comprarse otra más, pero su poderío económico viene de lejos, de los años en los que el *Códice Calixtino* había *dormido* tranquilo en la catedral.

El primer piso, el familiar, no resultaba sospechoso. Lo compró el electricista en 1985. Era de protección oficial y Manolo pidió una hipoteca a quince años para pagar los poco más de cuatro millones de pesetas que le costó. Era la compra propia de una familia de clase trabajadora. El segundo piso, en cambio, en el que ahora vivía su hijo, Castiñeiras les explicó que no recordaba cuándo lo había comprado, pero los agentes descubrieron que lo pagó en cuatro plazos y al contado: doce millones de pesetas. Y que, en el año 2007, dos años después de ser despedido de la catedral, el electricista se había comprado el ático en el número 38 de la Revolta Sanxenxo. Los policías descubrieron que había pagado entonces ciento cincuenta mil euros en metálico al constructor, un hombre llamado Florencio. ¿De dónde sacaba tanto

dinero el electricista desde hacía diez, quince años? No era del *Códice*, claro. Era posible que la inspectora Ana y los suyos se estuvieran equivocando de sospechoso y, persiguiendo al ladrón del *Códice*, hubieran encontrado las huellas de otros robos que se hubieran cometido allí mismo, en la catedral.

- CAPÍTULO 8 -

LOS RATONES Y EL QUESO

El administrador de la catedral era, desde el año 2011, el canónigo don Luis Otero. Los policías acudieron a él, pero el hombre, setenta y cinco años recién cumplidos, no podría ayudarlos demasiado. Se lo advertía ya mientras los guiaba por el templo hacia su despacho. Estaba en el claustro, una puerta frente a la sacristía. Había que pasar el vestuario de los canónigos y al fondo había una puerta que daba a la pequeña dependencia donde se guardaba el dinero en las cajas fuertes.

Las únicas llaves del despacho las tenía él. Todos los canónigos tienen, eso sí, su llave para entrar en el vestuario a cambiarse. También había una copia en sacristía, por si alguien necesitaba entrar allí de forma urgente. El administrador les explicó también cómo funcionaban las dos cajas fuertes. Una era para guardar el dinero en euros y los billetes estaban separados en compartimentos: de quinientos euros, doscientos, cien, cincuenta. El dinero abundaba y solían agruparlo en fajos sujetos con gomas. La otra caja de caudales era para guardar solo moneda extranjera, casi siempre dólares americanos. Cada caja tenía su llave correspondiente. El administrador no había notado que faltara dinero, aunque, ahora que lo decían, en los últimos tiempos sí había echado de menos varios documentos internos de la contabilidad de la catedral, especialmente algunos balances de ingresos y gastos, que podían haber desaparecido.

Desde Madrid, el jefe Tenorio ordenó a la inspectora Ana que todos esos datos que habían obtenido fueran a contrastarlos con el deán, don José María Díaz. El comportamiento del jefe de los sacerdotes en aquellas semanas tras el robo del *Códice* desconcertaba a los investigadores. En plena investigación, el

anciano se había ido de vacaciones fuera de Santiago y solo regresaría algunos días después, cuando arreciaba la presión mediática y de todo tipo contra él por estar ausente en aquellos días críticos. Así que Ana y sus compañeros irían a hablar con el deán, pero antes le pidieron permiso al juez Taín para pinchar también el teléfono del *primus inter pares* de la catedral. El juez dijo que sí.

El dinero de los peregrinos que hacían el Camino entraba y salía sin control de la catedral de Santiago. Nadie lo contaba. Muchos billetes se perdían durante el camino, más corto pero lleno de tentaciones, desde los cepillos hasta las cajas fuertes. Los policías habían descubierto ya cantidades de dinero «interesantes» que debían ser investigadas en las cuentas corrientes de al menos tres empleados o gregarios de la catedral. Alguno guardaba más de trescientos mil euros. Sin contar con que el electricista compraba pisos y los pagaba casi al contado... También estaba el guardés de noche, que no cogía vacaciones más que un día cada año. Quizá por ese descontrol, y no solo por devoción, algunos trabajadores jubilados seguían pasando la vida en la catedral. Todo indicaba que allí dentro había quien caía en la tentación, pero que los gobernantes del templo pensaron que era mejor que los pecadores expiaran sus culpas sin que el mundo exterior lo supiera. Aquellos trapos sucios iban a lavarse en secreto, dentro de los muros de la catedral, pese a que el libro desaparecido, el *Calixtino*, lo deja claro ya en su primer capítulo.

«Nadie cuando es tentado diga que es tentado por Dios.» Hasta aquí ha tratado de las tentaciones que padecemos exteriormente como pruebas permitidas por el Señor; ahora pasa a referirse a las que interiormente soportamos por instigación del demonio o también a incitación de nuestra frágil naturaleza. Donde en primer lugar destruye el error de los que piensan que así como es cierto que los buenos pensamientos nos los inspira Dios, también los malos se engendran en nuestra mente a instigación suya. «Nadie, pues, cuando es tentado diga que por Dios es tentado.» Es, a saber, con aquella tentación en la que cayendo el rico se marchita en sus empresas. Es decir, nadie cuando haya cometido robo, hurto, falso testimonio, homicidio, estupro u otras cosas parecidas, diga que ha tenido que perpetrarlas necesariamente porque Dios quiso, y por lo mismo no pudo evitar su ejecución. «Porque Dios no es tentador de malas —tentaciones, se entiende—,

pues Él no tienta a nadie» con tales tentaciones, naturalmente, que engañen a los infelices para que pequen. Porque hay dos géneros de tentación; uno que engaña y otro que prueba. Con el que engaña, Dios no tienta a nadie. Con el que prueba, tentó Dios a Abraham. También este pide al profeta: «Ponme a prueba, Señor, y tiéntame». «Pero cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que lo arrastra y seduce.» Lo arrastra del camino recto y lo seduce hacia el malo. De esta tentación y concupiscencia dígnese librnos por los méritos y con la intercesión del bienaventurado Santiago nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

El inspector jefe Tenorio informó al juez Taín de que las cosas se complicaban. Aquello iba a necesitar mucha mano izquierda, aunque a veces el juez solía presumir de que, después de siete años y medio luchando contra los traficantes de droga y el blanqueo de dinero en Vilagarcía de Arousa, «ya tengo la mano izquierda más grande que la derecha». Taín tuvo claro desde el principio que el objetivo de esa otra investigación «interesante» que había caído entre sus manos era recuperar el *Códice*, hacer ese servicio a la catedral, a Galicia y a la cultura. Pero algo no cuadraba: si había varios ladrones robando en el templo, si todos se beneficiaban de ese flujo de dinero, si alguno hasta se podía haber hecho su propio plan de pensiones con lo que sacaba al descuido de allí, ¿para qué iban a matar a la gallina de los huevos de oro llevándose el *Códice Calixtino*? Robar el manuscrito atraería a la policía y pondría luz sobre la penumbra de la seo, todos perderían sus ingresos extras. El juez no sabía si el pecado capital que había cometido el ladrón del *Códice* había sido la avaricia o, simplemente, era una venganza.

Tiempo después, Ana acudió a la catedral y le comentó todo eso al deán como hacía siempre: sin alzar la voz, pero con firmeza. «¿Es posible, deán, que les falte dinero desde hace años, que ustedes lo supieran y no denunciaran nada, en la catedral de Santiago, con miles de peregrinos de todo el mundo? ¿Cómo vamos a ayudarlos, nosotros, la policía, a descubrir al ladrón o a los ladrones si ustedes no dicen nada?...» Una vez más, el deán reacciona como siempre desde que la inspectora de policía lo ha conocido: con frialdad, sin perder los nervios. Responde en voz suave con una sentencia que quiere explicarlo todo: «Donde hay queso, siempre hay ratones».

Así que había que investigar si los *ratones* estaban entre los sacerdotes o los gregarios del templo, sus trabajadores. Muchos de ellos cayeron aquellas semanas bajo la lupa de los policías. Se hizo una lista de «personas de interés» entre las que se incluyeron a los tres catalogadores del archivo, al digitalizador, al electricista Manuel García Tajés, que había sustituido en su puesto a Castiñeiras, a los dos Raposo, padre e hijo. También estaba en la lista un sacristán que, consciente como todos de que la policía estaba mirando sus cuentas corrientes y su estilo de vida —la catedral tenía ojos y oídos que vigilaban a los policías—, cada vez que veía a Ana y los suyos les decía: «Mi mujer gana mucho dinero, ¿eh?».

Aquellos días, los investigadores supieron que en la catedral se habían hecho, dos meses antes del robo del *Calixtino*, unas obras para instalar un sistema contra incendios. Entre otras zonas, se colocaron alarmas contra el fuego en la zona del archivo, y dentro de él, cerca de la cámara de seguridad donde estaba siempre el *Códice*. El trabajador que hizo esa instalación, Ramón Verdes, también fue reseñado e investigado. De todos ellos y de algunas personas más, los investigadores pidieron información sobre sus datos en el banco, sus declaraciones de Hacienda y sus propiedades en Galicia y fuera de ella. En esa lista de personas a investigar, los policías también pidieron los datos económicos y bancarios del mismísimo deán, don José María Díaz Fernández.

Una semana después de la desaparición del *Calixtino*, los policías ya habían elaborado una selección de esas «personas de interés». Había trece nombres, trece posibles *ratones* en la catedral que se podían haber llevado el *Códice* o ayudar a que otros se lo llevaran. El 11 de julio del 2011, Ana y sus compañeros ya habían determinado, en un informe entregado al juez Vázquez Taín, que «si bien el acceso hasta la cámara donde se guarda el libro es relativamente sencillo, resulta necesario tener un conocimiento exacto de su ubicación, las distintas formas de llegar hasta la misma, el estado en el que se encontraban los sistemas de seguridad destinados al objeto y otros de interés, que tan solo pueden ser conocidos por personas que hayan tenido un acceso más directo a la cámara que habitualmente lo contiene». Los policías tuvieron claro desde el primer momento que «solo una persona que tiene conocimiento de la ubicación de la cámara, horarios... podría haber accedido de una forma sigilosa, discreta, segura y sin despertar sospechas hasta el mismo, bien

personalmente, habilitando el acceso a una tercera persona o facilitándole toda la información y medios (llaves) necesarios». Esa persona «del interior de la catedral» tenía que ser, siguiendo la novela de Agatha Christie, uno de los trece *negritos* que los policías incluyeron en su lista de sospechosos enviada al juez Taín.

El primer *negrito* era el mismo deán, don José María Díaz, nacido en Mondoñedo en 1930. El segundo era Xosé Manuel Sánchez, trabajador del archivo, y el tercero, su compañero Arturo Iglesias. La lista incluía también a María, Simón y María Elena, tres catalogadores del archivo que sabían dónde estaba el *Códice* y podían tener acceso a él. El séptimo *negrito* era Pablo Iglesias, el digitalizador. La señora de la limpieza, Victoria, nacida en 1952 en Santiago, era la octava persona que debía ser investigada. El noveno era el electricista Manuel García Tajés. Los números diez y once eran Armando Raposo y su hijo Julio, encargados del mantenimiento del templo. El penúltimo de la lista fue Ramón Verdes, el trabajador que había instalado los sistemas antiincendio dos meses antes del robo. Y el último *negrito* de aquella lista, el número trece, era el exelectricista José Manuel Fernández Castiñeiras. De todos se buscaron dinero, pisos...; de todos se miraron sus cuentas corrientes y se escucharon sus conversaciones telefónicas en busca de algo extraño, algo que ayudara a llegar al *Códice Calixtino*.

Pero aquella relación de sospechosos no era un documento cerrado. Algunas personas salieron de ella según se iba descartando su implicación y comprobando su inocencia. Con otras ocurría al revés, los policías descubrían indicios o datos que les hacían sospechar de ellos. Así pasó cuando repasaban las grabaciones realizadas por las cámaras de seguridad en otras estancias de la catedral. Gracias a ellas descubrieron que el organista del templo, Joaquín, no solo iba a tocar de noche las teclas para relajarse. Algunas imágenes lo mostraban pululando por el templo, mirando cosas, abriendo algunos cajones (*ver página F*). Entonces, la inspectora Ana recibe otra noticia de sus colaboradores. Los hombres del grupo de apoyo que vigilan al organista día y noche han visto el 1 de agosto a Manolo el electricista salir de casa del músico hacia las cinco de la tarde. En la mano llevaba un pequeño bolso de piel.

- CAPÍTULO 9 -

NO MENTIRÁS

Doce, quince hombres gobiernan la catedral de Santiago. Todos forman el cabildo donde votan y rigen la vida del templo y de quienes viven en él. Ninguna decisión se toma sin mayoría. Y, desde hace mucho tiempo, ninguna se había tomado sin dejar abierta alguna cicatriz entre los perdedores. Las novedades, los cambios, deben ser refrendados por esa decena de hombres, casi todos mayores de setenta y cinco años. De forma que los cambios, las adaptaciones al paso del tiempo, suelen perder las votaciones y la vida, el tiempo, parecen haberse detenido en la catedral hace muchos lustros.

Una de las pocas excepciones a esa parálisis fue justo antes de celebrar el Año Santo del 2010, cuando se aprobó una modificación de los estatutos para incluir dos nuevas comisiones, una para peregrinaciones y otra de medios de comunicación encargada de impulsar la página web de la catedral; el *boom* del Xacobeo se imponía así a la tradición. Más de cien años atrás, los estatutos de 1899 habían dejado establecido hasta el último detalle el procedimiento para la votación de los canónigos: se trataba de unas normas que hablan de dos cántaros en los que se introducían las papeletas de los aspirantes. Los nombres de los elegidos debían meterse en el cántaro bueno; los de los descartados, en el otro. El procedimiento era, al menos sobre el papel, totalmente limpio y democrático.

En el capítulo 42 de los estatutos del cabildo, titulado «De la provisión de las Canongías de oficio», se explica que el *casting* para encontrar candidatos empezaba cuando se remitían edictos a todas las catedrales y colegiatas de España. Una vez admitidos los opositores, se les hacía predicar sobre un tema de los evangelios elegido al azar por la mano inocente de un niño del coro.

Luego, se convocaba el cabildo para realizar la votación. El «reverendísimo prelado» podía votar cinco veces, el resto de los canónigos, solo una:

El prelado introducirá secretamente en el primer cántaro las cinco cédulas que contengan el nombre del opositor que juzga más digno y en el otro las restantes. Cada capitular votará también en secreto introduciendo en el cántaro de las cédulas buenas la que tenga el nombre del opositor que prefiere y en el otro las demás. Finalizada la votación, se abrirá el cántaro bueno, sin abrir de ningún modo el otro. En caso de que hubiere mayoría absoluta de votos, el presidente publicará la elección. Si ninguno la obtuviere, se repetirá la votación, excluyendo de ella al que hubiera tenido menos votos.

La inspectora Ana entonces no lo sabía, pero desde hacía muchos años, al menos desde 1990, alguien anotaba todo lo que ocurría dentro del templo más importante de España. La catedral de Santiago se gobernaba por el cabildo y los estatutos habían cambiado un año después, en 1991, en lo que algunos habitantes de ese mundo cerrado interpretaron como un golpe de Estado, aprovechando que todo había ocurrido, como el famoso asalto al Congreso de los Diputados del teniente coronel Antonio Tejero, un 23 de febrero, exactamente diez años atrás. La misteriosa memoria del templo lo había anotado, como un amanuense, en una pequeña libreta:

Se autoerigieron D. Camilo Gil (deán), este fallecido, D. Juan Filgueiras (administrador), D. Jaime García (de Peregrinaciones), D. Alejandro Barral (de Museo y Cultura), D. Celestino Pérez de la Prieta (fabriquero).

Había trece canónigos y hacían falta siete votos para consumir el asalto al poder en Santiago.

Faltaba por convencer a dos sacerdotes y esos fueron D. Jesús Outes (este fallecido) y D. José Trigo; lo recordamos todos como el cabildo de los siete votos.

Aquel deán no iba a durar demasiado. Renunciaría un año después, en enero de 1992. Desde entonces, la memoria de la catedral registraba todas las

luchas de poder y también los enfrentamientos por dinero que asomaban entre las imágenes religiosas y el claustro. Al menos desde diez años antes de que desapareciera el *Códice Calixtino*. Ya en el 2003, algunos *ratones* se peleaban por el queso de la catedral. Entonces, un contable llamado Cesáreo fue acusado de llevarse cinco millones de pesetas del dinero de los peregrinos. Los canónigos nunca denunciaron el asunto y todo pasó a formar parte de la espesa niebla de rumores y sobreentendidos que flotaba como un manto entre las paredes y las habitaciones de la catedral, pero que nunca traspasaba sus muros. Aquellos pecados, aquellas miserias, nunca debían llegar a oídos de los peregrinos que, provistos de sus caracolas y siguiendo estrictamente las reglas del *Códice*, llegaban al Campo de Estrellas, a Santiago.

Se cuenta que siempre que la melodía de la caracola de Santiago, que suelen llevar consigo los peregrinos, resuena en los oídos de las gentes, se aumenta en ellas la devoción de la fe, se rechazan lejos todas las insidias del enemigo; el fragor de las granizadas, la agitación de las borrascas, el ímpetu de las tempestas se suaviza en truenos de fiesta; los soplos de los vientos se contienen saludable y moderadamente; las fuerzas del aire se abaten.

(*Códice Calixtino*)

En agosto del 2003, la catedral se preparaba para celebrar el Año Santo. La porción de queso iba a aumentar. Y algunos *ratones* se movieron. La mano misteriosa que anotaba todo lo que ocurría en la catedral en sus diarios registró entonces que se había encargado una pequeña reforma en la Puerta Santa. Se trataba de una modesta puerta de bronce realizada a mediados del siglo XVI, pero es la más famosa de todas las que dan entrada a la seo. La Porta Santa, a la que antes se llamaba Puerta del Perdón o de los Perdones, da entrada a la catedral desde la plaza de A Quintana y solo se abre el 31 de diciembre antes de iniciarse cada Año Santo compostelano, es decir, una vez al menos cada seis años. Es el lugar preferido por los peregrinos para entrar en la catedral, especialmente por los que hacen el Camino como un gesto de penitencia cristiana, para expiar sus culpas. Muchos de ellos, agotados, dejan la huella de sus dedos sobre la cruz que tiene en su marco.

Aquel 31 de diciembre del 2003, la Puerta del Perdón iba a abrirse de

nuevo. El arzobispo de Santiago daría tres golpes en ella con un martillo de plata sobre el muro de lajas, colocado esa mañana. Las piedras se caerían, los operarios las apartarían rápidamente y los canónigos limpiarían con ramas de olivo y agua bendita la Puerta Santa. Luego, la traspasarían hacia la cripta donde está la tumba del apóstol. La Puerta tendría que estar perfecta, brillante, de forma que el cabildo de la catedral encargó una limpieza y firmó un contrato. Aquella mano que escribía en secreto sobre la vida del templo descubrió que los *ratones* iban a sacar una porción de aquello y lo dejó anotado:

Me temo que alguien en el cabildo se queda con dinero, porque en el contrato pone la cantidad de 143.570 y el hombre cobrará la cantidad de 122.034, que serán pagadas en el Banco Pastor, en plazos. Me chocó que se contrataba una cantidad y se pagaba otra.

Entre tanto, la inspectora Ana decidió acudir al generoso X en busca de información sobre los enemigos del deán y los otros canónigos. Se citaron, como siempre, fuera de la catedral. Le preguntó por su impresión sobre el robo. Ya había pasado casi un mes desde entonces, y agosto era un hervidero de turistas en Santiago, la inmensa mayoría atraídos por la catedral; había más curiosos que antes de la desaparición del *Calixtino*. De hecho, el precio de los facsímiles que reproducían el *Códice* robado había subido vertiginosamente. Como ocurrió con un disco de Farruquito o un concierto de Isabel Pantoja después de conocerse sus delitos, las copias del *Calixtino* ahora se vendían más y más caras.

—Sobre todo, hay dos personas que podrían querer destruir al deán —le apunta entonces X—: una es el electricista y otra es Juan, el viejo ladrón del museo. Aunque no creo que ninguno pudiera llevarse el *Códice* sin que lo vieran.

—¿Y los sacerdotes?, ¿los canónigos? ¿Podrían querer destruir al deán?

—Es verdad que ha habido muchos problemas entre ellos, pero en los últimos tiempos las cosas habían mejorado algo. No creo que estén metidos en el robo del *Códice*, porque ellos tienen maneras más sencillas de destituir al deán sin cometer ese delito.

El deán José María Díaz había sido elegido para el puesto por sus compañeros, pero mantenía relaciones distantes con otro influyente canónigo de la catedral, don Alejandro Barral. Pocas semanas después del robo del *Códice*, cuando el cargo del deán ya estaba amenazado por el escándalo, una amiga de Joaquín el organista se acercó a uno de los policías del grupo de Ana que estaba por la zona del templo. «Me han dicho que parece que el ladrón del *Códice* puede haber sido un canónigo, un tal Alejandro», le comentó. Como prueba de la hipocresía y supuesta debilidad de carácter de ese sacerdote, la mujer dio un argumento que para ella era de peso: «Siempre está fumando». Una debilidad imperdonable en un hombre santo. Los policías iban a comprobar esa pista, pero como siempre desde que habían llegado a Santiago, los canónigos no iban a contarles nada sobre esas luchas fratricidas por el control del templo. La catedral tenía ojos y oídos. Cualquiera de ellos que hablara abiertamente con un policía sabía a lo que se exponía cuando aquellos *bárbaros* volvieran a Madrid y todo volviera a ser como antes.

Los agentes acudieron luego a entrevistarse con un hombre que había trabajado en la catedral haciendo reformas y había tenido que tratar con diferentes jefes del templo. Le preguntaron cómo era la toma de decisiones allí dentro. El hombre se animó y les contó que mucha gente de la catedral y algunos profesores universitarios que habían tenido contacto con ellos pensaban que el canónigo Barral «estaba involucrado de una manera u otra en el robo del *Códice*». Barral sería, según esa versión, el líder de un grupo de tres o cuatro de los diez canónigos, todos ellos afines al Opus Dei, que no veían con buenos ojos al actual deán, demasiado moderno y renovador, según algunos, y un pecador, según otros, que no olvidaban que vivía en un piso junto a su amigo Suso y había llegado a pagarle, decían, algunos viajes desde Perú, su país natal, a España.

El canónigo Barral había dirigido el museo de la catedral y había perdido peso y poder después de que don José María Díaz fuera elegido deán y archivero. Además, los enfrentamientos personales entre los dos sacerdotes envenenaban el clima del templo. «Barral es poco fiable y alberga resquemor contra don José María», les advirtió ese profesional. La idea es que se había robado el *Calixtino* para hacer daño al deán y demostrar su incapacidad para el puesto, lograr que fuera destituido. Y si se trataba de eso, a don Alejandro

no iba a importarle demasiado.

Aquellos días de agosto, los policías escuchan una llamada telefónica que Joaquín el organista hace a su viejo maestro, el deán. El anciano sacerdote se muestra esta vez diferente, muy inseguro, frente a la actitud reservada y fría que mantiene en sus charlas personales con la inspectora Ana. En la intimidad del teléfono, confiesa a su antiguo discípulo: «El arzobispo se ha planteado sustituirme y poner a otro archivero mayor en la catedral. Yo le he dicho que no quiero, no acepto, eso sería como reconocerme culpable del robo».

Los agentes acuden de nuevo a ver al deán. No pueden decirle que saben que está nervioso, que lo están oyendo, pero deciden sondearlo. Y este vuelve a sorprenderlos con otra confidencia, aparentemente casual. Hace unos años, admite don José María, él tuvo serias rencillas con el que fuera subdirector general de Patrimonio de la Xunta de Galicia, un arquitecto llamado Federico Garrido, y también con una restauradora que trabajaba con él, de la que no recuerda el nombre, cree que se llamaba Manein. Pero, una vez más, el deán apunta una dirección que luego él mismo desecha: «Eso fue hace muchos años, no creo que hayan sido ellos» (los autores del robo del *Códice*). Antes de que los policías se vayan, don José María les regala otro mensaje, posiblemente el que realmente quería que escucharan: «Verán, no sé si será importante, pero uno de los canónigos me ha comentado que el jefe de un banco de Santiago le ha dicho que don Alejandro Barral tiene muchísimo dinero en su cuenta corriente y que las cuentas no le cuadran».

El canónigo Barral, el jefe de la facción rival en esa guerra de sotanas. Los policías de la Brigada de Patrimonio Histórico pidieron las cuentas bancarias de ese sacerdote, pero no obtuvieron lo que esperaban. No había nada extraordinario. Aquellos días de agosto, el jefe Tenorio toma dos decisiones desde Madrid, entre dolores de espalda que trataba de paliar comiéndose pastillas de Enantyum y Lyrica: los agentes de los grupos de apoyo que siguen día y noche a Joaquín *el Teclas* deben regresar y hay que registrar la catedral, otra vez, de arriba abajo. En apenas tres días, los agentes repasan el sótano, la cámara de seguridad, el despacho del deán y las dos plantas del archivo. También la planta baja del templo, de acceso al público. Policías de paisano y uniforme registran los confesionarios y las capillas. Allí ven que dentro de ellas hay puertas cerradas con llave. Le piden las llaves a Raposo, el deán civil, y las registran durante las noches.

Los investigadores repasan también la sacristía y todos los dormitorios, las estancias de los canónigos. Piensan que el *Códice* puede estar allí escondido, que es posible que no haya salido de la catedral. Que esté oculto allí mientras sus enemigos ven cómo el deán se desgasta y se hunde. Y que luego aparecerá un día, como un milagro. Se equivocan. Allí no hay nada. Tampoco en la estancia del canónigo Barral. Miran incluso bajo tierra, en las catacumbas a las que se llega solo bajando por una puerta que está en el suelo de la catedral, según se entra por la puerta de Platerías, tapada con unas rejas de madera. No hay nada.

Los policías piden entonces al juez Taín una autorización para intervenir el teléfono del canónigo Barral. Saben ya que hay dos facciones enfrentadas a muerte en la catedral y el robo podría ser solo el episodio más violento de esa lucha soterrada por gobernar el templo santo. Ya saben, también, que se está haciendo una investigación paralela entre los sacerdotes, de la que nada les cuentan a la inspectora Ana y los suyos, de forma que deciden actuar de forma osada. Si los interrogatorios son a veces una partida de mus o de póquer, en una investigación policial los agentes tienen que echar a veces algún órdago, incluso algún farol, que haga que las aguas estancadas se remuevan. Eso sí, con los teléfonos pinchados, para que cuando el agua removida haga ruido, ellos ya estén escuchando. Así que cuando algunos periodistas inquietos tratan de acercarse y explicarles que han oído rumores de la existencia de una guerra interna entre los canónigos de la catedral, los investigadores no los desmienten. Muy posiblemente, esas historias verdaderas saldrán a la luz de forma oportuna. Y entonces el *avispero* de la catedral se moverá. Pero a ellos, a los investigadores, también los están vigilando. Todos sus pasos son escuchados en la catedral, también los que escrutan los amores y odios de los canónigos.

Apenas un par de días después de iniciar esas pesquisas sobre la guerra de sotanas, un canónigo, a quien los agentes tienen incluido como miembro de la facción de don Alejandro Barral, se acerca a ellos cuando están cerca de la secretaría del claustro. Los agentes advierten que al sacerdote no le hace demasiada gracia verlos de nuevo por allí. Tanto que el hombre no puede evitar dirigirse a ellos de frente, sin andarse por las ramas: «Hay mucho descontento en la catedral», les anuncia, «por los rumores sobre las disputas internas que hay aquí y que ustedes no zanzan de una vez».

A la mañana siguiente, Ana y su compañera, la joven policía Rebeca, hablan con el canónigo Barral, que está tomando un café en el bar El Santiagués, en la plaza de la Quintana. El hombre está enfadado por un reportaje publicado en *El Correo Gallego* donde se hablaba de las luchas de poder en la catedral y la existencia de una supuesta conspiración para derrocar al deán. Los policías capean el temporal cuando el sacerdote los acusa abiertamente de estar detrás de esas filtraciones. El canónigo les dice incluso que lo que están haciendo es intolerable.

—No saben ustedes el daño que están haciendo esas filtraciones a la Iglesia como institución y a nosotros como personas —les espeta a los policías.

Estos, cansados de los silencios y las medias verdades que han obtenido de los sacerdotes en la investigación, le responden con firmeza.

—Miren, el *Códice* se lo ha llevado alguien de aquí, de la catedral. Como ustedes están haciendo una investigación paralela y no nos cuentan lo que saben, vamos a hacer una cosa: díganle ustedes al ladrón que devuelva el libro y tan amigos.

El canónigo se siente acusado, se molesta y les dice:

—Sepan ustedes que desde hoy tendrán toda mi colaboración. No tengo inconveniente en que registren mi casa hoy mismo. Es una barbaridad pensar que yo o cualquier otro canónigo hayamos podido sustraer el *Códice*.

Tras esa tensa entrevista, los policías hablan con Leonardo, el canónigo que ejerce de secretario en la catedral. Leonardo también piensa que la posibilidad de un robo para hundir al deán es descabellada, pero se compromete a informar al resto de los canónigos y hasta al arzobispo de que los policías le dan cierta credibilidad y la están investigando. Atrevido, el sacerdote apunta algo más: si los canónigos averiguaran que eso es cierto, entre ellos mismos encontrarían una forma para que el ladrón devolviera el *Calixtino* sin causar más daños a la Iglesia.

La inspectora Ana le traslada todos esos mensajes al deán esa misma mañana, en la catedral. El jefe del templo no cree tampoco que ningún canónigo haya podido robar el libro para hacerle daño a él. Aunque añade:

—Ahora que recuerdo, cuando Alejandro Barral fue responsable del museo, desaparecieron de allí varias piezas importantes. Cuando el cabildo le pidió explicaciones, no dijo nada, simplemente nos presentó la dimisión.

—¿Y dónde están ahora las piezas desaparecidas del museo? —quiso saber la inspectora de policía.

—Nunca aparecieron —explicó el deán.

La mujer policía no quiso dejar de preguntar por aquel antiguo robo, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta.

—¿Esa vez, ustedes lo denunciaron a la policía?

—No.

Tampoco esa vez los canónigos acudieron a la policía ni a la justicia de los hombres, nunca lo hacían, pese a que las cosas seguían desapareciendo. Dinero de los cepillos, obras de arte... Lo que pasaba dentro de la catedral se quedaba en la catedral. Como aquel violento episodio de octubre del 2003, presenciado y anotado por la mano que escribía la memoria del templo, cuando la noche del jueves día 16, pasadas las nueve y media, había terminado la jornada y sus oídos escucharon una violenta discusión que estaba ocurriendo en el vestuario de los canónigos, los gobernantes de la catedral. Eran, no había duda, las voces de don Manuel, el administrador, el encargado del dinero, y don Celestino, el fabriquero, el que gestionaba la vida diaria del templo. El testigo decidió arrimarse a la puerta para tratar de escuchar lo que ocurría.

—Lampedonios... Azucena... Corrupto... Ladrón.

El hombre escuchó atónito algo sobre la capilla de la Azucena, conocida por los fieles como la de San Pedro. Es una de las que conserva casi intacta la

arquitectura románica original de la catedral y acoge el sepulcro de doña Mencía de Andrade, la noble que pagó reformas del templo y encargó su sepultura allí. Esa capilla es conocida por la figura del perro de la mujer que el escultor Juan Bautista Celma incluyó en la escultura. Cuando aún estaba pensando en la violenta discusión que había escuchado, el testigo involuntario vio salir del vestuario de los canónigos al sacerdote, don Manuel, «todo colorado, más bien rojo». Detrás de él, más tranquilo, salió el otro canónigo, don Celestino, que lo vio y se cruzó con él, a la altura del servicio. Se cruzaron dos palabras: «Hola», «Hola». Nada más.

Los secretos de la catedral nunca salían del templo. Una espesa *omertà*, una ley del silencio sagrada envolvía la vida y los problemas entre los canónigos, también los líos de los gregarios, sus servidores, algunos de los cuales se beneficiaban de ese sistema de vida regido por sus propias leyes. La policía Ana empezaba a entender por qué era tan difícil conseguir que alguien hablara con ella en confianza cuando el deán se acercó a ella en la catedral para hacerle una pregunta:

—¿Están ustedes investigando a Joaquín, el organista? Es una buena persona y el hombre está inquieto, cree que ustedes escuchan sus conversaciones telefónicas, que le tienen vigilado...

—No, no se preocupe —mintió la mujer policía—. Sabemos que Joaquín es una persona de su confianza, sabemos que el organista no tiene nada que ver con el robo del *Códice*.

El deán pareció satisfecho y se atrevió a lanzarle otra pregunta a aquella policía tan atenta y serena.

—¿Y a mí?, ¿a mí me tienen ustedes intervenido el teléfono?

La inspectora se sorprendió de la audacia de aquel hombre tan culto y tan reservado que la miraba directamente a los ojos esperando su respuesta. ¿La estaba interrogando don José María, el jefe de la catedral de Santiago?

—No, claro que no, deán —mintió con solvencia la inspectora, tal y como había aprendido de algunos de sus maestros y también de algunos delincuentes

a los que había conocido durante sus años de servicio. Luego, se despidió—:
Que pase buena tarde, don José María.

- CAPÍTULO 10 -

UN LACOSTE ROSA PALO

El deán se quedó inquieto después del último envite de los investigadores. El día 17 de agosto llamó por teléfono a Daniel Lorenzo, el canónigo encargado de La Fábrica, o fabriquero, a quien le comunica que va a reunir esa misma mañana a todos los canónigos y les va a transmitir el mensaje de la policía. El robo parece una venganza por algo que ha ocurrido dentro, en la catedral, de forma que ellos deberán colaborar en que todo salga a la luz si quieren que el *Códice Calixtino* vuelva a aparecer.

Esa tarde, Ana vuelve a la catedral. Al entrar por la puerta de la plaza de Platerías, un sacristán se le acerca y le anuncia que han llegado dos paquetes anónimos para el deán procedentes, supuestamente, de Italia. Es demasiado pronto para que el órdago a los canónigos haya dado resultado, para que alguien haya devuelto el *Calixtino* de esa forma tan imaginativa, pero la inspectora acude al despacho del deán, que abre en su presencia las dos cajas. Son solo unos libros que le envía un amigo italiano.

Más tarde, en la capilla de la Anunciación, Ana ve al electricista, que tiene un tono de piel bastante saludable, se ve que ha disfrutado de la playa. Otro canónigo se acerca a ella. Le comenta que el deán los ha convocado a todos y les ha trasladado las sospechas de la policía. Todos los sacerdotes están molestos con ella y sus compañeros, están siendo injustos con ellos. Ninguno ha tenido nada que ver con la desaparición del *Códice*.

Los nervios alcanzan a todos quienes viven o trabajan en la catedral. Dos policías acuden a misa de doce para escuchar tocar a Joaquín, el organista, y que este vea que lo siguen vigilando. Luego, quedan con él fuera de la catedral, en Abridadoiro. El organista lleva un maletín donde deja las

partituras. Les cuenta que desde que desapareció el *Códice* hay un ambiente extraño en la catedral: «Todos los días reviso mi zona de trabajo, cerca del órgano. Tengo miedo de que alguien me coloque allí el *Códice* para culparme luego del robo».

El canónigo Barral tampoco está tranquilo. Por teléfono comenta que la policía lo está siguiendo. En realidad, lo que ha ocurrido es que el sacerdote ha visto a dos agentes de paisano que simplemente estaban tomando café con el organista en el bar Quintana, cerca de la catedral. Unos días después, los *ratones* del templo se siguen moviendo. Otro canónigo acude a la policía de forma discreta, el día 25 de agosto, con un mensaje: «Registren la capilla de La Corticela. Está comunicada con la catedral y con las sacristías».

Los policías se desengañan cuando llegan. Ya habían registrado ese lugar. De hecho, cada día un grupo de agentes hacía requisas, registros, en diferentes puntos de la catedral, un lugar inmenso con recovecos y hasta catacumbas subterráneas. Pese a todo, aquella mañana, dos de ellos vuelven a revisar La Corticela tras el aviso del canónigo. Miran con cuidado en ese oratorio fundado en el siglo IX por el obispo Sisnando I y destruido en el año 997 por el caudillo moro Almanzor como represalia porque el rey leonés Bermudo II no quiso pagar tributos a Al-Ándalus. El oratorio de La Corticela quedó destruido y tuvo que ser restaurado en el siglo XII. Estaba muy cerca del sepulcro del apóstol Santiago, atendido por los monjes y de los que dependió su mantenimiento hasta el siglo XV. En el siglo XVII se construyó el pasadizo que lo une con la catedral.

Los policías rebuscaron junto al tímpano, la antigua pila bautismal, un sepulcro de la época sueva correspondiente al siglo V, la tumba del canónigo Gonzalo Eans, del siglo XIV, y una escultura de Jesús en el huerto de los Olivos. No encontraron nada. Ana y sus compañeros no sabían por qué aquel sacerdote les había tendido esa trampa absurda y hecho perder el tiempo de esa forma. Si el hombre tenía que saber que allí no iban a encontrar nada... De hecho, los había enviado a buscar un objeto que no existía en una capilla mucho mayor que cualquier otra del templo, ya que se trata en realidad de una pequeña iglesia donde se celebran las bodas de las parejas que piden casarse en la catedral. Quizá era una venganza por que se hubieran atrevido a sospechar de él y de todos los gobernantes del cabildo de la catedral. Las reglas de la catedral.

La inspectora Ana recordó entonces con deportividad que ella también había mentido al deán. Y tanto que lo estaban vigilando. El teléfono del jefe de la catedral seguía siendo escuchado por la policía. Así, el 5 de septiembre, una voz de hombre llama al sacerdote. Le pide dinero. Cuando el deán dice que no puede enviarle nada, el hombre se enfada y lo amenaza: «Pues yo haré lo que tenga que hacer». Luego, corta la conversación. Los policías comprueban que don José María cede poco después ante aquel chantaje y envía hasta en veinte ocasiones diferentes pequeñas cantidades de dinero: cuarenta, cincuenta euros, cada vez que el extorsionador recoge satisfecho en oficinas de Correos de distintos lugares de España.

Un tipo llamado Javier también habla por teléfono con el deán en aquellos días. Parece ser un trabajador de la catedral. Los dos hablan de un tal Suso que habría tenido ciertos problemas con las drogas, supuestamente andaba mal de dinero y al que don José María estaba ayudando de alguna manera. Podía tratarse del mismo Suso del que les había hablado el electricista Manolo. Jesús Spínola era un hombre de origen peruano de unos cincuenta años que en los últimos tiempos había pasado «mucho tiempo» con el canónigo jefe de la catedral, según sus propias palabras. Parecía ser su confidente y su amigo íntimo. De hecho, cuando el deán supo que el *Calixtino* había desaparecido, y tras una búsqueda nerviosa entre todos los canónigos y sacerdotes, Jesús había sido su báculo. El anciano sacerdote se sintió indispuesto y se fue a su casa con él. El amigo del deán declarararía luego ante el juez que él le tomó la tensión, que comprobó que la tenía muy alta y que ambos decidieron acudir al hospital. Luego, habían vuelto juntos a casa.

A primeros del mes de septiembre, la inspectora Ana acude de nuevo a X. La investigación parece abrirse en demasiadas direcciones. Y la policía quiere saber qué ocurre con el órdago que han lanzado a los canónigos, cómo *respiran* los señores del templo. Sus oídos en la catedral le explican lo que han escuchado en los últimos días. Que un cura resentido podría ser el autor del robo del *Códice*, que el ladrón no se atreve a devolverlo porque hay mucha policía por la zona y que está tratando de colocarlo en el *mercado negro*. Y, sobre todo, que el *Calixtino* ya lo tiene el cabildo. Lo tienen ya los canónigos, concretamente don Alejandro Barral. Y ellos van a arbitrar cómo devolverlo y cómo terminar con ese asunto sin que corra sangre ni tinta.

X añade un dato desconocido hasta ese momento para la policía. Entre

capillas y pasillos de la catedral se escucha un rumor más que apunta en esa línea. El *Calixtino* lo habría robado un cura «resentido», parece ser que podría llamarse Luis y que se encarga ahora de ayudar a abrir y cerrar algunas tiendas de la zona de la catedral. «Cuando estaba bien con los canónigos, estaba mucho por aquí y a veces le dejaban darle al botafumeiro.» Darle al botafumeiro, al *esparcidor de humos*, al enorme incensario de un metro y medio de alto y cincuenta y tres kilos de peso, era un privilegio en la catedral que estaba solo al alcance de muy pocos. Había que impulsarlo desde el centro del templo, justo bajo la cúpula, hacia las naves laterales gracias a un sistema de poleas. Ocho hombres, a los que llaman *tiraboleiros*, se encargaban de eso durante la eucaristía de los días más señalados del año o en cualquier otra fecha si algún grupo de peregrinos pagaba por ese privilegio.

Ana rastreó también esa historia. A las siete de la tarde localizó a Luis, que no era sacerdote, pero paraba mucho en una joyería de la plaza de Platerías. En realidad, como ocurre con los chismes que antes se contaban en los bancos de misa, la historia parecía desinflarse según había ido pasando de boca en boca. Aquel hombre le contó que era otra persona, una mujer que trabajaba en una tienda, la que le había hablado de aquel supuesto cura resentido que tendría el *Calixtino* en su poder.

La inspectora llegó hasta aquella empleada de la tienda. El sacerdote vengativo del que todos hablaban como autor del robo, le dijo, podía ser un familiar de un canónigo de la catedral que se llama Manuel Calvo Tojo. Don Manuel llevaba desde 1998 formando parte del cabildo, el órgano de gobierno, y había sido el anterior deán, el *primus inter pares* de la catedral, como él mismo lo definió cuando fue elegido para el puesto, en octubre del 2002. Gracias a su influencia, su hermano consiguió el privilegio de lanzar el botafumeiro por los aires de la catedral, a veinte metros de altura.

Calvo Tojo había protagonizado algunas polémicas en el templo y la ciudad, como su empeño por retirar la imagen de Santiago Matamoros de la nave lateral de la catedral, la que tiene salida a la plaza de la Inmaculada. La mayoría de los canónigos se opusieron con vehemencia a sus argumentos de que la talla policromada del apóstol, realizada en el siglo XVIII por el escultor José Gambino, en la que se le ve vestido de peregrino y a lomos de un caballo blanco antes de enfrentarse a los infieles en la batalla de Clavijo, podía ofender a los devotos de la religión musulmana y, en tiempos de

terrorismo islámico, era también susceptible de generar algún riesgo de atentados contra la catedral y los peregrinos.

La idea del deán Calvo fue rechazada. Pesó más el mito y el símbolo que la corrección política. Cómo quitar el homenaje al apóstol que ayudó al rey asturiano Ramiro I a derrotar a los musulmanes en aquel campo de la matanza de las tierras riojanas, en el año 844. Muy pronto, el deán Calvo fue un gobernante débil, enfermó y dejó paso a don José María Díaz, primero jefe accidental y luego elegido deán en el 2006, cargo que seguía ocupando cuando el *Códice Calixtino* había sido robado. Aquella pista contra un pariente del anterior gobernante del templo tampoco llevó a ningún sitio. La misma empleada de la tienda le reconoció a la inspectora de policía que aquella historia no era más que otro chismorreo de los muchos que circulaban por el entorno de la catedral.

El 6 de septiembre, una periodista gallega se acerca a Ana y su compañera Rebeca. Les dice que tiene una información sobre el robo que puede ser de interés para la investigación y quiere comentarla con ellas. Una vez más, las policías comprueban que cualquier paso que den en la catedral, en las calles cercanas, en lo que algunos llamarán «el perímetro medieval», es observado. Aprovechando que esos días está en Santiago uno de los jefes de la UDEV, el comisario Pacheco, ellas regatean a la reportera: «Nosotras no podemos compartir la información que tenemos. Tendrás que hablar con nuestro jefe».

Al día siguiente, la periodista consigue verse con el veterano comisario, entonces número dos de la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta de la Policía Nacional, la unidad encargada de los crímenes y delitos más complicados y también de los más mediáticos. La UDEV Central solo trabaja *cold cases* —«casos fríos» en terminología del FBI, porque ocurrieron mucho tiempo atrás y las unidades provinciales de la zona no pudieron dar con el culpable o encontrar a una joven desaparecida— o casos demasiado calientes, donde la presión de los políticos, las televisiones y los periodistas no les dejan trabajar tranquilos.

El robo del *Códice Calixtino*, obviamente, pertenecía al segundo grupo, era un caso muy caliente. El comisario Pacheco decidió escuchar a la periodista gallega, pero no iba a ir solo, con él estaría también Tenorio, el jefe de la Brigada de Patrimonio. La mujer iba a comentarles las dos líneas de investigación periodística que estaba siguiendo: una era que detrás de toda la

trama del *Calixtino* estaría el canónigo Alejandro Barral, seguidor del Opus Dei y enemigo declarado del deán. El comisario la escuchó con atención y miró a Tenorio: sabía que su gente ya estaba trabajando en esa línea y lo más probable era que la provocación que habían lanzado dentro de la catedral hubiera funcionado y había llegado de dentro a afuera hasta una periodista como un bumerán. Pero la reportera les añadió una teoría alternativa. El verdadero autor del robo habría sido uno de los operarios de la editorial que trabajó años atrás en la confección del facsímil del *Códice Calixtino*. Un hombre que había perdido mucho dinero con aquello y que se llamaba Joaquín.

Era la primera vez que el comisario Pacheco escuchaba ese nombre y esa posibilidad, aunque era posible que sus agentes ya la estuvieran comprobando. Cuando la reportera se fue, no tuvo siquiera que consultárselo a Tenorio, le bastó con mirarlo para saber que hasta ese día no habían escuchado hablar del tal Joaquín, uno de los autores de las copias del *Códice* quince años antes del robo. Su trabajo le había permitido conocer el caos que reinaba en el archivo y la caja de seguridad donde se guardaba el manuscrito, que quedaba abierta casi durante todo el día con las llaves puestas. Había que investigarlo. Necesitaban a X, sus ojos y sus oídos en la catedral. Y lo que les iba a contar iba a sorprenderles mucho.

El 13 de septiembre, X vuelve a encontrarse con Ana y le asegura que, días después de la desaparición del *Códice Calixtino*, alguien de la empresa de facsímiles había enviado un correo electrónico al archivo de la catedral de Santiago. Tantos años después, enterados del robo, les ofrecían nuevas copias del facsímil para ponerlas a la venta. Sabían que la desaparición del original había hecho aumentar la curiosidad por las copias, las hacía subir de valor y trataban de obtener algún beneficio. La empresa tiene cuentas en Twitter y Facebook. Uno de los policías las rastrea en Internet y comprueba que la cuenta se abrió el 8 de julio, apenas unos días después de la desaparición del *Códice*, y observa en los comentarios que pueden leerse allí que las ventas de facsímiles han aumentado mucho tras el robo del original.

La mujer policía le pide entonces a X que le consiga una copia del correo electrónico enviado por la empresa de facsímiles. Lleva adjunta una fotografía. Se la enseña a los archivadores de la catedral, que se muestran atónitos. La imagen parece la del libro auténtico, del *Códice*. Y la fotografía no pudo ser tomada en los años noventa, cuando los trabajadores de la

editorial estuvieron haciendo las copias para los facsímiles: los técnicos del archivo aseguran que la definición de la fotografía es demasiado buena, moderna. La foto del *Códice* que había llegado a la catedral no pudo haberse hecho quince años atrás, era mucho más reciente. ¿Era una forma de pedir un rescate por el verdadero *Calixtino*? ¿O los ladrones eran tan torpes como para delatarse ofreciendo copias y queriendo ganar dinero con ellas después del robo? ¿Los ladrones del *Calixtino* podrían ser unos *tolays*, unos *incompletos*, gente que cometiera un error tan burdo que colocaba a la policía tras ellos? Los policías se ríen a menudo contándose historias de ese tipo de delincuentes. La de aquel ladrón que quiso robar a la carrera los lujosos equipajes de dos negros que parecían dos guiris despistados en el aeropuerto de Sevilla. En realidad, eran integrantes del equipo de relevos de la selección de los Estados Unidos que acudía a los mundiales de atletismo. Los dos atletas salieron detrás del *chorizoy* le dieron caza en la misma terminal tras un sencillo cambio de ritmo y un corto esprint.

En aquellas historias de *tolays* no faltaba la de aquel joven etarra que colgó su foto en Facebook vistiendo la camiseta de la selección española. O, más trágica, la del secuestrador de Anabel Segura, la joven madrileña asesinada en 1993, que se quedó dormido en una parada de autobús cuando iba a cobrar el rescate de la familia... No sería la primera vez que un delincuente que generaba alarma por algún hecho que causaba dolor decepcionaba luego cuando se le detenía. Algunos se dormían en los calabozos, otros simplemente eran gente vulgar. Muchos años leyendo declaraciones y confesiones de *malos* habían hecho comprender a Tenorio y a Ana que quienes quebrantaban la ley no solían ser personas demasiado brillantes, aunque en Patrimonio, en los robos de obras de arte, esa norma no se cumplía siempre. Ahí había verdaderos artistas. En Madrid, los jefes de la investigación quisieron pensar que podían estar buscando a un *tolay* que se había delatado, pero desde Galicia, Ana nunca creyó seriamente en aquella opción. Disciplinada, tuvo que seguir esa pista sin demasiados datos ni esperanzas, casi como si fuera una adivina tratando de leer una de las líneas de la mano.

La inspectora decide acudir de nuevo a uno de sus *gargantas* en la catedral en busca de información. Le pregunta por el tal Joaquín, que había hecho los facsímiles del *Códice Calixtino* años atrás. Le enseña una

fotografía, pero X no reconoce ese rostro. Entonces, como la policía ya sabe que el deán no será del todo sincero con ella, le pide a su colaborador que haga de intermediario, que sea su infiltrado. Le encarga preguntarle al jefe de la catedral si conoce al tal Joaquín y si ese hombre había vuelto a Santiago de Compostela después de terminar las copias del *Códice*. Al día siguiente, Ana y uno de sus compañeros acuden a ver al juez Taín. Le explican la nueva vía de investigación que han abierto y hacen una ficha de Joaquín y su socio en la empresa que hizo los facsímiles, Guillermo. El juez aprueba la petición para que las compañías telefónicas den la información de dónde estaban en esos momentos los móviles de los dos hombres.

Seis días después, llega una llamada desde el Laboratorio de la Policía, en Madrid. La fotografía del supuesto *Códice Calixtino* había sido tomada el 12 de julio del 2011 a las cinco de la tarde. Es decir, apenas tres semanas antes del robo del manuscrito. Además, aquel día había sido domingo y nadie, salvo los archivadores y el deán mismo, tenían acceso a las instalaciones donde estaba el *Códice*. Los investigadores saben ya también que el correo electrónico en el que estaba la fotografía del libro desaparecido había sido enviado a la catedral por Óscar, el hijo de uno de los dos empresarios que habían hecho los facsímiles, a las 11:55 de la mañana.

Ana regresa a la catedral y enseña al deán la fotografía del *Códice* y del empleado. El anciano sacerdote no reconoce a esa persona. Aquel domingo, además, ni don José María ni ninguno de los trabajadores del archivo habían sacado el *Calixtino* para que nadie lo viera. Simplemente, no pasaron por la catedral. La inspectora decide avanzar en la posible conexión de la empresa de facsímiles con el deán.

—¿Cuándo fue la última vez que usted sacó el libro, don José María?

El jefe de los canónigos de Santiago no conseguía recordarlo, al menos no lo decía.

—Creo que fue cuando estuvo aquí el profesor de la Universidad Complutense, no recuerdo la fecha.

La inspectora había averiguado ya con su gente que aquello ocurrió en

noviembre del 2010, mucho tiempo antes de la extraña fotografía del *Calixtino* y del posterior robo del manuscrito. Decidió seguir preguntando, escarbando entre la frágil memoria del sacerdote.

—¿Y cuándo fue la última vez que habló usted con la empresa que hizo los facsímiles del *Calixtino*?

—No sé la fecha, lo último que supe es que estaban dolidos porque parece que habían perdido mucho dinero con las copias.

Cuando se queda solo, el jefe de la catedral deja ver que empieza a estar cansado de los policías. Parece molestarle su investigación. Él ha iniciado otra por su cuenta, interna, entre las paredes de la catedral. No sabe que escuchan su teléfono y habla en confianza con otro de los canónigos, encargado de la gestión diaria de La Fábrica. Incluso le miente sobre el operativo policial.

—Esta gente están un poco descoordinados, la verdad.

Cada vez viene a verme uno diferente.

Con suavidad en la voz, el deán suelta entonces una andanada sobre la profesionalidad de los policías, especialmente la de Ana, la mujer que trata directamente con él y que se ha atrevido a hacerle preguntas de todo tipo sobre la catedral y quienes viven en ella. La inspectora le ha dicho que no se irán de Santiago hasta encontrar el *Códice*. Y no lo harán, pero ella había bajado un fin de semana a Madrid a resolver unos asuntos. Volvería unos días después, pero el sacerdote lo explicaba de otra manera.

—La mujer policía, encima, se fue de vacaciones.

No era verdad. Los policías encargados del caso sacrificaron sus vacaciones, aunque sí bajaban a Madrid algunos viernes para ver a sus familias y volver el domingo por la tarde a Galicia. En realidad, lo que sucedía era que el deán *sangraba* por una herida reciente. Los policías y mucha gente en Santiago, también en la Iglesia, le habían reprochado en agosto

que se hubiera ido de vacaciones en plena crisis por la desaparición del *Códice*. Tanto que lo que algunos llamaban la «presión mediática» le había hecho regresar.

Lejos de Santiago, en Madrid, la otra parte del equipo formado para encontrar el *Calixtino*, los agentes especialistas en robos de la Policía Nacional, habían localizado en tiempo récord el domicilio donde vivía Óscar, el hijo de uno de los empresarios de los facsímiles que había enviado aquel correo con la imagen del *Códice* robado. Los agentes acuden de paisano y comprueban la vida en aquel piso adosado situado en pleno centro. Desde fuera, ven a una mujer mayor regando las plantas, puede ser la madre del chaval al que están buscando. Averiguan que Óscar tiene una empresa dedicada a la instalación y mantenimiento de piscinas. Y que tiene un piso en Alcorcón que está en venta y otro en El Casar de Escalona, un pueblo de la provincia de Toledo. Cuando llegan allí los policías de robos, ven que ese inmueble está abandonado.

Mientras los agentes expertos en robos siguen explorando la línea de investigación que conduce a los empresarios que hicieron las copias del *Calixtino*, el 16 de septiembre, la revista *Interviú* publica un artículo sobre el robo del *Códice*. En la información se aseguraba que el manuscrito robado «no va a ser vendido» y que «alguien muy próximo al deán lo cogió y lo tiene oculto». Se habla de los rumores sobre la conducta sexual del archivero mayor y se afirma que la policía trabaja con la hipótesis de que el robo ha sido cometido para provocar su destitución.

El deán lee la revista, se indigna y llama por teléfono a su rival, Alejandro Barral, jefe de la otra facción, la más próxima al Opus Dei. En la conversación, don José María acaba perdiendo los nervios. A Ana le sorprende esa reacción, hasta ese momento ellos le habían dicho verdaderas burradas tratando de provocarlo y hacerlo hablar. Sin éxito. Parecía, eso sí, que cuando se trataba de poner luz sobre las guerras internas que había dentro de la catedral, el deán se ponía mucho más nervioso que cuando se hablaba exclusivamente de la desaparición del *Códice*.

Cuatro días después, los policías que están escuchando el teléfono móvil de Joaquín, el organista de la catedral, advierten a la jefa de la investigación sobre el terreno que han oído una conversación que puede interesarle. Una de las vecinas de la calle Rodas había llamado al organista y lo había avisado de

que la puerta de su portal estaba estropeada. Parecía algo rutinario, un accidente sin importancia, pero *el Teclas* había respondido muy nervioso, estaba convencido de que la policía lo vigilaba.

—Pero ¿la puerta de la calle está forzada?, ¿la han forzado?

La vecina se sorprende de la pregunta de Joaquín. Ella solo lo llamaba para avisarlo por si tenía problemas para entrar al portal cuando llegara del trabajo, no había pensado en esa posibilidad, ¿quién iba a querer forzar la puerta de la calle?

—No, forzada no parece.

La tarde siguiente, el organista vuelve a llamar a su vecina. Quiere saber qué pasa con el portal de su casa.

—Esta noche voy a llegar tarde a casa, no cerréis la puerta de abajo, por favor. Cuando yo llegue, ya la cierro. Ah, otra cosa, no me fío de lo que ha pasado y yo ya le he comentado al chico del bar de enfrente que esté pendiente por si ve algo raro.

Los policías del GOAS y la maleta saben que deben extremar las precauciones para que el organista no les sorprenda, no les *muerda*, como dicen ellos. «¡Ojo, por si se va a controlar su puerta! *El Teclas* puede tener buena relación con el del bar», escribe uno de ellos a sus compañeros.

Ese mismo día, y tras comprobar que el organista está tocando en la misa de doce de la catedral, varios policías van a su casa. Quieren comprobar las redes inalámbricas por las que se conecta a Internet. Desde el teléfono móvil de uno de los agentes se comprueba que allí hay dos señales de wifi para el portal: «Hotel 1» y «Hotel 2» son las claves del establecimiento que está frente al portal del organista. Los agentes creen que *el Teclas* puede tener la clave wifi del hotel gracias a su amistad con alguno de los empleados y consiga así conectarse gratis a la red.

Aquellos días de principios de otoño, en Galicia, una carta anónima llegó

a la catedral. Iba grapada al texto ofrecido por la Wikipedia sobre el *Códice Calixtino* y estaba dirigida a «don José María Díaz, Archivero Mayor Catedral de Santiago». Alguien había escrito, textualmente y con muchas faltas de ortografía: «Esto es un hanónimo, pero sé quien encargó el robo del *Códice Calixtinus*. Es un traficante de obras de arte de Barcelona, falsificador preso varias veces, estafador, confidente de halgún policía».

El escrito continuaba afirmando que el manuscrito robado estaba oculto «en un espacio alquilado al Círculo Artístico de Barcelona». En el texto se daba el nombre de quien supuestamente había encargado el robo. Y se facilitaban también detalles de dónde estaba el *Códice*. «En la planta segunda o tercera tiene un techo falso, donde esconde los objetos valiosos robados.» El mensaje terminaba con un tono dramático. El informante no podía dar su nombre. «No puedo identificarme porque tiene sicarios i mi vida correría Peligro. No digan nada, pero inspeccionen.» Los agentes hacen una ficha de ese hombre, la incluyen en el expediente, pero lo descartan enseguida. Cuando un caso criminal se convierte en mediático, no falta quien desde cualquier lugar de España decide ajustar cuentas acusando del asunto a un enemigo íntimo. Y esta vez la víctima de ese ajuste era aquel marchante de arte catalán o hasta el propio Real Círculo Artístico de Barcelona.

En Madrid, los agentes del grupo de Robos seguían con su investigación a los empresarios que habían perdido mucho dinero haciendo copias del *Calixtino*. Si esa línea era la buena, el *Calixtino* había sido robado y posiblemente vendido fuera de Santiago y hasta de España; Ana y sus compañeros de Patrimonio Histórico preferían pensar en que aquello no llevaría a ningún sitio y que el manuscrito estaba cerca, escondido a buen recaudo. La inspectora y sus compañeros estaban convencidos de que detrás de todo aquello había «algo emocional», un asunto de amor-odio nacido y podrido entre el laberinto de relaciones cruzadas de la catedral.

Desde Suiza llegan poco después los datos de un amigo del organista de la catedral, un emigrante español. Los policías comprueban también que Joaquín, el empresario de los facsímiles, vive en una lujosa casa de Boadilla del Monte. El hijo de su antiguo socio, Óscar, vive al norte de la capital, al final del paseo de la Castellana. Los agentes han recibido también los datos de los bancos. Entre los dos empresarios tienen treinta y tres cuentas bancarias diferentes. Deciden colocarles vigilancia y envían a un equipo de los GOAS,

el mismo grupo operativo que sigue al organista en Santiago.

Dos policías toman declaración en Madrid a Óscar. El hombre asegura que la famosa foto del *Códice Calixtino* la hizo él, en el mes de julio, cuando estaban preparando la nueva página web de la empresa. El perfil de Facebook lo había creado el 8 de mayo del 2011 y ahí ya aparecen las fotografías, pero no son realmente del *Códice Calixtino*, sino de un facsímil en color que ellos conservan en su casa. Tienen hasta cien facsímiles del *Calixtino*. Su padre era quien llevaba la empresa hasta 1996, cuando murió y el negocio de la imprenta quedó en manos de Joaquín. Los agentes ya han comprobado hoteles y teléfonos. Sabían que ni Joaquín ni Óscar habían estado en Santiago de Compostela en las fechas del robo. Pero siguieron investigando esa pista.

El 23 de septiembre, el deán había cumplido ochenta y un años. Dos semanas después, el Arzobispado de Santiago decide mantenerlo en el cargo principal, pero aprueba su cese como archivero mayor de la catedral. En su lugar, nombran a un sacerdote más joven, don Segundo Martínez. Este canónigo ya habla con los policías abiertamente.

—El que ha robado el *Códice Calixtino* es alguien cercano al deán, y lo ha hecho por un asunto de celos. No puedo decirles más.

En aquellos días, el juez Vázquez Taín ya ha recibido los datos del hombre que llamaba por teléfono al deán para exigirle dinero. Se llama Eleuterio. Estuvo un tiempo en Santiago, ahora vaga por España sin rumbo ni profesión conocidas. Tampoco tiene una dirección fija. Es casi un mendigo. En una de las llamadas que ese hombre hace para chantajear a don José María, le anuncia que estará unos veinte días en León y lo advierte de que debe enviarle allí el dinero, como siempre, por un giro postal. La policía tiene argumentos para detenerlo, pero el juez decide frenarlos. Al final, el asunto iba a salir en la prensa con el *Códice* todavía desaparecido, y sería otro golpe moral para el deán. Los agentes están de acuerdo. Una de aquellas tardes, la inspectora Ana había acudido a ver a don José María y lo vio delicado de salud, incluso advirtió un temblor creciente en una de las manos del religioso. El deán había explicado que el dinero que daba a aquel mendigo amenazante era simplemente caridad, un deber para cualquier cristiano, un deber recogido en uno de los milagros del apóstol que se incluyen en el *Códice Calixtino*.

Si puede pedirse lo necesario para el cuerpo, debe pedirse más la vida del alma o sean las virtudes como la fe, esperanza, caridad, castidad, paciencia, templanza, hospitalidad, largueza, humildad, obediencia, paz, perseverancia y otras semejantes, para que con ellas sea el alma coronada en las moradas siderales. Lo cual se digne concedernos Aquel cuyo reino e imperio perdura sin fin por los siglos de los siglos. Así sea.

Aquel otoño, en Madrid, una de las personas dueñas de una impresionante colección de arte iba a recibir una llamada. No era un canónigo ni el caso tenía nada que ver con la catedral de Santiago. La propietaria de una colección personal valorada en setecientos millones de euros era Carmen Cervera, la viuda del barón Hans Heinrich Thyssen. Y, al igual que al deán de Santiago, alguien trataba de extorsionarla.

Esta vez, la trama fue más elaborada, y más mediática también. Un hombre, que decía ser marinero de un barco, tuvo noticias por Internet de una intervención televisiva del periodista del corazón Jaime Peñafiel en la que se incidía en las discrepancias entre la baronesa y su nuera, Blanca Cuesta, y decidió ponerse en contacto con él. Le dijo que disponía de un vídeo de contenido sexual en el que se veía a la esposa del hijo de la baronesa, Borja, participando en una orgía con varios hombres a bordo de un yate propiedad de un conocido empresario. El chantajista pedía treinta mil euros para no hacer público el asunto y entregar a Carmen Thyssen el vídeo.

En septiembre, Peñafiel escribió en su columna semanal del diario *El Mundo* un artículo sobre la baronesa en la que advertía de que «ese niño criado con tanto amor se ha convertido en el mayor problema de la vida de Tita, por culpa de una nuera muy turbia, aunque se llame Blanca, que ha convertido al buenazo del joven en un pobre niño rico tatuado como un macarra».

Eran tiempos difíciles entre las dos mujeres, suegra y nuera. Tita Cervera se había opuesto a la boda de su hijo con Blanca Cuesta, luego propuso que se hicieran hasta cuatro pruebas de paternidad a su primer nieto. En aquel 2011, la baronesa y su hijo, Borja Thyssen, apoyado por Blanca, libraban una batalla judicial por la titularidad de un cuadro de Goya y otro de Corrado Giaquinto valorados en unos siete millones de euros. Según se sabría después, Peñafiel

avisó a su amiga Tita de la oferta del supuesto vídeo porno que había recibido por teléfono y esta encargó comprobar el asunto a su guardaespaldas y hombre de confianza, Manuel Tumbeiro. Decidió también no decir nada a su nuera, y tampoco a su hijo Borja.

El guardaespaldas contaría posteriormente al juez encargado de investigar el asunto que habló por teléfono con el supuesto marinero. El precio había subido y ahora exigía treinta y siete mil euros a cambio del supuesto vídeo sexual. Luego, aceptó rebajarlo a treinta y tres mil euros y finalmente volvió al precio de salida: por treinta mil euros, el vídeo sería para la baronesa. Tumbeiro acordó entonces con aquel hombre realizar un primer pago de dieciocho mil euros en metálico para comprobar el material y dejar los otros doce mil euros para cuando Carmen Thyssen tuviera ya el vídeo en su poder.

A mediados de octubre, el guardaespaldas de la baronesa se citó con el marinero en una cafetería Vips de la Gran Vía de Madrid. Tumbeiro llevaba un sobre lleno de billetes grandes que entregó al chantajista. Este comprobó que eran los dieciocho mil euros pactados y anunció: «No estaba seguro de que no me tendierais una trampa, así que he dejado el DVD en un hotel, aquí cerca. Voy a por él y vuelvo en diez minutos».

El hombre nunca volvió y el dinero de la baronesa voló. Sin embargo, las grabaciones de las cámaras de seguridad registraron su rostro.

El guardaespaldas de Carmen Cervera denunció la estafa en el juzgado número 40 de Madrid. El 24 de octubre del 2011, el magistrado, extrañado de que una suegra pagara tanto dinero por un vídeo de su nuera supuestamente participando en una orgía, llamó a declarar a la víctima, Blanca Cuesta. La que fuera modelo explicó que todo era falso, no podía existir ningún vídeo de ese tipo porque ella sencillamente no había participado en ninguna orgía, todo tenía que ser un montaje o una estafa. La esposa de Borja Thyssen no quiso siquiera denunciar el asunto, pese a que el juez la avisó de que podía hacerlo porque podría tratarse de un delito contra su intimidad o su honor. Todo era falso, insistió rotunda, y no quiso darle más importancia.

El falso marinero se llevó dieciocho mil euros de la baronesa Thyssen por un vídeo que no existía, jugando con la información que daban aquellos meses los medios de comunicación, en la que se hablaba de las dos mujeres, Carmen Cervera y Blanca Cuesta, como enemigas declaradas. Con lo que robó a la baronesa, el hombre, gallego, se fue de fiesta con varias mujeres. Con una de

ellas pasó incluso una semana a todo tren en las islas Canarias. Cuando el dinero se le acabó —también le gustaba mucho jugar, y generalmente perder, a las tragaperras—, aquel estafador decidió seguir con su carrera de chantajista, extorsionando a personas más o menos famosas de las que obtenía información en televisión e Internet. Así llegaría, algún tiempo después, a Santiago de Compostela y la catedral, y a su deán, don José María Díaz.

Allí, en Santiago, a primeros de aquel mes de noviembre, en el Día de los Difuntos, Ana y su compañera Rebeca tomaban algo en la cafetería Galaica, en Milladoiro, cerca de la casa de Manolo el electricista. Es un día festivo. Son las diez y media de la noche. Cuando lo ven, piensan que no puede ser él. El hombre del viejo gabán azul, el pobrecito que acudía modestamente a la catedral, aparece aquel día radiante, bien vestido y bien peinado. Lleva un polo Lacoste de color rosa palo y un pantalón blanco, zapatillas deportivas también blancas. Las dos mujeres policías advierten que el electricista se ha cortado el pelo y ahora lleva la raya en el lado izquierdo de la cabeza. No pueden resistirse. Salen del bar y se acercan a su encuentro con sonrisas encantadoras.

—¿Dónde vas, Manolo? Estás muy guapo. Entra y tómate algo con nosotras, anda.

El electricista, sorprendido, no se fía y les dice que anda con prisa, tiene que irse a casa. Las dos policías le preguntan entonces por el *Códice Calixtino*.

—Que yo de eso no sé nada, mujer. En la catedral nadie sabe nada. Yo creo que lo tienen los curas. La verdad es que el deán me da pena.

La inspectora y su compañera se ofrecen a acompañar a Castiñeiras, se le pegan, quieren saber qué ha pasado para que aquel hombre anodino haya cambiado tanto. Él no tiene escapatoria, no puede negarse. Mientras caminan juntos los tres, ellas le repiten lo guapo que está, que parece otro, que cómo se nota que es fiesta. Al electricista discreto, al humilde beato jubilado, se le escapa la vanidad cuando les explica su transformación dirigiéndose con la mirada a la inspectora Ana:

—Parece mentira que no lo sepas, mujer, a la catedral hay que ir de pobre.

- CAPÍTULO 11 -

CUANDO MANOLO CASI PIERDE LA VIDA

Se acercaban las Navidades del 2011 y el *Códice Calixtino* no aparecía. La inspectora Ana había ido aproximándose cada vez más a Manolo el electricista. Y sus compañeros habían ido reconstruyendo su historia y vigilando sus rutinas. Castiñeiras había hecho toda su vida en la catedral. Entró en 1980 y estuvo casi veinticinco años trabajando allí. Fueron años dorados para el electricista, uno de los gregarios más veteranos, que entraba y salía de la catedral como un integrante más de aquella privilegiada comunidad. Después de todos esos años, Manuel iba a dar un paso más. Quería dejar de facturar como un trabajador autónomo y que los canónigos le hicieran empleado fijo. A finales de septiembre del 2003 mantuvo varias reuniones con el que entonces era el deán, don Manuel Calvo, para conseguirlo.

El electricista estaba dispuesto a todo para conservar y mejorar su estatus. Tanto que, como si fuera un amanuense, cogió el contrato que había firmado en el 2000 para mantener el grupo electrógeno de la catedral. Allí simplemente se decía que Castiñeiras, el canónigo Celestino Pérez de la Prieta y el deán don Luis Quintero Fiuza «se comprometen y se hacen responsables de mantener en perfecto estado de limpieza y funcionamiento el grupo electrógeno instalado en esta iglesia catedral, así como todas las derivaciones que del mismo dependan, contratando al primero para dicho acometido». No se hablaba de dinero ni de plazos.

A la catedral llegaron tiempos nuevos y grandes retransmisiones televisivas, que exigían electricistas más cualificados. Audaz ante el riesgo de perder el trabajo de su vida, Manolo decidió *mejorar* aquel contrato antes de

presentarse a negociar con el administrador de la catedral, que, había rumores ya, quería despedirlo. Decidió rellenar algunos huecos del documento. Lo iba a aprovechar no solo para convertirse en trabajador fijo. Si el canónigo *tragaba* con aquel montaje que había preparado, él sería un profesional cualificado y vitalicio, el electricista de la catedral hasta su muerte.

Primero, ensayó a lápiz en un borrador. Añadió frases claves como «este contrato de mantenimiento eléctrico para mano de obra que es vitalicio». También se inventó el dinero que iba a cobrar: «112.000 ptas. al mes o 1.344.000 ptas. al año, aparte pagas extraordinarias». En un tercer párrafo, y bajo el encabezamiento «ETC.», Castiñeiras anotó: «Las averías se realizarán lo antes posible, en días y horas laborables de lunes a viernes. Todas las demás obras de reforma o mejora serán hechas por él mismo, por Administración». En la última línea se aseguraba incluso un sitio propio y reservado para él dentro del recinto del templo: «... disponiendo del local que ya tiene en Torre Carraca, que da al Obradoiro».

El problema era meter todas esas *morcillas* en el contrato supuestamente viejo y auténtico, firmado por el antiguo deán, que el electricista iba a presentarle a don Manuel Iglesias para que le hiciera un contrato fijo. Cuando había escrito las frases que necesitaba en el ordenador y las había encajado como había podido entre los párrafos verdaderos, colocó el original en la impresora y sacó en ese papel el resto del texto que había añadido. Lo cierto es que algunas letras añadidas se salían del margen izquierdo del folio y además se notaba que había dos tonalidades de tinta de impresión bien diferentes en el contrato. Era un trabajo chapucero.

El texto final que el electricista presentó al administrador de la catedral quedaba finalmente así, incluidas las morcillas:

«Don Manuel Fernández Castiñeiras... con capacidad laboral para hacer este contrato de mantenimiento eléctrico de mano de obra **que es vitalicio** para esta Catedral y dependencias anexas...

»Esta parte contrata a la anterior por el precio de **112.000 ptas. al mes o 1.344.000 ptas. al año incrementables —5.000 ptas. mes cada año, aparte vacaciones y pagas extraordinarias.**

»Ambas partes se comprometen y se hacen responsables de mantener en perfecto estado de limpieza y funcionamiento el grupo

electrógeno instalado en esta Iglesia Catedral, así como todas las derivaciones que del mismo dependan, contratando al primero para dicho acometido, **disponiendo del local que ya tiene en la Torre de la Carraca, que da al Obradoiro, para sus trabajos...**

»No se incluyen materiales tales como aceites, etc. **Las averías se realizarán lo antes posible en días y horas laborables de lunes a viernes. Todas las demás obras de reforma y mejora serán hechas por él mismo, por Administración.»**

El canónigo administrador Manuel Iglesias se dio cuenta del *pastel* y rechazó firmarle al electricista aquella burda manipulación. Tan duplicado y transformado estaba el contrato original que en la parte baja Castiñeiras se había olvidado de borrar los duplicados y salían por dos veces las firmas de «LA CATEDRAL» y «EL INSTALADOR». Castiñeiras ya no tuvo ocasión de presentar el otro contrato que también había manipulado en su casa y donde se convertía en trabajador indefinido para todas las obras que tuvieran lugar también en el Seminario Mayor. De nuevo, mejoraba sus condiciones laborales, y no tendría guardias, repararía las averías solo de lunes a viernes. Nadie sabe cómo consiguió que ese documento llevara la firma del entonces vicerrector y administrador del Seminario Mayor, don Manuel Ferreiro, pero lo cierto es que figura en la parte de abajo de un contrato surrealista y con algunas faltas de ortografía («en el debido estado de conservación»).

Después de ese episodio, ocurrido el 30 de octubre del 2003, Manolo Castiñeiras, el sobrino de la lechera de la catedral, el que entró allí cuando era un crío para hacer recados, ya intuía que los jefes del templo no iban a contratarlo. Entró en el claustro y escuchó los pasos del entonces fabriquero, don Celestino Pérez de la Prieta, el sacerdote que llevaba las cuentas diarias, también las nóminas de los trabajadores. Ambos se dirigían hacia la misa de las ocho y media de la mañana. Don Celestino apretó entonces el paso y cuando llegó a la altura del electricista lo miró un rato, pero sin saludarlo. Luego, siguió andando, más rápido, hacia la capilla, sin mirar atrás. Manolo, experto en el código de gestos entre los gobernantes y los gregarios como él, que regía la vida de la catedral de Santiago, supo leer ese silencio. Era la primera vez en años que don Celestino no lo saludaba. El electricista tuvo un punto de rencor entonces y recordó todas las obras que había hecho para el anciano sacerdote sin cobrarle un duro, reparaciones incluso en temas

privados, de fuera del templo. Y de todas esas, solo le había pagado una vez la hermana del canónigo, en la festividad del Apóstol del 2002. Mientras entraba a la misa, Manolo no supo con seguridad si aquel desaire había sido por el contrato o no, pero estaba inquieto: «A ver qué pasa a lo largo del día».

Fue al día siguiente cuando ocurrió lo que se barruntaba el electricista. El deán Calvo Tojo lo mandó llamar. Cuando Manolo llegó, el jefe del templo empezó hablándole de un problema en la consigna de la catedral y algunos otros temas menores. Muy pronto, el anciano sacerdote entró en harina.

—Verás, José Manuel, la catedral necesita tener unos servicios técnicos más completos. Ahora tenemos retransmisiones de televisión, con cientos de cámaras por aquí, equipos muy modernos. Yo creo que todo eso a ti te coge un poco...

El electricista no hablaba, de forma que el deán llegó hasta el final, después de decirle a Manolo que los tiempos habían cambiado y que posiblemente él ya no estaba cualificado para encargarse de los nuevos y complejos grupos electrógenos de la catedral. El sacerdote trató de suavizarlo, eso sí.

—Se me ocurre a mí una cosa, como tantas cosas que se me ocurren, ya me conoces. Te damos una indemnización por el despido y quedamos en paz. ¿Qué te parece, José Manuel?

El humilde electricista se sentía humillado y trató de contenerse, pero finalmente no pudo evitar responder.

—Me parece muy bien, don Manuel. No hay problema. A mí se me ocurre que ustedes me den una indemnización justa después de estar aquí veintitrés años sirviéndoles. No sé, se me ocurre que me den veinticinco millones de pesetas, más o menos.

El sacerdote no esperaba el golpe. Veía la furia contenida en los ojos del electricista y decidió terminar la conversación.

—Así no se puede, José Manuel, si tú no quieres...

—Claro, así no se puede, deán. Quieren ustedes darme quinientas mil pesetas después de estar sirviéndoles aquí durante veintitrés años y darme la patada, hala, ponerme en la calle. Parece mentira que usted y el resto, todos hombres de más de setenta años, prediquen lo que predicán ahí arriba, en el altar, y luego...

—José Manuel, la religión y Dios no tienen nada que ver con esto. Deja eso a un lado.

—Usted es profesor de moral —le reprochó finalmente el electricista al deán Calvo Tojo, que también era juez eclesiástico—. Si usted imparte moral y la moral se le ha acabado, igual que a los otros, dígame, deán, ¿qué podemos esperar de ustedes?

La reunión acabó muy mal. Manolo el electricista salió enfurecido de la catedral. Su ira aumentaría los días siguientes, cuando se enteró de que los sacerdotes tampoco le iban a pagar los más de cuarenta mil euros que él había calculado que le debían. Castiñeiras echaba la culpa de sus males a Manuel Iglesias, el canónigo que fuera administrador de la catedral. Por supuesto, también al que entonces era deán, Manuel Calvo Tojo. Pero en realidad, pensaba, lo habían traicionado todos. Se sentía apuñalado por la espalda. Y no sabía si el apóstol Santiago iba a acudir en su ayuda, como sucedía en uno de los milagros narrados en el *Calixtino*.

En la ciudad llamada León te encontrarás con tus compañeros. Y les dirás: «Puesto que habéis obrado deslealmente con vuestro compañero abandonándolo, el santo Apóstol os anuncia por mí que vuestras oraciones y peregrinación le desagradan profundamente hasta la debida penitencia». Al oír esto, entendió al fin que este era el Apóstol de Cristo y quiso caer a sus pies, mas el soldado de Dios no le fue visible por más tiempo. Cumplido, pues, todo aquello, al regreso encontró a sus compañeros en la mencionada ciudad y les contó exactamente todo lo que le había ocurrido desde su separación de ellos y cuántas y cuán grandes amenazas había hecho el Apóstol para la falta de cumplimiento de la fidelidad al compañero. Oído todo ello, se

admiraron más de lo que puede decirse y acabaron el camino de su peregrinación. Esto fue realizado por el Señor y es admirable a nuestro ver. Porque estas son cosas que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos por ellas. Ciertamente en este milagro se demuestra que todo lo que se ofrece a Dios debe cumplirse con alegría, para que haciendo votos dignos consigamos del Señor su perdón. El cual se digne concedernos Jesús nuestro Señor que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los infinitos siglos de los siglos. Así sea.

En aquellos meses aciagos del 2003 y los siguientes, el mayor apoyo para el electricista, casi el único, fue otro canónigo, don José María Díaz, el futuro deán de la catedral. Manolo explicó a la inspectora Ana que el sacerdote lo animaba con cariño a pelear por sus derechos, a combatir la injusticia que habían cometido contra él, incluso denunciando a los tribunales civiles al cabildo, a la catedral de Santiago si hacía falta. «Aquellos días, don José María me decía: “Usted reclame lo suyo, José Manuel —lo llamaba siempre así—, no se marche de aquí sin cobrar, que a la catedral le sobra el dinero”.»

El electricista contó con detalle a la inspectora Ana cómo vivió aquella afrenta y las que siguieron. Primero decidió presentar una denuncia contra el cabildo por el despido. Se presentó con su abogado en los juzgados para el acto de conciliación, iba a tratar de llegar a un acuerdo con sus antiguos jefes. Pero aquella mañana, Manolo estuvo esperando durante horas a las puertas de los juzgados. Nadie de la catedral se presentó. Cuando el edificio se quedó vacío de abogados y trabajadores, el electricista volvió a su casa, derrotado. Desde entonces siguió yendo a la catedral, pero nada volvería a ser lo mismo. En noviembre del 2003, Manolo, que conocía todos los rumores del templo y los canónigos, parece estar tramando una venganza y trata de conseguir la copia de una supuesta sentencia judicial que él nunca había visto. Había oído que un tribunal había condenado por robo a uno de los sacerdotes más poderosos del templo, don Alejandro Barral.

El 12 de noviembre, Manolo acude a una reunión a la que está convocado todo el personal de la catedral, gobernantes y gregarios. Hablarían el deán Calvo y el canónigo fabriquero del templo, don Celestino. Asistieron dieciséis empleados, que escucharon que había que modernizar la explotación del templo. Los trabajadores se enzarzaron en una discusión sobre cuánto debían cobrar los tiraboleiros —las personas que tiraban el botafumeiro— y no se

ponían de acuerdo. El electricista comprobó que el deán tomaba unas notas y decía amablemente que iba a estudiar todas aquellas dudas que se estaban planteando. Manolo comprobó con tristeza que de su despido no se hablaba allí ni una palabra. A nadie parecía importarle.

Así que tomó una decisión: si ellos callaban, él también lo haría. Si nadie le decía nada, si no le comunicaban oficialmente su despido, Manolo seguiría yendo cada día a la catedral, como había hecho durante los últimos veintitrés años. Eso sí, intentaría arreglar las cosas para poder quedarse allí siempre. El hombre y su abogado acudieron en febrero del 2004 a ver al deán. En marzo tuvieron una reunión con el arzobispo de Santiago de Compostela. A finales de ese mes, mantuvo una conversación con su amigo, el entonces canónigo don José María Díaz, sobre cómo podría hacer para denunciar al cabildo por despido improcedente. El 24 de marzo del 2004, Castiñeiras y su abogado participan en una reunión con el administrador de la catedral, Manuel Iglesias. Todo iba a ser en vano y el electricista la resumiría así: «No hay tu tía. Decidimos ir al juzgado».

Manolo estaba decidido a resistir, aunque empezó a sufrir algunos episodios extraños en el templo, donde seguía yendo a trabajar cada día. El 10 de agosto del 2004 trató de entrar en la torre, donde tenía un cuarto para guardar sus materiales. Cuando intentaba abrir la puerta con su llave, se dio cuenta de que los sacerdotes habían cambiado la cerradura. Indignado, el electricista acudió a ver a don Alejandro Barral para pedirle una llave nueva. Pero el anciano canónigo lo esquivó con habilidad torera.

—Tendrás que hablar con el deán, José Manuel. Yo no puedo ayudarte.

—Hablaré con mi abogado. Y hablaré con la policía, hombre.

Con esa amenaza, Manolo consiguió que el deán le habilitara un local nuevo, junto a la capilla de la Comunión, para dejar sus cosas, pero su suerte estaba echada y el 2 de diciembre del 2004 recibió un burofax del cabildo de la catedral donde se le comunicaba ya formalmente su despido como electricista. Terco y enrabiado, decide no hacer caso. Sigue yendo a la seo, ante la simpatía de algunos canónigos y trabajadores y el asombro de otros, que no se atreven a actuar con firmeza. El electricista continúa con sus rutinas: acude a misa, reza en memoria de su padre espiritual, Martínez Bretal. Ese era

el ambiente enrarecido cuando el 25 de febrero del 2005 el irredento electricista se encuentra con una monja nueva, que recela de sus constantes entradas y salidas de todas las dependencias del templo.

—Usted quiere algo, José Manuel. Siempre anda por aquí buscando algo.

No era la primera vez que la religiosa, novata en los códigos de la catedral, se sorprendía de que un electricista, del que decían los canónigos que estaba despedido, anduviera todo el día por allí. Y la monja se atrevía a echárselo en cara. Esa vez, además, la mujer lo hizo en voz alta y delante de varios sacerdotes. Manolo, muy nervioso con el tema, le respondió también en voz alta, algo que dejó atónita a la mujer y también al canónigo don Juan Filgueiras, que pudo escucharlo:

—Usted lo que quiere es darse a ver, porque aquí hay hoy muchos sacerdotes. Mire, usted a mí no me dirija más la palabra. En la vida.

La monja novata se quedó muda, pero las paredes de la catedral tienen ojos y oídos. El incidente llegó a los jefes del templo. El antiguo electricista hablaba a las monjas como si fuera un superior suyo. El gregario estaba fuera de control. Así que iba a ser el canónigo administrador, don Manuel Iglesias, el que diera la cara y se enfrentara finalmente a Castiñeiras, el 6 de abril del 2005.

—José Manuel, tú ya no trabajas aquí, no puedes estar todo el día entrando y saliendo de la catedral. Tienes que seguir con tu vida.

—Ustedes me han dado una patada y no me pagan lo que me deben. Me deben cuarenta y tres mil euros. Yo sé que esto es un acuerdo entre usted, entre don Alejandro Barral, que ya sabemos todos que está loco, y con el deán Calvo, que les hace caso. Aquí solo falta el juez, Filgueira, yo sé que usted es el ejecutor de todos ellos. Pero usted no sabe la que se va a armar aquí.

El administrador de la catedral le dijo entonces:

—Voy a tener que llamar a la policía, José Manuel.

—Llámela, llámela, que se va a armar una buena. Hay muchas cosas que querrán oír.

Una pareja de la Policía Nacional llegó a las puertas de la catedral en menos de quince minutos. Los agentes fueron amables con Manolo, que agachaba la cabeza, derrotado, y trataba de explicarles que los curas, aquellos curas que tanto predicaban sobre moral, prescindían de él sin motivo y sin pagarle lo que le debían después de veintitrés años sirviéndoles. Los dos policías lo escucharon y lo guiaron con paso lento hacia la calle.

—Aquí dentro no puedes estar, Manolo. Venga, acompañanos fuera.

Aquella tarde de primavera del 2005 fue la primera vez que Manolo Castiñeiras se desahogó con la policía. Les habló de tremendas historias de la catedral y sus paredes. De los canónigos, de dinero. De jóvenes monaguillos que algunos ancianos sacerdotes se disputaban... Los hombres de azul lo escucharon con paciencia durante un buen rato. Luego, se despidieron de él. Parecía un buen hombre, un hombre derrotado, parecía simplemente un tipo más que había perdido el trabajo.

—Vete a casa con tu familia, Manuel. Seguro que no te va a faltar trabajo, anda.

El electricista les hizo caso, pero solo durante aquella noche. A la mañana siguiente ya regresaba a la catedral. Hasta que, en el mes de agosto, Manolo volvió a ver la luz de la esperanza. El deán Calvo, el hombre que había firmado su despido, estaba gravemente enfermo. El 6 de agosto, el arzobispo de Santiago presidió la reunión de un cabildo especial celebrado para nombrarle un sucesor, un nuevo jefe de la catedral. El elegido fue el amigo del electricista, don José María Díaz, que sería el nuevo deán provisional hasta octubre del año siguiente, cuando se cumplía el plazo fijado en los estatutos y se celebrarían nuevas y definitivas votaciones.

Animado por la elección de su amigo como deán, el mismo que lo había respaldado para denunciar el despido, Manolo sigue frecuentando la catedral

cada día. Pero don José María se muestra algo distante y no se *moja* respecto a su readmisión como electricista. «Son tiempos difíciles», le dice, él es solo deán provisional durante los siguientes catorce meses... Manolo no puede creerlo. Intuye que su amigo va a faltar a su palabra. El 9 de septiembre del 2005, Castiñeiras acude de nuevo a la catedral, pero sigue sin tener una respuesta a su problema.

Cuatro días después, el electricista se despierta como cada jornada, bien temprano. Se mete en la ducha minutos antes de las seis de la mañana. Mientras el agua caliente lo va despertando, siente que la parte derecha de su cuerpo se le queda sin fuerza, como dormida. Se asusta, sale de la ducha y se da cuenta de que no puede hablar, no puede articular palabra para explicarle a su esposa lo que le está pasando. Una ambulancia lo traslada al Hospital Universitario de Santiago de Compostela. Llega con la tensión muy alta, 18/10,5, y tiene 75 pulsaciones por minuto. Los neurólogos de la unidad de ictus ordenan que quede ingresado y prescriben una serie de pruebas que han de hacerse al electricista. Los escáneres craneales, los TAC que le van a hacer, muestran un hematoma de unos 4,25 milímetros en la zona izquierda de su cerebro.

Manolo ha sufrido una hemorragia intracerebral que va remitiendo. Tras unos días en el hospital, va recuperando la sensibilidad en la zona derecha de su cuerpo. La lesión cerebral va disminuyendo también con la medicación. Superado el peligro, los doctores García y Rodríguez Yáñez le recetan dos pastillas diarias para bajarle la tensión y le recomiendan hacer ejercicio, perder algo de peso, seguir una dieta baja en sal y evitar las situaciones de estrés. El 21 de septiembre, Castiñeiras recibe el alta del hospital y regresa a su casa para seguir con su rehabilitación. De aquellos días durísimos, su mujer Remedios recordaba con cariño las visitas de don José María. Tiempo después, la mujer se enteraría de que, pese a que había sufrido un gravísimo percance de salud y había estado a punto de morir, su marido no le había contado aún que lo habían despedido de la catedral.

Recuperado poco a poco, Manolo vuelve a frecuentar la catedral. Tras el susto con su salud, nadie tiene el coraje de recordarle que está despedido, de forma que el electricista sigue yendo a misa por las mañanas y las tardes, de lunes a viernes. Toma café por la zona y se encuentra con viejos conocidos, que se alegran de verlo bien. En mayo del 2006, la Delegación Provincial de

Igualdad y Bienestar de la Xunta de Galicia le reconoce unas secuelas físicas de su derrame cerebral y le concede una minusvalía del treinta y siete por ciento, lo que le da derecho a una pensión de invalidez. El electricista es ya un hombre jubilado, siempre que él quiera. Pero no va a querer.

Unos meses después, Castiñeiras se siente totalmente restablecido. En octubre, el cabildo de la catedral se reúne para elegir nuevo deán. Sale ganador el que Manolo creía su mejor amigo, su aliado: don José María Díaz. De administrador, eso sí, continúa su enemigo, Manuel Iglesias, pero el electricista cree que sus problemas están solucionados. Esta vez sí, Manolo cree que por fin cobrará la deuda, unos cuarenta y tres mil euros, que volverá a trabajar en la catedral, que don José María le hará un contrato fijo. Cuando había sufrido el ictus, el sacerdote había vuelto a acercarse a él. Se había portado como un hombre de Dios. Lo había visitado en el hospital y luego en su casa.

Nada de eso iba a suceder. El nuevo deán admite entonces ante Manolo que quizá pueda tener derecho a cobrar unos tres mil euros de deudas antiguas por uso de materiales eléctricos en los últimos trabajos realizados para ellos, pero nada más. No será contratado. Ni mucho menos con un contrato indefinido, ni como electricista exclusivo de todas las reparaciones e instalaciones de la catedral. Él no puede hacer nada.

—Puedes seguir viniendo por la Santa Iglesia, a nadie se le cierran las puertas aquí, ya sabes, José Manuel, pero nada más.

El electricista percibe el frío en las palabras de su viejo amigo. Se da cuenta de que ya no forma parte del círculo de elegidos de don José María. Aquel regreso a los viejos tiempos había sido solo durante su enfermedad y su recuperación. Ahora, Manolo va recibiendo como puñaladas la indiferencia del anciano sacerdote, que prefiere la compañía y las confianzas de otros hombres. Así continuaría, desterrado, hasta que el robo del *Códice Calixtino* hiciera que los policías atravesaran el umbral de la catedral.

Aquel otoño del 2011, la inspectora Ana sabe que Manolo tiene ahí una herida abierta. Pero nada lo vincula directamente con el robo del *Códice Calixtino*, no hay una prueba definitiva, la *smoking gun*, la pistola humeante que se explica en los manuales policiales estadounidenses. Sus compañeros

han estado escuchando todas sus conversaciones telefónicas y el hombre no habla, ni siquiera insinúa nada sospechoso ni que tenga que ver con el manuscrito. No menciona nunca las palabras «*Códice Calixtino*». Tampoco comenta el robo. Ansiosos por descubrir algo, los policías sí investigan a tres hombres que han llamado por teléfono a Castiñeiras aquellos días. Uno de ellos trabaja en el museo de la catedral. Otro es un magrebí. Los tres viven en el concejo de Ames y no tienen relación entre ellos. Los policías les hacen entonces lo que llaman «un completo»: buscan sus antecedentes personales, su trabajo, si han cometido algún delito, si tuvieron alguna multa de tráfico, si están al corriente de pagos o deudas con Hacienda... Tiempo después, cuando han recopilado toda la información, comprueban que allí no hay nada extraño, nada de interés para su investigación, y esos tres nombres son descartados.

Los agentes que lo vigilan han comprobado que Manolo el electricista es una persona solitaria, introvertida, taciturna, que no tiene un círculo social ni amistades definidas. Su mundo, su vida, es la catedral. Lo sigue siendo, a pesar de que lo han despedido. Allí pasa el tiempo cumpliendo con unas extrañas rutinas, algo casi ritual, religioso. En uno de los encuentros aparentemente por casualidad y que la inspectora Ana provoca hábilmente, la mujer policía le pregunta al electricista:

—¿Cuánto hace que no vas a la catedral a ver a don José María, Manolo? ¿Has estado últimamente en su despacho?

—Mire, yo no he vuelto al despacho del deán desde el año 2005 — contesta despechado Castiñeiras.

La policía comprueba que la herida sigue abierta. Así que decide comentarle el último mensaje que el jefe de la catedral les había hecho llegar sobre él, a ver cómo reacciona:

—Pues, fíjate, el deán dice que sí que te vieron en septiembre en la catedral, y que llevabas una mochila, Manolo. También dice que sacaste de la mochila un libro antiguo que llevabas dentro y que lo dejaste allí. ¿Es verdad eso?

—Pero ¿qué dices, mujer? Mira, yo muchas veces voy allí a la catedral y llevo bolsas de plástico, como esta. —Le enseñó la que llevaba aquella

mañana—. Pero esta, la de hoy, es una bolsa de bombones. Y al despacho de ese señor yo no he vuelto. No sé por qué dice eso.

Ana sabrá poco después que el deán había vuelto a marearlos. Sus compañeros registraron el lugar donde supuestamente el electricista había dejado el «libro antiguo» y allí no había nada. Los rencores cruzados entre don José María y Castiñeiras les hacían perder mucho tiempo. Necesitaba saber de una vez por todas si aquella relación tortuosa entre los dos podía tener que ver con el robo del *Códice*. Pero los dos hombres no se hablaban, ni se miraban ya. Así que la policía decidió dar un paso arriesgado. Iba a forzar el reencuentro de dos hombres, dos mundos: el señor del templo y el gregario, su servidor durante tantos años.

—Manolo, si yo te consigo una reunión con el deán y arregláis lo vuestro, el libro tiene que aparecer, ¿eh?

—¿Qué dices? Él no va a querer verme.

—Pero ¿tú quieres tener esa reunión con él? Yo te la puedo conseguir. Eso sí, luego tú tienes que cumplir tu parte del trato, ¿estamos?

El electricista miró a aquella policía llegada de Madrid y no abrió la boca. Ana supo que aquello era un «sí».

—Venga, Manuel, vamos a dar un paseo.

Faltaba conseguir que el deán aceptara ver a su antiguo amigo. La inspectora sabía que no iba a ser fácil, pero merecía la pena intentarlo. De que aquellos dos hombres adultos se reconciliaran o al menos enterraran el hacha de guerra podía depender que el *Códice Calixtino* reapareciera sin daños en la catedral de Santiago.

- CAPÍTULO 12 -

JUDAS, JUDAS ISCARIOTE

La inspectora Ana fue a la catedral a trasladarle al deán su propuesta. Le explicó que Manolo se encontraba mal, que el hombre estaba muy disgustado por esa tensión tan violenta que existía entre los dos y que quería hacer las paces con él. Como siempre, el anciano sacerdote hablaba poco y apenas gesticulaba cuando escuchaba a la mujer policía. Recibía su mensaje con educación, también con distancia, pero no quiso dejar de comentarle un par de incidentes que hasta ese día no le había revelado.

—Verá, hay algunas cosas que usted no sabe de José Manuel —empezó su discurso.

La inspectora decidió dejarlo hablar. No era habitual que el anciano canónigo se arrancara a contarle historias. Ella escucharía y observaría la expresión de su cara, de sus ojos. El jefe de la catedral de Santiago continuó con su confesión sobre Castiñeiras.

—Antes de la desaparición del libro, un día que yo visitaba al Santísimo en la capilla de la Comunión, aquí, dentro de la catedral, apareció José Manuel. Empezó a gritarme públicamente, y con testigos: «¡Judas, Judas Iscariote!». Me dijo que Dios me castigaría con el infierno... Fíjese.

Judas Iscariote, el traidor a quien el *Códice Calixtino*, el libro preferido del deán, comparaba con los malos obispos y sacerdotes de la actualidad. El

electricista había hecho daño a su viejo maestro. Ana sabía que ese episodio violento podía ser cierto. Manolo se había sentido muy traicionado por su viejo señor, que no volvió a contratarlo tras su despido y su derrame cerebral. Así que aquella alusión al deán comparándolo con el discípulo de Cristo que lo entregó a los romanos a cambio de treinta monedas de plata era su forma de decirle que él, Manolo Castiñeiras, había sido la víctima, el Jesús de su traición. Los Poncio Pilatos eran otros: el resto de los canónigos y sacerdotes que se habían lavado las manos ante aquella injusticia. Y que cometían otros muchos pecados, a su juicio, más graves que los suyos, los de un humilde electricista.

Judas, que significa «confesor», cuando se toma en buen sentido se refiere a los sacerdotes, que deben también confesar a todos de palabra la profesión de fe que llevan en el pecho y recordar constantemente en la predicación la muerte y pasión del Señor. Pero cuando se echa a mala parte, Judas representa a los malos obispos, sacerdotes, abades, monjes y prebendados de la santa Iglesia, que venden al Señor como Judas, cuando ponen a precio las sagradas órdenes, o el consagrar obispos, o las prebendas eclesiásticas, o la bendición nupcial, o el enterrar a los muertos, o la dedicación de basílicas, o el poner en las iglesias a unos sacerdotes con justicia o bien injustamente a otros, o las exequias de los difuntos, o el bautizar a los niños, o el imponer penitencia a pecadores, o el consentir en la iglesia a quienes merecen excomunión, o las misas y maitines. Como el mercader o el carnicero que hace en el mercado tres, o seis, o doce, o treinta dineros de la carne vendida, vendiendo los oficios eclesiásticos, hacen a costa del Señor tres, o siete, o trece, o treinta dineros, cuando hasta por misas y vigilias y exequias de difuntos, que deben cantarse gratis, piden una, o siete, o quince, o treinta monedas, o cinco sueldos por treinta misas. Sepan, pues, que serán condenados para siempre a la misma pena que está condenado el traidor Judas por la eternidad. Como está condenado Judas, que entregó el cuerpo de Cristo y recibió treinta monedas como precio, así será castigado el que canta treinta misas o más o menos.

(*Códice Calixtino*, libro 1, capítulo 2)

Pero aquel no había sido el único incidente que había protagonizado Manolo Castiñeiras en los últimos años, según el jefe de los canónigos. Después del robo del *Códice*, el hombre se había acercado al deán para decirle en voz baja:

—El robo de ese libro es su castigo, don José María. Lo tiene merecido por lo que me hizo. Sea quien sea el que se haya llevado el libro, yo me alegro.

El sacerdote le explicaba todo esto a Ana sin ninguna emotividad en la voz. Y añadió un episodio más, «que no sé si usted conoce». Le había ocurrido al canónigo administrador, don Manuel Iglesias, a quien el electricista culpaba de su despido y de casi todas sus desgracias posteriores.

—Una mañana, cuando don Manuel Iglesias salía del altar para celebrar misa de doce, se encontró allí a José Manuel, que llevaba un palo en la mano y lo amenazó para que no saliese porque podía pasar de todo.

El deán completó la historia, aunque añadió un final piadoso, casi redentor, hacia Castiñeiras.

—Segundos después, José Manuel soltó el palo, se disculpó y acabó ayudando en misa a don Manuel Iglesias. Le dijo, sollozando: «Los hombres se entienden hablando, ¿verdad, don Manuel?».

La inspectora Ana no sabía nada de aquella historia que le contaba el deán. Tampoco que, otro día, Manolo había vuelto a amenazar en persona al que entonces era administrador de la catedral. Lo había hecho dentro del templo.

—Váyase con cuidado. Que yo le tengo muy estudiado a usted. Sé lo que hace y a qué horas. He hablado con un marroquí y le he dado trescientos euros para que le pegue una paliza. Va a ser el dinero mejor gastado de mi vida.

El sacerdote estaba atónito. Y estuvo muy asustado unos pocos días después, cuando vio a un individuo de apariencia magrebí presentarse en la sacristía. El desconocido había ido directo a su encuentro y le había preguntado:

—¿Es usted el administrador de la catedral?

Don Manuel Iglesias le dijo que sí. Y aquel hombre extraño le advirtió:

—Usted y yo tenemos que tratar algunos asuntos, ¿sabe?

Después se fue, dejando al canónigo intrigado. Lo cierto es que aquel matón no volvió por allí.

Así que el deán no quería ver a José Manuel el electricista. No se hablaba con él, ni se saludaban cuando se cruzaban por el templo. No quería verlo a solas. La inspectora Ana le insiste en que la reunión puede celebrarse en su mismo despacho, en la catedral, que aquello puede ser importante para que se recupere el *Códice*. Lo que le va a decir el anciano sacerdote va a dejarla sin respuesta.

—Está bien. Lo recibiré. Pero usted estará delante. Y no me quedaré a solas con él ni un segundo.

Ana sabía que no podía negarse a lo que le pedía el canónigo. Iba a asistir al encuentro más surrealista de los que ha vivido como policía. Y ha vivido muchos.

- CAPÍTULO 13 -

LAS ZAPATILLAS CALIENTES

Con el *Códice Calixtino* desaparecido, con las sombras de la sospecha sobre los dos personajes, ambos van a volver a encontrarse, a hablar. Son dos personas de dos mundos opuestos. Manolo el electricista quería recuperar su antigua relación con el deán. Durante años, este hombre de pueblo acostumbrado a cultivar patatas, cuidar animales y andar entre cables había formado parte del escogido grupo de don José María Díaz, uno de los canónigos de la catedral. Dentro de ese círculo se irradiaba poder, calor. Manolo Castiñeiras nunca fue el único hombre que perteneció a ese grupo, pero él lo sabía y aprendió a aceptarlo. El sacerdote tenía otros amigos: algunos discípulos, un seminarista, el psicólogo Suso... A Manolo no le importaba, siempre que él estuviera también dentro del clan. El deán era el vértice, el astro rey, y todos orbitaban a su alrededor. Pero desde hacía tiempo, desde su despido, Manolo se había quedado fuera de todo aquello, desplazado, alejado del templo como un pecador. Y aquella tarde lo esperaba otra vez en su despacho, el deán, a sus ochenta y un años recién cumplidos. Un hombre culto, refinado, acostumbrado a reprimir sus emociones, a cuidar sus palabras y medir sus silencios. Un superviviente de las intrigas de todo tipo en la catedral.

Iban a encontrarse dos hombres muy diferentes, el señor y el gregario, pero que tenían algo en común. Los dos, lo comprobaría luego el juez Vázquez Taín, eran dos almas frías. Manolo, el hombre de clase humilde, era de una frialdad de piedra. Nada parecía conmoverlo. Frente a él, don José María, el poderoso deán, era un hombre agradable, pero que no transmitía calor. Educado, místico, distante. No comparte su enorme cultura ni conocimiento, tampoco su

poder. Tiempo después, un investigador explicaba que cuando te acercabas al deán, «te daba la sensación de que estabas al lado de una persona que olía a pastel recién hecho». Pero era un pastel intocable, lejano, frío, como situado al otro lado de un invisible escaparate, el canónigo jefe era de una «frialidad de hojaldre».

La inspectora Ana había intentado preparar al deán antes del encuentro con el electricista. Le había explicado que Manolo estaba muy dolido. Que cuando a él lo habían ascendido a jefe de los canónigos, contaba con recuperar su viejo empleo en la catedral. Como no había sido así, se sentía decepcionado, engañado.

—Don José María, bastará con que usted le muestre un poco de cercanía, de cariño, con eso se conformará, Manolo lo está deseando. Y quizá así sepamos dónde está el *Códice*.

El deán escuchaba a la inspectora sin hacer una mueca. Eso sí, no olvidaba las estrictas condiciones que había puesto para celebrar el encuentro con el electricista, el hombre que lo había llamado Judas Iscariote.

—No se irá usted de mi despacho antes de que la reunión haya terminado. Y no me dejará a solas con José Manuel. ¿Tengo su palabra?

La inspectora no tenía alternativa. Finalmente, la reunión duró algo menos de una hora. El sospechoso de robar el *Códice Calixtino* se sentó satisfecho frente al hombre que debía custodiarlo y que iba a perder su puesto y su buen nombre por ese robo. Aquello era un triunfo para él. Ana era un testigo mudo, casi no tuvo que hablar. Manolo Castiñeiras venía con muchas ganas de contarle su historia a su viejo amigo. Empezó sin rodeos, sin anestesia. Llevaba tiempo esperando ese momento:

—Usted no tenía que haberse presentado nunca para ser deán, hombre.

Don José María no respondía, solo miraba a la policía. Mientras, el electricista seguía hablando, haciendo reproches, pero el deán se mostraba

lejano, frío. Aquello no iba a funcionar. Entonces Manolo Castiñeiras empezó a recordarle al sacerdote algunos asuntos personales, íntimos. La inspectora Ana estaba incómoda. El deán seguía casi mudo.

—Ya no se acuerda usted, don José María, de cuando yo en invierno le ponía sus zapatillas en el radiador para que estuvieran calientes cuando usted fuera a ponérselas. ¿Se acuerda?

El electricista hacía subir el nivel de intimidad de la conversación. Quería demostrar hasta qué punto había servido al sacerdote. Con devoción. No le importaba que estuviera presente una agente de la policía. Por hacer que funcionara la reunión, por volver a entrar en aquel círculo privado, Manolo rompía su frialdad de piedra. Pero aquello no funcionó. Una vez más, el deán de la catedral mostró un autocontrol envidiable, algo casi sobrehumano. Respondió poco y con discreción a las alusiones de Manolo, pero siempre sin transmitir el menor cariño en su tono y en su voz. Tampoco en su rostro. No le enviaba ni la más mínima señal de afecto. Parecía que el deán había levantado un muro de cristal y el electricista no podía romperlo por más que golpear. Un rato después, tras varios intentos, la inspectora Ana vio con disgusto el gesto que hacía Manolo. El hombre bajaba la cabeza. Ella había aprendido que, cuando eso sucedía, el electricista ya no estaba, se había ido. Lo habían perdido. Minutos después, Castiñeiras salió del despacho del deán y luego de la catedral a un paso más rápido del habitual en él. Estaba frustrado. Ana fue tras él. Después de aquella situación tan surrealista, tenía que recordarle el compromiso sellado entre los dos.

—Manolo, yo he cumplido con mi parte del trato. Te he montado la reunión con el deán y la has tenido. Y he tenido hasta que quedarme yo. Ahora espero que aparezca el libro, ¿eh? No te olvides, Manolo. ¿Cumplirás con tu palabra?

El hombre no contestó. Ana lo vio irse de la catedral y pensó que ese jubilado no iba a respetar su parte del trato. Ella estaba casi convencida de que Manolo sabía dónde estaba el *Calixtino*. Y él sabía lo que ella pensaba. Nunca se lo había confirmado, pero entre los dos había algo así como un acuerdo, un pacto del que no hablaban expresamente. Así que mientras Manolo

derrotaba o doblaba, como decían los policías y el juez, había que seguir buscando. En una investigación abierta casi nunca hay certezas, a veces es bueno que no las haya. En unos pocos días llegaba la Navidad y el inspector jefe Tenorio había anunciado que en enero viajaría él ya en persona a Santiago de Compostela.

- CAPÍTULO 14 -

UN HOMBRE DE ACCIÓN

Tras el fracaso del encuentro personal entre el deán y el electricista, la investigación para recuperar el *Códice Calixtino* parecía haber llegado a un punto muerto. Javier, uno de los policías destinados en el caso, quizá el más bromista, tiraba de humor para rebajar la frustración y la ansiedad que se palpaba en el grupo de Patrimonio Histórico. Cuando *El Correo Gallego* publicó una información en la que se señalaba que los agentes que estaban en Santiago investigando el robo en la catedral eran policías «pata negra», la élite del cuerpo, Javier comentó que aquellos días más bien parecían policías *renegría* o *chamuscá*. El jefe de todos ellos, Antonio Tenorio, por fin iba a viajar a Santiago, después de las Navidades, después de pasar unos días en Avilés, su tierra, para ponerse al mando sobre el terreno. La espalda del veterano policía seguía trayéndolo de cabeza, pero era necesario dar un empujón a aquella investigación que amenazaba con estancarse.

Tenorio había recibido el alta médica en septiembre y decidió renunciar a sus vacaciones para incorporarse al caso. Cada mañana, conduciendo y caminando con dolor, llegaba a su despacho en la central policial de Canillas, en Madrid, y dirigía, aunque fuera desde lejos, las investigaciones para tratar de recuperar el *Códice*. En aquellos meses, mientras Ana y sus compañeros trataban de cercar al autor del robo sin conseguirlo, Tenorio había estado yendo a rehabilitación. Por la mañana, acudía a la brigada, donde repasaba todos los diarios de gestiones de los policías que estaban sobre el terreno. Veía lo que se había hecho y lo que no. Asistía también a algunas reuniones de coordinación que se celebraban en la central de la Policía Nacional. Aportaba algunas ideas. Seguía tomando Enantyum y también Lyrica, pastillas fuertes,

casi hipnóticas, para poder soportar los dolores de su espalda. Al final, acabarían poniéndole unas placas de titanio. Los médicos se lo explicaron así: «Entre las dos vértebras hay como una almohadilla, el disco. Si se rompe el núcleo central, te pinza el canal medular, los nervios, la pierna, y llega el dolor». No decían cómo se iba.

Pese a todo el dolor y la distancia, el comisario había ido supervisando y dando el visto bueno a las iniciativas de su colaboradora Ana, incluidas las más arriesgadas. Tenorio y Ana son policías, de los mejores, y ambos estuvieron en el País Vasco. Pero en el resto de su personalidad son muy diferentes. Ana es técnica, rigurosa, cerebral, cuidadosa. No le gusta demasiado que los detenidos por robos de obras de arte pasen noches en comisaría, siempre que no hayan usado la violencia, claro. Así que, desde su llegada a Santiago de Compostela, ella había tratado con cierta suavidad al deán, al guardés de noche, al electricista, al organista y a toda aquella fauna humana de la catedral.

Con el jefe Tenorio iba a ser distinto. El comisario, un tipo con pelo y bigote blancos, se da cierto aire a Federico Luppi o a un actor secundario de los wésterns de Howard Hawks. Más impulsivo que su compañera, Tenorio fue, lo sigue siendo, un hombre de acción que tolera mal la mentira. No le gusta que lo mareen. Menos cuando la espalda le tortura. En su opinión, aquel asunto del *Calixtino* duraba ya demasiado tiempo. Él pensaba que el *Códice* lo tenía alguien de la catedral y estaba decidido a descubrirlo y recuperarlo. Desde Madrid, caminando encorvado y con dificultad, había hecho fortuna una de sus frases socarronas: «En esto de la catedral, todo Dios quiere meter la nariz». No era una *boutade*. Hasta el despacho de Tenorio habían llegado mensajes y quejas que habían salido del templo santo de Santiago: «¿Por qué investigan los policías a los canónigos, por qué miran las cuentas corrientes de la gente de la catedral? Están perdiendo el tiempo. Mejor que busquen fuera al ladrón, que se habrá llevado el manuscrito muy lejos de Galicia». Las muestras florentinas de poderío eran frecuentes por parte de los canónigos ante los policías e incluso ante el juez Taín. Posiblemente no sabían con quiénes estaban tratando, de forma que, de vez en cuando, se lo hacían saber. Como aquella vez que uno de los sacerdotes les explicó la conexión del poder de Dios con el poder terrenal, el del presidente del Gobierno de España.

—No sé si ustedes saben que tenemos aquí un teléfono con línea directa con el Palacio de la Moncloa. Muchas veces nos llaman de allí para que atendamos a los jefes de Estado extranjeros que quieren venir a la catedral y les preparamos una visita guiada. Para hablar con la Moncloa basta con descolgar, es de doble línea. ¿Quieren probar?

Si estuviera con sus viejos compañeros del País Vasco, el inspector jefe les diría que los curas ya le estaban tocando los cojones. A veces recordaba aquellos tiempos en el norte. Años de sangre y entierros casi diarios. Tenorio tenía apenas veinte años cuando llegó como un joven policía, un membrillo, a San Sebastián en 1974, un año antes de la muerte de Francisco Franco y un año después del asesinato de su vicepresidente del Gobierno, el almirante Carrero Blanco. «Había tiros, estado de excepción», recuerda de cuando en cuando. En el País Vasco, Tenorio vivía con otros compañeros en una pensión del barrio de Amara que regentaba una mujer asturiana, de Cangas de Narcea. El marido trabajaba como sereno en Donosti. Allí llegó Tenorio para integrarse en los grupos que combatían contra ETA, los más arriesgados, los que reclutaban confidentes y detenían a terroristas. A menudo, a gente como él y sus compañeros, simplemente los mataban de un tiro en la cabeza o los ametrallaban.

Todos los policías y guardias civiles que trabajaron en el País Vasco y han sobrevivido a aquellas décadas terribles tienen decenas de muertos en su memoria. Y siempre hay un *muerto* especial, una persona, una víctima que se les ha quedado grabada a fuego. El inspector jefe Tenorio, mientras viva, no se olvidará de Luis. Luis era Luis Sanz, un compañero suyo de pupitre en la escuela de la policía cuando ambos preparaban los exámenes. A Luis lo convenció Tenorio de que, cuando aprobaran el ingreso, pidiera ir destinado al País Vasco: «Vámonos pa arriba, Luis», le decía. Lo cierto es que los policías novatos no tenían muchas más opciones para empezar a trabajar en aquellos tiempos. Solía ser País Vasco o Cataluña. Así que los dos novatos acabaron en San Sebastián. Y a Luis, que se había casado apenas quince días antes y trabajaba dando escolta al presidente de la Diputación de Guipúzcoa, Juan María de Araluce, lo mataron el 4 de octubre de 1976, dos años después de llegar a Euskadi, varios terroristas de ETA que estaban apostados junto a una parada de autobús. Los asesinos de ETA también ametrallaron al político, a su

chófer José María Elícegui y a otros dos policías: Alfredo García González y Antonio Palomo Pérez, un bigardo de casi dos metros de altura que también había sido compañero de promoción y amigo de Tenorio.

El ahora jubilado Tenorio recuerda con pena, pero también con algo de nostalgia, aquellos tiempos. Tiempos oscuros. Entonces los policías nacionales iban andando por las calles de San Sebastián a trabajar, lo que a veces aprovechaban los terroristas para asesinarlos a quemarropa. Tenorio recuerda que ETA estaba enrabiada con la llegada de la democracia a España, y recuerda que el pueblo tenía miedo. Caían compañeros, pero también caían, detenidos, comandos de los asesinos. Como cuando Tenorio y sus colegas detuvieron en Rentería, en diciembre de 1980, a los terroristas que habían asesinado dos años atrás, el día antes de que se votara en referéndum la Constitución Española de 1978, al comisario José María Sarrais y los policías Gabriel Alonso y Ángel Cruz, balaceados cuando estaban tomando un vino en el bar Urgull de San Sebastián.

Aquel día, Antonio Tenorio acudió al lugar de los asesinatos y vio la sangre de los suyos en el suelo, ya mezclada con algo de serrín. Aquellos terroristas no cabían todos en el Renault 8 que iban a utilizar para escapar, de forma que se jugaron a suertes quiénes iban a tener el privilegio de participar directamente en los asesinatos: el que perdió el sorteo se quedó en el piso esperando, los otros cuatro fueron a matar a los policías. Entraron en el bar a cara descubierta, pidieron a los otros clientes que se tumbaran en el suelo y fueron directamente a la mesa de los agentes. Allí les dispararon a quemarropa. Tiros en la frente, en la nuca. Incluso bajaron al cuarto de baño del bar para ver si había allí algún otro agente escondido y podían matarlo también.

Después de seis años intensos en Euskadi, en 1980, el policía Tenorio fue destinado a Canarias, un sitio tranquilo donde solo duró seis meses. Hasta allí fueron a buscarlo para ofrecerle un puesto en la Brigada del Banco de España, un grupo de élite de unos veinte policías que perseguía por todo el mundo a los falsificadores de billetes. La Brigada de Investigación del Banco de España (BIBE) había sido creada en tiempos de la Segunda República, y entonces la formaban seis agentes de policía, seis hombres que eran intocables, inamovibles. No podían ser cambiados de destino para tener la garantía de que trabajarían con independencia y libertad absolutas. Al mando

de la primera BIBE estuvo el inspector jefe Eusebio Yanes. Eran policías que sabían idiomas y viajaban por todo el mundo siguiendo pistas y delincuentes, algo insólito para la España de los años treinta del siglo XX, pero el venenoso clima de la preguerra civil destruyó aquel proyecto. El Gobierno republicano decretó, en agosto de 1936, poco después de la sublevación militar y cuando la guerra estaba empezando, que aquellos agentes de élite eran «desafectos al régimen». Todos fueron encarcelados. Cuatro de ellos, incluido su jefe, lograron escapar, pero dos de los policías del Banco de España, Félix del Río y Carmelo Sanmartín, fueron llevados como tantos miles de presos durante el otoño de 1936 a las afueras de Paracuellos del Jarama, en Madrid, donde los fusilaron y enterraron en una inmensa fosa común. Sus cuatro compañeros supervivientes, lo explica Marina Pino en su libro *Seis hombres marcados. Auge y caída de la Brigada Especial del Banco de España*, lograron llegar a lo que llamaban la zona nacional, controlada por las tropas sublevadas, y se pusieron a las órdenes del bando franquista, que los recuperó, no sin ciertas reservas, para el Banco de España.

Como uno de los herederos de aquella vieja Brigada Especial, el inspector Tenorio pasó veintiséis años luchando contra los falsificadores de billetes, gente ingeniosa y brillante en ocasiones, algunos verdaderos artesanos con rasgos en común con ciertos amantes del arte ajeno que conocería tiempo después. Lo dejó en el 2006, cuando entró a formar parte de la Brigada de la Seguridad Social, que lucha contra el fraude laboral. Y dos años después recibió la llamada de Juan Antonio González, un veterano policía que había ascendido a comisario general de Policía Judicial, y a quien los suyos llamaban *el General*. Juan Antonio y Tenorio se conocían desde hacía muchos años. De los tiempos duros. Un día del año 2008, el comisario González le iba a hacer una oferta que él no podría rechazar:

—Quiero potenciar la brigada contra robos de arte. Los picoletos están todo el día colgándose medallas con eso y ya estoy hasta los cojones. Quiero hacer una brigada cojonuda, que les dé mil vueltas, y quiero que tú seas el jefe de esa brigada, el que la levantes y le des vida.

La vieja rivalidad entre verdes y azules, picoletos y maderos, guardias civiles y policías, había motivado al que llamaban *el General* a colocar a un

hombre de su total confianza para mandar en la Brigada de Patrimonio Histórico y competir contra los malos con el cuerpo *hermano*.

Apenas un año atrás, los guardias civiles habían detenido al ladrón que se había llevado varios mapas de Ptolomeo de la sede central de la Biblioteca Nacional, en Madrid. Aquella operación, dirigida desde la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil por el entonces coronel Félix Hernando, había tenido repercusión mundial. El ladrón se llamaba César Gómez Rivero, vivía en Argentina y se había llevado hasta diecinueve documentos de la biblioteca, lo que había costado el puesto a la entonces directora del centro, la escritora Rosa Regàs. Al menos desde el año 2004, aquel tipo había estado entrando en las instalaciones de la plaza de Colón en Madrid con su carné de investigador. Luego, cortaba las hojas de los incunables y otros viejos libros con un cúter que había introducido y dejado durante meses dentro, en el cajón para trabajar que le había asignado la biblioteca. Finalmente, las sacaba ocultas entre sus ropas. Lo primero que hicieron entonces los investigadores de la Guardia Civil fue comprobar su ficha de la biblioteca. Todo el que entra a consultar algo allí debe rellenarla y poner un nombre y una dirección. El ladrón de mapas no dudó, escribió que su domicilio estaba en la calle Serrano, número 47. Los guardias civiles no tuvieron que ir allí en persona. Uno de ellos se dio cuenta de que esa era en realidad la sede de uno de los centros comerciales de El Corte Inglés en Madrid, donde se instalan los caballitos a los que había llevado en ocasiones a sus hijos en Navidad.

Tras ese fiasco, los investigadores de la Guardia Civil habían seguido por todo el mundo el rastro de los documentos, especialmente de dos mapamundis de Ptolomeo. Uno de ellos apareció en Sídney, Australia, donde vivía un anticuario que lo había adquirido en una subasta celebrada en Londres. El otro estaba en Nueva York y fue devuelto a España por el FBI. La recuperación de la mayoría de esos documentos históricos fue celebrada con mucha publicidad. El ministro del Interior de entonces, Alfredo Pérez Rubalcaba, dio una rueda de prensa en la que puso en valor el trabajo de la Guardia Civil. La Biblioteca Nacional hizo una exposición de los manuscritos recuperados entonces y, en el 2008, el mismísimo rey de España, Juan Carlos I, había concedido la medalla de las Bellas Artes al grupo de Patrimonio de la Unidad Central Operativa, la élite de los *verdes*. El comisario González decidió que los suyos, la policía, los *azules*, tenían que responder con operaciones igual de brillantes.

Tenorio, que estaba aquel día en Sevilla reventando una operación contra el fraude a la Seguridad Social, fue el elegido. Había estudiado Derecho en la Universidad Nacional de Educación a Distancia mientras trabajaba, había tratado de hacer oposiciones para inspector de Trabajo y le gustaba mucho pintar. Aquello podía ser una oportunidad para él. Pero, como siempre, como habría hecho Walter Brennan con John Wayne, antes de aceptar el cargo tenía que ser honesto con el que iba a ser su jefe:

—No tengo ni puta idea de esos asuntos, pero te prometo que me pongo al día en cuanto llegue a destino, Juan Antonio.

El comisario González sabía que el hombre que había elegido para levantar la Brigada de Patrimonio de la Policía Nacional y competir con la Guardia Civil lo haría. Vaya que si lo haría. Igual que había hecho en Euskadi. Igual que encontraría el *Códice Calixtino* en Santiago. Aunque la espalda lo estuviera matando. Tenorio iba a hacer que hasta las piedras de la catedral hablaran. Si el *Códice*, como todo parecía indicar, andaba por ahí cerca, el inspector jefe y su gente lo recuperarían.

- CAPÍTULO 15 -

TIERRAS DE *FARIÑA*

Los investigadores de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional están acostumbrados a rebuscar en legajos con la misma soltura que lo hacen en Internet. Así descubrieron que, en el siglo anterior, la catedral de Santiago había sufrido otro gran robo. Y que nunca había sido resuelto. Todo había ocurrido una noche de mayo de 1906. Cuando un canónigo se disponía a decir misa de nueve, descubrió que de la capilla de las Reliquias faltaba la muy venerada Cruz de Alfonso III. Era la joya más antigua vinculada al origen de la peregrinación a Santiago, que el monarca del reino de Asturias y su mujer Ximena habían donado al templo con motivo de su llegada a Compostela en el año 874. Pronto se dieron detalles del robo en la prensa y, como ocurriría ciento cinco años después, pronto comenzaron las especulaciones. Días antes del suceso, un fotógrafo no identificado había tomado las únicas imágenes conocidas de la Cruz, que fueron publicadas más tarde por la imprenta de Hauser & Menet, dos fotógrafos suizos establecidos en Madrid y especializados en la edición de tarjetas postales.

La mítica Cruz de Alfonso III había sido durante siglos una de las metas preferidas por los peregrinos, que la besaban al llegar ante los restos del apóstol. Se trataba de una cruz griega con estructura de madera recubierta de láminas de oro con una trama de filigrana y dos medallones en la cruceta, decorada por cerca de ochenta piedras preciosas. La joya, que medía cuarenta y seis centímetros de alto por cuarenta y cuatro de ancho, había sido realizada en Oviedo y estaba inspirada en la Cruz de Los Ángeles, construida sesenta y seis años antes, en el reinado de Alfonso II, en la misma ciudad. Fue un botín de primera clase para los ladrones, aunque en la prensa de la época solo

ocupó unos cuantos sueltos.

El diario *La Época* informa, el 8 de mayo de 1906, de que en la catedral de Santiago de Galicia «se ha cometido ayer un robo de importancia. Al ir el canónigo encargado de la capilla de las Reliquias a abrir aquella se encontró que faltaba una cruz de oro, chapeada del mismo metal, de inmenso valor artístico y que tenía en letras góticas la siguiente inscripción: “Regalo de Alfonso III a la catedral de Santiago”. El ladrón entró por el tejado, serrando para ello dos barrotes del ventanal que da luz a la capilla donde se cometió el robo».

Pasaron los días y no hubo ni rastro de los ladrones. El cabildo ofreció entonces una recompensa de cinco mil pesetas a quienes pudieran aportar alguna información sobre el autor del robo y el paradero de la Cruz. Incluso se expusieron en la plaza del Obradoiro algunos objetos que habían sido hallados en la capilla y pudieran haber servido para cometer el robo: una lima y unas cuerdas.

Cinco días después del robo, el diario *La Correspondencia de España* arrojaba ya detalles de la investigación que calificaba de extraños: la parte limada de las rejas de la claraboya era tan reducida —apenas cuarenta por veinte centímetros— que parecía imposible que el cuerpo de un hombre hubiera pasado por allí para entrar y llevarse la Cruz. Las limaduras del hierro, además, estaban en su sitio, tampoco era fácil de entender que el cuerpo diminuto no las hubiese arrastrado al rozarlas. En el interior, además, había telarañas, que no hubieran podido resistir intactas si alguien hubiese atravesado por allí. Por último, la cuerda con nudos hallada en el interior de la capilla no pasaba de la cornisa y, si ya resultaba inconcebible descender desde ella hasta el altar, hubiera sido imposible volver a ascender por la misma; ni siquiera saltando desde el suelo como un atleta el ladrón hubiera podido alcanzarla para salir trepando. «Todo hace creer que tales indicios de manera de cometerse el robo son fingidos y que los ladrones, o habían quedado en el interior de la capilla al cerrar, o entraron por la puerta», remataba entonces su crónica aquel periodista de *La Correspondencia*.

Todo indicaba, entonces, que había sido un robo desde dentro, cometido gracias a un *santo*, como llaman los policías de Patrimonio a quien avisa a los ladrones del botín que pueden encontrar en un lugar y los ayuda a entrar para llevárselo. Nunca más se ha vuelto a saber de aquella Cruz, ni si se trató de un

robo por encargo o fue desmembrada y vendida pieza a pieza. El jefe Tenorio y los suyos pensaban que en el caso del *Códice* habría sido igual, el ladrón era alguien de dentro o había contado con la colaboración de un *santo*. No querían creer, eso sí, que el *Códice* no volviera a aparecer.

Nada más llegar a Santiago de Compostela, Tenorio se había comprado un libro que acababa de editarse. Se llamaba *El Códice del Peregrino* y lo había escrito José Luis Corral. El jefe policial es un lector ávido, pero aquella novela la cogió con hambre, por si podía darle ideas de quién había robado el manuscrito. En el libro, una pareja de traficantes de obras de arte era contratada por un millonario francés para robar el *Calixtino* de la catedral de Santiago de Compostela. Tenorio había pensado en esa posibilidad cuando se produjo el robo. Algún millonario que quisiera darse el capricho de tener en su dormitorio una obra maestra, un incunable.

Cuando investigaron esa teoría, al inspector jefe y su gente siempre les surgía la figura del atormentado organista, Joaquín, como el único con contactos estables en el extranjero. Habían intervenido su teléfono móvil y habían seguido sus pasos. Los agentes del GOAS, a los que sus compañeros llaman *los de la maleta*, lo habían vigilado día y noche. Una tarde lo vieron coger un tren desde Santiago hasta Vilagarcía de Arousa, una zona muy sensible por la droga, la zona de la *fariña* (la harina, la cocaína), la zona cero del narcotráfico gallego, la misma en la que se había curtido el juez Vázquez Taín luchando contra las mafias. Ahí, en Vilagarcía, había gente que tenía dinero de sobra para pagar por el *Códice Calixtino* y que podía haber encargado el robo. Que podía pagarlo en negro. Incluso con billetes que se guardaban en las casas, en el campo, bajo tierra. Billetes húmedos. Los policías siguieron al organista hasta una casona donde se alojó en Vilagarcía. Comprobaron también que el músico de la catedral manejaba dos teléfonos móviles, y que uno de ellos no lo tenían controlado. Pero ¿un narcotraficante gallego iba a encargarse de robar un manuscrito que muy posiblemente no supiera ni leer?

Parecía más difícil esa opción que la que el inspector jefe Tenorio iba a leer en el libro que dejaba sobre su mesita aquellas noches, aunque no había que descartar la vanidad como el motor de muchos delincuentes. Hacerse con el *Calixtino* y enseñarlo a otros hampones en reuniones privadas, colocarlo en alguna lujosa estancia para dar envidia a las visitas. Los narcos gallegos

habían comprado caballos, coches lujosos, obras de arte. Sito Miñanco hasta fue presidente del Juventud Cambados, un club de fútbol de categoría regional al que hizo ascender hasta Segunda División B y jugar en el Santiago Bernabéu contra el Castilla, el equipo filial del Real Madrid. En 1989, Miñanco montó hasta una gira por Latinoamérica para su club, luego incluso le instaló un nuevo campo de hierba, que fue bendecido por el párroco de Vilariño, pero todo eso no se hacía buscando la belleza, sino para blanquear el dinero de la droga, limpiarlo. Y de paso ganar algo de prestigio social. Como había hecho, en Colombia, Pablo Escobar, en cuya mansión había toda una colección de arte con obras de Botero, Picasso, Dalí y Rodin.

El análisis del único teléfono del músico de la catedral que los policías tenían controlado mostraba algo inquietante. En las fechas críticas antes de la desaparición del *Calixtino, el Teclas* había llamado a dos números de fuera de España. De un lado, a Finlandia, en una ocasión, en junio del 2011. Más interesados estuvieron la inspectora Ana y sus compañeros cuando vieron que el organista había hablado con alguien que estaba en Suiza el 28 de junio, la semana antes de que el *Códice* desapareciera de la catedral, y de nuevo el 5 de julio por la noche, el día después del robo. Ana recordó que el músico les había contado que él se había enterado de la desaparición del manuscrito el 6 de julio, por la mañana.

Los policías saben que si piden de forma oficial una comisión rogatoria a Suiza y Finlandia para saber quiénes hablaron con el organista, tardarán meses. Deberán argumentarla, justificarla y explicarla. Luego, tendrán que esperar la respuesta. En ese caso intentaron hacerlo de forma más ágil, recurriendo al policía de enlace español en Suiza, el hombre destinado allí, para que hiciera la gestión de forma discreta, pero no lo consiguieron.

Finalmente, lograron los datos. El amigo finlandés del organista se llamaba Santeri, vivía en Helsinki y tenía treinta años. Es, como *el Teclas*, compositor y organista, además de profesor de literatura y de lengua gaélica. Parece simplemente un compañero de trabajo y aficiones. La respuesta de Suiza apunta, además, que Joaquín el organista había contactado antes y después del robo con un emigrante español apellidado Linares que vive en Ginebra y está casado con una mujer suiza. Los agentes comprueban en hoteles de toda España si alguien apellidado así y con pasaporte suizo estuvo en el país los días antes o después de la desaparición del *Códice*. Encuentran que se

alojó el 6 de septiembre del 2011, dos meses después del robo, en un precioso hotel cortijo de Vejer de la Frontera, en la provincia de Cádiz.

Los agentes repasaron entonces la lista de todos los investigadores que pidieron permiso para consultar el *Códice Calixtino* y la cotejaron con los amigos extranjeros del organista. Un tal Pierre Pidoux era también organista y vivía en Suiza, pero había fallecido. La única coincidencia era el nombre de un tal Andreas Scheunig, un ciudadano alemán que había consultado el *Códice* y tenía antecedentes por varios robos cometidos en Berlín entre los años 1992 y 1996. El *palo* favorito de ese alemán para cometer delitos, su especialidad, eran las tarjetas de crédito, estafas con transferencias de dinero, alguna falsificación de documentos; su perfil no era el de un ladrón de obras de arte, pero nunca se sabía. Los policías de Tenorio comprobaron que en efecto estuvo en la catedral de Santiago. Pero aquel hombre, aquel guiri, no era el mismo Andreas con el que hablaba Joaquín *el Teclas*. Este era un cocinero que había hecho el Camino de Santiago y había montado luego incluso una exposición fotográfica en la capital de Galicia mostrando su recorrido. Así que descartaron a aquel viejo delincuente alemán, del que comprobaron que vivía en Hamburgo; posiblemente había viajado a Santiago y había querido tener el *Códice* entre sus manos porque había *renacido* tras pasar por los calabozos en su país y se había convertido en un hombre religioso, casi místico. A veces pasa. Incluso les ocurrió a algunos etarras de los que Tenorio y la inspectora Ana habían conocido.

Un juez nunca debe preferir un culpable sobre otro; pero Vázquez Taín no es un juez al uso. Pasado el tiempo, admitiría que habría preferido que el robo del *Calixtino* hubiera tenido algo más de glamur, alguna conexión internacional, un intento de venta, un millonario que hubiera encargado el asalto a la catedral, alguien que tuviera el capricho de guardar el manuscrito en su casa y enseñárselo a sus amigos en las fiestas privadas que hiciera en sus mansiones. Pero el jefe Tenorio, menos romántico, rechaza todavía hoy que existiera ese millonario coleccionista sin escrúpulos que utiliza a un criminal para saciar su apetito estético. A veces, obras de arte valiosas sí pueden usarse para pagar transacciones de droga o de armas, pero si son demasiado conocidas, ni siquiera pueden venderse.

Robar el *Calixtino* había sido como robar los cuadros de Esther Koplowitz, el verano del año 2001, en Madrid. No tenían comprador posible.

En el caso de las obras de arte de la millonaria madrileña fue el vigilante de seguridad de su casa, Luis Miguel del Mazo, el que fue seducido por una banda conocida como el *Dream Team* para abrir la puerta a los ladrones y dejarlos entrar. Las investigaciones de la policía descubrieron que Del Mazo fue *convencido* por la banda de *Casper* (Angel Suárez Flores, alias *el Fantasma*) y Juan Manuel Candela, alias *Napo*, con mujeres y fiestas en Ibiza. En el caso del *Calixtino* había sido distinto. Pero había algo que podía unir los dos robos: los ladrones no sabían qué hacer con el botín. En el caso de los cuadros de Koplowitz, la policía descubrió tarde que habían estado en un pequeño local de alterne cerca del estadio Santiago Bernabéu de Madrid, al otro lado del paseo de la Castellana, donde habían sido robados. Cuando llegaron al local, regentado por una mujer búlgara con mucho vello sobre el labio inferior a la que llamaron Stoichkov, por su parecido con la estrella del Fútbol Club Barcelona, los agentes pidieron bajar las escaleras hasta una de las habitaciones con un pequeño *jacuzzi* donde les habían dicho que podían estar los cuadros. Era tarde. Allí había colgada, como una broma, una reproducción cutre de *Muchacha en la ventana*, de Salvador Dalí. Era posible, el jefe Tenorio y la inspectora Ana estaban casi seguros, que el ladrón del *Calixtino* no supiera qué hacer con él y que lo tuviera escondido en algún sitio cutre, oscuro, seguro.

Por aquellos días, una pista alarmó al juez y al inspector jefe. Una confidencia avisaba de que un millonario ruso, un tipo excéntrico y amante del arte, había pasado por Galicia y había hecho correr, en algunos circuitos de las tiendas de antigüedades, una oferta difícil de rechazar. Aquel hombre llegado del frío quería el *Códice Calixtino* a cualquier precio. A quien se lo hiciera llegar le pagaría un montón de dinero. En el lugar del mundo que quisiera. Sin hacer preguntas.

La sombra de aquel mafioso ruso nunca acabó de dibujarse ni de desaparecer de Santiago. Y de aquella lista de personas que podían haber pagado por hacerse con el *Calixtino*, los agentes se fijaron también en un periodista que era amigo del organista Joaquín y que curiosamente tenía a la venta en Facebook un ejemplar viejo de *El Quijote* de Miguel de Cervantes. Y también en un hombre que había pasado por el archivo de la catedral y tenía antecedentes porque había estado implicado en la estafa de los sellos de Afinsa y Fórum Filatélico. Todos los que fueron al archivo de la catedral los

meses antes del robo fueron revisados con la lupa del inspector jefe, de la inspectora Ana y de sus compañeros.

En *El Códice del Peregrino*, el primer libro que se había publicado sobre el robo del *Calixtino*, una mujer embarazada ocultaba el manuscrito entre sus ropas y se lo llevaba del templo. Esa posibilidad, la de una mujer encinta ocultándose entre los pasillos del templo de Santiago, entre los canónigos y los empleados, no la habían contemplado ni Tenorio ni ninguno de los suyos. Aunque la lujuria es uno de los pecados capitales. Tiempo después, la noche en que terminó de leer aquel libro en su habitación de hotel de Milladoiro, a las afueras de Santiago, el inspector jefe cerró las páginas con una sonrisa. Aquello era ficción. La realidad estaba ahí fuera, esperándolo.

- CAPÍTULO 16 -

LOS «EFEBOS» DEL DEÁN

Debe, pues, saberse que quien celebrare justa y dignamente la festividad de Santiago participará sin duda con el mismo cuyo día triunfal festeja en la perenne solemnidad de los santos ángeles. Porque si en el mundo celebramos sus fiestas, mucho más excelsamente las celebrarán los ángeles en el cielo. ¡Oh, qué bueno y qué glorioso es, carísimos hermanos, celebrar las fiestas de los santos con los ángeles, cuyo reino hemos de recibir en los cielos justamente con ellos! Así, pues, todo el que haya caído en fornicación, o en homicidio, o en adulterio, o en otras culpas, recurra a la medicina de la penitencia para hacerse digno de celebrar la solemnidad de tan gran apóstol de Cristo, a fin de que, celebrada dignamente esta solemnidad, merezca tener parte en la eterna gloria de los santos.

(*Códice Calixtino*, libro 1, capítulo 1)

El robo del *Calixtino* yale había costado al deán perder su cargo como archivero mayor, el hombre responsable de custodiar todos los libros y documentos de la catedral. En aquellos días, varios canónigos habían hecho llegar a la inspectora Ana la conveniencia de interrogar también a los que, en los pasillos de la catedral, algunos llamaban los «efebos del deán», antiguos monaguillos o aspirantes a sacerdotes que fueran pupilos del canónigo y habían pasado mucho tiempo con él. Los investigadores localizaron a uno de esos hombres jóvenes en una universidad de Madrid, donde aquel curso estaba estudiando Historia, y concertaron una cita con él. El joven estudiante, antiguo monaguillo con el deán en la catedral, decía no saber nada del robo del

Códice. A los policías les contó que sí, que había entrado algunas veces en la zona del archivo y había visto el *Códice*, pero que siempre que lo hizo estaba presente don José María y otro monaguillo llamado Fran. No quiso soltar prenda sobre los detalles de su amistad con don José María. Y los policías tampoco quisieron preguntarle más.

El 11 de enero, Tenorio y Ana viajan en coche hacia Santiago de Compostela. Durante el trayecto, no ponen música, tampoco la radio. No era fácil que se pusieran de acuerdo en elegirla. Los dos policías, de dos generaciones diferentes, van comentando todos los aspectos de la investigación. Ana le explica a su jefe las peculiaridades de los personajes de esa historia: el electricista beato, el organista atormentado, el impenetrable deán, el guardés nocturno que casi nunca descansa...

A su llegada a Santiago, Tenorio y Ana se entrevistan con don Segundo, que ya ha heredado el puesto de archivero y figura como serio candidato a ser elegido deán de la catedral cuando se confirme lo que parece inevitable, la caída de don José María Díaz. Ese sacerdote parece sorprenderse mucho cuando los policías le hablan de los «efebos del deán» y le sugieren que alguno de esos jóvenes pudiera tener relación con la desaparición del manuscrito. Don Segundo no conoce ningún detalle de esos rumores sórdidos, les explica; pero, eso sí, deja ver a los policías que él no estaba de acuerdo en cómo gobernaba su colega sacerdote la vida en la catedral. No esconde ante ellos tampoco la existencia de algunas pugnas entre diferentes grupos de canónigos del cabildo.

Ana y su jefe acuden luego a la catedral para verse con el deán don José María. Tenorio conocía ya la seo y para él, siete meses después del robo, aquellas piedras seguían siendo impresionantes, pero las personas que las habitaban eran normales, vulgares, como había conocido tantas otras en otros escenarios de delitos. En el claustro, los dos policías se encuentran con el deán. Tras las presentaciones de rigor, el inspector jefe decide entrar fuerte. Muy fuerte. Es su estilo. Bien podría ser que al deán, aquel día, Tenorio le recordara a esos hombres del norte de España que describe el *Calixtino* y que «aterrorizan con los gruñidos de su bárbara lengua».

—Mire, don José María, ustedes no están colaborando con nosotros en las investigaciones. Déjeme, déjeme hablar, por favor. —El veterano inspector

jefe cortó un gesto leve de desacuerdo en el rostro del deán—. Ustedes están haciendo una investigación paralela a la de la policía, están colaborando poco con nosotros. Así que mire, yo vengo aquí a lo que vengo. Voy a iniciar una investigación a fondo de la vida sentimental de aquí, de la catedral. Seguro que me voy a enterar de cosas que no me interesan nada, cosas que a más de uno van a darle vergüenza, pero ustedes nos las están ocultando y yo no voy a parar de mirar y rebuscar por todos lados hasta que aparezca el *Códice Calixtino*. Luego, nosotros volveremos a Madrid y les dejaremos en paz.

Tenorio escrutaba las reacciones en la cara del deán, que no había vuelto a intentar interrumpirlo. Comprobó que el anciano sacerdote lo miraba «como las vacas ven pasar el tren» y solo acertaba a decir en voz suave: «No, no». Ana miraba a su jefe y al deán esperando que la situación no se descontrolara, cuando Tenorio apretó más el nudo sobre el sacerdote.

—Mire, por ejemplo, don José María, sabemos que hay un individuo al que usted ha estado enviando dinero a diferentes puntos de España, varias veces, casi veinte veces. Yo no sé si ese hombre, Eleuterio —el comisario esperó la reacción del canónigo ante la mención en voz alta del nombre de su extorsionador—, le está chantajeando o no, ni sé por qué lo hace. Yo solo quiero saber si eso puede estar relacionado con algo del robo del *Calixtino*. Y usted nos lo está ocultando, no nos lo explica.

El deán no supo tampoco, ese día, explicar por qué enviaba dinero a Eleuterio. En dos palabras, podía ser por «caridad cristiana». Pero entonces, ¿por qué el hombre lo llamaba desde varios sitios de España, desde Salamanca, Teruel, Vitoria... con un tono desagradable, y siempre le exigía dinero? Más que caridad parecía una imposición. La última vez, incluso, cuando el religioso le dijo que no podía ser, le respondió diciendo que entonces «pasará lo que tenga que pasar».

—¿Qué quiere decir este hombre con eso? Eso es una amenaza, deán. ¿Qué va a pasar, qué tiene que pasar si usted no le manda más dinero? —El policía quería saberlo y se lo preguntó directamente al sacerdote.

—No lo sé, no sé qué quiere decir —repetía el deán.

Aquello amenazaba con ponerse tenso cuando don José María trató de suavizar el ambiente en el claustro. Y también, de paso, de terminar con la conversación.

—En fin, inspector jefe, si ya hemos terminado, me permitirá que le diga dónde pueden cenar ustedes esta noche. Conozco un sitio donde hacen un pulpo estupendo. Está aquí cerca, si me permite. Yo les acompaño, me coge de camino a casa.

Tenorio no tenía ganas de cenar con aquel canónigo, ni mucho menos iba a consentir que los invitara, como decía. El veterano policía había llegado a Santiago para poner «patas arriba todo esto». Pero no podía desairar así al religioso la noche en que se habían conocido. Así que Ana y Tenorio fueron con el deán hacia el restaurante. Cuando llegaron, el sacerdote entró con ellos, saludó a todos los comensales y al camarero antes de irse. Cenarían pulpo, claro, lo había dicho don José María. No había más que hablar. El deán les había toreado, refunfuñaba Tenorio en la mesa mientras esperaban la comida. Al final, hasta iban a cenar donde había querido el cura, y cenarían lo que había querido que cenaran. Cuando les trajeron la comida, el jefe policial no disimuló su mal humor ante su colaboradora:

—Este pulpo está más duro que una piedra, joder.

Ana sonrió. Su jefe tenía mal la espalda, pero conservaba el instinto, la pasión y la energía. Aquella tarde noche, el deán les había toreado, pero por la mañana sería otro día. Y muy diferente.

- CAPÍTULO 17 -

UN MONAGUILLO EN LA COMISARÍA

Ana y Tenorio acudieron al día siguiente al Seminario Mayor Compostelano. Es un complejo monástico enorme, llamado conjunto de San Martín Pinario, de unos veinte mil metros cuadrados de extensión, solo superado en España por El Escorial y que está muy cerca de la catedral de Santiago, enfrente de la fachada conocida como Azabachería. En el seminario viven y se preparan para ser sacerdotes los jóvenes que han sentido la llamada de Dios. Dos mujeres mayores, dos monjas, cuidan a los chicos, que han de pasar por un rito de admisión a las Sagradas Órdenes para poder ingresar allí. Ese día señalado, los sacerdotes deben llevar siempre alba y estola moradas.

El Seminario Mayor es la cantera de los sacerdotes de Galicia. En la residencia viven y estudian, comen y rezan. Cada mañana, a las ocho menos cuarto, hacen la primera oración: los Laudes, que repetirán al caer la tarde. Tras el desayuno, empiezan las clases de la universidad en el Instituto Teológico, que está en el mismo edificio. Después de comer, entre las tres y las cuatro de la tarde, los seminaristas pueden salir a pasear por Santiago. Para romper la rutina, los martes, los chicos juegan al fútbol; los jueves ensayan cantos religiosos. En el bloque donde viven tienen gimnasio y sala de televisión, billar y fútbolín. Una sala con una pantalla enorme sirve para que los futuros sacerdotes puedan disfrutar de sesiones de cine sin salir del complejo monástico. A las once de la noche todos deben estar en sus habitaciones, hasta la mañana siguiente.

Hasta allí llegaron la inspectora Ana y el inspector jefe Tenorio en busca de otro seminarista, el monaguillo llamado Fran, que últimamente había sido el elegido por el deán para ayudarlo en la catedral, todo un privilegio para un

joven que quiere ser sacerdote. A las seis y media de la tarde, el jefe policial irrumpe en el seminario y pide en la recepción que avisen al monaguillo Francisco, que le digan que la policía quiere verlo y hacerle unas preguntas. Cuando varios minutos después Tenorio ve bajar al chaval, se dirige directamente hacia él. Fran, visiblemente nervioso, casi desencajado, les anuncia:

—Tengo un mensaje del deán para ustedes. Don José María tiene algo muy importante que decirles.

Era tarde. Tenorio decidió que se habían acabado las florituras y dijo, con voz seria y profunda, al joven aspirante a sacerdote:

—Déjate del deán ahora, te vienes con nosotros y hablamos.

El monaguillo no fue capaz de negarse.

Minutos después, el imberbe aspirante a cura, la inspectora y su jefe estaban sentados en un despacho de la comisaría de policía de Santiago de Compostela. El chico al que algunos llamaban maliciosamente *efebo* del deán tenía su teléfono móvil sobre la mesa, muy cerca de sus manos. Tenorio y Ana empezaron entonces a bombardearlo con preguntas. Algunas eran muy duras, otras eran casi rutinarias. Frío y calor. Ana hacía más el papel de poli buena, Tenorio entraba y salía de la sala después de descargar alguna bomba en forma de interrogación que hacían que el joven monaguillo se pusiera cada vez más nervioso.

«¿Qué sabes de la desaparición del *Códice Calixtino*, Fran?»

«¿Qué clase de relaciones tienes con don José María, el deán?»

«¿Tú entrabas habitualmente en la zona del archivo, Fran?»

El chico les explicó que había estado en varias ocasiones en la zona del archivo de la catedral, que a veces don José María le dejaba usar aquella sala para estudiar filosofía o teología. Era un sitio muy tranquilo y silencioso, allí se podía estudiar a gusto.

Mientras el joven monaguillo, de apenas diecinueve años, les contaba eso

a los policías, su teléfono no paraba de vibrar —lo tenía puesto en silencio, pero vibraba—. Con su mirada, el chico pedía permiso al comisario para contestar la llamada.

—Es el deán, señor.

—Déjalo sonar, no lo cojas. ¡Chaval!, no cojas el teléfono hasta que yo te diga.

Y vuelta a las preguntas. El móvil del monaguillo sonó seis, siete veces, en menos de media hora. Tenorio sabía que su truco estaba funcionando. El deán quería rescatar de ahí al joven que lo ayudaba en las misas. El teléfono volvió a sonar una vez más. Ya era suficiente.

—Ahora, cógeselo, Fran. Hemos terminado.

Cerca del monaguillo, la inspectora Ana escuchó la voz nerviosa del anciano sacerdote preguntándole:

—¿Dónde estás, Fran?

—En la comisaría, don José María, me tienen en la comisaría. Estoy todavía con ellos, con la policía —respondió el monaguillo.

Aquella tarde de enero, cuando la noche cayó en Santiago, el deán iba a dar un paso decisivo para descubrir al ladrón y recuperar el *Códice Calixtino*:

—Fran, dile a los policías que quiero hablar urgentemente con ellos. Dile que los espero en mi despacho de la catedral.

El inspector jefe y la inspectora acudieron rápido. Todo lo rápido que pudieron. El Enantyum no hacía mucho efecto y Tenorio no podía casi caminar. Pero ambos pensaban que no tenían que dejar enfriar el nerviosismo del deán. Los dos son policías expertos y saben que hay momentos en los que una investigación llega a una encrucijada, a un cruce. Si en ese momento se acierta, si se aprovecha, todo acabará bien; si no, las pistas pueden desviarse

y ellos pueden enredarse de nuevo, dando vueltas en un laberinto hasta encontrar otro cruce de caminos. Cuando llegaron a la catedral, el deán los estaba esperando. El jefe Tenorio decidió marear un poco la perdiz y dar un rodeo. Esta vez no eran los policías los que tenían prisa. Quería ver cómo *respiraba* el poderoso sacerdote.

—Verá, don José María, ya le hemos explicado que las, digamos, cambiantes relaciones afectivas entre personas de la catedral podrían haber sido, en nuestra opinión, el móvil del robo del *Códice Calixtino*. Recapacite sobre ese asunto, porque ahí puede estar la clave para arreglar todo esto, encontrar el libro y que nosotros nos volvamos a Madrid y les dejemos en paz.

El deán escuchaba al policía, pero no quería hablar de eso. Ni, por primera vez desde que todo había empezado, tenía la frialdad suficiente para dar rodeos.

—Ustedes se han llevado a Fran a la comisaría esta tarde.

—Bah, no se preocupe, son cosas de rutina policial. Ya le hemos dicho que estamos mirando todo el tema sentimental de la gente de la catedral. El chaval es inocente, no tiene nada que ver con el robo.

El inspector jefe advierte la tensión que trata de controlar el canónigo y decide volver a desviarse para insistir en el chantaje que aquel mendigo sometía al deán.

—Si usted está dando dinero, así, sin motivo, yo tengo que creer que es porque ese hombre sabe algo de usted y que usted no quiere que se sepa. Lo de la caridad cristiana, perdóneme, tengo que ponerlo en duda. Díganoslo ya, y si no tiene que ver con el *Códice*, lo olvidamos.

Ana no dejaba de sorprenderse de la capacidad de contención del anciano sacerdote. El jefe Tenorio le estaba diciendo unas cosas tremendas para provocarlo, algunas incluso sabiendo que no eran ciertas, pero don José María ni siquiera alzaba la voz. Hablaba muy poco y, sobre todo, su cara era una

esfinge, no hacía gestos de ningún tipo por muchas barbaridades que el volcánico policía asturiano soltara por su boca.

El deán no quería volver a hablar del tema del mendigo. No los había mandado llamar para eso. Así que no contestó a nada de lo que le había dicho el inspector jefe. Cuando abrió la boca fue para anunciar a los policías lo que había recordado mientras ellos interrogaban a su monaguillo.

—Verán, quizá no sea importante, pero esta tarde he recordado que en la capilla de Alva hay un lugar, es un sitio muy pequeño, un cuarto que está detrás de una puerta que tenía candado pero que alguien forzó. Ese sitio creo que ustedes no lo han registrado en todos estos meses, no han mirado ahí. Quizá si van allí encuentren ustedes algo interesante.

Tenorio y Ana acompañan entonces al deán hasta la capilla de Alva. Dejan el claustro a mano izquierda. El sacerdote los guía. La capilla fue construida en el siglo XVI y su fundador, un canónigo llamado Gómez Vallo, tenía la costumbre de celebrar misa cada día, al amanecer; de ahí el nombre del lugar. En el altar mayor se representa la transfiguración de Jesús. Los policías ven la puerta y los candados de los que les ha hablado el deán. Desde una esquina de la capilla sale una escalera de caracol que sube hacia la planta de arriba. Ana no puede evitar pensar en *El nombre de la rosa*. El comisario no sabe si su gente registró esa zona. La inspectora cree que no. Pero a esas horas ya no hay apenas luz natural, no se ve prácticamente nada, solo que, bajo la escalera, en una especie de trastero, hay unas bolsas de basura. Puede ser otra falsa alarma, otra maniobra de distracción, pero si el asunto va en serio la zona tiene que ser revisada en profundidad, con testigos y a plena luz del día. El inspector jefe Tenorio pregunta al deán:

—¿Quién usaba este cuarto? ¿De quién son las bolsas de basura que hay ahí?

El sacerdote, esta vez, responde sin ambigüedades.

—Las bolsas son de José Manuel, el electricista. Creo que dentro guardaba material eléctrico viejo, para tirar. No estoy seguro.

Ana y el inspector jefe avisan entonces a Raposo, el deán civil, para que esté mañana temprano en la capilla. Van a registrarla a plena luz del día. Luego, los dos policías darán órdenes para que el guardés nocturno del templo ni nadie toquen el cuarto, ni siquiera entren allí, en la capilla de Alva, aquella madrugada. Antes de irse hacia el hotel donde descansan, en la zona de Milladoiro, el veterano investigador no puede resistirse. Se acerca al deán y le entrega un llavero. Es de un restaurante de Santiago que le han recomendado varios compañeros policías.

—Don José María, mire, si quiere comer buen pulpo algún día, pásese por este sitio. Hasta mañana.

- CAPÍTULO 18 -

UN TESORO EN LA BASURA

A las nueve en punto de la mañana del 12 de enero, los dos responsables de la Brigada de Patrimonio destinados en la investigación del *Códice Calixtino* están en la capilla de Alva. Allí está también Raposo, el hombre para todo de la catedral. El deán no ha aparecido, de forma que el inspector jefe Tenorio decide empezar sin él. Los agentes van comprobando las bolsas de basura de color negro que el antiguo electricista guardaba allí, en ese recoveco olvidado. En una de las bolsas, entre cables, se ve que hay varios manojos de llaves. Tres de ellas van enlazadas y llevan una etiqueta de cartón recortado. Alguien ha escrito allí «ARCH.CAT». La traducción es sencilla: «Archivo. Catedral». Es decir, ahí estaba oculta una copia de las llaves que hacían falta para entrar en la sala que llevaba hasta la caja fuerte y la caja de seguridad donde se guardaba el *Códice Calixtino*. Los agentes levantan acta, la inspectora Ana coge las tres llaves y las mete en su bolso. Tenorio ya sabe que tienen que ir urgentemente a ver a Manolo el electricista.

A las once de la mañana, los agentes encuentran a Manolo muy ufano. Vuelve a hablarles de su tema favorito: la vida privada del deán, las miserias de otros canónigos, los pecados cometidos por las personas del templo... Los dos policías le dan cuerda y se lo llevan a un edificio de la policía en Santiago, el mismo donde ahora se hacen los trámites para sacar el Documento Nacional de Identidad. El electricista se siente a gusto navegando por esas aguas. Habla de preservativos usados debajo de la cama de un canónigo, critica prácticamente a todos los que viven y pasan por la catedral. Cuando lleva casi una hora escuchando esa *vendetta*, el inspector jefe Tenorio decide que es el momento de echar el órdago. Le pide a Ana las llaves que han

encontrado en la catedral, ella se las da bajo la mesa, sin que el electricista pueda verlas. Con un giro de muñeca, el comisario muestra su baza: de un golpe seco, deja las tres llaves sobre la mesa y mira al sospechoso del robo del *Calixtino*:

—Déjate de hostias, Manolo. Ahora explícame qué es esto.

El electricista no responde. El silencio se hace espeso, cada segundo cuenta. Es muy posible que la investigación del robo esté en un momento decisivo. Es muy posible que el electricista esté rumiando si finalmente cuenta lo que sabe o si se mantiene callado. El inspector jefe Tenorio vuelve a la carga.

—Manolo, sabemos que has sido tú. Devuelve el libro, puedes avisar a un abogado y hacer que lo entregue él, que a ti no te pasará nada. No irás a la cárcel, nadie va a saber que tú lo robaste.

Durante casi una hora, el electricista negaba que ese llavero fuera suyo. El jefe Tenorio le apretaba y, cuando veía que Manolo bajaba los ojos y callaba, decidía salir de la sala donde estaba interrogándolo. El electricista se quedaba entonces a solas con la inspectora Ana, con la que tenía algo más de confianza y se sentía un poco menos violento. De pronto, Tenorio volvía a la sala y señalaba otra vez las llaves, que seguían sobre la mesa.

—Qué, Manolo, ¿aclaramos todo esto?

De nuevo, el silencio y la mirada baja. Hacia la una de la tarde, Manolo Castiñeiras se ha cansado y les dice a los dos responsables de la investigación:

—Oigan, miren, yo si no estoy detenido me voy a ir, ¿eh? Me tengo que ir, que he quedado con mi mujer para comer, hombre.

El jefe Tenorio y la inspectora Ana deciden dejarlo. No hay pruebas

definitivas contra él, ni siquiera han pedido su detención al juez y no tienen ni idea de dónde está el *Códice Calixtino*. Por lo que ya van conociendo al electricista, si Manolo lo robó y ellos lo detienen ahora, antes de tiempo, quizá no encuentren nunca el manuscrito. Así que le van a dejar ir a comer con Remedios, su esposa. Eso sí, cuando el sospechoso se levanta y se dirige a la puerta, el jefe Tenorio le anuncia que tienen algo pendiente, algo muy importante.

—Bueno, vete con tu mujer. Y si quieres hablas con ella de todo este follón que tienes aquí montado, a ver qué te dice. Pero tenemos que seguir hablando de las llaves, ¿eh? Esta tarde, a las cinco y media, nos vemos aquí y nos lo explicas todo. ¿Tengo tu palabra, Manolo?

El electricista aceptó, aunque entre quejas. Lo que quería, más que otra cosa, era salir de aquella sala donde los dos policías lo tenían acogotado.

—Mi mujer no sabe nada de esto, ¿qué voy a hablar con ella?, hombre. Déjeme ir... Que sí, hombre, que sí, nos vemos aquí por la tarde.

Poco después de las cuatro de la tarde, Tenorio llamó al comisario Castro, el jefe de la UDEV en Madrid. Le contó el asunto del llavero que habían encontrado en la catedral y la cita pendiente con el electricista. En aquellos meses, los policías de la unidad estaban volcados tratando de encontrar a Ruth y José Bretón, los niños de Córdoba que su padre dijo haber perdido en un parque. Una experta de la policía científica había dicho que los huesos encontrados en la fogata de la finca Las Quemadillas, propiedad de la familia de Bretón, eran restos de animales, casi con toda seguridad de la familia de los roedores. Así que la investigación había encallado. Bretón seguía encarcelado por la desaparición de sus hijos, pero los policías, convencidos de que aquellos huesos eran de los niños, tuvieron que empezar de nuevo y seguir buscando a los críos, vivos o muertos, por todas partes. Eran días de tormenta para la UDEV, para el comisario y para la inspectora jefa que investigaba el asunto Bretón. Al menos, aquella tarde, desde Santiago de Compostela, Tenorio le dio a su jefe una buena noticia, o más bien un presagio. Le dijo:

—Jefe, ha sido este, el electricista. No tenemos que buscar más.

Pero llegaron las cinco y media, y las seis de la tarde, y Manolo no aparecía por el vetusto edificio de la policía. Tenorio y Ana fueron a buscarlo a su casa, en la avenida de Rosalía de Castro. Nadie respondió al timbre. Los policías se pasaron entonces por una cafetería cercana donde el electricista solía tomar café por las tardes. Tampoco había rastro de él. Cruzaron hasta el piso, en la misma calle, que el hombre había comprado y regalado a su hijo, Jesús. Allí estaba el joven informático con su novia, una chica venezolana de veintisiete años, a la que llama Chus. Salían juntos desde hacía cinco meses y vivían allí, en el piso de su suegro, desde hacía unos treinta días. La mujer, que ni siquiera sabía entonces cómo se llamaba su *suegro* el electricista, nota que algo muy grave está pasando por el tono con el que los policías se dirigen a su novio.

—¿Dónde está tu padre, Jesús?

—No tengo ni idea.

—Jesús, no te compliques la vida, dinos dónde está tu padre.

—Que no lo sé, joder.

Entonces el inspector jefe Tenorio vuelve a llamar por teléfono a Manolo. Quiere localizarlo, pero el hombre no contesta. Frustrado, el policía recurre a un viejo truco. No cree que Castiñeiras se haya ido muy lejos. Así que va a utilizar a su hijo. Le da una orden:

—Tu padre no me contesta al teléfono, Jesús. Y teníamos una cita importante esta tarde. Así que, venga, vas a llamarlo tú, desde tu teléfono, ahora, a ver qué pasa.

El joven obedeció de inmediato y marcó el número del móvil de su padre. A su lado estaba el inspector jefe, que oyó perfectamente cómo, al tercer tono, el electricista contestaba con total naturalidad la llamada de su hijo.

—Papá, está aquí la policía. Sí, aquí, en casa.

El jefe policial coge entonces el teléfono y escucha al electricista. Castiñeiras le está diciendo a su hijo que no está en Santiago de Compostela, que se ha ido a descansar al ático que tienen cerca de la playa de Sanxenxo. Tenorio los interrumpe:

—Teníamos una cita esta tarde, Manolo, ¿qué ha pasado?

Pero el electricista ya no parece el mismo hombre débil que había estado sentado en la sala de interrogatorios aquella misma mañana. El hombre se mostraba ahora cabreado, rabioso, incluso un punto desafiante.

—Mire, oiga, yo con usted no quiero saber ya nada. La próxima vez que quieran hablar conmigo, me citan con mi abogado delante. Que tengo muchas cosas que decir del cabildo, ¿eh? Y a lo mejor usted también tiene que declarar sobre lo que está haciendo conmigo, hombre.

El inspector jefe decide bajar la temperatura de la conversación, pero sin dejar de advertirle al electricista de que todo aquello va muy en serio. Él no va a dejar de investigarlo, por mucho que le moleste.

—Manolo, yo había quedado contigo a las seis esta tarde y tú no has venido. Me habías dado tu palabra. Ya te digo que no habrá una próxima vez así, por las buenas. La próxima vez te vienes con un abogado, claro que sí.

Aquella noche, los policías se fueron a la comisaría de Santiago con cierta sensación de derrota. Durante un par de horas habían creído que aquella investigación iba a resolverse allí mismo, esa tarde, gracias a alguna confesión de Manolo Castiñeiras. No había sido posible, así que tenían que pensar cómo abordar al electricista para que los llevase hasta el *Códice*. Recuperar el libro, sano y salvo. Los investigadores tenían la baza de que su móvil estaba pinchado. Tenían la experiencia de que es muy difícil no hablar algo por teléfono después de una situación tan tensa. Hasta delincuentes

veteranos habían hablado de más cuando se sentían acosados por la policía. Y Manolo no era un delincuente, que ellos supieran. Seguro que iba a desahogarse con alguien. Eso era lo que pensaban, pero acertaron solo a medias. Aquella misma noche, el electricista llamó por teléfono a su hijo. Pero, sorprendentemente, Castiñeiras no parecía enfadado, no iba a comentar nada de lo ocurrido. Eso sí, quería saber si los policías habían regresado a buscarlo a su casa de Santiago de Compostela, aunque la conversación tenía un tono casi jocoso, muy sorprendente, desde que su hijo Jesús contestó la llamada.

—Dime.

—Qué, ¿fueron los picoletos? —guardias civiles—, ¿fueron los picoletos por ahí?

Su hijo se ríe y contesta:

—No, no, no fue nadie, no fue nadie.

—Ah, vale.

El hijo del electricista sigue riéndose mientras el policía que escucha la conversación espera ansioso que los dos hombres digan algo comprometedor, algo sobre el paradero del *Códice Calixtino*. Pero ya no van a terminar prácticamente ninguna frase. El hijo continúa la conversación apuntando:

—No, solamente jodería si...

Cuando parece que va a decir algo, su padre lo interrumpe y ambos cierran la charla sin decir nada definitivo.

—No, por si acaso.

—No, no, todo bien, todo bien.

El padre, entonces, se despide tranquilo:

—Bueno, vale.

Los investigadores de la Brigada de Patrimonio Histórico seguían también las huellas que el hijo del electricista había ido dejando en las redes sociales. Después de esa conversación tan sorprendente, no sabían si el joven estaba al corriente del robo o podía haber participado en él. Jesús había trabajado como informático, en aquellos meses estaba en paro y cobraba unos novecientos euros de ayuda que se le iban a terminar pronto. Le gustaban mucho los coches. Y no se escondía. Un agente encontró su rastro en un foro dentro de la página *SeatIbiza.net*. Y se dedicó a leer lo que escribía el hijo del electricista. Para ser un parado hijo de un humilde jubilado, Jesús escribía con mucho desparpajo sobre la crisis económica y las ayudas y rescates a los bancos que atenazaban a media España. Él tenía el riñón bien cubierto, presumía, pasara lo que pasara con Bankia o con Caixa Galicia.

Por fin podré darle uso a la caja fuerte que tengo en casa, porque, visto lo visto, mejor hacer como los abuelos y meterlo debajo del colchón todo.

El hijo del electricista escribía en ese tono cuando participaba en un foro abierto sobre un tema: las dudas sobre si era mejor comprar uno de esos dos coches, un Volkswagen Scirocco, un deportivo alemán de tres puertas, o un Mitsubishi Eclipse 3000 GT, lo que algunos especialistas de los años ochenta habían definido como «un Ferrari diseñado por un dibujante manga». Jesús se identificaba allí como *Nikroy* el 13 de noviembre del 2008 había escrito un mensaje que dejaba rastro de un insólito poderío económico para un desempleado como él.

Pisos ya tengo cuatro y una casa en el campo, y sin ninguna hipoteca, pero gracias por la opinión.

Luego, añadía:

El presupuesto es de unos treinta mil euros, eso me da para un Scirocco o un 3000 GT de segunda mano, y aún me sobran quince mil para meterle dentro de todo y reformarlo, desguazado completo,

limpieza y petroleado de motor por piezas, etc, etc. Una restauración, potenciación como Dios manda.

Alguien que firmaba en la red como *Stylance* le respondió entonces desde su ordenador con la misma inquietud que estaba sintiendo el policía que leía la conversación:

¿Qué edad tienes para poder tener todo eso ya pagado?

Y el hijo del electricista no se cortaba al contestar:

Tengo veinticuatro años, dos de los pisos están a mi nombre y en los otros dos figuro como segundo propietario junto con mis padres. La casa de campo es una herencia familiar de hace mucho, lo típico... Y no, no puedo permitirme un A5, reconozco que tengo las cosas más fáciles que mucha gente, pero aun así me gano mi dinero con el sudor de mi frente. Mi Ibiza es mío, no del banco ni de mis padres, y voy consiguiendo las cosas por mí mismo.

Los policías saben hace tiempo que todos mentimos, solo hace falta distinguir cuándo y, si es posible, por qué lo hacemos. También saben que en las redes sociales se miente más y peor. El hijo de Manolo Castiñeiras se definía en Internet como un hombre hecho a sí mismo. A ellos más bien les parecía un joven nini (ni estudiaba, ni trabajaba). Tendrían que comprobarlo.

- CAPÍTULO 19 -

CUANDO MUERA EL DEÁN...

El inspector jefe Tenorio y la inspectora Ana volvieron aquel viernes en coche a Madrid. Estaban convencidos de que sabían ya quién se había llevado el *Calixtino*, pero no tenían pruebas. Y tampoco tenían ni idea de dónde estaba oculto el manuscrito. Cuando llegaron a la Central de Canillas, se reunieron con el comisario. Todos están de acuerdo en que hay que establecer una estrategia que haga hablar a Manolo el electricista. Hay que pedir autorización al juez Vázquez Taín para intervenir también los teléfonos móviles de su mujer, Remedios, y de su hijo, Jesús, y también para pinchar el teléfono fijo de su casa de la avenida de Rosalía de Castro en Santiago. Cuando vuelven a Galicia, Tenorio y otro de sus policías se reúnen con el juez, que aprueba los pinchazos a la familia del sospechoso. En ese momento, y ante la posibilidad de que estén en un callejón sin salida, Taín, un magistrado experto, arriesgado, innovador, que se ha jugado la vida luchando contra narcotraficantes, va a proponer una idea audaz a los policías. La suerte ayuda a los audaces, tiene dicho el magistrado muchas veces:

—Le puedo decir al arzobispo de Santiago que ellos se comprometan a pagarle las deudas que reclama el electricista si aparece el *Códice*, o al menos a que le devuelvan una parte del dinero si todo termina bien.

Ana y Tenorio pensaron que era una idea brillante, pero no querían renunciar a atrapar ellos mismos al electricista y recuperar el *Códicea* la antigua, como dos maderos de los de siempre. Al menos, todavía no.

—No es mala idea, juez; pero vamos a esperar un poco. Si fallamos nosotros, siempre tendremos tiempo de recurrir al arzobispo.

El magistrado acepta esperar, pero insiste a los policías en que piensen fórmulas imaginativas. Taín hablaba siempre del libro como si fuera un ser vivo, alguien que estuviera retenido contra su voluntad en algún lugar, alguien al que había que rescatar como fuera, rápido, antes de que le hicieran daño.

Aquellos días de enero, los policías seguían como sabuesos el rastro de Manolo. Pese a la presión sobre él, el electricista no cambiaba en nada sus costumbres. Por fuera era una piedra dura y fría. Seguía haciendo su vida en la catedral, continuaba con sus rutinas solitarias y religiosas, tomando sus cafés en los bares de alrededor. El 19 de enero, el inspector jefe lo ve en la capilla de Alva, una de sus zonas favoritas del templo. Decide esperarlo en la calle. Cuando el hombre sale de la catedral, hacia las doce de la mañana, Tenorio lo aborda.

—Manolo, buenos días. Vamos a tomar algo y hablamos, hombre.

Sorprendentemente, el electricista aceptó, parecía que había echado de menos a aquel policía con bigote que tanta lata le daba, pero lo hizo con la condición de tomar un café en un bar de su total confianza. Y de que fuera algo «rápido». Aquella mañana, Castiñeiras habló mucho más de lo habitual con el jefe Tenorio. Manolo estaba dolido por lo que había pasado la semana anterior y no quiso callárselo.

—¿Cómo pudieron ustedes ir a ver así a mi hijo?, hombre, ¿cómo me dicen que yo he robado el libro? Y su compañera, la mujer, que me dijo que sabían que yo había robado otras cosas antes... Eso no es verdad, hombre.

El inspector jefe vio que esa mañana tampoco iba a sacar nada concreto de su charla con el sospechoso. Decidió tomárselo con calma, dar un rodeo y preguntarle su opinión sobre el caso del *Códice*, como si el electricista fuera un experto, casi un investigador que pudiera echarles una mano.

—Manolo, ¿tú qué crees que ha pasado con el *Calixtino*? ¿Qué crees que estará pensando el ladrón o los ladrones, si hubo más de uno? ¿Se lo habrán llevado fuera de Galicia? Te digo una cosa, como estamos por aquí tanta policía y hemos montado tanto lío nos da miedo que hayan sacado algunas páginas para no dejar rastro y que luego lo hayan quemado o lo hayan roto para que no lo encontremos nunca.

Cuando le hablaba así, en impersonal, como si el jefe de los policías le estuviera consultando en su condición de testigo privilegiado de la vida en la catedral, el electricista estaba mucho más cómodo. A veces, incluso cometía algún desliz.

—¿Que si el libro está quemado? No, hombre, no lo quemé... No lo quemaron.

Fue apenas un segundo, pero el inspector jefe Tenorio lo miró a los ojos, como un cazador a su presa. De inmediato, Manolo se recuperó y completó su historia.

—Mire, yo no sé dónde está el libro. Pero tenga usted seguro que el ladrón lo devolverá a la catedral cuando destituyan al deán... o cuando el deán se muera. Entonces, el libro aparecerá. Seguro.

Aquella misma tarde, los policías fueron a ver al deán y le pidieron una copia del contrato de trabajo del electricista con la catedral. Le contaron que Castiñeiras había presumido de su antigua amistad con él. Les había dicho que se llevaban tan bien que el canónigo jefe de la catedral le había regalado un facsímil, una lujosa copia en color, del *Calixtino*. Pero don José María aseguró a los investigadores que él nunca le había regalado un facsímil del *Códice Calixtino*.

—Yo nunca he regalado ningún facsímil del *Códice Calixtino*, ni a José Manuel ni a nadie. Solo a dos personas: a don Manuel Fraga y al Papa.

Los policías no sabían quién decía la verdad: si el electricista o el deán. Era la palabra de uno contra la de otro. De uno, el electricista, de quien sabían que les mentía con mucho desparpajo; de otro, el canónigo, del que tenían el convencimiento de que no les contaba toda la verdad sobre muchos asuntos, especialmente los referentes a la vida en la catedral y las relaciones y conflictos humanos que se producían entre los habitantes del templo.

Siguiendo el hilo del facsímil del electricista, los policías trataron de sacar algo en claro preguntando a los trabajadores de la tienda de Aldeasa donde se vendían, con escaso éxito, los facsímiles del *Calixtino*. Comprobaron los registros informáticos de las ventas. Había disponibles y numeradas hasta 995 copias del manuscrito. Desde el año 2004 solo se habían vendido diez de ellas. Y el jefe de la tienda, Juan Manuel, calculaba que desde que se habían puesto a la venta, en 1995, no se habrían vendido más de veinte copias del *Calixtino*.

El facsímil se vendía entonces a unos dos mil quinientos euros, y ninguno de los trabajadores de la tienda recordaba que Manolo el electricista hubiera comprado ninguno, ni tampoco que el deán les hubiera ordenado entregarle alguno a Castiñeiras. Es más, dos de las trabajadoras explicaron que el antiguo empleado de la catedral no había comprado nunca ningún objeto de la tienda. Eso sí, Isabel, la supervisora, declaró que el electricista también había hecho algunas obras de reparación dentro del local donde se guardaban los facsímiles.

A la salida de aquella entrevista con el deán, el jefe Tenorio recibió una llamada en su teléfono móvil. Era de nuevo Manolo, a quien el policía y sus compañeros abrumaban cada día dejándole mensajes de todo tipo para verse, tomar un café, preguntarle más detalles de la última charla que tuvieron o de lo que dijo tal o cual canónigo. La vanidad del jubilado le había hecho ofrecerse a colaborar con ellos, a orientarlos con cualquier detalle que pudiera sorprenderles; de forma que los hombres y mujeres de la Brigada de Patrimonio, con la excusa de pedirle ayuda, no lo dejaban casi respirar. Querían volverlo loco, agotarlo.

—Mire, hombre, llamo por esos mensajes que me han dejado en el teléfono. Yo no sé si... ¿Han mirado ustedes bien?, ¿han registrado en la torre

de la Carraca? Le pueden pedir las llaves a Armando Raposo, las tiene él. Eso sí, cuando lo llamen no lo pierdan de vista hasta que ustedes vayan a revisar la torre.

Era posible, ¿el electricista les estaba diciendo de esa forma tan suya dónde estaba el *Calixtino*? Era posible que incluso ese tipo listo como una ardilla lo hiciera siguiendo sus consejos, de forma casi anónima, sin comprometerse, sin confesar el robo, sin entregarse. Tenorio avisó a su gente. Había que ponerse en marcha. Trataron de localizar a Raposo, pero no estaba esa tarde por allí. A la mañana siguiente, quizá la investigación habría terminado.

- CAPÍTULO 20 -

SECRETO DE CONFESIÓN

Nueve torres ha de haber en esta misma iglesia, a saber, dos sobre el pórtico de la fuente, dos sobre el pórtico del mediodía, dos sobre el pórtico occidental, dos sobre las dos escaleras de caracol y otra mayor sobre el crucero en el centro de la iglesia. Con ellas y con las demás hermosísimas obras, refulge magníficamente gloriosa la catedral de Santiago. Está toda ella hecha de fortísimas piedras vivas, oscuras y muy duras como el mármol, y por dentro pintada de distintas maneras, y por fuera muy bien cubierta con tejas y plomo. Pero de todo lo que hemos dicho parte está completamente terminado y parte por terminar.

(Códice Calixtino, libro 5)

La torre de la Carraca y su gemela, la de la Campana, flanquean la fachada principal de la catedral de Santiago de Compostela. Ambas miden setenta y seis metros de alto y las dos guardan leyendas sobre el templo y los personajes que pasaron por allí. En la torre de la Campana, la primera en ser levantada, se refugiaron la reina doña Urraca y el obispo Diego Gelmírez cuando el pueblo de Compostela se rebeló contra los poderosos y se transformó en turba. Una masa indignada prendió fuego a la catedral. El obispo logró huir, pero la reina tuvo peor suerte y fue ultrajada por algunos de los asaltantes.

La torre gemela, donde el electricista decía ahora que podía estar oculto el *Códice Calixtino*, recibía el nombre de la Carraca por el instrumento de madera que se utilizaba desde allí para anunciar a los fieles que se iniciaban los cultos de la Semana Santa. La leyenda decía que fue el enorme ruido de la

carraca el que hizo creer a las tropas de Napoleón que habían invadido la ciudad que el pueblo se levantaba contra ellos, por lo que levantaron el campamento que cercaba Santiago y salieron huyendo. Eso sí, con el botafumeiro original a rastras.

Hasta la Carraca subieron el inspector jefe Tenorio, la inspectora Ana y el resto de los policías con el deán civil, Armando Raposo, aquella mañana. Tenorio no podía creer lo que estaba pasando mientras registraban. Aunque, en el fondo, se lo temía. Allí tampoco iban a encontrar nada. Manolo se la había vuelto a jugar, les había vuelto a poner a prueba.

El inspector jefe y su segunda bajan a Madrid al final de la semana. Tienen una reunión a primera hora de la mañana. Participan otro inspector y los dos comisarios jefes de la UDEV. Todos están de acuerdo: hay que «apretar» al electricista y también a su familia. «Ejercer presión», escribe el jefe Tenorio en uno de sus dietarios sobre la operación *Calixtino*.

Se trataba de acorralar al sospechoso hasta hacerle confesar el robo y devolver el *Códice*. A principios de febrero, el deán iba a colaborar dando detalles de algunos episodios antiguos y oscuros protagonizados por Castiñeiras. El último había ocurrido en diciembre del 2011, con el *Códice* ya desaparecido.

—Yo tenía aquí en mi despacho dos facsímiles, el «Libro de Horas de la Virgen Tejedora» y el «Libro de Horas de los Retablos». Cada uno estaba guardado en una caja de tela. Y me han desaparecido.

Los dos facsímiles son reproducciones de manuscritos del siglo XV, cuyo original está en la Biblioteca Nacional, en Madrid. Son, en definitiva, copias, buenas copias, cuyo valor no supera los seiscientos euros. No podían compararse ni de lejos al *Calixtino*, ni siquiera a sus facsímiles, pero alguien los había cogido, posiblemente para hacer daño al deán, porque supiera que les tenía cariño. Manolo el electricista se convierte en sospechoso también de esos robos. Mucho más, cuando el deán señala que otros dos canónigos, un archivero y hasta la señora de la limpieza de la catedral han acudido a él, y no a la policía, posiblemente muy conscientes de quién tenía el poder allí, para contarle otros viejos incidentes relacionados con el electricista. Pareciera que las *fuerzas vivas* de la catedral se ponían de acuerdo para contar algo de la

verdad a la policía.

Los agentes tomaron declaración aquellos días de febrero a otro de los personajes poderosos del templo, otro sacerdote integrante del cabildo, el canónigo Juan Filgueiras. Nacido en Pontedeume, tenía entonces setenta y ocho años. Don Juan era, además, encargado de la capilla de La Corticela, la más visitada por los peregrinos que llegan a la catedral. Filgueiras dirigía también a los *linguaxeiros*, los sacerdotes que conocen lenguas extranjeras y son los encargados de recibir, hablar y celebrar el sacramento de la confesión a los peregrinos llegados de todo el planeta que quieren expiar sus pecados en Santiago. La Corticela es la capilla más popular, consagrada a la Virgen de los Milagros, y también a la que siguen acudiendo estudiantes universitarios de Santiago para dejar papeles escritos con sus deseos más secretos ante la imagen de Jesucristo en el Huerto de los Olivos. Allí donde el hijo de Dios había sufrido después de celebrar la Última Cena. Donde iba a ser traicionado por Judas, Judas Iscariote, que lo besaría como señal para que los sumos sacerdotes y fariseos lo detuvieran.

El canónigo Juan Filgueiras recordó, ante el inspector jefe Tenorio y la inspectora Ana, una historia antigua ocurrida ante aquella imagen de Jesús.

—Hace unos quince o dieciséis años le pedí al electricista que hiciera unas reparaciones eléctricas aquí, en la capilla. Le dejé las llaves para que pudiera trabajar y él me las devolvió al día siguiente. Cuando volví a la capilla, me encontré la puerta abierta y José Manuel estaba dentro. También estaba abierto el mueble donde se guardan las bolsas con el dinero que dejan allí los peregrinos. Realmente, yo no lo vi que estuviera cogiendo nada en ese momento. Y él me dijo que había entrado porque había visto la puerta abierta.

El episodio había concluido ahí, aparentemente sin consecuencias. Eso sí, cuando don Juan Filgueiras salió de la capilla, dio orden de cambiar la cerradura de La Corticela.

Don Juan añadió un detalle más ante los policías. En los últimos tiempos, en la catedral se hacían grandes celebraciones que eran televisadas a todo el mundo a través de Televisión Española. En aquellas ocasiones, los especialistas técnicos montaban un enorme despliegue técnico de megafonía y cámaras en la seo. Y a veces había ocurrido que cuando las ceremonias

acababan y llegaba la hora de recoger esos equipos, algunos empleados de TVE se les habían quejado de que les faltaban micrófonos y material eléctrico que habían dejado allí durante la retransmisión. Estaban seguros. Alguien los había cogido. El canónigo explicó que el electricista había sido sospechoso de aquellos *descuidos*, hasta tal punto que se había registrado el cuarto de la catedral donde guardaba el material. Allí, una vez, encontraron varios micrófonos que, dijo el canónigo, «podían proceder de los montajes de aquellas grandes celebraciones». Otra vez más, tampoco se había denunciado el asunto. Todo quedó enterrado entre las paredes del templo.

Los investigadores escucharon a don Juan como habían hecho con el deán y como harían luego con don Segundo Pérez, canónigo director del Instituto Teológico Compostelano, la universidad de la iglesia donde se impartían clases de Teología, Filosofía y Derecho Canónico. Don Segundo, uno de los canónigos más jóvenes, tenía *apenas* sesenta y tres años cuando desapareció el *Códice Calixtino*. Ante los agentes de la policía, él también recordó un episodio ocurrido el siglo anterior, en 1998.

—La conserje del Instituto Teológico, Rosario, me insistía en que allí faltaba dinero, varias veces. Al final supimos que había sido el electricista, que entonces venía a hacer algunos trabajos en el instituto. Decidí que se le retiraran las llaves.

En la misma línea habló con ellos la mujer de la limpieza de la catedral, María Victoria. La trabajadora relató un par de encuentros sorprendentes que ella había tenido cuando, hacia la hora de comer, entraba a limpiar el despacho privado del deán.

—Dos tardes distintas vi al electricista dentro, en el despacho del deán, serían las tres o tres y media. La primera vez, parecía que estaba arreglando un foco allí dentro. Pero la otra vez lo vi que estaba tecleando en el ordenador del deán y no llevaba ropa de trabajo.

—¿Cómo reaccionó él cuando usted lo sorprendió? —preguntaron los policías.

—Se sorprendió y me dijo: «Parece que el ordenador no funciona. Estoy mirándolo y mirando los enchufes a ver...».

El 8 de febrero, Tenorio y Ana toman declaración al antiguo administrador del templo, el canónigo don Manuel Iglesias. Tiene ya ochenta y un años, pero está, como siempre que lo han visto, tranquilo y lúcido. Había llegado al puesto de administrador, el responsable de controlar los ingresos y gastos de la catedral, en el año 2002. Don Manuel les explicó que allí había un órgano de gestión que llamaban La Fábrica, que su responsable, el canónigo fabriquero, era el encargado de los contratos y que tenía dos cajas fuertes de hierro. En ellas se guardaba parte del dinero procedente de colectas y de la recaudación de los museos. La Fábrica eran los intestinos de la catedral, desde allí el dinero se llevaba siempre luego a las cajas fuertes de la administración, de las que solo había dos juegos de llaves. Uno lo tenía él y otro el que por aquellos años era el deán, don Manuel Calvo Tojo.

Don Manuel Iglesias ratificó las sospechas sobre la conducta de Manolo el electricista. «Me contaron que lo habían sorprendido cogiendo dinero en la capilla de La Corticela y en el despacho del director del Instituto Teológico. También tuve conocimiento de que a alguna empresa de electricidad que venía a algunos actos a la catedral le habían faltado materiales.» El comportamiento «irregular» de Manolo, así lo definió el canónigo, parecía un secreto a voces entre los sacerdotes y el resto de los habitantes de la catedral, pero nadie había hablado de ello en voz alta. Aquello nunca había salido de allí. El anciano les explicó a los agentes que, como si fuera un policía religioso, había hecho casi una investigación reservada sobre el caso. Se había enterado de dónde había trabajado antes Castiñeiras, en la empresa Torres, y había llegado a entrevistarse con el dueño. «Me dijo que lo habían tenido que despedir porque se llevaba los clientes para prestarles servicios como particular. Que ofrecía sus servicios más baratos que los de la empresa en la que trabajaba.»

Iglesias recordó también cómo había sido el despido del electricista. «Me presentó un contrato manipulado, firmado por el anterior administrador de la catedral, don Celestino Pérez, y el antiguo deán, don Luis Quintero. Los llamé por teléfono para preguntarles si ellos habían firmado ese papel y me dijeron que no.» En aquel contrato retocado, Castiñeiras había añadido el «carácter vitalicio» de sus funciones como trabajador del templo.

El inspector jefe Tenorio y los suyos volvían a masticar el secreto espeso de la catedral. El canónigo Filgueiras había alertado al cabildo de los robos

del electricista hacía más de quince años. Don Segundo, también. La mujer de la limpieza se lo había contado al deán. Y nadie había dicho nada, ni hecho nada, mucho menos denunciado los robos. Podía ser por caridad cristiana. Pero el inspector jefe Tenorio y la inspectora Ana no descartaban la *omertà*, la ley del silencio. El dinero de los peregrinos entraba a mansalva en la catedral. Y tampoco había control hasta que salía desde allí hacia el banco. Había queso, mucho queso. Daba para muchos *ratones*. Y si alguien hablaba, los *ratones* perderían el queso y la iglesia sufriría el escándalo. Aquel lugar, la catedral, se regía por leyes divinas, el poder de los hombres no entraba allí. Hasta que desapareció el *Códice Calixtino* y no tuvieron más remedio que abrir las puertas del templo a la policía.

Pese a la presencia del inspector jefe Tenorio y de sus agentes, el deán seguía ejerciendo como una especie de investigador religioso cuya misión era resolver el caso de forma silenciosa, sin que se produjera ningún escándalo. En aquellos días, y sin avisar a los policías nacionales, el canónigo se reunió con José Manuel Castiñeiras, su viejo amigo, el que le calentaba las zapatillas junto al radiador para que sus pies ancianos no notaran el frío y la humedad de la catedral. Y le trasladó un mensaje. Quien había robado el *Códice Calixtino* era un pecador, no cabía duda. Pero aquel pecado podría ser perdonado. Y todo podía quedar dentro de los muros de la catedral, como había ocurrido en otras ocasiones. Como también estaba escrito en su libro favorito, en el *Códice Calixtino*. Allí figuraba uno de los milagros que se relataban en el capítulo 3 del libro 2. Una historia de tiempos del obispo Teodomiro de Compostela, una narración de un pecador que confiesa y de su redención dentro de la catedral:

Hubo un italiano que apenas se atrevió a confesar a su sacerdote y párroco cierta gran fechoría que una vez había cometido. Oída esta, el párroco, aterrado de tan grave culpa, no se atreve a imponerle penitencia; pero movido a compasión envía al pecador por tal motivo al sepulcro de Santiago con una esquela donde estaba escrito su pecado, ordenándole que implorase de todo corazón los auxilios del santo Apóstol y se sometiese al juicio del obispo de la apostólica basílica. Sin tardanza, pues, acudió a Santiago en Galicia, y sobre su venerable anteoaltar, arrepintiéndose de haber cometido falta tan grande y pidiendo perdón a Dios y al Apóstol con sollozos y lágrimas, el Día

de Santiago, o sea el 25 de julio, a primera hora, puso el manuscrito de su acusación.

Cuando el bienaventurado Teodomiro, obispo de la sede compostelana, revestido de las ínfulas episcopales, se acercó al altar el mismo día a media mañana para cantar la misa, halló la esquila de aquel bajo el paño del altar y preguntó por qué o por quién había sido puesta allí. Y habiéndose presentado enseguida el penitente y habiéndose contado no sin lágrimas su fechoría y el mandato de su párroco, por lo que había venido a postrarse ante él de rodillas, oyéndole todos, el santo obispo abrió la esquila y, como si jamás hubiese sido escrita, nada halló en ella. Cosa admirable y de gran alegría, alabanza y gloria para Dios y el Apóstol, que les deben ser perpetuamente cantadas. Esto fue realizado por el Señor y es admirable a nuestro ver. El santo obispo, creyendo, pues, que aquel había alcanzado el perdón de Dios por los méritos del Apóstol y no queriendo imponerle penitencia alguna por la culpa perdonada, sino solamente mandándole ayunar desde entonces los viernes, le envió a su país absuelto de todos sus pecados. Con esto se da a entender que a todo el que verdaderamente se arrepienta y desde lejanas tierras busque de todo corazón el perdón del Señor y los auxilios de Santiago que deben pedirse en Galicia, sin duda la nota de sus culpas le será borrada para siempre. Lo cual dignese cumplir nuestro Señor Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los infinitos siglos de los siglos. Así sea.

El *Códice Calixtino* decía, pues, que cualquier pecado será borrado si el pecador se arrepiente y pide la ayuda del apóstol. El electricista también podía conseguirlo y quedar sin culpa, sin penitencia, únicamente con algún ayuno. El deán probó suerte.

—José Manuel, tú eres quien mejor conoce la catedral y a las personas que la frecuentan. Yo creo que sería muy bueno que, si tú sospechas de alguien en concreto como el posible ladrón del *Códice*, quizá podrías darle a esa persona el buen consejo de restituirlo, de que lo devolviera.

La primera vez que el deán le hizo esa propuesta, el electricista no contestó. La segunda, aquel hombre de pueblo levantó la mirada hacia su antiguo maestro para decirle:

—Pero ¿cómo va a devolver el libro un ladrón, señor? Lo detendrían...

El deán ya tenía preparada la respuesta.

—No, José Manuel. El ladrón puede devolver el *Códice* en cualquier sitio, puede dejarlo en otra ciudad, fuera de Santiago.

—¿Y cómo se hace eso?

—Le dices al ladrón que vaya a una iglesia, a la que quiera, y que pida confesarse con un sacerdote. Entonces, en el sacramento, el ladrón le dice al sacerdote dónde está el libro y dónde puede recuperarlo. El sacerdote entregaría entonces el libro a la catedral, pero ya nunca podrá decir a la policía quién se lo dijo ni cuándo.

—Ya —respondió escéptico el electricista.

—Sí, José Manuel. El sacerdote no diría nada. Estaría bajo secreto de confesión.

Manolo Castiñeiras había visto *Yo confieso*, aquella vieja película de Hitchcock en la que Montgomery Clift encarnaba al padre Logan, un sacerdote que acaba siendo sospechoso de un crimen por no romper el secreto de confesión y denunciar a uno de sus párrocos, el verdadero autor del delito. De hecho, el electricista conservaba en DVD varias películas de Hitchcock. Pero Manolo conocía bien al deán y ya no se fiaba de él. Pensaba que ya lo había traicionado en una ocasión. Y temía que aquella vez no iba a ser diferente. Aun así, le gustaba ver a don José María acercarse de nuevo a él, hablándole en voz baja, sugiriéndole, en tono cercano, casi cariñoso. Pero Manolo pensaba que aquello era un truco y, aquella vez, iba a resistir la tentación.

—Mire, don José María, yo he visto mucho aquí dentro.

Y ya no creo en el secreto de confesión.

- CAPÍTULO 21 -

SEÑALES SECRETAS

Manolo, José Manuel, el electricista, no iba a confesarse. Ni con el deán, ni con el inspector jefe Tenorio, ni con la inspectora Ana. El lunes 6 de febrero, los agentes que están vigilando día y noche sus pasos por Santiago y los que están oyendo las conversaciones que mantiene por teléfono avisan a Ana, que viaja en coche con el jefe Tenorio hacia la capital de Galicia (ver página G).

—Jefa, Manolo ha quedado con una mujer esta tarde, a las cinco y media. Le ha dicho que primero irá a un funeral en la catedral.

La aparición de una mujer desconocida en la vida del electricista era algo sorprendente. Castiñeiras vivía como un ermitaño. De la catedral a casa. «Habrà que ver quién es y para qué se cita con Manolo», se dijo Ana. Así que varios agentes vigilaron discretamente la misa funeral, que se celebraba en la capilla de las Ánimas. Es el templo donde alguien —los policías creen que el organista de la catedral— había devuelto un cofre de plata que se había robado tiempo atrás, alguien asustado ante el despliegue policial que se había organizado para encontrar el *Calixtino*. El sepelio al que acude el electricista es en memoria de un sacerdote. Cuando acaba la ceremonia, Manolo sale a la plaza y los policías de paisano lo siguen discretamente. Poco después lo ven entrar en el bar Candilejas, una de sus paradas habituales. Allí comprueban que está de charla con la camarera.

Los agentes creen que no hay *chicha*, que no van a descubrir una historia

interesante detrás de esa cita, pero apenas diez minutos después el electricista sale del bar de forma precipitada. Lo siguen por las calles estrechas junto a la catedral y observan atónitos cómo el jubilado empieza a caminar cada vez más rápido y hasta se arranca a correr entre las callejuelas. Los policías ven cómo llega atropelladamente hasta la plaza de Vigo. Allí, Castiñeiras entra en el portal número dos. Ellos esperan fuera y lo ven salir unos quince minutos después. Cruza rápido el camino de regreso y vuelve a entrar en la catedral. Los investigadores no saben qué pensar hasta que, a las siete de la tarde, Manolo sale del templo en compañía de una mujer rubia que viste una gabardina clara y lleva al cuello una bufanda roja. Los dos van juntos a tomar algo a una cafetería cercana. Los policías no se atreven a hacerle una fotografía por temor a ser descubiertos, pero tienen algo seguro. La misteriosa mujer de la gabardina no es Remedios, la humilde esposa costurera del electricista.

A la mañana siguiente, el 7 de febrero, la policía Ana vuelve a abordar a Manolo a la entrada de la catedral. Pese a que ese día sus maneras son más suaves, el hombre rehúye con firmeza a la mujer policía.

—Mira, haced lo que tengáis que hacer conmigo o con mi familia, pero yo no aguanto más, no quiero hablar más con vosotros.

Por la tarde, después de la misa de las siete y media, será el inspector jefe Tenorio el que espere a Castiñeiras cuando termine la otra ceremonia religiosa. Cuando Manolo sale del templo con otro hombre, Tenorio sigue sus pasos de forma discreta y espera a que ambos se despidan. Entonces, el policía trata de iniciar una conversación con el que está convencido que robó y que aún tiene escondido el *Calixtino*. Tiene una propuesta que hacerle.

—Manolo, espera, hombre. Vamos a hablar.

—Que no, hombre, déjeme.

—Escucha, ¿por qué no hacemos una reunión con tu abogado? Hemos hablado con él y le parece bien. ¿Tú que dices?, nos vemos en el casino de Santiago el jueves. ¿Te parece bien?

Quizá para lograr que aquel veterano policía lo dejase en paz, el

electricista aceptó. Se verían en el casino en un par de días. Castiñeiras y Tenorio se despidieron y el hombre se fue hacia su casa en Milladoiro. El policía se iba a dormir en el mismo barrio, muy cerca.

El inspector jefe Tenorio decidió preparar a conciencia aquella cita. El abogado de Manolo el electricista era entonces Antonio González Cid, un teniente coronel del ejército, retirado y religioso, una persona de total confianza para los canónigos que gobiernan la catedral de Santiago. El jefe de la investigación decidió verse con él un día antes de la cita en el casino. Iba a hacerle una oferta al abogado: si el *Calixtino* aparecía sin daños, ellos se *olvidarían* de mirar luego a Manolo. El abogado debía explicar a Castiñeiras que se podía incluso entregar el libro por su cuenta, invocar luego el secreto profesional para no declarar ni hablar sobre quién se lo había hecho llegar y la policía no se tomaría muchas molestias para averiguar quién había sido el ladrón. Como en la película *Yo confieso*, de Alfred Hitchcock, pero entre togas y puñetas. En Madrid, el comisario Castro estaba al tanto de aquellas negociaciones, casi una partida de mus o de póquer entre la policía y el sospechoso.

Mientras tanto, el juez Taín había tenido un encuentro privado nada menos que con el arzobispo de Santiago de Compostela, Julián Barrio. Se abría otra parte de la jugada: era necesario pagar algo a Manolo el electricista o al menos prometerle que se le pagaría una parte de aquellos cuarenta mil euros que reclamaba. A cambio, muy posiblemente, el *Códice Calixtino* volvería a la catedral.

Con todos los anzuelos echados, con todos los movimientos hechos, la noche del domingo 12 de febrero, la inspectora Ana se acostó pronto. A la mañana siguiente saldría de nuevo con su jefe hacia Santiago. Parecía que aquello estaba centrado, el ladrón tenía que ser Manolo. Pero si era así, ¿por qué no *derrotaba* ya aquel tipo tan obstinado? El hombre no había cambiado ni un milímetro sus rutinas desde el robo. Si era el ladrón, no lo había hecho por dinero. Es posible que en algunos momentos estuviera disfrutando con toda la policía removiendo Santiago y la catedral, pero ahora el electricista parecía agotado y hasta evitaba hablar con ella. Así estaban las cosas cuando, hacia la una de la madrugada, sonó el móvil de la inspectora jefe en su casa de Madrid. Era Joaquín, el organista, otro de los posibles sospechosos, el músico culto y atormentado, antiguo protegido del deán, al que algunas veces en la catedral

acusaban de tener amistades «raras» y, también, de un pecado grave en la mente de algunos de ellos: ser homosexual. Aquella madrugada, Joaquín estaba fuera de control.

—Sé que estáis aquí, debajo de mi casa. He visto a tu gente, a ti no; a tu gente. Vais a venir a por mí, vais a registrar mi casa, ya lo sé. Quiero que sepas que si encontráis algo cuando vengáis a mi casa, es que han entrado y me lo han puesto, no he sido yo.

Ana pensó que *el Teclas* estaba colocado. Trató de tranquilizarlo y le explicó que ella estaba en Madrid, que nadie lo estaba vigilando. Posiblemente, lo que había visto el organista de la catedral era a algunos de sus compañeros cenando en un bar de Santiago. Nadie iba a registrar su casa.

Después de un rato de *terapia* telefónica, la inspectora había calmado al músico. El hombre parece conforme. La policía vuelve a la cama. Pero su teléfono suena de nuevo dos, tres veces, cuatro... El organista no puede dormir. Está totalmente paranoico.

—El camarero del pub de abajo me ha hecho una seña con un anillo. Es la señal secreta que tenemos pactada los dos para avisarme de que ya venís a por mí, de que venís a registrar mi casa. Tus compañeros están ya en el pub, esperando a que les des una orden para hacerlo.

—No hay nada de eso, te lo prometo: tranquilízate, Joaquín, por favor.

Pero el organista se rompe.

—Es que quiero que subáis a mi casa, es que quiero que entréis en mi casa y la registréis conmigo dentro, por favor. Seguro que el que ha robado el *Códice Calixtino* ha entrado en mi casa y me lo ha dejado ahí. Yo creo que ha sido el deán seglar, Armando Raposo. Él me lo ha metido.

Después de las primeras llamadas históricas del organista, Ana había avisado al inspector jefe Tenorio. El hombre no puede creerlo, pero tampoco va a dormir aquella noche. La espalda le duele y la pequeña posibilidad de

que el *Códice* esté en casa del organista lo mantiene alerta. Tenorio pensó que aquella locura de madrugada podía ser la forma que había encontrado alguien en la catedral para devolver el *Códice*. Y que utilizaban al organista, uno de los eslabones más débiles de todos aquellos inquilinos del templo, para colocarle el manuscrito y exponerlo a la investigación policial y también, por qué no, al escarnio público. Ana le consultó qué hacían si la historia continuaba. Tenía pinta de que el organista no iba a cansarse.

—Ha dicho que en un rato me vuelve a llamar...

El inspector jefe no quería que perdieran ese hilo. Los dos policías sabían que a veces habían resuelto casos gracias a pistas que parecían frivolidades, disparates, rastros imposibles. La noche iba a ser larga y, si alguien estaba utilizando al organista para devolver el *Códice*, ellos no se iban a dejar engañar.

—Cuando te vuelva a llamar, déjale que hable, sigue hablando con él, a ver qué te cuenta. Y prepara la maleta, que mañana volvemos a Santiago.

El jefe Tenorio y su número dos fueron a hablar con el organista nada más llegar a Galicia, al mediodía siguiente. Hablaron y caminaron por las calles, cerca de la catedral; hablaron en comisaría; hablaron en una cafetería. Ana participaba más en la conversación con *el Teclas*, mientras Tenorio escuchaba atento y, sin que el organista se diera cuenta, grababa la charla, que duró casi nueve horas.

El juez Taín estaba al corriente de todo lo que ocurría y llegó a ilusionarse con la posibilidad de encontrar el *Calixtino* aquella misma tarde. En todo ese tiempo, el organista nunca dijo: «Yo me llevé el *Códice*»; pero siempre insistía: «Está en mi casa, lo tengo que tener yo, lo sé, alguien me lo ha metido ahí. Han hecho unas obras hace poco y aquello olía muy raro». El inspector jefe convenció al organista de que firmara una declaración en comisaría explicando sus temores y sus seguridades. Gracias a ese escrito, el juez autorizó el registro del domicilio de Joaquín el organista para ver si estaba allí el *Códice Calixtino*. El magistrado pensaba que había una pequeña posibilidad. El músico había tenido contactos con extranjeros; incluso, una

noche, enseñó a un joven suizo la catedral por dentro.

El Teclas vivía en una casa propiedad del cabildo de la catedral y otras personas vinculadas con el templo tenían llave de allí. No era tan extraño que alguien hubiera entrado y dejado el manuscrito. En otros tiempos, Joaquín el organista había sido discípulo del deán don José María. Había tenido acceso a su despacho, al archivo, a la sala donde se guardaba el *Códice*. Pero pasado el tiempo, como el electricista Castiñeiras, el músico había perdido ascendente y cercanía con el deán. Y *el Teclas*, que fuera un joven e inocente huérfano, se había convertido en un cincuentón culto y atormentado, solitario.

Por dentro, aquella casa era un horror. El jefe Tenorio y la inspectora Ana se miraban mientras trataban de caminar entre cajas de pizza, un cenicero lleno, suciedad, papeles... Tanto que, mientras andaban entre la porquería, los policías ni siquiera se veían los pies, mucho menos el suelo en el piso del organista. El hombre parecía ser víctima de un síndrome de Diógenes. Los policías levantaron las tablas del suelo y abrieron un altillo en la cocina, un desván que originalmente servía como habitación para planchar. El inspector jefe, con la espalda doblada, subió con el organista y vio que allí había una maleta cerrada con llave. No podía ser verdad. ¿Aquello no iba a ser una paranoia? ¿Estaba allí el *Calixtino*?

—Abre la maleta, Joaquín.

El Teclas obedece y, cuando lo hace, los investigadores Tenorio y Ana ven que dentro hay una bolsa de terciopelo azul, cerrada por arriba con unos cordones. La desatan y admiran el *Códice Calixtino*, pero no es el original, sino uno de los facsímiles, una de las copias de lujo que habían sido editadas por la catedral. Los dos policías miraron entonces al organista, que parecía agotado y aliviado a partes iguales.

—Ese facsímil me lo llevé yo del despacho del deán. Pensaba devolverlo después de estudiar los pasajes musicales que tiene. Cuando terminara, lo dejaría en la catedral, en la zona del órgano, pero con el lío que se montó con la desaparición del *Códice* y con todos ustedes rondando por aquí, pues no me he atrevido.

El inspector jefe sabía lo que tocaba entonces. Ana, también. El organista no era un delincuente, no se había llevado el *Calixtino*, pero ellos no tenían alternativa. Iba a dormir en comisaría.

—Estás detenido, Joaquín, se te acusa de un delito de hurto por robar el facsímil del *Códice Calixtino*. Vámonos.

Los policías sabían que había que mantener aquello en secreto. Tenían que conseguirlo al menos hasta que recuperaran el manuscrito robado. El organista era realmente un alma atormentada y su casa daba muestras de un abandono acuciante. Ana no pudo evitar sentir cierta lástima por Joaquín. Él no había sido el ladrón. Tenorio era menos compasivo. Ese tipo les había hecho perder un día entero. Y, encima, él se había doblado la espalda, otra vez, subiendo a aquel jodido altillo.

- CAPÍTULO 22 -

UNA BOTELLA Y MEDIA DE ORUJO

El clero que ante él avanzaba iba adornado con venerables ornatos, pues las capas de seda con las que se revestían los setenta y dos canónigos compostelanos estaban admirablemente trabajadas con piedras preciosas y broches de plata, con flores de oro y magníficos flecos por todo alrededor. Unos se cubrían con damáticas de seda, que estaban adornadas desde los hombros hasta abajo con franjas bordadas de oro de maravillosa belleza. Otros se ataviaban además con collares de oro incrustados con toda clase de piedras preciosas y se adornaban lujosamente con bandas recamadas de oro, con riquísimas mitras, hermosas sandalias, áureos ceñidores, estolas bordadas en oro y manípulos recamados de perlas.

¿Qué más? Con toda suerte de piedras preciosas y con gran abundancia de oro y plata se adornaban exquisitamente los clérigos del coro. Unos llevaban en sus manos candelabros, otros incensarios de plata, estos cruces doradas, aquellos paños tejidos de oro y tachonados de toda suerte de piedras preciosas; unos cajas llenas de reliquias de muchos santos, aquellos filacterias, otros, en fin, batutas de oro o marfil, a propósito para los cantores, y cuya extremidad embellecía un ónice, un berilo, un zafiro, un carbunclo, una esmeralda o cualquier otra piedra preciosa. Otros llevaban colocadas encima de unos carros de plata, dos mesas de plata sobredorada, en las cuales el devoto pueblo ponía cirios encendidos.

A estos seguía el pueblo devoto, es decir, los caballeros, gobernadores, optimates, nobles, condes, ya nacionales, ya extranjeros,

vestidos con trajes de gala. Los coros de venerables mujeres que los seguían se cubrían y adornaban con borceguíes dorados, con pieles de marta cebellina, armiño y zorro; con briales de seda, pellizas grises, mantos escarlata por fuera y variados por dentro, con lunetas de oro, collares, horquillas, brazaletes, pendientes en las orejas, cadenas, anillos, perlas, espejos, ceñidores de oro, cintas de seda, velos, lazos, tocas; con trenzas sujetas por hilos de oro, y demás variedades de vestidos.

(*Códice Calixtino*, libro 3, capítulo 3)

En aquellos días, uno de los canónigos había hecho llegar otro mensaje a la inspectora Ana y el inspector jefe Tenorio. Quería verlos, pero fuera de la catedral. El hombre los invitó a comer y los policías aceptaron, a ver qué tenía que decirles. En todo el templo se había corrido la voz de que el ladrón estaba muy cerca, dentro, y que si el *Códice* aparecía, la policía no pondría mucho empeño en localizar al responsable de aquella desaparición. Ese canónigo era un poco más joven que sus compañeros y vivía fuera de lo que el jefe Tenorio llamaba «el perímetro medieval», en alusión al espacio ocupado por la catedral y sus alrededores, otras iglesias, calles estrechas. Allí, en aquel espacio, el tiempo parecía haberse congelado en la Edad Media. Las normas, también. Era la primera vez que iban a verse con un canónigo fuera del «perímetro medieval», quizá así fuera más sencillo conocer por fin la verdad sobre el *Códice Calixtino*.

El sacerdote citó a Ana y a su jefe a las afueras de Santiago, en una zona moderna. Los tres fueron a comer a una pizzería. El encuentro resultó agradable y el cura decidió entonces invitar a los policías a subir a su casa. Entonces sacó una botella de orujo y puso tres copas. Se arrancó con fuerza.

—El deán es muy mala persona.

Ana y el inspector jefe lo dejaron hablar. Y volvieron a salir los rumores sobre las amistades masculinas del jefe de la catedral.

—No sé si les habrán hablado a ustedes de los amigos del deán...

Tenorio y su segunda ya conocían esa historia. Esperaban que aquello los llevara al *Códice*, pero tampoco aquella tarde iba a ocurrir. El sacerdote les explicó que había un joven monaguillo cuya atención se disputaban varios canónigos. Todos querían ser su maestro y todos querían tenerlo como discípulo. Aquello había generado disputas muy intensas en la catedral.

Los dos policías decidieron levantarse y seguir con el trabajo. El canónigo le ofreció entonces al jefe de los investigadores una botella de orujo como regalo. De pronto, advirtió la falta de cortesía que estaba teniendo hacia la inspectora Ana, cogió la botella que estaba a medias sobre la mesa y se la ofreció.

—Llévesela, inspectora. Para usted.

Ana y su jefe no supieron qué decir y se encontraron en una de esas situaciones absurdas que vive todo policía que trabaja en la calle. Entre sonrisas, salieron de aquel portal donde vivía un sacerdote de la catedral con una botella y media de orujo gallego. Las dejarían en la comisaría y alguien sabría qué hacer con ellas.

Pese a todas las maniobras de distracción, pese a todos los rumores que hablaban de los pecados capitales que se cometían en la seo, el inspector jefe Tenorio seguía con su idea. El ladrón del *Códice Calixtino* tenía que haber sido Manolo el electricista. O, al menos, Manolo sabía quién lo había cogido y dónde podía estar oculto el manuscrito, una obra de arte y un documento histórico únicos, casi cien millones de euros que cabían en un bolsillo. Prácticamente cada día, o el inspector jefe Tenorio o la inspectora Ana seguían acercándose a la catedral para forzar un encuentro con el electricista.

Aunque se sentía agobiado por esos dos policías tan pesados, Manolo no dejaba de ir al templo. Llevaba haciéndolo más de veinticinco años. Era su casa. Pero estaba cansado de la presión de la policía. Una mañana, al salir de misa, vio otra vez el pelo blanco y el bigote del inspector jefe Tenorio, siempre con esos andares trabajosos fruto de su dolor de espalda. Manolo llevaba un ejemplar de *La Voz de Galicia* en la mano y empezó a gritar y a señalar con el diario al policía:

—Déjeme en paz, hombre, aléjese de mí.

El jefe policial se le acercaba y trataba de explicarle que necesitaba su ayuda. Parecía una escena de una película de Luis García Berlanga o de José Luis Cuerda.

—Escúchame, Manolo, yo sé que has sido tú el que se llevó el *Códice*. Pero no estoy aquí por eso ahora. Tienes que decirme dónde crees tú que está ahora el manuscrito.

—Pero ¿qué mierda es esa, hombre? Yo qué sé dónde está eso. Lo habrá perdido el deán, o a lo mejor está escondido en el Vaticano; yo creo que lo tienen en el Vaticano, mire.

Después de su última salida de tono, después de insinuar que el *Códice Calixtino* estaba escondido en la capital del cristianismo, Manolo salió casi corriendo y dejó al jefe de la investigación allí, al lado de la catedral, pensando que aquella guerra psicológica entre los dos estaba durando demasiado tiempo. Y que solo con esa presión suya y la de la inspectora Ana no iba a bastar para doblegar al explegado del templo. El veterano policía asturiano estaba convencido de que más temprano que tarde tendría que detener a Manolo. Y tendría que hacerlo a ciegas, sin saber dónde estaba el *Códice Calixtino*. Había que acumular indicios contra ese sospechoso. Había que dar un paso más. Era arriesgado. Y el juez Taín tenía que estar de acuerdo con él. Pero antes iba a ocurrir algo terrible.

- CAPÍTULO 23 -

ATAQUE AL HIJO DEL JUEZ

El 27 de febrero del 2012, un hombre acude a la parada del autobús de la calle Juan Flórez, en el centro de La Coruña. Lleva una botella de aguarrás. El hombre sabe que allí se baja cada día el hijo del juez Vázquez Taín, el investigador del caso del *Códice Calixtino*, y ha decidido que va a destrozar la cara del crío, echándole el ácido que lleva encima. Sentado en la parada, el agresor espera pacientemente a que llegue el autobús escolar. Cuando por fin lo hace y ve bajarse a los niños de seis, siete, nueve años, se cuela entre varias madres y vacía su botella sobre la cara de uno de ellos, quemándosela y produciéndole un dolor horrible. El ácido abrasa también, aunque menos, a la madre del crío y a dos de sus primas, también a otra mujer que esperaba la llegada de un autobús municipal. Tras el ataque, el agresor sale corriendo, pero en aquellos momentos de terror un vecino conserva la sangre fría y le hace una fotografía. Esa misma noche, un hombre llamado Agustín Ucha era detenido por la policía de La Coruña.

Los agentes avisaron muy pronto al juez Taín, totalmente enfrascado en la investigación del *Códice Calixtino*. Tuvieron que tranquilizarlo. Su hijo estaba a salvo, en realidad el atacante se había equivocado de víctima. Pero estaba claro que iban a por su hijo. ¿Era el encargo de un narcotraficante vengativo, alguno de todos aquellos a los que había hecho daño trabajando en el *andamio* de la justicia, como le gustaba decir al juez? Las dudas iban a resolverse muy pronto, cuando el juez Taín, en aquel momento un padre preocupado, escuchó la pregunta que le hacía un policía.

—¿Le suena de algo el nombre de Agustín Ucha, señoría?

Agustín Ucha. Un tipo al que el juez Taín había ordenado detener y llevar a prisión porque maltrataba y golpeaba a su madre. Nada que ver con capos de droga ni grandes organizaciones criminales. Pero ¿por qué aquel hombre había ido a por su hijo?, ¿por qué había querido quemarle la cara y hacerle tanto daño? Taín quiso saberlo.

—Él dice que cuando usted lo metió preso, no pudo dar de comer a sus dos gatos durante un tiempo. Y que los animales se le murieron de hambre. Dice que usted sabía lo que iba a pasar si no les daban de comer a sus gatos, y que para él aquellos gatos eran como sus hijos. Así que decidió que tenía que ir a por sus hijos.

Siguiendo esa lógica tan simple como terrible, eso había hecho. Ucha estaba ya de nuevo encarcelado y sería condenado a dieciocho años de prisión por aquel salvaje ataque.

Taín recibió aquella noticia como una parte más de la condición humana. Es un juez humanista, meticuloso. Escritor de varias novelas policíacas, no rehúye a los periodistas, ni esquiva ningún debate que considere interesante. Ni siquiera sobre el papel de los jueces en esta sociedad. Taín considera que los magistrados deben funcionar, ayudar, no solamente excusarse en la falta de medios que padece la Justicia en España. Le gusta pensar en su trabajo como un servicio al ciudadano y no como un poder, no como un *lobby* corporativo o una casta. No le duele admitir que «el edificio de la Justicia», donde él se sube cada mañana en los andamios más arriesgados, no funciona. Y que las reformas que algunos políticos anuncian arrastrando los pies solo sirven para «algún alicatado» en ese edificio roído por la carcoma.

El juez Taín nunca ha querido llevar escolta, tampoco después de los ataques de todo tipo que ha sufrido. Tampoco tras el asalto frustrado a su hijo. Está convencido de que la sociedad prefiere creer en la existencia de algunos demonios o locos, que serían aquellos que cometen los crímenes, los delitos, pero en sus veinte años de carrera no ha habido ni un solo delincuente al que haya ordenado detener y luego mandado a la cárcel que no le haya recordado a alguna persona normal, a otro vecino, alguien honrado de la calle. Y en el caso del robo del *Códice Calixtino*, el juez estaba convencido de que no iba a ser

diferente.

- CAPÍTULO 24 -

SÁLVAME DELUXE

El juez Taín sabía que arriesgaba mucho si aceptaba la jugada que le proponía el inspector jefe Tenorio. Los dos lo harían. El policía quería que un grupo especial entrara una noche en la casa de Castiñeiras y colocara allí dispositivos de escucha para poder oír lo que hablaba con su esposa, Remedios, y su hijo Jesús cuando estaban en la intimidad. Iba a cumplirse un año de la desaparición del *Códice* y parecía que todo estaba en un punto muerto. Si Manolo el electricista tenía el manuscrito o sabía dónde estaba, nunca se lo diría al inspector jefe, que lo abordaba por las bravas, ni tampoco a la inspectora Ana, la cara más amable de los investigadores.

Poner micrófonos en casa de un sospechoso es muy delicado. Debe estar muy justificado y los abogados defensores casi siempre recurren esa decisión a los tribunales superiores porque invade la libertad y la intimidad no solo del sospechoso que es objetivo de la policía, también de sus familiares o de quienes viven con él. El hogar es sagrado en las leyes españolas, también el de los presuntos delincuentes. Había doctrina, sentencias, que avalaban esas prácticas; había otras que no. El Tribunal Constitucional, el órgano máximo que establece la jurisprudencia definitiva, aún no se había definido sobre ese asunto, lo haría algún tiempo después del caso del *Calixtino*. Pero el juez Vázquez Taín no iba a arrugarse. No lo hizo en muchas operaciones de narcotráfico, arriesgando su vida, su nombre y el de su familia.

Tampoco lo haría tiempo después, cuando ordenó enviar a los calabozos del juzgado de Santiago de Compostela a Rosario Porto y Alfonso Bastera, un matrimonio de clase alta y muy conocido en la ciudad, los padres de aquella niña nacida en China y criada en Galicia a los que acusó de su asesinato a

finales del 2013. Una noche, el padre y la madre de Asunta estaban detenidos, habían sido interrogados y el juez quiso saber si uno de ellos mandaba sobre el otro, si lo tenía sometido; y si era así, quién era el dominante y quién el dominado. Parecía una historia de *folie à deux*, la locura criminal a dos, un trastorno psicótico compartido que podría explicar que padre y madre se hubiesen retroalimentado para hacer daño a Asunta. De esa manera, si identificaba quién de los dos padres había sido el dominante, el juez podía salvar o al menos reducir la responsabilidad en aquel crimen atroz de una niña a la que se drogaba con lorazepam. Aquellas grabaciones dieron la vuelta a España. El juez pensaba que era el padre el ideólogo del crimen, el inspirador. Pero aquella larga noche de calabozos contiguos, colocados pared con pared para que pudieran hablar, la madre le dijo:

—Tú y tus juegucitos, Alfonso. ¿Has tenido tiempo de deshacerte de eso?

El padre de Asunta le había hecho a la niña algunas fotografías extrañas, en las que estaba vestida con ropa de *ballet* y con los ojos cerrados, incluso dormida, como amortajada. Esos podían ser los juegucitos de Basterra. La madre, aparentemente más débil y que había sufrido depresiones, le preguntaba con frialdad a su marido, la primera noche que ambos estaban detenidos por el crimen de su propia hija, si el hombre había podido eliminar alguna prueba contra ellos. Aquellas conversaciones fueron luego anuladas por la Audiencia de La Coruña, siguiendo la nueva doctrina del Tribunal Constitucional, que también anularía las conversaciones del electricista Castiñeiras con su familia, pero en los dos casos había muchas otras pruebas directas y más importantes. En cuanto a Alfonso Basterra y Rosario Porto, ambos fueron condenados y están cumpliendo su pena.

En el caso del *Códice*, finalmente el juez autorizó que los expertos de la policía entraran, como si fueran ladrones, en la casa de Castiñeiras para colocar los dispositivos de escucha. El magistrado Taín buscaba alguna prueba más antes de ordenar la detención del sospechoso. Era ya el mes de junio del 2012 y, ante la falta de resultados doce meses después de la desaparición del *Calixtino*, el juez sentía la presión mediática y la soledad de su cargo. Aquellas tardes en que lo seguían las cámaras, y algunos publicaron una foto suya donde se lo veía poco agraciado, masticando un pincho de

tortilla en un bar de Santiago de Compostela, Taín pensaba que algunos estaban deseando que se estrellara, que fracasara. Durante un tiempo dejó de dar sus queridos paseos por Santiago, dejó de ir a tomar vinos por los bares cercanos a su juzgado. Si el *Códice* no aparecía, sería una forma de derribar a aquel juez que había hecho su nombre y su fama luchando contra el tráfico de drogas. Un juez que había recuperado casi cincuenta y cinco mil kilos de cocaína que llegaban a Galicia. Que había hecho que los narcos, y los blanqueadores, y sus cómplices, y algunos economistas y políticos dejaran de ganar mucho dinero. En su juzgado de Vilagarcía, se decía, Taín había conocido la mente y el comportamiento de los narcos, sabía cómo pensaban, cómo actuaban, muchas veces había podido anticiparse a ellos, pero ahora el juez no acababa de entender las normas de los cánónigos, los códigos secretos de la catedral.

Taín estaba solo. Hasta que encontró la complicidad de otro funcionario del Estado, el inspector jefe Tenorio. Los dos se conocieron investigando el robo del *Códice*. Ambos se hicieron amigos, lo son todavía. El juez suele decir que el viejo policía es un «héroe» para él. Taín es un magistrado técnico, amante de las pruebas objetivas, los hechos, los datos, las grabaciones. No le gusta trabajar con declaraciones de unos contra otros, que a veces resultan ser simples chismorreos o ajustes de cuentas entre viejos amigos. Las grabaciones en casa del electricista podían darles eso, datos. Y ambos, juez y policía, iban a correr con el riesgo de ordenar colocar los micrófonos.

Los policías camuflados entraron finalmente en la casa de Manolo y su esposa Remedios el 9 de junio del 2012, cuando el matrimonio estaba pasando el fin de semana cerca de la playa, en el ático de Sanxenxo. Fue un trabajo rápido y limpio. Desde entonces, el jefe Tenorio recibía cada mañana un resumen de las grabaciones de lo que hablaba y hacía aquella humilde pareja y, a veces, su hijo. Pero no tenían mucha sustancia y, por lo que había ido conociendo a Castiñeiras, el policía Tenorio estaba convencido de que debía dar un empujón que animara aquello. Así que el 10 de junio, apenas un día después de que sus compañeros colocaran los micros, el comisario envió un coche patrulla, un zeta, a la puerta de la casa familiar del electricista. Sin esconderse, haciendo ruido, para que todos los vecinos lo vieran. Los dos policías de uniforme se bajaron del coche y le pidieron a Manuel Castiñeiras y a Remedios Nieto, su mujer, costurera y ama de casa, que los acompañaran a

la comisaría. Era una maniobra para provocarlos y hacer que explotaran cuando, al regresar a casa desde la comisaría, se sintieran de nuevo seguros, aliviados. Se trataba de un movimiento más en la guerra de nervios que el electricista y los investigadores llevaban librando desde principios de año.

Esta vez, el comisario iba a apretar también a la esposa de Castiñeiras. Para que a Manuel le diera vergüenza pasar por todo eso delante de ella. Y para que ella, quién sabe, quizá reaccionara y dijera algo. Ordenó que los separaran, los iban a interrogar de uno en uno. Y la excusa fue preguntarles por un facsímil del *Códice Calixtino*. Manolo había dicho que el deán se lo había regalado; pero el canónigo lo negaba. Al final, hubo que volver al principio.

—Tienes el *Códice Calixtino*. Lo cogiste tú, Manuel, y tu mujer lo sabe. No sé si el libro está en vuestra casa aquí en Santiago o en la casa de la playa, pero yo no voy a parar hasta que lo encontremos. Y ya no investigo a nadie más que a ti y a tu mujer, que lo sepas.

Cuando le había preguntado eso a la mujer, Remedios había callado; ahora el hombre callaba también. El inspector jefe miró a Manolo, que ya había bajado la cabeza.

—Piénsalo, Manolo. Vas a arruinar tu vida, pero también vas a joder la vida de tu mujer y la de tu hijo.

El electricista solo dijo unas palabras:

—Déjenos ya, hombre. Queremos ir a casa.

El cebo estaba echado y el inspector jefe se despidió del matrimonio. Cuando regresaron a su piso de la avenida de Rosalía de Castro muy poco tiempo después, todos los vecinos sabían que se los habían llevado detenidos, y su hijo Jesús estaba ya esperándolos abajo, en el portal. El jefe Tenorio estaba ansioso de escuchar lo que captaban los micrófonos colocados en la casa casi a tiempo real, pero iba a llevarse otro disgusto. Manolo y Remedios no hablaban ni media palabra de lo que había ocurrido aquella tarde. Era

increíble, él les había hecho ir a comisaría, todos sus vecinos lo habían visto, y luego los había acusado del robo. Había sacudido el árbol para que luego cayeran las nueces. Pero no caían, ni siquiera se movía el nogal. Al entrar de regreso a casa, el matrimonio no hablaba de eso, ni siquiera con su hijo. La mujer de Castiñeiras se puso a hacer sus labores y Manolo se sentó al otro lado de la cortina en el salón, en esa especie de santuario que había levantado en su casa, un lugar reservado solo para él. El policía estaba descolocado. ¿Podían ser inocentes? ¿Se estaba equivocando? El único momento esperanzador ocurrió cuando, al cabo de un rato, la mujer se atrevió a enfrentarse tímidamente con su marido.

—Yo no conozco de la misa la mitad, pero tú te estás empezando a parecer a Pepe Calo.

Pepe Calo. El inspector jefe recordó que ese era el nombre de uno de los primeros personajes en ser investigados por el robo. Se trataba de un sacerdote jesuita, un culto coleccionista con cierta leyenda negra de cleptómano a quien los archiveros y hasta el propio deán de la catedral vigilaban de cerca cuando acudía por allí por temor a que se llevara algún documento. Al principio de las investigaciones, una mujer había apuntado a la policía ese nombre.

Después de que la esposa del electricista dijera eso, el hijo de Castiñeiras explotó también:

—Estoy harto. Llevo toda la vida pasando miedo, desde que era un crío, desde que tengo memoria. No me muevas esto, no me toques lo otro... No sé qué carajo escondes, papá, y no lo quiero saber, pero cuando alguien reacciona como tú, es una evidencia de que está escondiendo algo.

Al fondo, los dispositivos de grabación recogen entonces la voz de la madre:

—¡A ver si revienta de una vez!

El jefe Tenorio esperaba que ese comentario de la mujer acabara detonando los nervios del electricista, pero no fue así. El hombre no respondió a aquel exabrupto. Simplemente, salió a dar un paseo.

Cuando la madre y su hijo se quedaron solos, la mujer sí expresó algo parecido a una queja, pero más hacia ella misma que hacia su marido.

—¿Por qué no dejaré de quererlo?

El inspector jefe sintió una punzada de ternura y también el sabor del fracaso de su última idea para resolver la desaparición del *Códice Calixtino*. Acababa de comprobar que iba a ser muy difícil que la mujer del electricista colaborara, aunque fuera sin saberlo ella, en recuperar el manuscrito. Remedios y Manolo llevaban juntos toda la vida. Casados desde 1978, la mujer había nacido en Negreira, hija de una familia humilde. El hombre se ocupaba de las decisiones sobre comprar pisos, casas, el dinero. Le daba unos cien euros al mes y ella debía encargarse de la casa y la comida. En vestir no gastan mucho, en comer tampoco, porque tenían un terrenito y allí Manuel cultivaba patatas y otras cosas. La mujer había aceptado desde siempre las rarezas de su marido y no las discutía. Tampoco parecía saber dónde estaba el *Códice*. De hecho, al día siguiente de aquella provocación en la comisaría, la esposa de Manolo usaba el teléfono fijo de su casa para llamar a una amiga. Y hablaba de él, del policía Tenorio, aunque lo subía de rango.

—Ese comisario es el diablo, hombre, es que nos acusa de todo...

Los resúmenes de las grabaciones realizadas cada día al matrimonio, que el inspector jefe recibía a la mañana siguiente en un DVD, no iban a lograr la prueba que buscaba. El tema del *Calixtino* ni se mencionaba. Nunca. Un día, Tenorio levantó las orejas después de escuchar una conversación algo extraña en la que Manolo hablaba con su mujer de un «paraguas» que los dos habían perdido y de dónde podía estar ahora. El policía pensó que quizá podía tratarse de un nombre en clave y que el «paraguas» fuera en realidad el *Códice Calixtino*, pero no parecía probable. Eso sí, las grabaciones daban una radiografía de cómo era la vida familiar y mostraron un dibujo de la personalidad real del electricista. El juez y el inspector jefe pensaban que

podía ser un tipo con una doble cara, alguien que tuviera una vida oculta. La realidad era otra, la misma que ellos habían visto durante todo ese tiempo: Castiñeiras era un hombre aislado, también en su casa. Solitario, huraño. El juez Taín se convenció: «Si este ha cogido el *Códice*, no se lo ha contado a nadie». Cuando pensaba en el caso y en cómo iba evolucionando la investigación, el magistrado deseó que el ladrón no fuera el electricista. Era el sospechoso más difícil de todos los que tenían en aquella lista de *negritos* o *ratones*, prefería a otro ladrón menos cerrado, más elegante, más fácil de capturar, en definitiva.

Lo cierto es que la mayor parte del tiempo las grabaciones resultaron inútiles. Uno de los micrófonos estaba cerca de la televisión, y como la mujer pasaba parte de su tiempo viendo los programas cardíacos *Sálvame* y *Sálvame Deluxe*, su versión nocturna, el inspector jefe se *tragó* aquel mes de junio todas las andanzas de varios personajes del mundo del corazón. Así, escuchando la televisión de Remedios y Manolo de fondo, supo que Terelu Campos había terminado su tratamiento de quimioterapia, se enteró de algunos problemas del torero Ortega Cano con su hijo adoptivo y hasta de que la tertuliana Chelo García Cortés había sufrido un ataque de ansiedad en el programa. Qué fuerte.

Pero la sonorización del piso del electricista sí iba a servir para descubrir que Manolo tenía muchos secretos y algunos comportamientos extraños. Un día, hablaba con su hijo, que vive con su pareja en la misma calle, a muy pocos metros de ellos. Castiñeiras tiene esta vez un tono serio, autoritario:

—Tú estuviste en casa el otro día, cuando tu madre y yo estuvimos en Sanxenxo, ¿verdad? ¿A qué fuiste allí sin decirme nada? Sabes que no me gusta que andes con mis cosas.

—¿Qué dices, papá? Yo no pasé por allí para nada.

—Que sí, coño. Y si no fuiste tú, alguien entró en casa este fin de semana.

Manolo el electricista, un humilde hombre de pueblo, se había dado cuenta de todo un operativo de élite de la Policía Nacional, los GOAS, que aprovecharon su fin de semana en la casa de la playa para entrar en su portal y en su casa. Lo hicieron, eso sí, como suelen, tapando antes las mirillas de los vecinos para evitar ser detectados. Esos operativos, utilizados para poner

dispositivos de escucha en casas, despachos y coches de narcotraficantes, sospechosos de asesinatos y políticos corruptos, pasan totalmente desapercibidos. Los GOAS pueden entrar en la casa de noche, o bien de día, como si fueran empleados de Telefónica o de una compañía eléctrica que acuden al portal. Y, antes de empezar su trabajo, toman fotografías de toda la casa. Cuando terminan de colocar los micros ocultos, comprueban esas imágenes con el estado del lugar que han *invadido* para ver que todo está exactamente igual que antes de que llegaran y evitar errores.

En casa del electricista hicieron lo mismo. Entraron de noche. Un trabajo silencioso, limpio, rápido. Pero no contaban con que Manolo tenía allí, en el salón, una zona que llamaba su *despacho*, separada con una cortina del resto de la estancia. El hombre tenía prohibido que su esposa y su hijo traspasaran siquiera la cortina. Remedios no podía entrar allí ni para limpiar, nunca pudo pintar esa parte de la casa para quitar los desconchones de la pared. Su hijo había visto en ocasiones dinero en efectivo encima del escritorio de su padre, también mucha documentación. Como el electricista no se fiaba de que cumplieran sus órdenes —todavía recordaba cuando pilló a su mujer cogiéndole una de las cintas de vídeo que guardaba allí—, Manolo ponía algunas trampas a su familia, igual que el inspector jefe Tenorio hacía con él. Y eso había servido para detectar la intromisión en su santuario de la que acusaba a su hijo.

—Cuando yo me fui, la puerta de la habitación estaba entornada treinta grados. Cuando volví, estaba más abierta, un poco solo, pero más abierta. Tú has entrado aquí —le insistía el electricista a su hijo.

—¡Qué coño dices! ¿Qué pasa, que cuando te vas pones marcas en la casa para ver si entramos?

El hijo se enfadaba por esa desconfianza de Manolo. Pero, por suerte para la policía y el juez Taín, Jesús acabó admitiendo ante su padre que sí, que aquel fin de semana él había ido con su novia a la casa familiar y que había entrado en la habitación de sus padres.

—Vine con Chus, joder. No estuvimos más de cinco minutos aquí, necesitaba una grapadora y la cogimos. Vaya historia la de andar poniendo

marcas.

El hijo del electricista estaba cansado de esa y de otras muchas manías de su padre. Varias veces él lo había sorprendido dentro del piso en el que vivía con su novia, Chus. Una tarde que los dos jóvenes volvían del gimnasio, al abrir la puerta se encontraron con él. Vaya susto. Jesús no le había contado todavía a su padre que su novia se había instalado con él y aquello resultó un poco violento para ellos. Pero no para su padre, que reaccionó con tranquilidad.

—Vine a ver si estabas en casa, hijo. No sabía que ya no vivías solo.

Jesús y su novia no le creyeron del todo. Lo habían sorprendido al fondo del pasillo, no a la entrada de la casa. Y no los convenció la excusa que les puso para haber entrado hasta allí.

—Oí maullar al gato y entré a ver si le pasaba algo.

Lo cierto es que Manolo también guardaba algunos secretos en ese piso, el que le había dejado a su hijo para que se independizara. Lo hacía en la habitación del fondo del pasillo a la izquierda. Allí, en una cómoda, tenía reservados dos cajones. Y en el armario de esa misma habitación, el electricista tenía a su disposición la parte de abajo, a la izquierda. En ocasiones, su hijo no había podido resistir la curiosidad y se había fijado en que allí había unas carpetas anchas. Un día le preguntó qué había dentro. Su padre fue muy seco.

—Papeles, documentación, facturas. Nada. No me caben todas en casa, así que las tenía ahí. Déjalas y no las toques. Ese espacio es mío, está reservado. Los espacios reservados no se tocan.

Como ocurriría luego con las grabaciones realizadas a los padres asesinos de la niña Asunta Basterra, un tribunal superior anularía las conversaciones de José Manuel Fernández Castiñeiras con su familia. No iba a importar, porque

no habían aportado nada concluyente. Llegaba ya el mes de julio y el inspector jefe Tenorio iba a proponer al juez Taín la jugada definitiva. Había que detener al electricista y ver si él así por fin doblaba, se derrotaba y decía dónde estaba el *Códice Calixtino*. Era una jugada arriesgada y los dos, el policía y el juez, podían acabar acusados de un delito de detención ilegal. No todos estaban dispuestos a correr riesgos. Pero Tenorio y Taín, sí. Habían agotado todas las otras líneas de investigación. Ya no había otro sospechoso. Ellos mismos comenzaban a sentirse agotados psicológicamente, estancados. Así que decidieron seguir adelante. La suerte ayuda a los audaces, suele decir el juez Taín. No siempre.

- CAPÍTULO 25 -

EL DÍA D

El 3 de julio del 2012 era el día señalado para detener a Manolo Castiñeiras y rezar para que el *Calixtino* apareciera. Había que resolver ya el caso, la investigación estaba atascada. Tanto el jefe Tenorio como el juez Taín sabían que ya no iban a conseguir nada más contra el electricista que los indicios que ya tenían. En una comida celebrada en Santiago se organizó la operación. Allí estaban el juez, el fiscal Antonio Roma, experto en Patrimonio, el inspector jefe Tenorio y su jefe el comisario responsable de la UDEV Central. El juez daría la orden de detención de Manolo y también otra de registro de sus pisos y sus trasteros y garajes.

Tenorio, la inspectora Ana y el juez Taín quedaron el día antes para prepararlo todo. A la reunión acudió también el fiscal Antonio Roma. Su respaldo era importante, pero el acusador público se negó a ser él quien pidiera al juez la detención del electricista de la catedral. No veía pruebas suficientes y sí mucho riesgo en aquella decisión.

—Yo no pido la detención, señoría. Si la policía lo tiene tan claro, tendrán que ser ellos los que lo hagan.

El inspector jefe Tenorio sabía que no es lo mismo detener a alguien con el apoyo de un fiscal, el representante del Ministerio de Justicia, que hacerlo por libre, sin paraguas. Si luego no se encontraba el *Calixtino* y empezaba la tormenta de críticas, el agua iba a empaparle hasta los huesos. Así que llamó a su jefe, un viejo zorro gallego curtido en mil batallas y que estaba entonces

lidiando con José Bretón, entonces encarcelado por la desaparición de sus dos hijos en Córdoba, de cuyo paradero se negaba a decir nada. El comisario no estaba esos días para muchas bromas. El caso Bretón se eternizaba desde que una experta de la policía científica había descartado que los huesos que había junto a una enorme hoguera que Bretón había hecho en una finca familiar fueran de los niños. El comisario estaba convencido de que aquella compañera de la policía se equivocaba, pero lo que ella decía era ciencia, y contra la ciencia no se podía discutir. Pasaba el tiempo y los dos asuntos mediáticos seguían sin resolver. Aquel verano, los hombres y mujeres que mandaba iban a sacar adelante las dos investigaciones, pero entonces aún no se sabía. El jefe de la UDEV no estuvo muy contento cuando supo que el fiscal no respaldaba la estrategia del juez y su inspector jefe. Eso no era lo que habían pactado todos unos días antes en Santiago.

—El fiscal no tira *p'alante*, jefe, dice que él no va a pedir la orden de detención de Castiñeiras.

—Pues dile al fiscal que entonces nosotros tampoco lo hacemos — respondió el veterano jefe de la UDEV.

Tenorio estaba agotado y no iba a dar marcha atrás.

—No me jodas, comisario. El juez está de acuerdo, y lo ve igual que lo veo yo.

—Tú verás entonces, Antonio.

La pelota estaba en el tejado del inspector jefe Tenorio y del juez Taín. El policía sentía que lo dejaban a los pies de los caballos, que aquello era un marrón, no había ninguna certeza de que el electricista conservara el *Códice* ni de que, si lo había robado, apareciera. En un caso tan mediático, un patinazo suyo podría ser objeto de críticas y burlas. Pero llevaban mucho tiempo mareando la perdiz, de forma que el policía decidió dar un paso adelante.

—Jefe, voy *p'alante*. Hago un oficio, pido al juez el mandamiento de entrada y registro y lo detengo.

—Allá tú.

—Solo te pido una cosa. Si esto no sale bien, si en los registros no encontramos el *Códice* y aquí se monta la de Dios es Cristo, tú y los otros jefes me quitáis a la prensa y la televisión de encima.

—Cuenta con ello.

El comisario jefe de la UDEV había usado su diplomacia gallega para motivar a Tenorio. Si él estaba tan seguro de que el *Códice* lo tenía el electricista, debía dar el paso, pero no le gustaban las dudas del fiscal. Eso sí, siempre había contado con el respaldo del juez. Al final, la orden de registro y detención iba firmada por los dos: el juez Taín y el inspector jefe Tenorio. Ya no quedaba otra que ser audaces. El juez y el policía estuvieron de acuerdo en que, con los indicios que había sobre la mesa, era mejor detener también a la mujer de Castiñeiras, Remedios, y a su hijo, Jesús. Posiblemente, ellos supieran algo del robo o, al menos, podían ayudarlos a esclarecer la verdad.

La noche antes de reventar la operación *Calixtino*, el inspector jefe Tenorio estaba inquieto. La espalda no había dejado de molestarle ni un solo día. Dormía con su gente en un hotel de Milladoiro, a las afueras de Santiago y muy cerca de la casa del electricista que iban a registrar al día siguiente. Detener a Manolo iba a ser fácil, pero ese tipo de pueblo, listo, cotilla, reservado, taciturno, había conseguido escurrirse hasta ahora de Tenorio y de la inspectora Ana, que habían ensayado con él los papeles de poli malo y la poli amable. Llevarse a comisaría detenido y dejarlo allí durante un máximo de tres días, el límite de setenta y dos horas que permite la ley, era la última jugada que le quedaba para recuperar el *Códice*.

A las siete y cuarto de la mañana, cuatro policías de la Brigada de Patrimonio Histórico se apostaron cerca de la casa de Manolo Castiñeiras. Eran el inspector jefe Tenorio, la inspectora Ana y los agentes Javier y Rebeca. Sabían perfectamente todas las rutinas del sospechoso del robo y lo iban a detener en cuanto saliera de allí para asistir a la misa de la mañana en la catedral.

Sorprendentemente, ese día el electricista no salía. Los policías esperaron media hora ante su puerta, hasta que decidieron moverse. Dos se quedarían en el apostadero haciendo guardia, otros dos, la inspectora Ana y el subinspector Javier, irían a la catedral y entrarían en la capilla de la Comunión, donde

Manolo solía ir a misa. Pero aquella mañana de verano el sospechoso tampoco estaba allí. Los agentes de Patrimonio preguntan entonces en la seo, donde les dicen que Castiñeiras ya ha pasado por la capilla; esa mañana había estado rezando algo antes de lo habitual. Ahora debía de estar ya tomándose un café por alguno de sus bares favoritos, no habría ido muy lejos. A las nueve y media de la mañana, Manolo vuelve a la catedral. Cuando va a entrar en el lugar sagrado, los dos policías lo saludan y lo frenan:

—Buenos días, Manolo. Estás detenido. Acompáñanos, por favor.

—¿Detenido por qué, hombre?, ¿dónde me llevan?

—Tenemos orden de llevarte ante el juez. Nos están esperando para registrar tu casa, Manolo. Tienes derecho a permanecer en silencio...

A Manolo Castiñeiras no hacía falta recordarle ese derecho. Los dos policías tardaron muy poco en llevarlo hasta su piso, a unos cinco kilómetros, en Milladoiro. Allí esperaban el juez Taín, el inspector jefe Tenorio y la otra policía, Rebeca. También, el secretario judicial y el abogado del electricista. Dentro de la casa estaba su esposa, Remedios, que también iba a ser detenida, igual que su hijo, Jesús.

Muy pronto, casi nada más empezar a buscar un pequeño manuscrito, comienzan a sucederse las sorpresas. La inspectora Ana y su compañero Javier registran a Manolo. Lleva encima varios juegos de llaves, entre los que están las de la administración de la catedral, tanto las de la entrada al archivo desde el claustro como las que atraviesan desde el vestuario de los canónigos. También tiene la llave de una de las dos cajas fuertes de la estancia de la seo donde se guarda el dinero procedente de colectas, donativos y otras fuentes de ingresos del templo. Aquella mañana, los policías cuentan también el dinero que Manolo lleva en la cartera de su bolsillo: allí hay nada menos que cuatro mil doscientos euros, un sobre con cuarenta dólares y un billete de quinientas pesetas (*ver página E*).

Ya dentro de la casa del electricista, cuando Ana y sus compañeros inician el registro y recorren la cortina color bronce que da paso al peculiar santuario de Manolo Castiñeiras, todos observan un enorme caos de cajas, cedés y carpetas de color azul y rosa en las estanterías. Nada más empezar a mirar, Ana y su compañera Rebeca están asombradas. Aquello va a ser una

mina, pero también va a ser complicado. Hay decenas de fajos de billetes amarrados con gomas, de muchos países distintos. Todo está casi a la vista, ni bajo llave ni escondido: hay dinero en las papeleras, billetes en algunas bolsas de plástico blancas. Hay también alguna figurita de un canónigo, fotografías familiares, la máquina de coser que utiliza la esposa, Remedios, para sus arreglos de ropa, un hámster de peluche y dos muñecos de Mario Bros. Las estanterías están repletas de viejas cintas de vídeo. Ven un calendario del 2012 con una imagen de Jesucristo, varios manuales de electricidad y un libro sobre las normas vigentes en las comunidades de propietarios. Los agentes se fijan en que Castiñeiras tiene allí un ejemplar del periódico *La Voz de Galicia* del año anterior, donde se publicaba una noticia: «Desaparece el *Códice Calixtino* del archivo de la catedral de Santiago». Curiosamente, Manolo también tiene en sus estanterías un ejemplar del Código Penal y otro del Código Civil (*ver página K*).

La inspectora Ana reparó en la cantidad de cintas de vídeo que tenía en su despacho privado. Repasó los títulos de algunas de ellas. Manolo tenía varias sobre la ciudad de Compostela, documentales sobre la catedral de Santiago, una película de traficantes de droga protagonizada por Wesley Snipes llamada *New Jack City*... Allí también estaba, un poco menos a la vista, la segunda parte de *Emmanuelle*, la película erótica protagonizada por Sylvia Kristel en el año 1978, cuyo subtítulo era «La Antivirgen», y en la que se relata el viaje a Hong Kong de la mujer y sus encuentros lésbicos con varias jóvenes. Alguno de los policías que participaba en el registro no pudo evitar una sonrisa cuando vio que el electricista guardaba también dos películas de hacía muchos años: *Forajidos de leyenda*, un wéstern de Walter Hill donde se relata la historia de Jesse James y otros bandoleros del Oeste, y, sobre todo, *Marnie la ladrona*, el clásico de Alfred Hitchcock en el que Tippi Hedren da vida a una secretaria embustera y ladrona compulsiva que se aprovecha de su trabajo para robar.

En la película, la cleptómana encuentra la ayuda de un hombre que se enamora de ella y trata de que supere, además de su impulso a robar, su aversión al color rojo y al contacto sexual con los hombres. Todos eran traumas adquiridos durante su niñez que le hacían comportarse de esa forma enfermiza en sus trabajos y también en sus relaciones íntimas. Manolo no era Tippi Hedren, desde luego, pero quizá, de alguna manera, podía verse

reflejado en aquella vieja película de intriga de casi cincuenta años antes de que él fuera detenido.

El inspector jefe Tenorio pasa aquellas horas contemplando a Manolo el electricista mientras los policías siguen encontrando dinero. De una papelera sacan once billetes de quinientos euros, sesenta y siete billetes de cien euros, más de mil billetes de cincuenta euros... El comisario buscaba el *Códice Calixtino*, nunca habría imaginado que encontrarían semejante cantidad de dinero en la casa. Tanto dinero que sus agentes, con los guantes puestos, lo estarían contando y recontando casi durante un día antes de enviarlo al juzgado. De vez en cuando, el juez Taín se acercaba a su amigo el comisario y le enseñaba otro paquete lleno de billetes.

—Aquí hay cien mil euros más, Antonio.

—No me jodas, será posible que este cabrón ya haya vendido el *Códice*...

El jefe Tenorio lo decía en voz suficientemente alta para que Manolo Castiñeiras lo escuchara. Mientras los policías iban registrando minuciosamente todo su rincón secreto, al que había prohibido acceder a nadie durante años, el electricista, sentado, en silencio, solo tenía una cosa que decirles a los investigadores. Lo repitió varias veces.

—¿Qué miran, hombre? Ese dinero es el fruto de muchos años de trabajo y de mis ahorros.

Dentro del armario de la habitación, los agentes descubren entonces tres cajas de cartón de color azul y una más de color blanco. Las cuatro están repletas de billetes. Del *Códice Calixtino* no hay ni rastro, ni una palabra. Un libro tan pequeño, de menos de treinta centímetros, podía estar en cualquier rincón, en cualquier sobre, en cualquier bolsa, dentro de una de las decenas de carpetas rosas y azules en las que también había cientos de folios con documentación sobre diferentes proyectos de restauración de la catedral de Santiago, copias de las nóminas de los empleados del templo, varios escritos personales del deán don José María, cartas que el mismo canónigo había recibido, diferentes documentos del arzobispado, algunos partes de trabajo de la empresa de seguridad encargada de la vigilancia de la catedral. También

había llaves, muchas llaves, hasta 126 llaves, la inmensa mayoría de las dependencias de la catedral. El electricista tenía, por ejemplo, la llave del despacho del deán, también la de la administración y hasta la de La Fábrica del templo.

Por último, los agentes iban a encontrar allí cientos de cartas de los vecinos del edificio donde vivía Manolo. El electricista había sido presidente de la comunidad y había robado durante años toda esa correspondencia, de forma que conocía toda la vida y los secretos de la catedral de Santiago, pero también la de todos sus vecinos. Los policías descubrieron aquel día que Manolo Castiñeiras llevaba años, al menos desde el 2005, cogiendo y leyendo correspondencia privada de sus compañeros de edificio. De algunos, como Mercedes, el electricista llegó a almacenar hasta setenta y seis cartas diferentes durante siete años. Los investigadores recuperaron correspondencia personal de sesenta y dos vecinos de Manolo y les ofrecieron denunciarlo. Ninguno de ellos quiso hacerlo. El electricista explicó luego que él se había llevado las cartas de sus vecinos por puro cotilleo.

—No las cogía de los buzones de ellos, ¿eh? Las cogía siempre de una cristalera para anuncios que había al lado y donde las dejaban muchas veces. Yo solo me quedaba con las cartas por curiosidad, no las utilizaba para nada.

Más jugosa era la documentación que el ladrón del *Códice* se había llevado, también durante años, de la catedral de Santiago. Los policías comprobaron que Castiñeiras había leído y guardado muchos secretos de la administración del templo. Así, tenía cuarenta y ocho folios donde figuraba la contabilidad semanal de la recaudación de la catedral, según había sido auditada por la empresa Aldeasa. También tenía las auditorías que esa empresa había realizado sobre la salud económica de la seo entre los años 1994 y 1999, ambos incluidos. Buena parte de los gastos y de las facturas emitidas por el cabildo, los sacerdotes que gobernaban el templo, también habían sido robados, leídos y almacenados por Manolo. El electricista guardaba cincuenta y cinco facturas de gastos del botafumeiro, cinco recibos de los confesores del templo emitidos por escuchar el sacramento de los pecadores, cinco más de gratificaciones, ochenta y cinco recibos de Canonjía y hasta cuarenta y siete recibís donde se hacía constar el dinero que entraba en

la catedral por donaciones y recogida de limosnas. Castiñeiras guardaba incluso correspondencia cruzada entre monseñor Tarancón, el que fuera primer jefe de la Iglesia española en democracia, con los sucesivos jefes de la catedral compostelana.

Manolo tenía en su casa, como un botín de guerra, la historia de la catedral y también toda su vida diaria. Guardaba documentos sobre el coro del presbiterio fechados en 1946, también cartas privadas del deán José María Díaz y las copias de varias demandas que algunos antiguos trabajadores habían interpuesto contra la catedral, descontentos, como ahora lo estaba él, por cómo habían sido tratados por los canónigos. Y también una copia de dos contratos que había firmado él mismo en el año 2000 como trabajador para el cabildo.

En el trastero de la casa del electricista, en la avenida de Rosalía de Castro, la inspectora Ana y los suyos localizan también tres facsímiles del *Códice Calixtino*, pero no el original. También encuentran el «Libro de las Horas de la Virgen Tejedora», uno de los que le habían desaparecido recientemente al deán de su despacho. En el bolsillo interior de una chaqueta del electricista, los policías rescatan una medalla dorada con una inscripción en latín.

Otros agentes registran el piso donde vive el hijo, en la misma avenida de Rosalía de Castro, en la acera de enfrente, la de los números pares. Saben que sus compañeros han encontrado mucho dinero y temen que eso proceda de la venta del *Códice*, pero algo no cuadra. La mayoría de los billetes que había allí eran euros y dólares americanos, pero en la casa hay divisas de más de veinte países diferentes: libras esterlinas, dólares canadienses... Quizá Manolo los habría estado cambiando después de colocar el *Calixtino* para despistar a los investigadores.

En el registro de la casa del hijo de Castiñeiras, acude como testigo la novia, Chus. Los investigadores no encuentran nada relevante allí, salvo en la tercera habitación según se pasa el salón, donde la joven pareja suele dejar a los gatos y donde habían descubierto tiempo atrás al electricista, que dijo haber ido a ver si las mascotas estaban bien. Allí está el armario empotrado en el que Castiñeiras guardaba sus cajas. Los policías descubren que ha escondido tres facsímiles más del *Códice Calixtino*: los números 667, 707 y 731. También hay casi cinco mil billetes de dólares guardados en tres cajas

verdes. En total, el electricista ocultaba en ese rincón privado de la casa de su hijo unos cuarenta y nueve mil euros.

A las diez menos veinticuatro minutos de esa noche maratónica, el inspector jefe Tenorio acude al registro de la casa del matrimonio Castiñeiras-Nieto en Negreira, el pueblo de Remedios, la mujer. En el primer piso, en la habitación de la derecha, los policías encuentran otro facsímil del *Códice*, esta vez el número 704, que estaba encima de la cómoda. Ese registro es mucho más breve, apenas dura unos cuarenta minutos. El *Códice Calixtino* no aparece tampoco ahí, pero los agentes que registran el piso de Manolo y su esposa van a llevarse una sorpresa más. El electricista guardaba en más de treinta y cinco cuadernos escolares, las típicas libretas de anillas que utilizan los niños, un verdadero diario de sus trabajos para la catedral y también de sus impresiones sobre todo lo que allí pasaba. El inspector jefe Tenorio dio orden de leer el primero y el último de los cuadernos para ver si aparecía algo del *Códice Calixtino*. No iba a haber suerte, porque los diarios de Manolo terminaban en el año 2005, cuando había sufrido aquel derrame cerebral, lo que luego los médicos diagnosticaron como ictus. Desde entonces, Manolo no había vuelto a escribir, lo que había ocurrido durante los últimos siete años estaba todo en su cabeza. Solo allí (*ver página L*).

- CAPÍTULO 26 -

TODO, MENOS EL *CÓDICE*

La primera libreta tenía una hojas sueltas pegadas y dos anotaciones que se leían en las tapas. «Seminario Mayor. Libreta Número 1.» Manolo había escrito de su puño y letra: «Desde el 3-1-94. Tener en cuenta que se hicieron trabajos desde el año 1990, lo cual está en libretas de trabajos varios».

Parecía una simple contabilidad. Manolo escribía los trabajos que había hecho para la catedral y lo que cobraba por ello.

Hoy me dio D. Manuel Ferreiro el cheque de 55.400 ptas. de la factura que le pasé hace unos días.

Se trataba de una contabilidad artesanal, casi amanuense. Al final del cuaderno, el electricista había añadido: «Pasa a la libreta número dos del seminario», y la imprescindible y ordenada referencia temporal: «En esta libreta está desde que empecé, o un poco más adelante, porque yo empecé en el año 90, hasta esta fecha».

Sin embargo, el policía que lo estaba leyendo encontró una primera señal interesante. El 6 de abril de 1995, Manolo había anotado en el cuaderno correspondiente a ese año: «Cerradura eléctrica puerta dibujo costó 7.700 justas. (No poner más, me vio pagar D. Elisardo, del Archivo Histórico Diocesano)». Es decir, el electricista se recordaba a sí mismo por escrito que no debía inflar el precio de aquella reparación, porque un testigo, un sacerdote, sabía lo que le había costado aquello realmente. No debía arriesgarse a aumentar el precio de la factura que pasaría luego a los canónigos porque podrían descubrirlo.

Otro agente de Patrimonio repasaba el último cuaderno mientras sus compañeros seguían encontrando dinero en el piso de Manolo Castiñeiras. Se titulaba «Cuaderno 36», y por fuera el electricista había anotado, como hacía siempre, la fecha: «del 1 de enero del 2005 al...». Esta vez no había anotaciones en la tapa interior, el derrame cerebral que sufrió aquel año las había interrumpido. Aquí, la lectura ya era mucho más sabrosa. El hombre había abandonado todas las precauciones.

«22-1-05. Estaba Juanillo de guardia por la mañana y es sábado.
SAQUÉ 5.120 – 851.896 ptas. 143 \$.»

«26-1-05. Estuve como todos los días a misa, luego saqué 2.760 –
459.225 ptas. y conté en el archivo.»

Cuando sus agentes le explicaron al jefe Tenorio lo que estaban leyendo en los cuadernos, el veterano policía y el juez Taín respiraron. Definitivamente, esa fortuna en billetes no procedía de la venta del *Códice Calixtino*. Durante más de diez años, Manolo Castiñeiras acudía cada día a la catedral, según esos cuadernos. Y no perdía ocasión de llevarse dinero del archivo y la caja fuerte. Primero lo anotaba en euros, después lo convertía a pesetas y al final añadía los billetes de dólares americanos que había cogido de la caja fuerte de la catedral, de donde tenía las llaves. Por eso tenía tantísimo dinero en metálico escondido en su casa (*ver página F*).

Había rumores de que muchos *ratones* corrían por la catedral de Santiago, pero Manolo era uno de los más antiguos y el más insaciable. Según sus cuadernos, su mecánica era casi perfecta. Cotidiana, rutinaria. Gris, implacable. Acudía a la seo hacia las siete de la mañana y buscaba su botín. A veces, llegaba incluso antes, cuando aún no había amanecido, y cuando el guardés de noche, Antonio, aquel hombre que no libraba más que una madrugada cada año, todavía estaba dentro del templo. No importaba, los habitantes de ese mundo especial tenían plena conciencia del privilegio de serlo, de estar dentro de ese planeta de piedra, sotanas y billetes de veinte países diferentes que nadie contaba. Nadie hacía preguntas.

Si fue ratero o ladrón, se haga pródigo en las limosnas; si pródigo, modesto; si avaro, espléndido; si deshonesto o adúltero, casto; si bebedor, sobrio. Del mismo modo, de todo vicio de que anteriormente

se le tachara, en adelante se contenga. ¡Oh, peregrino de Santiago! No mientas jamás con la boca que ha besado su altar. Con los pies con los cuales tantos pasos anduviste por él, no camines jamás hacia las malas obras. Si todo tu cuerpo le encomendaste para que lo custodiara, por lo mismo guárdale todos tus miembros. Si como oveja fiel estás a él encomendada, no te extravíes por las zarzas de los vicios. Lo que a él le diste, no se lo des al lobo. No quieras servir al diablo, pues tienes derecho y deber de servir a Dios y al Apóstol. Si quieres tener un patrono poderoso, protector y ayuda, sé amante de Santiago. Pues muchos son testigos de haber experimentado su ayuda en muchos contratiempos.

(*Códice Calixtino*)

Los cuadernos del electricista continuaban. El 3 de mayo del 2005 anotó:

Estuve en la catedral temprano. Antes de marchar Antonio, el guardia de noche, le dije que iba a hacer unas fotocopias al archivo, pero fui y saqué 9.360 euros —1.557.373 ptas.— y 109 \$. Luego, fui, recé el Rosario y a la misa como todos los días y luego llevé el coche al seminario y vine, conté dinero en el archivo...

Cada libreta hacía referencia a un año. Y cada final de año, el electricista hacía un balance, una contabilidad de todo lo que había sacado del tesoro que allí dejaban los peregrinos. Lo hacía con naturalidad, como acudía a misa cada día en la misma catedral, como si una ley natural se lo consintiera, o como si él supiera que no era el único en llevarse dinero del templo y que por eso iba a ser impune. Los canónigos nunca lo denunciarían y la policía no vendría a meter la nariz en la catedral *motu proprio*. Un 30 de diciembre, feliz, Manolo Castiñeiras escribió en su libreta cuadriculada:

Vine de nuevo por la catedral y anduve por aquí. Estuve hablando con Antonio Raposo, el que fue nuestro vecino y es policía y estaba de servicio, y entre unas cosas y otras marché para comer a eso de las 12:40. Por la tarde, estuve en la catedral, saqué ¿?, luego anduve por aquí un momento, estuve anotando unas cosas... SAQUÉ 3.120 – 519.124 pts. SUMA TOTAL SACADO ESTE AÑO: 69.215 –

11.516.406 pts.

Otros diarios de delincuentes, como el de Javier Rosado, el asesino del conocido como *crimen del rol* que mató a un hombre en Madrid solo por jugar, dejaban ver los sentimientos del autor. «Hay que ver lo que tarda en morir un idiota», escribió Rosado sobre los últimos minutos de su víctima, a la que llegó a sacar la tráquea por la garganta. En el diario de Castiñeiras, en cambio, había pocos adjetivos. Cada robo era anotado casi con las mismas palabras.

«Vine temprano, saqué lo que está escrito...» «Estuve temprano, saqué 8.830...»

Si acaso, el electricista se permitía de tarde en tarde algún pequeño rasgo de humor. El 21 de septiembre del 2004 anota: «Estuve en la catedral, llevé el coche al seminario, vine (antes saqué ¿? 13.890 euros - 2.311.102 ptas.). Luego conté en el archivo, luego fui a tomar café...». Pero no olvida que se trata de un día especial y añade en letras mayúsculas: «FELIZ CUMPLEAÑOS». Ese día, Castiñeiras cumplía cincuenta y cinco años, y para celebrarlo se llevaba casi catorce mil euros de la caja fuerte del templo.

Las últimas anotaciones del último cuaderno de Manolo, el número 36, acababan el 9 de septiembre del 2005:

Estuve en la catedral, saqué 15.660 – 2.605.605 ptas. Luego, fui al piso nuevo a contar dinero. HASTA HOY 273.530. O SEA, 45.511.562 pts.

Pocos días después, el electricista sufrió lo que entonces su familia llamó un derrame cerebral y fue diagnosticado como un ictus. A su salida del hospital, Castiñeiras ya no anotó más sus andanzas en busca del *queso* de la catedral. Había tanto allí cuando él entraba... Billetes de todos los países, a puñados. Podía coger hasta diecisiete mil euros de una tacada en un día de verano. Nadie se daba cuenta. Y si se daban cuenta, como luego admitiría uno de los canónigos ante la inspectora Ana, nunca denunciaban el asunto a la policía. «Imagínese el escándalo», les dijo uno de ellos. Ese era el secreto de la catedral de Santiago, el silencio, la *omertà* entre los pasillos y las escaleras

de caracol, entre el botafumeiro y el pórtico de la Gloria.

Esos peculiares cuadernos de robos iban a deparar una sorpresa más. El electricista cogía dinero de la catedral, pero a veces también se había llevado dinero personal de su antiguo amigo, el deán José María Díaz. En la libreta número 33, donde reflejó sus asaltos furtivos a la catedral durante el año 2002, Castiñeiras apunta en varias ocasiones:

«Saqué D. José María. 110 euros.» «Don José María, saqué 100.»

Esos robos ya personales al jefe del templo solo estaban anotados aquel año concreto y, en total, Manolo se había llevado 2.070 euros del canónigo. Consultado por Ana, el deán sí recordaba haber echado en falta algo de dinero de su despacho, pero no le había dado demasiada importancia. Y tampoco había denunciado el asunto a la policía, porque pensó, simplemente, que podía haber perdido ese dinero.

Los policías que seguían registrando los pisos de Manolo recibieron las agrídulces noticias de sus compañeros. Los montones de dinero que estaban encontrando provenían de robos que el electricista había cometido en la catedral, pero el *Códice* no aparecía. En aquellas viejas libretas solo había una referencia escrita por Castiñeiras al manuscrito robado casi un año atrás y que los expertos habían valorado en un mínimo de siete millones de euros. El 12 de julio del 2005, Manolo anotó en sus diarios:

Estuve en la catedral. Con lo de ir al servicio [se refería a su truco de acercarse al cuarto de baño que estaba abierto al público muy cerca de la entrada del archivo y las cajas fuertes], saqué 12.905 euros: 2.147.211 pts. Misa como todos los días, llevé el coche al seminario. Antes, saqué dos *Códices Calixt*.

Pero el ladrón se refería a los facsímiles, que los policías ya estaban recuperando en sus pisos. Hasta diez lujosas copias del manuscrito iban a localizar allí, valoradas en unos veintinueve mil euros. Del original no encontraban nada y Manolo no decía palabra. Uno de los agentes que seguía rebuscando entre cientos de hojas encontró dos papeles escritos por la misma mano que firmaba los cuadernos. Para no olvidarse de la combinación de una de las cajas fuertes de la catedral de Santiago que él esquilmba, lo había

anotado a mano.

Esta. Girar 4 vueltas a la derecha y parar en el 44

Girar a la izquierda, pasar dos veces por el 100 y parar a la tercera vez en el 100

Girar a la derecha pasando una vez por el 87 y parar a la segunda vez en el 87

Girar a la izquierda y parar en el 68

El electricista explicó que esa combinación era de una vieja caja fuerte que había tenido en su casa, pero los policías no lo creyeron. Manolo Castiñeiras había robado tanto dinero que tuvo que guardarlo en varios sitios y tuvo que ponerlo por escrito para no olvidarse de ninguno de los escondites donde tenía los billetes y de cuánto dinero tenía en cada uno de ellos. El inspector jefe Tenorio leyó el otro papel, que tenía algunas tachaduras según Manolo iba incorporando más dinero robado:

- En maleta. 600.000 euros
- En ropero escritorio. 300.000
- En caja DVD. 180.000
- En carpeta verde ropero. 60.000
- En caja metálica escritorio. 60.000
- En bolso encima escritorio. 36.000
- En bolso depor pistola. 30.000
- En varios. 10.000
- En carpeta verde 2A 10.000
- Lanzada 200.000
- TOTAL: 1.546.000 euros

Tenorio preguntó a la inspectora Ana por aquellos datos y le ordenó que comprobaran si todos esos escondites estaban localizados y si en todos se habían encontrado esas cantidades de dinero. La palabra «Lanzada» hacía referencia a la casa que ya estaban registrando, y sí, había dinero, pero no tanto como había anotado el electricista en su diario. Los bolsos, la caja metálica, las carpetas, los DVD, el ropero... Todo estaba chequeado y

anotado, pero nadie había encontrado una maleta con dinero, con seiscientos mil euros nada menos.

—Falta la maleta, jefe, no hay ninguna maleta con dinero.

Tenorio suspiró antes de acercarse hacia Manolo, que seguía los registros sentado y en silencio. El electricista veía profanar su santuario con cierta resignación cristiana. Pero no iba a ayudarlos en nada.

—Manolo, el *Códice* no está aquí, ya lo veo. Pero ¿qué maleta es esa de la que hablas en el papel ese?, ¿dónde la tienes?

El jefe policial creía que el *Calixtino* podía estar dentro de esa misteriosa maleta con los seiscientos mil euros o que quizá podría ser una clave inventada por Manolo y que allí no hubiera dinero, solo el *Códice*. El electricista tenía escondido lo más preciado en una maleta y esa maleta no estaba en su piso.

—Yo no sé nada de una maleta, hombre. No sé dónde está esa maleta, no sé siquiera si existió alguna vez esa maleta que usted dice. Ni tampoco sé nada del *Calixtino*, ya lo sabe usted. ¿Cuándo se acaba esto, hombre?

Lo cierto es que la jornada estaba siendo maratoniana y el desánimo empezaba a cundir entre los agentes. El juez Taín y el inspector jefe Tenorio hacían de cuando en cuando un aparte para cambiar impresiones, darse ánimos y acordar cuál era el siguiente paso que iban a dar. La noche iba a ser larga, aún faltaba por registrar el apartamento que Manolo y su familia tenían cerca de la playa de Sanxenxo.

Son las doce menos veinticuatro cuando comienza el registro en aquel ático familiar. Los agentes localizan otro facsímil del *Códice Calixtino* en la habitación situada al final del pasillo. Y allí mismo, dentro de un bolso granate, también recuperan algo más de cuatro mil euros en billetes de quinientos, doscientos, cien, cincuenta, diez y cinco. Pero tampoco allí estaba el *Códice*. Se acaban los sitios para registrar. El juez Taín pensó entonces:

«Este va a prisión ahora y el libro no aparece en la vida. Se va a morir sin decirnos una palabra». El magistrado tenía presente también la historia del Beato de Liébana.

Se trataba de otro códice, un manuscrito del siglo X que había sido robado por dos hombres encapuchados el 29 de septiembre de 1996 del Museo Diocesano de La Seu d'Urgell, en la provincia de Lleida. Era una de las obras más importantes del arte bibliográfico medieval, uno de los ocho códices sobre el *Comentario al Apocalipsis de San Juan* que el Beato de Liébana había escrito y que fue copiado por monjes cristianos del noroeste de la península ibérica.

Poco después del robo, los agentes ya tenían a un sospechoso, un autor intelectual, un tipo que había desaparecido de su casa en Sallent (Barcelona), donde daba clases particulares de inglés. En el asunto estaban metidos su novio y tres ladrones de poca monta. El hombre se había escondido en Valencia y acudía cada día a una cervecería irlandesa. Uno de los guardias civiles se hizo pasar por un amante del arte, un tipo homosexual, sensible, que se sentaba a su lado en el café y dejaba que el sospechoso de haberse llevado el Beato viera una revista de arte. El hombre mordió el anzuelo y le comentó que tenía un libro muy valioso, pero no podía decirle más.

Cuando los guardias civiles escucharon al sospechoso decir que un exyerno viajaba a Valencia para recoger «un libro antiguo», tuvieron que reventar la operación, sin certezas, como estaban haciendo con el *Calixtino*, en Santiago, el juez Taín y el inspector jefe Tenorio. Como les estaba pasando a ellos, tampoco encontraron nada en los primeros registros. Pero al final recuperaron el Beato en la consulta de un conocido psiquiatra que trabajaba en Valencia, dentro de la funda de un ordenador portátil. No había que desfallecer, como no desfallecieron los guardias aquellos días en Valencia.

Pese a esos intentos de darse ánimos, el jefe Tenorio, la inspectora Ana y el juez Taín están cansados. Y derrotados. No les bastaba con la gran cantidad de dinero que habían encontrado. No buscaban eso, encontrar a uno de los *ratones* de la catedral. Los investigadores habían convencido al hijo de Castiñeiras de que los acompañara al registro del apartamento de Sanxenxo. Es de madrugada cuando el juez, el fiscal Roma, el inspector jefe y la inspectora Ana están en el único bar abierto aquella noche en la zona. El jefe policial observa la escena que se está produciendo afuera, ante sus ojos:

sentados en unas escaleras y custodiados por policías de Santiago están Manolo Castiñeiras y su hijo Jesús. También están cerca sus abogados. De pronto, agotado, el hijo explota y le chilla a su padre.

—Di algo ya de una puta vez, hostia, para que podamos irnos.

El padre no respondió, pero el jefe Tenorio detectó, como buen policía veterano, que si quería encontrar el *Códice* debía *apretar* a quien estaba dando ya muestras de debilidad, y ese no era Manolo. El policía apuró el café y salió a la calle. Cogió al hijo del electricista del brazo y se lo llevó unos metros lejos de su padre. El chaval podía ser un nini, pero vivía bien. Sus padres tenían una casa con muebles antiguos de formica y él se había amueblado la suya, la que le habían puesto sus padres, con Ikea. Tenía un ordenador con triple pantalla. Había que comprobar si tenía estómago y si resistía la presión.

—Mira, Jesús. Llevamos casi veinticuatro horas seguidas buscando por todas partes y el *Códice Calixtino* no aparece. Tú y yo sabemos que tu padre lo tiene escondido en algún sitio. Así que tú verás: o hablas con tu padre ahora y aparece el libro, donde cojones quiera que esté, o me voy a por tu novia a su casa y me la llevo detenida.

—Pero, hombre, inspector, mi novia no tiene nada que ver con esto, ¿cómo va usted a...? Mire, yo no sé si mi padre tiene el libro, no tengo ni idea, pero detener a mi novia, no creo que...

—Dime dónde está tu novia, chaval, que voy a por ella. Tu novia vive contigo, y en vuestra casa han aparecido facsímiles del *Códice Calixtino* que fueron robados en la catedral y también había mucho dinero cogido de allí también. Puedo detenerla. Tú verás.

Jesús Fernández hizo entonces lo que esperaba el jefe policial. Se acercó hasta su padre llorando, suplicando.

—Papá, por favor, díles dónde está eso. Por favor.

El juez y el inspector jefe observaban atentamente la reacción de Castiñeiras. No se inmutó, no se esforzó en consolar a su hijo, no lo abrazó, ni lo tocó. Era una piedra fría, no como el deán, pero piedra al fin y al cabo. Dirigiéndose a ellos, dijo en voz alta:

—Hagan ustedes lo que quieran, yo no sé dónde está el libro.

Poco después de la una de la madrugada, el inspector jefe Tenorio acudía a casa de Jesús, el hijo del electricista. Pero allí no estaba Chus, la novia con la que el joven convivía desde un mes atrás. Tenorio se trasladó entonces a casa de los padres de la chica, en el mismo barrio de Milladoiro. María Jesús había nacido veintisiete años atrás en Venezuela y sufría algunos ataques de epilepsia. Su novio debía de haberla avisado por teléfono de lo que se le venía encima, porque cuando llegaron Tenorio y los otros policías, ella ya estaba abajo, en el portal, esperándolos, para tratar de evitarle el disgusto a sus padres.

—María Jesús, estás detenida por el robo del *Códice Calixtino*. Acompáñanos a comisaría, por favor. Tienes derecho a...

La joven no se lo creía, pero iba a dormir aquella noche en los calabozos de la comisaría de Santiago de Compostela, igual que su novio Jesús y sus *suegros*, Remedios y Manolo el electricista, el tipo tan raro del que ella no había querido ni aprenderse su nombre, el hombre que entraba sin permiso en la casa donde vivía con su novio y que prohibía a su hijo y a ella misma que anduvieran con las cosas que había dejado allí, que las mirasen siquiera ni las cambiasen de sitio. A las dos y media de la madrugada, casi en estado de *shock*, María Jesús llegó a la comisaría, donde le tomaron las huellas dactilares, o, como habrían dicho en tiempos del jefe Tenorio en el País Vasco, le hicieron *tocar el piano*, en alusión a cuando los detenidos tenían que mancharse los dedos con tinta para dejar sus huellas.

Para quien no es un delincuente curtido o un psicópata, para quien no está absolutamente borracho o drogado cuando unos policías lo detienen, pasar una noche en comisaría es una experiencia dura. Los trámites, la toma de huellas, las fotos... Los olores, los sonidos, las quejas de otros detenidos... no se

olvidan fácilmente. Los ruidos, los traslados, las peticiones de otros detenidos para ir al baño..., todo se vive con muchos nervios y angustia. Las horas se hacen muy largas y es difícil dormir. Así le ocurrió a María Jesús, que no pertenecía a ninguno de los tres perfiles que permiten a un detenido roncar a pierna suelta en los calabozos. La joven designó un abogado de oficio y pidió que llamaran a su hermana, Carolina, para avisarla de lo que estaba ocurriendo. Aquella madrugada, mientras los policías seguían buscando el *Códice Calixtino*, la novia del hijo del electricista tuvo que ser trasladada de urgencia en dos ocasiones al hospital. Es muy posible que algún policía caritativo informara con presteza a su novio, Jesús, encerrado en otro calabozo, de que su novia no estaba bien, que estaba sufriendo ataques de epilepsia. María Jesús fue al hospital, regresó a comisaría y volvió de nuevo a ser trasladada a urgencias antes de amanecer. Aquello fue más de lo que su novio pudo soportar.

Hacia las nueve de la mañana, el hijo del electricista Castiñeiras mandó llamar al inspector jefe Tenorio, que bajó a los calabozos. No iba a hacer falta tenerlos encerrados setenta y dos horas antes de llevarlos al juzgado, como establece la ley. La partida estaba a punto de terminar y el comisario decidió que esa mañana él no era ya quien tenía más prisa.

—Buenos días, chaval. ¿Qué tal has dormido? ¿Te acuerdas de lo que hablamos ayer? Ya ves que tu novia también está detenida aquí.

El joven quiso aliviar el calvario de María Jesús y decidió colaborar con el comisario.

—Verá, señor, no sé si ustedes lo sabrán. Hay un sitio, una plaza de garaje donde mi padre guarda muchas cosas.

El policía se decepcionó. Ya habían registrado esa plaza de garaje la noche anterior y no habían encontrado nada.

—Chaval, no jodas, eso ya lo miramos ayer.

Pero Jesús Fernández le explicó a Tenorio que no, que él se estaba refiriendo a *otra* plaza de garaje gemela, que estaba frente a la que la policía había registrado en presencia de su padre. Era una cochera con persiana que no figuraba en el catastro ni en ningún sitio como propiedad de la familia, así que la policía no había podido registrarla porque ni siquiera sabía que existía.

—Tiene una persiana, está al lado de la plaza de garaje que ustedes miraron ayer. La llave se la pueden pedir a mi madre, ella la guarda. Si quieren yo les acompaño, pero, por favor, dejen libre a mi novia. Ella no sabe nada de todo esto. Déjenla que se vaya.

—Tranquilo, chaval. Vamos a comprobar eso. Y no te preocupes, si el *Códice* está allí, no tendrás que preocuparte más por tu novia.

El inspector jefe marcó entonces el teléfono móvil para avisar a la inspectora Ana y luego al juez Taín. ¿Sería posible que el electricista hubiese asistido al registro de la plaza de garaje enfrente de la otra, de la clandestina, sin decir nada, sin dar señales de nerviosismo? ¿Y sería posible que allí, en esa otra plaza, tan cerca de donde habían estado registrando la madrugada anterior, estuviera el *Códice Calixtino*? Antonio Tenorio no pudo evitar sonreír. Qué jodío, Manolo les estaba dando por el culo hasta el final. Había que volver a aquella plaza de garaje solitaria y desangelada.

- CAPÍTULO 27 -

«LO TENEMOS»

Las dos plazas de garaje estaban en la calle Cruxia. Los coches accedían al aparcamiento por una entrada situada entre la panadería Lidia y una cafetería llamada Boulevard. Los agentes y el juez regresaron al lugar a las dos y veinticuatro de la tarde del 4 de julio del 2012. Según la ley, necesitan a dos personas imparciales que den fe de lo que va a ocurrir. Dos vecinos, una mujer llamada Begoña y un hombre llamado Mauricio, que están por la zona, acceden a servir como testigos. Van a ver en directo algo histórico. Acompañan a los agentes y bajan la rampa del garaje. El local que buscan es el tercero según se entra y está cerrado con una puerta metálica.

Tras subir la persiana y abrir la cochera, los policías desconfían. Allí dentro, en aquella estancia con los ladrillos a la vista, hay un viejo somier metálico, cajas de algunas botellas de vino casero, bolsas de basura, una estantería semirruinosa, una silla, una bicicleta, varios cubos de basura, una vieja planta moribunda y algo que parecen los cuernos de algún animal cazado mucho tiempo atrás. Todo se ilumina con una pobre bombilla que cuelga de un saliente. Un agente empieza la inspección por la izquierda y abre una bolsa blanca de plástico. Era una bodega de pueblo, sucia. Todos allí están nerviosos y, otra vez, frustrados. El registro ya se acababa cuando el juez Taín pregunta a uno de los policías si ha mirado ya en un saco rojo de pienso para conejos que había a la derecha. Parecía un saco utilizado para dejar la basura. El juez lo toca y suena algo metálico. Recupera algo de esperanza, quizá sea un espejismo fruto del cansancio, pero Taín piensa que ese sonido puede corresponder a unas bandejas de plata que habían desaparecido de la habitación del deán (*ver página M*).

El policía Javier, un tipo rápido, diligente, de padre madrileño y madre italiana, se agacha y abre el saco. Ve varios papeles de periódico y una bolsa de plástico. Cree ver el *Códice Calixtino*. El manuscrito está envuelto en papel de periódico y cubierto con retales de chapa y otros papeles (*ver página M*). No puede evitar la emoción en su voz cuando se dirige a Tenorio:

—Jefe, jefe, lo tenemos, jefe.

Gritos, confusión, aplausos, abrazos. La tensión acumulada durante un año de trabajo explota brevemente en aquella cochera. Se acercan Ana, Tenorio y el juez. Todos quieren cogerlo, ninguno lleva guantes. La inspectora Ana avisa de que deben tener cuidado, es un manuscrito muy delicado. Mientras los demás siguen celebrando el hallazgo, ella corre hacia el hotel donde dormían, está a menos de cinco minutos de ese garaje, y regresa con una toalla para cubrir el manuscrito como si fuera un bebé o un anciano delicado. Muy pronto, alguien pone calma. Hay que revisarlo todo bien. Los agentes comprueban ya con una alegría casi incontenible las páginas del periódico que cubre el *Códice*: es un ejemplar de *La Voz de Galicia* correspondiente al 23 de mayo del 2011, poco antes del robo. Lo más probable es que el *Calixtino* llevara allí desde el mismo día que el electricista lo había cogido, un año atrás.

Alguien muy prudente decide hacer entonces una sugerencia que resultó sorprendente. Hubo incluso quien pensó que aquello fue un rasgo de humor negro por todo lo que habían pasado los investigadores y la poca colaboración que habían encontrado para hacer su trabajo:

—No sabemos si este es el auténtico *Códice Calixtino*. Habría que llevárselo al señor deán para que lo vea y lo certifique.

Hubo algunas risas tímidas, pero el inspector jefe Tenorio pensó que era una idea razonable. El juez recordó también la sombra del caso del Beato de Liébana. La Guardia Civil había recuperado el libro, pero uno de los ladrones le había arrancado una página, la número 15, y nunca más se había vuelto a saber de ella. Llevar el *Códice* al deán era necesario y era, además, de justicia. Pero antes de hacerlo, antes de devolver el manuscrito al jefe de la catedral de Santiago, las personas que habían formado el grupo que acababa

de resolver el robo más importante en la historia del arte de España se hacen unas fotografías allí mismo, con la puerta metálica ya bajada de la plaza de garaje del electricista. Allí está el juez Taín, con chaqueta, corbata, camisa rosa y vaqueros, mirando el libro con la alegría de un niño que ha recuperado un tesoro. Están también el secretario del juzgado y el fiscal Antonio Roma. La policía Rebeca sonríe y mira a cámara. Es joven y ese es el servicio más importante de su carrera. Se la ve feliz con su camiseta y sus pantalones vaqueros rotos. Satisfecho parece también el policía Javier, el primero en volver a tocar el *Códice*, que viste una camiseta roja y unas zapatillas de deporte. En un extremo de la imagen está la inspectora Ana, siempre observadora, con vaqueros y bolso en bandolera. No quita ojo al libro, quizá pensando en que un accidente estropee todo el trabajo. Paranoias de buen policía. Al otro extremo de la foto se ve al inspector jefe Tenorio. Lleva un polo de manga corta verde y unos pantalones vaqueros. Su frondoso bigote blanco deja ver una sonrisa poco habitual en él durante aquellos meses de búsqueda. Tiene la piel roja de tanto esperar a Manolo a cielo abierto, a las puertas de la catedral. El inspector jefe Tenorio sabe que aquel va a ser uno de sus últimos trabajos, uno de sus últimos éxitos. Tiempo después, todavía víctima de las puñeteras vértebras, en una calle de la ciudad asturiana donde pasa su bien ganada jubilación, el viejo policía recuerda algo de aquellos momentos mágicos. «¿Sabes lo más curioso, coño? Cuando nos hicieron esa fotografía después de encontrar el *Códice*, la espalda no me dolía.»

El jefe Tenorio y la inspectora Ana acudieron inmediatamente a la catedral. Esta vez el trayecto y la recepción iban a ser distintos. Iban a enseñarle al deán el *Códice Calixtino*, por fin lo habían recuperado. Por el camino, Tenorio avisó a sus compañeros de la comisaría de Santiago de Compostela, había que cumplir lo prometido y les dio instrucciones claras. Tenían que dejar libre a la chica. Los agentes tomaron una declaración muy breve, casi rutinaria, a María Jesús, la novia del hijo de Manolo. Duró algo menos de dieciocho minutos. La joven explicó que era pareja de Jesús desde hacía cinco meses, que convivían desde hacía un mes y que el chico y su madre le dijeron que las cosas del electricista no se tocaban. Eran cosas viejas, facturas y ropa de invierno, le dijeron. A las dos menos dos minutos de la tarde, la joven quedaba definitivamente en libertad, ignorando posiblemente que su angustia había servido de llave para encontrar el *Códice Calixtino*.

Poco después, cuando todo acabó y ella quedó libre y sin cargos, rompió con su antiguo novio, cogió un autobús de línea y se fue de Santiago de Compostela. La leyenda dice que no ha vuelto.

Aquella misma tarde, en la catedral, el deán don José María certificó que el manuscrito que le llevaban los policías era el auténtico, que el *Códice Calixtino* estaba entero, tenía todas las páginas, y les preguntó si los acompañaba y lo guardaban de nuevo en el archivo. Los policías le dijeron que mejor que no, que, de momento, el manuscrito dormiría seguro en la comisaría de Santiago. Mientras tanto, aquella tarde, en otra sala de la misma comisaría, Manolo el electricista iba a prestar declaración sobre el robo.

—Yo supe que existía el *Códice Calixtino* en el año 1982, cuando tuve que hacer una instalación eléctrica en el archivo de la catedral. Entonces lo vi encima de un cojín, hasta lo cogí y lo tuve en mis manos. Luego, no volví a verlo ya hasta el día que lo saqué.

El electricista explicó que había entrado en el archivo de la catedral aprovechando un descuido del deán y que había salido con el manuscrito oculto debajo de la cazadora verde que llevaba. Había tratado de ocultarse de las cámaras de seguridad hasta salir de la catedral y había llegado hasta el parking que está detrás del Seminario Mayor, donde tenía aparcado su coche, un Citroën Xantia. Luego, fue al garaje donde los policías lo habían encontrado y allí lo envolvió en periódicos y bolsas para que la humedad no dañara el libro. Cuando lo dejó, regresó a casa y siguió con sus rutinas de siempre.

—¿Por qué lo cogiste, Manolo?

El inspector jefe y la inspectora ya sabían la respuesta, pero tenían que dejarla por escrito con las palabras del ladrón.

—Yo no quise dañar el libro ni hacerlo desaparecer, tampoco venderlo a nadie. Quería devolverlo a la catedral, coño, pero no encontraba cómo ni cuándo, y luego estaban ustedes por aquí todo el tiempo... Miren, yo sufrí un ictus por culpa de don Manuel Iglesias, el administrador de la catedral, y de

don Manuel Calvo, el que era deán. Don José María me prometía entonces que si él fuera deán me arreglaría lo mío, pero luego lo eligieron y nada. Así que decidí presionarlo llevándome el *Códice*. Pero iba a devolverlo, ¿eh?

—¿Cuándo ibas a devolverlo, Manolo?

—Antes de que acabara el mandato del deán, antes de octubre del año 2014, eso seguro.

—Bueno, deja el *Códice*, Manolo. Ahora cuéntanos cómo te llevabas el dinero de la caja fuerte de la catedral. ¿De dónde sacaste las llaves?

—Don Manuel Iglesias me dio las llaves de las dos puertas de acceso a la administración. Fue antes del año 2002. Yo creo que él no se dio cuenta y yo me aproveché. Solía ir por la mañana, a veces también por las tardes, cuando había poca gente por ahí. El dinero que me llevaba cuando abría la caja fuerte dependía de la estación del año. En invierno no había mucho, pero en verano podías llevarte diecisiete mil euros, que no se notaba. En verano es que ahí llegaba a haber ciento veinticinco mil euros en una semana. Nadie miraba el dinero que entraba y salía de esa caja.

En realidad, el ladrón del *Calixtino* mentía. Todo indica que Castiñeiras robó una de las llaves que había tenido don Juan Martínez Bretal, su padre espiritual, el canónigo que murió en 1996, a quien él sirvió y cuidó hasta el final y a cuya tumba, situada en el claustro muy cerca del archivo, el electricista iba a rezar antes o después de cometer algunos robos. Bretal tenía dos juegos de llaves y, tras su muerte, uno de ellos había desaparecido. Los canónigos tampoco habían denunciado aquel robo. Pero Ana y Tenorio sabían que no era el momento de enredarse en discusiones con Manolo. Cuando un sospechoso, un culpable ya casi confeso, se arranca a hablar, hay que darle carrete, cuerda para que siga contando, aunque en su relato incluya mentiras y medias verdades. Eso hicieron.

—Pero alguien sabría cuánto dinero entraba o cuánto salía de la catedral, cuánto se llevaba al banco...

—Mire, no. Una parte del dinero que entra allí se usaba para pagar las nóminas, otras facturas. Y lo que quedaba se llevaba al banco una vez a la semana. Allí sí, ya lo contaban. Yo, si lo cogía, era para asegurarme el futuro. Es que era tan fácil cogerlo que había que tener mucha fuerza de voluntad para

no coger más. Dense cuenta de que hay personas como yo, que están todo el día en la catedral sin nada que hacer. ¿Qué creen que hacen allí? Ellos también pueden coger dinero.

Manolo hablaba de otros *ratones*, otros ladrones que estarían esquilmando los donativos de la catedral de Santiago. Y ante los policías mencionó expresamente a uno, el guardés de noche, Antonio, del que el electricista sospechaba que se lleva «todo el dinero que quiere» de la caja fuerte. Habló de otras personas, pero dejó fuera de todo el entramado a su mujer y su hijo.

—Ellos son gente muy humilde, hombre. No me hacen preguntas nunca. Todo lo que yo hacía, bien hecho estaba. Cuando hemos comprado alguna propiedad, ellos nunca me han preguntado nada del dinero.

Los investigadores iban a sorprenderse más cuando recibieron, después de recuperado el *Calixtino*, la llamada del antiguo administrador de la catedral, el anciano canónigo Manuel Iglesias. Tras el hallazgo del *Códice*, parecía haber recobrado la memoria.

—¿Se lo había comentado? En el despacho de la administración de la catedral, junto a las cajas fuertes donde se guardaba el dinero de los peregrinos, yo ordené instalar una cámara de seguridad, pero de forma que no se viera. Fue en el año 2009.

En efecto, el canónigo había olvidado comentar ese pequeño detalle a la policía. ¿Cómo era posible? Pero después de esa buena noticia venía una mala, un jarro de agua fría. El administrador los avisaba de que no podrían obtener nada útil de esas cámaras ocultas para la investigación.

—Verán, muy poco tiempo después, alguien la inutilizó y ya no ha vuelto a funcionar. No creo que encuentren mucho allí, pero si quieren pueden pasarse mañana a verla.

La mañana del 5 de julio, la siguiente a la recuperación del *Códice*, don

Manuel Iglesias, el que fuera administrador de la catedral de Santiago entre los años 2002 y 2010, recibió tranquilo a los policías. Iba a contarles que él mismo había dado instrucciones de que se pusiera la cámara de vídeo enfocando directamente a las cajas fuertes después de haber notado que allí «faltaban grandes cantidades de dinero». El dinero de los fieles y peregrinos de todo el mundo que entraba allí era tal cantidad, había billetes de tantos países, que en la catedral había una caja fuerte para la moneda española y otra para las divisas del resto del mundo. Allí entraban cien mil, ciento veinte mil euros en las mejores semanas del año, dinero bendito para la iglesia, dinero negro para Hacienda en muchos casos. Nadie contaba con exactitud cuánto se dejaba allí. Varias personas recogían luego todos los donativos y los cepillos y los llevaban a las cajas fuertes. Luego, una vez a la semana, el dinero, o lo que quedaba allí, se contaba y se llevaba al banco.

La *sangría* que causaban los *ratones* en la catedral continuaba, así que una tarde, el sacerdote Iglesias decidió poner un cebo al ladrón. El administrador sabía que siempre se llevaban el dinero de la caja fuerte más pequeña, de forma que pasó todos los billetes hacia la caja grande, a ver si quien quisiera cogerlos cometía algún error. No funcionó. Don Manuel decidió entonces contratar a una empresa para que instalara una cámara de videovigilancia con grabación de imágenes y dio la orden de que se enfocara directamente a la caja fuerte.

—Un mes o dos meses después de aquello, la cámara apareció averiada una mañana. Nunca supe quién fue.

El administrador de la catedral nunca pudo ver aquellas imágenes. Aseguró a los policías que había ordenado reparar la cámara oculta, pero cuando la inspectora Ana y sus compañeros fueron a su despacho, vieron que el teclado exterior seguía sin funcionar. Desde Madrid, el inspector jefe Tenorio ordenó que se llevaran los aparatos y todo lo demás a la Central para ver si los expertos podían recuperar las viejas grabaciones.

En su declaración en la comisaría de Santiago de Compostela, el canónigo añadió a la policía que, tras descubrir los robos masivos, lo había comentado con quien entonces era el contable del templo, Pedro Cea, quien también se había dado cuenta.

—Me di cuenta, hacia el año 2009, de que personas desconocidas, no sé quiénes, accedían a mi despacho y a la caja fuerte. Se llevaban dinero, grandes cantidades de dinero —les explicó.

—¿Cuánto dinero se llevaron? ¿Durante cuánto tiempo estuvieron robando en la catedral?

—No puedo darles una cifra exacta, sí sé que fueron grandes cantidades. Hoy le he pedido a Pedro que haga un recuento para ver si podemos saber aproximadamente cuánto dinero se llevaron.

Los policías estaban atónitos. ¿Cómo era posible que nadie, durante el año que habían estado en Santiago investigando, perturbando la vida de la catedral, molestando, nadie les hubiese hablado de los robos millonarios que se llevaban produciendo allí al menos desde el año 2004? Tenorio decidió utilizar los cuadernos de Castiñeiras para comprobar si sus anotaciones eran fiables, si las enormes cantidades que apuntaba que se llevaba eran posibles. El jefe policial le enseña entonces al canónigo dos cuadernos, las libretas número 35 y 36 del electricista, correspondientes a los años 2004 y 2005.

—¿Había visto estos cuadernos alguna vez, don Manuel?

—No, nunca.

—Es donde apuntaba Manolo lo que robaba aquí, en la catedral. Verá, aquí dice que, en un solo día, el 31 de marzo del 2005, cogió 37.800 euros de la caja fuerte de ustedes. ¿Es posible que tuvieran aquí tanto dinero en un día?

—Sí, puede ser. A veces en la caja fuerte hay cincuenta mil euros en un día, por grandes pagos y cobros que se hacen. No pasa muchos días, porque lo normal era que cuando hubiera tanto dinero, yo fuera al banco a ingresarlo.

La libreta del año 2004 estaba completa y Castiñeiras había anotado que se había llevado 224.970 euros durante aquella temporada de robos. Los policías quisieron saber si eso también era posible y si nadie había dicho nada. Las respuestas del viejo administrador fueron las que se temían.

—Sí, puede ser. A lo largo de doce meses se puede sacar de aquí 224.000

euros, en la catedral se acumula ese dinero y mucho más.

Y no. No se habían denunciado los millonarios robos que habían ocurrido, al menos, desde siete años antes de que se robara el *Códice Calixtino*.

Todavía asombrados por lo que acababan de descubrir y por el silencio que habían guardado durante los doce meses de las investigaciones policiales y de interrogatorios todos los canónigos, Tenorio y Ana no olvidaban aquella maleta *fantasma*, que no aparecía y donde el electricista había dejado escrito que tenía escondidos seiscientos mil euros, otra fortuna. Así que le preguntó a Manolo directamente por ella.

—No tengo ni idea. Juro que no sé dónde está esa maleta, si es que esa maleta existió alguna vez.

El enigma iba a resolverse pronto. Uno de los vecinos del electricista y su familia se había asomado hacia las dos de la tarde del 2 de julio desde su ventana del segundo piso para tender la ropa en el patio de luces. Entonces vio en el suelo una maleta de color negro. Al hombre le resultó extraño, porque aquello siempre estaba limpio y vacío, de eso bien que se ocupaba Remedios, la mujer de Manolo Castiñeiras, el electricista, los vecinos del piso primero E. Así que ese vecino sacó su teléfono móvil y decidió hacer una fotografía de la misteriosa maleta con ruedas (*ver página N*).

Desde entonces, cada vez que tendía o recogía la ropa, el vecino contemplaba cada día la maleta, que seguía allí, negra y brillante en una esquina del patio de baldosas color rojizo. Cuando el 3 de julio la policía llegó para detener a Manolo y su familia, cuando los investigadores estuvieron horas registrando la casa, el vecino no cayó en la cuenta de aquella maleta. Los agentes, desbordados por los billetes y los cuadernos, tampoco miraron en el patio de luces y se fueron a registrar otras propiedades de la familia. Días después, el vecino volvió a asomarse y vio que allí seguía la maleta con ruedas. Entonces, el 8 de julio llamó a la comisaría de la Policía Nacional de Santiago de Compostela. Los agentes acudieron a la casa a las diez y media de la noche. Podía ser una estupidez, pero también podía ser algún hallazgo más sobre el electricista. Faltaba justo una maleta. Cuando llegaron, preguntaron al vecino quién se encargaba en la comunidad de las llaves del patio de luces.

—Si se nos cae algún objeto o una prenda de ropa al patio, tenemos que ir al primero E, donde nos dejan pasar al patio. Hay una puerta que comunica directamente desde su piso. A veces es la señora Remedios la que ya ha recogido las cosas que se han caído y nos las da en el momento.

El electricista tenía acceso directo y privado al patio de luces desde su casa. Y aquella maleta tipo *trolley*, de color negro con listas rojas, era suya. Quedaba por saber si era la misma que figuraba en su manuscrito con la anotación «600.000 euros». Los dos policías la cogieron. Pesaba mucho. La metieron en el piso de Manolo y la abrieron. Los fajos de billetes la abarrotaban, estaban allí comprimidos, sin dejar espacio (*ver página N*). Contaron el dinero. Había, salvo error, 595.250 euros. En el forro de la maleta había un ejemplar de *La Voz de Galicia* donde se hablaba de que la Xunta de Galicia daba luz verde a la empresa Corsa para asfaltar la carretera hasta Escarabote.

El juez Vázquez Taín envió aquella noche a prisión a Manolo Castiñeiras, a su esposa Remedios Nieto y a su hijo, Jesús Fernández. Antes, protagonizó un interrogatorio muy curioso con el electricista. Taín tenía por fin frente a él al ladrón del *Calixtino*, y el juez, como hace siempre en sus investigaciones, quería comprender lo que había ocurrido, era la mejor manera de ser justo. Pero Manolo trataba de escurrirse. Aunque Taín no se lo iba a poner fácil. Le preguntaba por todo.

—Durante el tiempo que estuvo usted prestando servicio como electricista en la catedral, ¿tuvo usted una discusión con el director del Instituto Teológico, don Segundo, y él le dijo que no volviera más por allí porque sospechaba que usted se quedaba con dinero que guardaba en la caja fuerte de la dirección?

El electricista solo respondió:

—No.

Con las manos, eso sí, hizo la señal de la cruz para persignarse. A veces su

extraña actitud parecía desesperar al magistrado.

—¿No recuerda usted haberle cogido directamente cantidades de dinero al deán?

—No.

—¿Seguro?

—No lo recuerdo.

El electricista hablaba con dolor del ictus que había sufrido en el 2005 por culpa, decía él, de dos canónigos. El juez quiso saber más.

—Desde el año 2005 hasta hoy, usted está curado. ¿Tiene algún tipo de limitación? Usted tiene la medicación y nada más, ¿no?

—Sí, pero no me puedo mover muy bien, tampoco de esta pierna — Castiñeiras trataba de mover entonces la pierna derecha para demostrárselo al juez—, y el brazo, de vez en cuando me tiembla un poco.

—Sí, la letra le ha cambiado desde entonces, eso sí es cierto, ¿verdad?

El juez se permitía hacer una ironía sobre los viejos cuadernos que Manolo había escrito hasta que le había dado el ictus, en los que anotaba sus robos y las miserias de la catedral. Después de ser detenido, cuando le habían pedido que escribiera algunas palabras en un papel para hacer una comparación caligráfica, la letra había variado bastante, demasiado. Vázquez Taín continuó su interrogatorio provocando a Manolo, buscando la verdad. No iba a consentirle que intentara hacerse pasar por un enfermo y además iba a ofrecerle la oportunidad de asumir las culpas de todos los robos y dejar fuera del asunto a su esposa y su hijo.

—¿Usted limitaciones mentales no tiene? Lo digo porque ahora me está diciendo que hay cosas que no recuerda... Mientras que la gente que lo conoce no notó ningún cambio en su forma de actuar, sí que se encerró usted más en sí mismo, pero no habla la gente de que usted tenga alguna laguna o faltas de memoria. Al contrario, es usted una persona muy meticulosa. Si usted tiene lagunas, si usted tiene fallos mentales, ¿cómo es que su mujer y su hijo hacen

todo lo que usted manda? A ver, ¿o es usted el cerebro de la casa, el timón de la nave, el patriarca de la familia, o es usted una persona con limitaciones, Manuel? Y piénsese bien la respuesta que va a darme, ande.

—Ellos saben que me volví muy terco también desde eso.

El interrogatorio no avanzaba. La policía había encontrado más dinero en casa de Manuel Castiñeiras del que figuraba como robado en sus cuadernos, escritos hasta el 2005, y el juez quería saber si el hombre había seguido cogiendo billetes de la caja fuerte de la catedral después de recuperarse de aquel derrame cerebral y también incluso si lo había seguido haciendo después del robo del *Códice Calixtino*.

—¿De dónde sale el resto del dinero, Manuel? ¿Cogió usted alguna obra de arte de la catedral y la vendió luego? ¿Cogió usted algún objeto de valor de la catedral, alguna bandeja, algún libro?

El electricista quiso regatear la pregunta.

—Yo me levantaba todos los días a las seis de la mañana y trabajaba mucho.

El juez no aceptó la finta.

—Ya, precisamente, pero los que nos levantamos a las siete de la mañana y trabajamos mucho sabemos que un millón y medio de euros no aparecen así. A lo mejor es que nos hemos equivocado de profesión, pero es usted una persona meticulosa, ¿verdad?

Vázquez Taín seguía el interrogatorio, que no estaba siendo fácil. El electricista hablaba muy poco, y no contaba casi nada de interés para la investigación. Manolo Castiñeiras, eso era interesante, no se consideraba un delincuente, pero católico como era, sí acabaría admitiendo que era un pecador. Cuando los policías lo habían detenido, Manolo llevaba encima, dentro de varias carteras, cuatro mil doscientos euros.

—¿Me quiere decir para qué llevaba tanto dinero encima ese día, cuando lo detuvieron? —le preguntó Vázquez Taín.

—En ese caso, sí que soy un pecador, con respecto de eso de...

El juez lo interrumpió.

—Sí que es un pecador...

—Siempre suelo llevar dinero encima.

Vázquez Taín sabía que el electricista intentaba que sus robos de dinero quedaran impunes. Todos los que estaban registrados en sus cuadernos habían sucedido hacía ocho años al menos, de forma que no podría ser condenado por ello, habían prescrito según la ley española. Manolo tampoco le daba razón al magistrado de las decenas de llaves de las innumerables estancias de la catedral que la policía había encontrado en su casa. El juez ironizaba con él sobre eso:

—Las llaves... Es que le veían a usted cara de san Pedro y cada vez que lo veían le daban llaves.

El juez interrogó también a Castiñeiras por el papel de su mujer en todo aquel asunto. Una humilde costurera que decía que su marido trabajaba en la «Santa Iglesia» y que había visto cómo compraban pisos, un ático, coches...

—¿Su mujer nunca le ha preguntado de dónde salía el dinero?

—No.

—¿Nunca le preguntó de dónde salía el dinero?

—No.

—¿Su mujer nunca pensó: «Manolo, el niño no encuentra trabajo, tú tienes una pensión muy pequeña, yo tengo una pensión muy pequeña, hay que hacer algo, porque así no podemos vivir»?

—No.

—¿Su mujer nunca echó cuentas? «Voy al supermercado, este mes fui, he

gastado tanto, este mes he comprado un vestido...» Tenían ustedes preparados en la mesilla creo que eran tres mil euros para el regalo de un primo, un sobrino o algo.

—Yo de eso no sé.

—No lo sabe.

—Yo de eso no sé.

—Porque, claro, cobrando ochocientos euros al mes de pensión entre los dos, para juntar tres mil de ahorro harán falta doce años más o menos, ¿no? Y, sin embargo, ustedes los tenían allí para dar...

—Lo tenía.

Manolo bajaba la cabeza y cerraba el asunto. El juez no podía creer que su mujer no viera las carpetas que estaban llenas de dinero en el armario, en las cajas, en la papelería. Y trató de sonsacar al electricista. Fue un duelo de gallegos. Cansado de evasivas y respuestas que eran realmente preguntas, el magistrado llegó a decirle:

—No, Manuel, espere, espere. Esta es una conversación muy gallega y a gallego no hay quien me gane.

Había mucho dinero en los armarios y el juez quiso saber si Remedios entraba allí y podía haberlo visto.

—Su mujer plancha sus pantalones, ¿no?

—Sí, pero los cuelga y no creo que...

—No toca nada, no cree que toque allí.

—No creo que toque allí, porque no es curiosa, no es de las curiosas, ¿eh?, eso te lo aseguro.

El magistrado iba a permitirse un rasgo de humor ante las supuestas dificultades para comprender sus preguntas en castellano que de vez en cuando alegaba el electricista. Cuando le hacía alguna pregunta difícil, Manolo le decía que no entendía bien el idioma, así que el juez Taín iba a probar con las dos acepciones de la palabra *curiosa*: la persona que siente curiosidad,

incluso por asuntos ajenos; o bien alguien que hace su trabajo con esmero, con cuidado.

—Pues por ahí hay fama de que su mujer es buena costurera, y si es costurera, en gallego se dice que es curiosa...

El electricista respondió rápido. Distinguía perfectamente lo que quería decir el juez, en castellano.

—Ah, bueno, curiosa.

—Claro, curiosa. Ha hecho trampa, don Manuel, así me gusta, veo que tiene usted reflejos.

Ni aun así, Manolo Castiñeiras iba a ceder un milímetro en su posición. No le gustaba perder ni una sola discusión, ni una pequeña esgrima dialéctica.

—Curiosa en su trabajo sí, pero en mirar las cosas de nadie, no. Eso se lo aseguro.

Por fin, el magistrado llevó el interrogatorio hasta el robo del *Códice Calixtino*. El electricista había dicho que se acercaba tanto a la puerta del despacho del deán porque acudía al claustro a rezarle a la tumba del que había sido su director espiritual, el sacerdote don Juan Martínez Bretal, a quien había acompañado hasta sus últimos días, incluso haciéndole de lazarillo cuando el canónigo se fue quedando ciego.

—Se pone a rezar a los queridos que tiene usted allí enterrados, les reza a distancia, ¿no?

—A un metro.

—A un metro. Normalmente, cuando se va a rezar se reza a un metro. Por lo menos, la gente normal reza a un metro... Pero usted ese día se va a la puerta del deán y se apoya en la puerta del deán para rezar. ¿Es así?

El electricista no concedía nada. Ni siquiera cuando el juez le reprochó

por qué, durante las horas y horas de registros en sus casas, no había avisado a la policía de la existencia de la cochera junto a la plaza de garaje donde tenía escondido el *Códice Calixtino*.

—Durante el registro se le preguntó reiteradas veces si tenía usted algún garaje cerrado, ¿eh, Manuel?

Castiñeiras estaba empleando con el juez la misma táctica que con la inspectora Ana y el inspector jefe Tenorio durante todos los meses que había durado la investigación. Negaba, desmentía, y cuando se le pillaba en falta, negaba otra vez y se negaba a sí mismo, con cualquier argumento absurdo, a veces casi infantil, como haría aquella tarde. El juez había estado delante cuando los policías le preguntaban si tenía otras plazas de garaje, otros locales. Y él había callado. Pero ahora, lo negaba. Dos veces.

—No.

—¿No se lo preguntaron?

—No.

Taín no entró al trapo, aunque sabía que Manolo le estaba mintiendo.

—Mal hecho. ¿No le preguntaron los policías muchas veces si quedaba algún trastero, garaje o bajo más que registrar?

—Lo único que me preguntaron era..., preguntaron si algún local, sí.

—Ah, concha. Es que la policía no le formuló bien la pregunta...

—Aaaaah.

El juez acabó con más dosis de retranca aquella partida de mus.

—Usted solo entiende el castellano cuando es antiguo.

Taín sabía que estaba ante un personaje hermético, correoso. No pudo evitar decírselo.

—Es usted muy habilidoso, con esa actitud de «estoy a punto de morirme» y toda la leche, es usted capaz de aguantar tres días detenido y marearnos a todos.

Al terminar aquel interrogatorio, el magistrado envió a prisión a Castiñeiras, donde continúa y donde está previsto que salga en el año 2026.

- CAPÍTULO 28 -

COSAS DE LA POLÍTICA

Vienen los enfermos y son curados, los ciegos ven la luz, los tullidos se levantan, los mudos hablan, los endemoniados se libran de la posesión del diablo, los tristes son consolados y, lo que aún es mayor portento, son oídas las oraciones de los fieles, y allí se dejan las cargas pesadas de los delitos y se rompen las cadenas de los pecados.

(*Códice Calixtino*)

El jefe Tenorio, la inspectora Ana y los demás policías habían dormido apenas cuatro o cinco horas de los últimos tres frenéticos días cuando llegó una instrucción clara de Madrid: «Mañana a las once de la mañana hay una rueda de prensa. El ministro quiere vender el asunto *Calixtino*». Tenorio trató de aplazarla, habían acabado los registros y los papeleos a las cuatro de la mañana y tenía que comparecer en Madrid siete horas después. No hubo manera. Tuvo que estar allí para atender a los periodistas, junto al ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, y el entonces director de la Policía Nacional, Ignacio Cosidó. Eso sí, él no daría la rueda de prensa, no quería hacerlo bajo ningún concepto. Tiempo después hablaría su jefe, el comisario Serafín Castro, madero y gallego hasta las trancas, que protagonizó un curioso episodio cuando aseguró ante los periodistas que el electricista Castiñeiras era un hombre «cerrado, oscuro, gallego, con unas costumbres algo rarillas». Luego añadió que el detenido por el robo del *Códice Calixtino* quería el dinero que robaba para hacer con él «lo típico de los gallegos: meterlo debajo del ladrillo y estar a la espera».

Aquello desató una absurda tormenta política. Desde hace unos años, especialmente desde los atentados del 11 de marzo del 2004 en los trenes de Madrid, con los sucesos, los crímenes y las investigaciones se hace, además de periodismo-espectáculo, política. Algunos políticos quieren sacar tajada electoral de los éxitos de la policía, hacerse fotos con las familias de las víctimas más conocidas, pero saben que ellos no tienen demasiada credibilidad y que su lenguaje es artificial y farragoso para hablar de los casos, saben también que la gente prefiere ver y escuchar a los investigadores antes que a un político. De esa forma, acaban colocando a los profesionales, policías o guardias civiles, en situaciones incómodas. Los policías, sobre todo los más veteranos, tienen códigos de comportamiento y hasta de lenguaje que no son políticamente correctos. Y cuando a veces los obligan a ponerse ante las cámaras, a veces de forma precipitada, a veces saltan chispas. Políticos de otro signo entran entonces en juego y buscan un resbalón o una excusa del profesional para cargar contra la utilización política... En el caso del *Código*, las declaraciones del comisario hicieron que un diputado del Bloque Nacionalista Galego planteara una pregunta en el Congreso de los Diputados para que el Gobierno se pronunciara sobre las declaraciones de «el locuaz funcionario». El veterano comisario tuvo que salir a aclarar que él era gallego de nacimiento —menos mal— y que ejercía «muy orgulloso» de serlo. Quienes lo conocieron trabajando saben que es cierto, en el mejor sentido de la palabra. Y en el otro. Un mes después de aquella marejada politiquera, el policía iba a resolver antes de jubilarse el otro gran caso que lo tenía ocupado en aquellos tiempos. Dos informes forenses que se habían hecho fuera de la comisaría, desafiando la jerarquía y el corporativismo de la policía, demostraban que los huesos de aquella vieja hoguera de Córdoba eran los de los niños Ruth y José Bretón. Su padre les había dado unas pastillas tranquilizantes antes de quemarlos vivos en la finca.

Aquel verano del 2012, el entonces Gobierno del PP decidió exprimir aún más el gran éxito obtenido por la policía con el *Código Calixtino*. El manuscrito iba a devolverse el domingo 8 de julio y, además, allí estaría, por supuesto, el presidente de la Xunta de Galicia, Alberto Núñez Feijóo, pero también el mismísimo presidente del Gobierno, el gallego Mariano Rajoy. Fue un acto curioso. La ciudad entera de Santiago se echó a la calle. El inspector jefe Tenorio y la inspectora Ana se pusieron sus chalecos verdes de la policía.

El juez Taín, una americana con corbata y pantalones vaqueros. Las dos noches anteriores, el *Códice Calixtino* había dormido en la comisaría de Santiago para evitar sustos. Los policías que habían resuelto el caso, como siempre, descansaron en un hotel de Milladoiro. Tras un breve desplazamiento, Tenorio sacó con mimo el manuscrito del maletero del coche donde habían llegado hasta la catedral. Lo llevaba envuelto en una toalla del mismo hotel donde dormían, a las afueras de Santiago. Era curioso, pensaban Tenorio y Ana, el *Códice Calixtino* durmió durante un año en un garaje a solo doscientos metros de donde ellos descansaban unas horas mientras trataban de encontrarlo a toda costa.

Ya dentro de la catedral, el inspector jefe Tenorio entregó el manuscrito al arzobispo de Santiago, Julián Barrio. Alguien se permitió entonces hacer alguna broma: «No le saquéis muchas fotos». Las cámaras se fijaban sobre todo en el libro y en el presidente del Gobierno. Apartado de los focos estaba el todavía deán, que ya había sido cesado como archivero custodio y que iba a ser destituido y apartado de la catedral de Santiago en los próximos días.

El inspector jefe decidió acercarse a ese anciano. Era el mismo al que había intentado sacar información, el mismo que le había sacado de quicio con sus medias verdades, sus olvidos y sus repentinos golpes de memoria. Pero también, había que reconocerlo, qué cosas le había dicho el jefe Tenorio al jefe de la catedral de Santiago durante aquellos meses de investigación. Y el hombre había aguantado, con templanza y quizá un punto de soberbia, quizá la propia de quien piensa que está por encima de la justicia de los hombres. Sin embargo, *tempus fugit*, aquel anciano sacerdote que hacía un año era una de las personas más poderosas de Galicia estaba ahora apartado, en un rincón, con aire triste. Tenorio fue a saludarlo. Y aquella vez fue la primera que el deán se hizo humano ante él. El sacerdote le dio un abrazo sentido al veterano policía y le dijo, posiblemente por primera vez, toda la verdad en una frase:

—Ha sido un año terrible, terrible.

Tiempo después, cuando aún estaba en la catedral, don José María Díaz regaló al comisario un facsímil del *Códice Calixtino*, la edición más lujosa, que se vende en la tienda del museo a unos dos mil novecientos euros. Se lo firmó dedicado. Sin rencores.

La ceremonia en el pazo de Xelmírez fue solemne. Emocionante. Más allá de la política, había mucha verdad allí, muchas horas de trabajo, mucha presión. El deber cumplido. Los responsables de la investigación policial habían tenido que torear muchos toros, no vaquillas. Las quejas de los canónigos por sus pesquisas llegaron incluso a la Delegación del Gobierno. A veces, el inspector jefe Tenorio bromeaba ante sus subordinados con las presiones e injerencias que sufría. Era su forma de quitarles importancia y de decirles: tenéis que seguir trabajando así, nadie nos va a mover del rumbo que llevamos. Les decía: «Ha sido un robo en la catedral, es normal que todo Dios quiera meter la nariz en esto». El carácter socarrón y nada amigo de componendas de Tenorio es conocido entre sus compañeros y sus jefes.

Las presiones también alcanzaron al juez Taín. Aquellos meses había sentido la soledad y la sensación de que había gente deseando que fracasaran. El juez llegó a llorar cuando entregó el *Códice*. De fondo, como un hilo musical, llegaban las palabras más o menos sentidas de las autoridades. El arzobispo Julián Barrio admitía la herida abierta en la Iglesia y la catedral tras el robo del *Calixtino*, pero reclamaba: «Hay que aprovechar el agua después de los nubarrones para recuperar nuestra confianza en un templo como este». El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, afirmó que todos sentíamos como «nuestro» el *Calixtino* y pidió públicamente a la Iglesia un «mayor esfuerzo» para garantizar su seguridad.

Aquel día, el comisario y Tenorio recuperaron el dispositivo de grabaciones que había sido instalado, y luego inutilizado, en el despacho donde se guardaban las cajas fuertes con el dinero de la catedral. Viajaron hacia Madrid y encargaron que se intentara volcar el disco duro y recuperar lo que se pudiera.

- CAPÍTULO 29 -

COMLOT EN LA CATEDRAL

Apenas una semana después, con Manolo Castiñeiras ya en la cárcel, el inspector jefe Tenorio recibe la noticia de que sus compañeros habían logrado recuperar las imágenes de la cámara oculta que el canónigo administrador de la catedral había ordenado instalar en el despacho, enfocando a la caja fuerte, en el año 2009. El sacerdote trataba de frenar discretamente los robos, pero el ladrón debió de descubrirla, porque la cámara apareció averiada. O eso parecía.

Tras la detención de Castiñeiras, el canónigo que era entonces el administrador de la catedral, don Luis Otero Outes, había entregado a la policía el grabador de vídeo digital de color gris, el cargador y el mando a distancia. Pocos días después, los compañeros técnicos del inspector jefe Tenorio lo avisaban de que, en realidad, la cámara había continuado grabando hasta que se había saturado la memoria del disco duro del aparato de grabación, un Seagate de quinientos gigas y con el número de serie 6VMD3GFS. Allí había más de noventa mil archivos grabados.

El inspector jefe tuvo dos sensaciones, entonces. De un lado, en esas grabaciones realizadas con aquel aparato marca Autech podía haber pruebas que demostraran los robos de Manolo y que explicaran la fortuna que habían encontrado en su casa. Pero también sintió una punzada de viejo policía, una cierta inquietud. El *Códice Calixtino* se había recuperado, se había entregado en la catedral con mucha pompa, con la asistencia incluso del presidente de la Xunta, Alberto Núñez Feijóo, y la implicación personal del jefe del Gobierno, Mariano Rajoy. El caso parecía cerrado (*ver página P*). ¿Y qué se vería ahora en las grabaciones de aquel despacho del templo cristiano? Después de

conocer la vida y las miserias de la catedral, el comisario lo tenía claro: si había alguna sorpresa, no sería nada bueno. Mira que si las imágenes mostraban a un canónigo llevarse también dinero de las cajas fuertes o a otro empleado del templo metiendo la mano en la caja...

El 19 de julio, Tenorio y la inspectora Ana están en una sala de la Brigada de Patrimonio Histórico, en el complejo policial de Canillas, en Madrid. A las once de la mañana van a volcar la grabación del disco duro original. Van a ver las imágenes que aquella cámara oculta de la catedral había grabado mientras tuvo memoria. Tienen que hacerlo con ayuda técnica y utilizando un aparato distinto al grabador original, que seguía estropeado. Y los dos policías van a llevarse una sorpresa. O no, que diría un gallego.

Manolo el electricista había apuntado en libretas todos sus robos, pero solo hasta el año 2005, cuando sufrió el derrame cerebral del que culpó a dos canónigos, uno de ellos el administrador Manuel Iglesias, el mismo que ordenaría colocar la cámara oculta ante los robos constantes que esquilaban la caja fuerte, en el 2009. Así que el inspector jefe Tenorio sabía que habría, al menos, cuatro años de vacío. ¿Habría seguido robando Manolo durante el 2010 y el 2011, hasta llevarse el *Códice*?

La primera imagen que ven el jefe y la inspectora ya los saca de dudas. Es del 21 de junio del 2010. Son las ocho menos dos minutos de la mañana. La grabación muestra a Manolo Castiñeiras entrando en el despacho y abriendo resuelto con la llave la caja fuerte. Luego, mira dentro, coge algo y se lo mete en el bolsillo izquierdo de su cazadora. Se queda rondando unos instantes por el despacho, mira algunos papeles que el sacerdote administrador tenía sobre su mesa y, un minuto después, se va.

Tenorio y Ana comprueban asombrados la rutina del electricista. Las grabaciones de la cámara oculta muestran que el hombre entra en el despacho y abre la caja fuerte casi cada día. Lo hace en dos horarios concretos: o bien por la mañana temprano, antes de las nueve, o hacia la hora de comer, cuando sabe que los sacerdotes están descansando, dando misa o comiendo, y nadie podrá sorprenderlo.

La cámara graba al electricista entrando hasta cuarenta y cinco veces en el despacho. Nunca está dentro más de tres minutos seguidos. Siempre abre la caja fuerte, coge dinero, luego mira algunos cajones, lee papeles, a veces coge alguno y lo guarda en el interior de su camisa. En invierno, con menos luz

natural, Manolo empieza a acudir al despacho provisto de una linterna. A veces la lleva en la boca mientras abre la caja fuerte. Las imágenes grabadas por la cámara espía del administrador de la catedral lo muestran el 29 de diciembre del 2010 abriendo la caja fuerte y llevándose dinero. Luego, se mete la mano en un bolsillo y saca un destornillador. Se dirige al cajón central del escritorio, que el canónigo cerraba con llave, y lo fuerza. Lo coloca encima de la mesa, lo ilumina con la linterna que se ha vuelto a poner en la boca y coge dos pequeñas piezas que se introduce luego en el bolsillo de la cazadora. Devuelve el cajón a su sitio y se dirige a una estantería que está detrás. Coge una carpeta grande y la mete debajo de su abrigo.

El electricista saqueaba la caja fuerte con la misma naturalidad con la que acudía a misa. El inspector jefe Tenorio y la inspectora Ana lo ven coger grandes cantidades de billetes, documentos, monedas que hay sobre el escritorio del sacerdote Manuel Iglesias, otro de sus viejos enemigos. Se lleva dos, tres fajos de billetes cada vez. Los mete en los bolsillos del pantalón, en los de la cazadora. En la camisa. En bolsas de plástico.

La película de los robos de Manolo Castiñeiras concluyó cuando la memoria del disco duro del dispositivo había reventado, el 12 de junio del 2012. Y demostraba que el electricista no dejó de coger dinero ni siquiera el mismo día que se llevó el *Códice Calixtino*. Aquel 4 de julio del 2011, por ejemplo, la cámara lo grabó entrando en el despacho del administrador a las tres y cuarto de la tarde. Abrió la caja fuerte, miró en su interior, la cerró. Luego abrió el cajón de la mesa y se llevó un sobre que metió en el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Tenorio y Ana ven cómo entonces Manolo mira hacia el techo, ojea los papeles que hay sobre la mesa, saca un papel del bolsillo izquierdo de su chaqueta y lo introduce en un sobre que hay allí. En la imagen no se distingue qué dejó el ladrón en el despacho del canónigo el mismo día que se había llevado el *Códice*.

Otro dato más iba a demostrar a Ana y a su jefe que Manolo no era un *ratón* vulgar que asaltaba el queso de la catedral. En el verano del 2011, cuando ya se había denunciado el robo del *Códice* y los policías llegaron a Santiago, el electricista que parecía sentir una pulsión voraz, el que entraba cada día en el despacho para coger dinero, dejó de hacerlo. Radicalmente. Estuvo casi tres meses conteniéndose, sin arriesgarse a ser descubierto por los investigadores. Durante casi noventa días no hay ni una sola grabación suya

entrando en el despacho y abriendo la caja fuerte.

Pero con la llegada del otoño, el 21 de septiembre, Manolo debió de pensar que ya estaba a salvo, o es que quizá no pudo contenerse más, como la protagonista de *Marnie la ladrona*, aquella película de Hitchcock que guardaba en su casa. Aquel día, a la hora de comer, el ladrón recupera sus viejas rutinas y entra en el despacho, abre la caja fuerte, mira papeles, coge unos pocos de tamaño cuartilla, los vuelve a dejar, mira al techo, comprueba que ha cerrado la caja fuerte y sale de nuevo. Ya no dejaría de hacerlo al menos mientras hubo memoria para que la cámara grabara, hasta el 12 de junio del 2012, ya con el aliento en el cogote de la policía. Tenorio y sus compañeros creen que Castiñeiras siguió robando casi en sus narices, casi cada día, y que lo había hecho también incluso la misma mañana en la que lo detuvieron.

Las imágenes fueron enviadas al juzgado. Nadie sabrá nunca cuánto dinero de los peregrinos a Santiago de Compostela robó Manolo el electricista. La policía determinó que entre los años 2000 y 2001 había sacado unos diecinueve millones de pesetas, que empleó para comprar un piso cerca del suyo en Milladoiro. A partir del 2002 y hasta el 2005, según sus anotaciones, sacó 567.715 euros y 3.203 dólares. Entre el 2005 y el 2010 no hay cuadernos ni grabaciones, son cinco años de dinero negro que quedan en blanco hasta que empiezan las grabaciones del despacho y la caja fuerte. Los investigadores calculan que cada año Castiñeiras habría sacado unos 157.000 euros y 3.800 dólares más de media. El total del dinero que se recuperó en sus casas y garajes fue de 1.675. 620, 80, además de 30.016 dólares y otros billetes extranjeros.

Ya en la cárcel, Manolo el electricista supo que había sido grabado docenas de veces en sus entradas furtivas para robar dinero de la caja fuerte y decidió contar al inspector jefe Tenorio y a Ana, y también al juez Taín, otra versión de la historia del queso y los ratones en la catedral de Santiago. Una historia de dinero y conspiraciones que explicó el 17 de agosto en el juzgado número 2 de Santiago de Compostela.

—Hubo una reunión entre el administrador de la catedral, don Manuel Iglesias, el canónigo don José María Díaz y el arzobispo de Santiago de Compostela. Entonces explicaron que desde el año 2004, cada vez venían

menos peregrinos y la recaudación había bajado mucho. Entre los tres pensaron este plan para robar el *Códice Calixtino* y que se diera auge a la catedral. Me dijeron si yo quería participar, pero entonces me dio el derrame cerebral, en el 2005, y tuvieron que esperar a que me recuperara.

Según su testimonio, los jefes de la iglesia gallega le habían propuesto coger el *Códice Calixtino* y esconderlo durante un tiempo para que, con el escándalo y el revuelo que iba a montarse en todo el mundo, cuando el libro apareciera, la gente recuperara el interés por la catedral y subieran el número de los peregrinos y el de donaciones. Por eso, dijo, el deán le había dejado la puerta abierta del cuarto donde estaba el *Códice*, para que él pudiera cogerlo sin ninguna dificultad. Por eso, también, le dejaban llevarse todos aquellos billetes, era su forma de pagarle por el *trabajo* de esconder el manuscrito.

—Me dejaban coger el dinero de la caja fuerte. Don Manuel, el administrador, me dijo que lo cogiera como una gratificación por haber participado en aquella historia. Por eso yo anotaba todo lo que cogía.

Ni el juez ni el inspector jefe creyeron aquella película. Aprovechando que estaba de vuelta en Santiago, el veterano policía volvió a verse con Manolo el electricista. Allí también estaba Ana, la inspectora. Pronto iba a haber un juicio y la mujer de Manolo y su hijo estaban acusados.

La inspectora Ana lo intentó de forma amable:

—Al final no fuiste tan inteligente, Manolo. Si hubieras devuelto el *Códice*, no te habríamos encontrado el montón de dinero que tenías escondido y serías rico. Ya ves.

El electricista sonrió:

—Sí, hombre, seguro que me habríais dejado en paz. Sí.

En la que iba a ser una de sus últimas charlas con aquella policía amable pero persistente, Manolo quiso que ella entendiera también su pecado. La

avaricia. Se acercó a la mujer policía y le dijo en voz suave:

—Mira, tú tampoco te hubieses resistido si hubieses tenido allí todo ese dinero, descontrolado. Seguro que no habrías podido resistirte, ¿eh?

La inspectora no contestó. Un informe de la Policía Nacional concluyó finalmente que Manolo tenía anotado un botín de 1.546.000 euros y en su casa se recuperaron 1.675.620,80. Es decir, había un desfase de casi ciento treinta mil euros más. En una de las anotaciones, Manolo Castiñeiras había registrado también que tenía doscientos cincuenta mil euros en el piso de su hijo, pero los agentes solo encontraron allí cuarenta y nueve mil euros. Faltan casi doscientos mil. Los investigadores concluyeron que «el análisis de las cuentas suscita dudas y sugiere la posibilidad de que pueda tener más dinero oculto». Todavía hoy, con el electricista penando en la cárcel, la inspectora Ana piensa que es bastante posible que ese hombre de pueblo, listo como una ardilla, tenga algo de dinero escondido esperándolo para cuando vuelva a las calles de Santiago.

- CAPÍTULO 30 -

LA ESCRITURA Y EL SEXO

La culebra que muerde al hombre cuando duerme, típicamente simboliza al diablo, quien con el fuego de la pasión inflama y hiere al que encuentra dormido con el vicio de la embriaguez. El basilisco que difunde el veneno en la carne del hombre designa al mismo enemigo del género humano, pues él difunde en los corazones de los ebrios muchos vicios, a saber: la contienda, la emulación, la ira, las riñas, la disensión, la envidia, el odio, el fraude, la sensualidad, los pensamientos de apostasía; los cuales vicios que nacen de la embriaguez dice muy bien san Pablo que deben ser desterrados de los siervos del Señor. Y que estos dos vicios, esto es: la lujuria y la embriaguez, deben prohibirse a los adoradores de Cristo.

(*Códice Calixtino*, libro 1, capítulo 1)

El jefe Tenorio había enviado a Madrid los cuadernos de Manolo el electricista y también la etiqueta de cartón enlazada a aquellas tres llaves en las que alguien, casi con toda seguridad el mismo hombre ya encarcelado, había escrito «ARCH.CAT». Una experta de la sección de Documentoscopia de la Unidad Central de Criminalística iba a analizar las dos escrituras utilizando las técnicas de peritaje caligráfico, las mismas que se usan, por ejemplo, para descubrir si una posible nota de suicidio de una persona que ha aparecido muerta en su casa fue escrita realmente por su mano.

La experta de la Policía Nacional utilizó para su cotejo lentes manuales de diferentes aumentos, microscopio esteroscópico y la iluminación a diferentes grados para poner de relieve las características de los puntos y rasgos de

ataque y finales, la intensidad de la cohesión de las letras y las características de su trazado. No hay dos escrituras iguales y una persona no puede disimular, por mucho que lo intente, ciertos rasgos de su grafía. En su informe, la mujer policía determinó que la letra junto al llavero que abría la entrada al archivo y las cajas fuertes era de Manolo Castiñeiras. Tanto ahí como en los cuadernos, el autor iniciaba las letras *c* «con un trazado progresivo». La línea de pauta — la de la escritura de izquierda a derecha— es «descendente» y había un similar grado de separación entre las grafías que forman cada palabra.

Las letras *A* que escribe Manolo, determinó la experta policial, forman un «pronunciado ángulo agudo» y las *r* las dibuja en tres movimientos, a veces las repasa. En cuanto a los signos de puntuación, el electricista los escribe con mucha acumulación de tinta y suele colocarlos en la «zona media inferior de las grafías versales». Comparando los dos escritos y basándose en todos esos rasgos comunes, la técnica de la Policía Nacional concluyó que el autor de los cuadernos (Castiñeiras) era la misma persona que había escrito la etiqueta «ARCH.CAT» junto a las llaves encontradas en un recoveco de la catedral después del robo del *Códice Calixtino* (*ver página E*).

El contenido del informe no sorprendió al inspector jefe y confirmó todo lo que la investigación había ido encontrando. Cuando luego fue a hablar con la experta policial, ella le preguntó si conocía algunas viejas teorías grafológicas, que vinculaban la escritura de una persona con determinados rasgos de su personalidad. Tenorio no sabía de qué le estaban hablando. Se trataba de viejas teorías psicoanalíticas, puestas al día por un estudioso y amigo de Carl Jung, el médico y sociólogo suizo, Max Pulver. En resumen, defienden que cuando escribimos, sin querer estamos dejando un rastro, reflejamos nuestra personalidad. Ese maestro suizo esbozó, además, la teoría del simbolismo del espacio. Según Pulver, la parte superior de una letra simboliza la parte espiritual de una persona y la inferior revela, en cambio, sus instintos, incluido el sexo. Ese estudioso defendía que cuando una persona escribe «dibuja inconscientemente su naturaleza interior».

En España, la pionera de lo que se ha llamado la *grafopsicología* fue Matilde Ras, en los años veinte del siglo pasado. Sus trabajos aparecieron también en periódicos de Francia, Portugal y varios países de Sudamérica. Aquella estudiosa recogía que ya en tiempos del emperador romano Justiniano, hacia el año 500 de nuestra era, se señalaba en lo que llamaban

pandectas —una recopilación de las decisiones de los juristas romanos— las diferencias que se producen en la escritura de una misma persona en función de su edad y de su estado de salud. Siguiendo a maestros de la escuela francesa y alemana, Matilde Ras hablaba de que una letra inclinada hacia abajo significa que su dueño tiene una personalidad con predominio de los instintos, que se guía más por lo inconsciente y que tiene un fuerte componente materialista; mientras que, si escribe con sus letras inclinadas hacia arriba, se trataría de una persona más espiritual, soñadora.

Ese mismo análisis puede aplicarse a cada letra que escribimos. Si al hacerlo destacamos la parte superior de cualquier grafía, la grafopsicología interpreta que la persona se deja llevar más por la intelectualidad, la fantasía, la imaginación. Si, por el contrario, se pone más peso en la parte inferior de las letras, en lo que se llama *jambas*, eso quiere decir que la persona está más apegada a la tierra, lo básico, a los impulsos, y eso incluye también los impulsos sexuales.

Pues bien, la técnica de la policía le explicó al jefe de la Brigada de Patrimonio Histórico que, siguiendo aquellos patrones, siguiendo aquella escuela de Pulver y de Matilde Ras, Manolo Castiñeiras podría estar revelando al escribir algunos de sus rasgos sexuales. La letra del electricista tiene un tamaño pequeño, lo que según los estudiosos de la grafopsicología revela «estrechez de miras», «cierta minuciosidad» y hasta «mezquindad» en quien la escribe. Las anotaciones de sus cuadernos tienden también hacia abajo, lo que revelaría que en su personalidad pesaría más lo material, los impulsos, y también, de alguna manera, algún tipo de instinto sexual. Castiñeiras presenta una escritura inclinada hacia la derecha de la hoja, lo que los teóricos llaman *dextrogira*, y que puede traducirse en una personalidad «con sensibilidad para lo concerniente a sí mismo y con poco o ningún interés para lo que les sucede a los demás» (*ver página 0*).

Las teorías de Matilde Ras y el resto de los estudiosos apuntan también que, si las letras o finales de palabra terminan, como ocurre con los cuadernos escritos por Castiñeiras, con rasgos dirigidos hacia la izquierda, nos encontraríamos con una personalidad egocéntrica, tenaz, con «avidez, acaparamiento, rapacidad». En los escritos del electricista sobresalen las *c*, especialmente las mayúsculas, a las que hace bucles o caracolas. La grafopsicología interpreta eso como un rasgo de egoísmo, la persona que

escribe así desea que lo dejen en paz, pero al mismo tiempo se muestra muy exigente en su comportamiento hacia los demás.

Manolo, además, ligaba las palabras, unas con otras, algo que indicaría «una actividad febril» y no demasiado ordenada. El estudio de sus cuadernos desvela que había repasado algunas letras, lo que significa, según esas teorías, «deseo de perfección, escrúpulo ético o religioso, fobias...» y, sobre todo, «temor a olvidos, a descuidos, a equivocaciones». El acusado del robo del *Códice* dejaba un margen izquierdo rígido y amplio para empezar cada línea de sus peculiares diarios. Eso significa «afectación, orden y meticulosidad exageradas». También dejaba un amplio espacio de margen derecho de cada línea sin escribir, lo que se traduce en «miedo al porvenir».

Las teorías de Matilde Ras y de su sobrina Silvia consideraban que ese margen derecho generoso, de entre el diez y el veinte por ciento del ancho de la página, significa un «temor a enfrentarse con las situaciones reales» de la vida y que «se presenta a veces en enfermos nerviosos y en criminales».

Cada letra puede estudiarse también por separado. Aplicadas esas teorías a los escritos del ladrón del *Calixtino*, sus alargadas letras *t* serían síntomas de «impaciencia, impulsividad y agresividad». Los cuadernos muestran también unas letras *s* mal trazadas, que, traducidas por la criminóloga y abogada Beatriz de Vicente, revelan rasgos de «pereza, dejadez, negligencia». Las *a* son abiertas hacia la izquierda y con doble vuelta. Eso sería la traducción inconsciente en el papel de una personalidad «egoísta» con tendencia a la «mentira» y a la «cautela». Las *o*, por contra, son cerradas, lo que se asocia con la «prudencia, reserva, discreción y dominio de las emociones».

Algunos seguidores de la grafopsicología conceden mucha importancia a la letra *g*, que revelaría los instintos sexuales de quien la escribe. Llevado al extremo, estudiar cómo se dibuja la *g* minúscula permitiría analizar la libido, el erotismo de una persona, su capacidad de entrega al otro. Especialmente hay que analizar la jamba o parte inferior de la letra. Si la parte inferior de una *g* termina en punta, eso revelaría ciertos problemas de frigidez o impotencia; si la jamba de la *g* es pequeña, por contra, para la grafopsicología estaríamos ante un indicio de «timidez sexual». Las jambas de las *g* de Manolo el electricista están empequeñecidas.

El inspector jefe tomó nota de la idea que le había apuntado la perito, se

quedó con la música, pero decidió no incluir esa hipótesis en ningún informe que entregaría luego al juez Taín: aquello no era totalmente científico ni seguro, le había explicado su compañera. Él sabía, además, que esos detalles no ayudaban en nada a la investigación del robo en la catedral, a pesar de que Manolo le había hecho, mientras había durado aquella guerra psicológica entre los dos, muchas «veladas y maliciosas» alusiones sobre la sexualidad del deán y de otras personas próximas a la institución eclesiástica.

El resumen sobre aquel peritaje de la letra de Castiñeiras fue: «Un estudio por parte del Servicio de Documentoscopia de la Comisaría General de Policía Científica, realizado sobre la caligrafía indubitada del electricista plasmada en los diarios que le fueron intervenidos, revelaba extraños rasgos sexuales que pueden dar pie a conjeturas de nula relevancia para la investigación, aunque sirvan para clarificar ciertos comportamientos o servir de vehículo a hipótesis de lo más dispares». Al inicio de ese párrafo sobre lo que le habían transmitido sus compañeros, el inspector jefe Tenorio colocó dos palabras que no dejaban lugar a dudas: «No mencionar». El *Códice* había sido recuperado sano y salvo. El policía no quería tener que lidiar con más problemas. Mucho menos, que hablaran de rumores sexuales o apetencias más o menos reprimidas detrás del robo en la catedral de Santiago.

- CAPÍTULO 31 -

LA BARONESA THYSSEN

El 18 de diciembre del 2012, el deán don José María Díaz presentaba la dimisión de su cargo por «motivos personales». Lo hacía casi dos años antes de que concluyera su mandato, herido de muerte por el robo del *Códice* y las denuncias del descontrol interno en la catedral. Lo sustituiría don Segundo Martínez, el canónigo más joven del cabildo. El anciano sacerdote, ya aquejado de párkinson, buscaba encontrar algo de tranquilidad, pero no iba a conseguirlo. Apenas ocho días después de su dimisión, que fue muy difundida por los medios de comunicación, don José María iba a recibir una llamada de teléfono. Era la voz de un hombre al que no conocía, el mismo hombre que, tiempo atrás, había llamado a la baronesa Thyssen.

—Buenos días, don José María. Verá, usted no me conoce, pero tengo que hablar con usted de un asunto muy delicado. Sería mejor que nos viéramos en persona. Yo estoy en La Coruña y puedo acercarme a Santiago cuando usted me diga. Es urgente.

El exdeán no se fiaba y le pidió algún detalle. Y aquel hombre desconocido se los dio.

—Verá, yo soy amigo de Manolo Fernández Castiñeiras, el electricista. Él está ahora..., está mal, esperando el juicio, y me ha dado un material, un DVD en el que hay mucha información comprometedor para usted. Yo creo que a usted le interesa que nos veamos.

El anciano sacerdote no entendía lo que estaba ocurriendo. Su nombre y su imagen habían salido en televisión, algunos de sus errores y sus debilidades habían sido expuestos, y eso lo había convertido en objetivo del chantajista, que no iba a dejarlo escapar fácilmente.

—Manolo tiene grabaciones de varias conversaciones que tuvo con usted. Algunas son delicadas. Le dejan a usted en mal lugar, a usted y también a otros sacerdotes de la catedral. En las grabaciones hablan sobre el robo del *Calixtino* y sobre cómo desaparecía de allí el dinero de los peregrinos.

El exdeán aceptó verse en persona con aquel hombre. Lo hizo hasta en dos ocasiones. El tipo le reclamaba dieciocho mil euros a cambio del supuesto DVD comprometedor. Esta vez, a diferencia de con otros chantajes que había sufrido en el pasado, don José María había aprendido la lección y acudió a ver a su sucesor en la catedral, el nuevo deán, don Segundo. Y el nuevo *primus inter pares* lo tuvo claro: había que denunciar ese chantaje a la policía inmediatamente.

La investigación de la extorsión al exdeán corrió a cargo de agentes del GRECO (Grupo de Respuesta al Crimen Organizado) de Galicia, que orientaron al viejo canónigo. Cuando el chantajista volviera a llamarlo por teléfono, debía decirle que estaba tratando de conseguir todo el dinero y tenía que ofrecerse a entregárselo en persona en cuanto lo tuviera todo; lo haría donde el chantajista quisiera, cuando quisiera. Aquel hombre no tardó en llamar. Y fijaron una cita para cambiar el dinero por las grabaciones. La tarde del 10 de enero, en el convento de las Madres Mercedarias, un tranquilo cenobio de clausura situado extramuros del perímetro medieval de Santiago, frente a la puerta de Mazarelos, la única que se conserva de esa etapa.

Frente a su fachada neoclásica con pilastras corintias esperaban varios policías de paisano, confundidos con turistas, curiosos o amantes del arte, disimulando, dos de ellos haciendo ver que observaban un relieve barroco de *La Anunciación de la Virgen*, obra de Mateo de Prado. Allí estaba, nervioso, el exdeán, con un sobre donde se suponía que había dieciocho mil euros en billetes. Y allí llegó su extorsionador, que obviamente no llevaba ningún DVD. Cuando el hombre iba al encuentro del sacerdote, cuatro policías lo

detuvieron.

Los agentes lo llevaron a comisaría. Los investigadores tuvieron un chispazo de inspiración: habían leído en la revista *Interviú* que un chantajista había extorsionado hacía poco tiempo a la baronesa Thyssen con un supuesto DVD también comprometedor, esta vez para su nuera, Blanca Cuesta. Y uno de ellos recordó que la cantidad que le habían estafado a Carmen Cervera era la misma que ese hombre reclamaba ahora al sacerdote: dieciocho mil euros. Aquella investigación la había llevado la Guardia Civil de Madrid, de forma que enviaron las imágenes del detenido a sus compañeros de verde y, con su permiso, también al guardaespaldas de la baronesa, Manuel Tumbeiro. La respuesta llegó muy rápido. El chantajista del deán era el mismo que el de la baronesa. Se llamaba Fernando Sieira Maneiro, tenía cuarenta y tres años y había nacido en Noia, provincia de La Coruña.

Tras haberse *fundido* el dinero de la baronesa Thyssen, Sieira, hijo de un antiguo concejal socialista en Porto do Son, regresó a Galicia y vivía a saltos en varios hoteles y apartamentos de La Coruña. Llevaba años siendo lo que los policías llaman un «pirulero», un estafador de poca monta, un buscavidas. Había sido acusado de hurto tiempo atrás, se ocultó en Canarias y allí debió de intentar engañar a quien no debía, porque alguien lo tiró por el hueco de un ascensor y sobrevivió de milagro.

De regreso a la Península, Sieira siguió engañando a gente de todo tipo. Por ejemplo, al que fuera director de El Corte Inglés en La Coruña, al que pidió setenta mil euros por no revelar una información disparatada:

—Sé que ustedes se dedican a traficar con cocaína camuflada en algunos de sus vehículos. Si no recibo el dinero, haré público un DVD con toda esa información que lo demuestra.

El ejecutivo acudió inmediatamente a la policía, que detuvo a Sieira. Como el chantaje había sido frustrado, así lo manda la ley española, el *pirulero* quedó en libertad. Ese mismo año, 2009, pasó por Madrid y se puso en contacto con uno de los dueños de uno de los clubes de alterne entonces más famosos de España, el Flowers Park. El local, en la salida de la capital por la autopista hacia La Coruña, había tenido cierta notoriedad por algunas redadas policiales y porque uno de los implicados en los atentados del 11 de

marzo del 2004 había sido cliente. Así que Sieira trató de aprovechar lo que él pensaba que era su debilidad, sus propietarios no querían nuevos escándalos en los medios de comunicación, ni más problemas con la policía. Llamó por teléfono con una oferta que, pensaba, los dueños del burdel no iban a poder rechazar.

—Ayer estuve allí, en vuestro local. Si no me dais cincuenta mil euros en una semana, volveré y dejaré dentro un kilo de cocaína. Luego, avisaré a mis amigos policías de que tenéis droga para que hagan una redada y la encuentren.

El interlocutor que hablaba en nombre del Flowers, un lugar presentado oficialmente como «discoteca erótica», mostró sangre fría y regateó el precio con el chantajista. Logró que lo rebajara hasta su cantidad fetiche: dieciocho mil euros. Luego, acudió a la policía, que volvió a desbaratar los planes del *pirulero* gallego. Casi todas sus víctimas, ya fueran baronesas, sacerdotes o dueños de locales de alterne, habían denunciado sus delitos. Todos menos las víctimas de un ramo algo especial. Los investigadores descubrieron datos que indicaban que Sieira había ofrecido a políticos del PP gallego trapos sucios del PSOE y viceversa a cambio de dinero. Esas ofertas no habían sido denunciadas.

Así andaba trasteando Fernando Sieira hasta que fue detenido en enero del 2013, tratando de sacarle los cuartos al viejo deán de la catedral de Santiago. Él lo negaba, decía que, cuando los policías lo detuvieron, simplemente iba a visitar el convento de las Madres Mercedarias. Los agentes lo pusieron a disposición del juez que iba a encargarse del caso: era José Antonio Vázquez Taín. Sin dudar demasiado, el juez lo mandó a prisión.

Dos días después, el 15 de enero, se celebró un juicio rápido contra Sieira. El hombre fue condenado a trescientos euros de multa por un delito de estafa en grado de tentativa. Le prohibieron, además, acercarse a la catedral de Santiago durante los dos años siguientes. Más de cuatro años después, en abril del 2017, el *pirulero* iba a enfrentarse en Madrid al juicio por la estafa, esa sí consumada, a la baronesa Thyssen. La fiscalía pedía para él dos años de prisión. Parecía que esta vez no se escaparía. El 3 de abril estaba fijado el juicio y Carmen Cervera debería comparecer como testigo a las nueve y media

de la mañana. Todo el mundo volvería a hablar de aquel falso vídeo porno de su nuera y de sus problemas en su relación con su hijo Borja Thyssen, últimamente muy mejorada. Días antes, el estafador recibió una oferta muy generosa por parte del Ministerio Fiscal. Si aceptaba, podía pagar una multa a la baronesa y no entraría en prisión. Sieira estaba de acuerdo, pero explicó que no tenía un euro, se lo había fundido todo, no tenía trabajo ni ingresos. No tenía cómo pagar. Pero la fiscalía, y Carmen Cervera, que aceptó ese trato, le ofrecieron facilidades: podía pagar a plazos, unos setecientos cincuenta euros cada mes, hasta devolver los dieciocho mil euros que se llevó en un sobre. Si aceptaba, no iría a prisión. No habría juicio. Ni más escándalos con aquel asunto tan turbio del pago por el vídeo sexual que no existía más que en la imaginación del estafador y, quizá, por su habilidad para engañar, en la de la baronesa Thyssen.

- CAPÍTULO 32 -

LOS PECADOS DE LOS DEMÁS

Y he aquí que no solo perderéis los tesoros que inicualemente habéis juntado con innumerables engaños, sino que perderéis también vuestra alma y vuestro propio nombre en el futuro y os alegraréis como el que es capturado por los enemigos, es herido, despojado, encerrado en un calabozo, atormentado y últimamente afligido por el hambre, el frío y la tristeza. No diréis más: yo soy aquel que solía ser convidado feliz, sino: yo soy desgraciado en la pena. El que pierde a sí mismo hace un mal negocio, puesto que lo pierde todo. Atended a lo que dice de vosotros el libro de la Sabiduría: «El que derrama sangre y el que comete engaño movido por el lucro son hermanos». Sabed que vuestros lucros, con los cuales llenáis vuestras bolsas, perjudicando a los peregrinos, no son lucros, sino delitos. Pues el lucro que aparta a su dueño del reino de Dios y lo mete en el infierno, no es lucro, sino daño. Vuestras artes e ingenio agudísimos, con los que engañáis a los peregrinos, os apartan totalmente del reino de Dios y os introducen profundamente en el infierno. ¿Qué os aprovecha reunir riquezas con vuestras malas artes, si perdéis vuestras almas en el infierno? ¿Qué aprovecha al hombre si consigue todo el mundo, pero se pierde a sí mismo y se causa daño a sí propio? En proporción a vuestra avaricia, conseguís ganancias enormes e ilícitas, con las cuales alimentáis innumerables y nocivos vicios. Por lo cual dice san Pablo: «La avaricia es la raíz de todos los males, la cual apeteciendo algunos erraron en la fe y se mezclaron en muchos dolores». Así como de la caridad nacen todos los bienes, así de la avaricia surgen todos los

males. Por la ambición el hombre miente, postergando su lealtad; se hace avaro, simoníaco, vende a Cristo, ofende a Dios, abandona el amor al prójimo, olvida al pobre, pierde toda la caridad, olvida el reino de los cielos, corrompe los juicios humanos en el tribunal de los nobles, tiene lugar la fornicación y el adulterio, el latrocinio y el sacrilegio, y el falso juramento se comete y todos los males y todos los vicios; la misma dignidad clerical, y esto es lo peor, se envilece, la riqueza se amontona, por lo cual la verdadera pobreza, que Cristo mandó amar a los fieles devotos, es violada y todo género de vicios se fomentan.

(*Códice Calixtino*)

Después de ser detenido y puesto en libertad, mientras esperaba que se celebrara el juicio contra él, Castiñeiras dejó su piso de Milladoiro y se refugió en Negreira, en la pequeña casa rural del pueblo de su mujer, donde podía matar el tiempo trabajando en una pequeña huerta. Los fines de semana acudía al ático que había comprado cerca de la playa de Sanxenxo en sus años gloriosos de la catedral. Ya no se dejaba ver por Santiago, pero no iba a tardar en hacerse escuchar en todo el mundo. El 14 de febrero del 2013, Manolo Castiñeiras envió al juez Vázquez Taín una carta de quince folios en la que explicaba su *verdad* sobre el robo del *Códice* y, sobre todo, su *verdad* sobre la vida en la catedral. «Soy un pecador», había dicho. Pero también añadía que le enseñaron que «los pecados de los demás no limpian mis pecados».

En su carta, el electricista explicaba lo que había querido decir con esa enigmática frase y se mostraba dispuesto a relatar los pecados de los demás, los gobernantes del templo, los sacerdotes, los canónigos. Los hombres santos de la catedral no cumplían al menos con dos de los votos sagrados, según Castiñeiras. «La gente nunca se enteraría de la tristura que yo siento y he sentido durante años... al comprobar que ni la pobreza ni la castidad existe en algunas personas que se les supone.» (*ver página J*).

El electricista recordaba en su carta que él no era ningún pecador cuando en 1982 llegó por primera vez a la catedral de Santiago. Su primer trabajo fue hacer unos arreglos en el despacho del administrador, «un señor muy serio y que respetaba a todas las personas». Todo iba bien, pero en las tertulias de las cafeterías cercanas, el entonces joven instalador eléctrico se sorprendía de

que se hablara con «total naturalidad» de que «había relaciones sexuales entre un canónigo y un chico». Manolo explicaba en el escrito que tres sacerdotes llegaban a hacer chistes sobre ese asunto en la cafetería. Y afirmaba que el canónigo en cuestión era don José María Díaz, el que luego sería elegido deán, la máxima autoridad de la catedral. El hombre no olvidaba que «allí, tomando un café, al recién llegado que era yo se le contaba que el canónigo había acogido al chico cuando aún era un niño».

La carta de Manolo hacía mucho daño al deán. Aseguraba que había dado empleo a una hermana del menor que había adoptado y del que, siempre según su versión, había abusado siendo menor de edad. Incluso afirmaba que cada jueves invitaba a los padres del chico a la casa donde ambos convivían. Allí, decía la leyenda de la catedral, el padre del chaval se habría suicidado, aunque los hechos afirmaban que había muerto tras caerse por unas escaleras.

Los canónigos tenían a su disposición unos pisos para vivir, según la carta del electricista, que denunciaba que podían alquilarlos para ganar dinero o incluso meter allí a menores de edad. El joven que vivía con el deán había crecido y las influencias de este habían servido para conseguirle trabajo en la Xunta de Galicia. Manolo acudía a tomar café a la casa donde vivían ambos y vio actitudes «que iban más allá de lo humanamente paternal». Con el tiempo y la confianza, según el electricista, el deán le había confesado que tenía una relación sexual con el joven, su antiguo pupilo. Castiñeiras aseguraba que había visto varias escenas en que el deán se mostraba muy cariñoso con el joven y hasta le daba «palmaditas en el culo» en presencia de otras personas, como él.

Manolo hablaba también en su escrito al juez de otra pareja de sacerdotes homosexuales que tenían otra relación conocida en la catedral. Y de cierto trasiego sexual en algunos de los dormitorios de los canónigos, incluso en la casa de las Mercedarias, un convento donde vivían monjas de clausura y en el que había una estancia para los sacerdotes. «Podría describir episodios en los que yo mismo vi en el cuarto de baño de la casa de las Mercedarias preservativos usados», denunciaba Castiñeiras.

El escrito describía una «enemistad tremenda» entre dos ancianos canónigos porque, decía, ambos estaban «enamorado» de un joven «que era seminarista en el Seminario Mayor». Tanto que uno de los sacerdotes había insultado al otro «por intentar quitarle la pareja». Castiñeiras dijo que él

mismo había escuchado cómo le reprochaba: «¡Tú me sacas a ese chico!». Esos dos mismos canónigos habían acosado a un joven sacristán, un chico que tenía novia y al que, según la carta del electricista, cuando les acercaba el cordón por detrás para vestirse e ir a misa, ellos le agarraban fuertemente las manos y aprovechaban para acariciárselas, sin dejar que se soltara. El joven les decía entonces «asquerosos» y se marchaba.

El electricista también dijo haber conocido otros supuestos abusos que tenían lugar en el Seminario Mayor, la escuela donde vivían y se preparaban los jóvenes aspirantes a sacerdotes. Allí, según su versión, algunos de sus formadores, todos religiosos, aprovechaban los meses de verano, cuando hacía calor y muchos jóvenes dormían solo con la ropa interior puesta, para entrar en las habitaciones de algunos de ellos, dormidos. «Les acariciaban el pene o el culo, según la postura en la que estuviesen, y si alguno abría los ojos, le decían: “¡Hay que taparse, que te va a coger el frío!”», denunciaba en su carta.

En cuanto al dinero y los robos, el electricista decía al juez Vázquez Taín que también se conocían y se toleraban en la catedral. Decía que él siempre había visto, con sus propios ojos, cómo se saqueaban los donativos de los peregrinos. «Metían la mano en la bolsa y sacaban dinero, eso lo vi yo.» Castiñeiras explicaba la mecánica habitual y la lucha que se producía entre algunos *ratones* por llegar antes a los cepillos de las zonas del templo donde los peregrinos eran más generosos: «Se peleaban delante de mí cuando yo estaba allí rezando por el lado derecho mirando al altar porque se reían diciendo que era donde más se recaudaba. Cuando acababan de pedir, pasaban por donde están las cenizas del apóstol, que no hay nadie, metían la mano en la bolsa y sacaban dinero».

En cuanto a quiénes eran los *ratones* que se llevaban el queso del que les había hablado el deán, Castiñeiras no dejaba títere con cabeza: «En la catedral yo siempre vi que robaban dinero. Por poner un ejemplo: todos». Explicaba que uno de los trabajadores de la seo pasaba tres meses de vacaciones al año en La Manga del Mar Menor. Que otro iba mucho a Tenerife y que un tercero que vivía «en una casita pequeña», la tiró y se hizo «un edificio de cinco pisos, bajo y garaje». Añadía que también se robaban una buena parte de los donativos en especie que llegaban al templo: «Cuando venían las ofrendas en cestos o recipientes con plata, jamones o buenos vinos, cogían lo mejor y se lo

llevaban». Según su relato, lo que quedaba de esos regalos se metía al templo por la puerta de la Sacristía, pero «ya habiendo vaciado parte del recipiente».

El electricista se presentaba casi como un hombre atormentado por conocer y callar la corrupción y los abusos durante años. Quería ser casi un justiciero: «Llevaba tiempo pensando en cómo hacer para que la gente se entere de lo que estaba pasando en la catedral de Santiago». Todo lo que contaba en su manuscrito era solo un «pequeñísimo granito de arena» de lo que él tenía «por manifestar» sobre todo lo que había vivido el templo más importante de España. No soportaba quedar como la mala persona de la catedral, aguantar que otros, en su opinión, peores personas que él se fueran de rositas. El juez Taín envió ese documento al juzgado de guardia para que se investigaran todos los delitos de los que ahí se hablaban. La Audiencia de La Coruña decidió dar carpetazo porque entendió que no había indicios ni pruebas suficientes para investigar la vida de la catedral. Aun así, durante el juicio contra él, Manolo Castiñeiras iba a tener oportunidad de contar los granos hasta el desierto. Podría hacer que del templo de Santiago no quedase piedra sobre piedra.

- CAPÍTULO 33 -

EN EL BANQUILLO

Comen de los pecados del pueblo de Dios los que, tal como hemos dicho, reciben dineros de sus feligreses. Comen de los pecados del pueblo de Dios los malos jueces que por dinero se apartan de juzgar rectamente, o que lo reciben de aquellos a quienes deben hacer justicia, porque les perdonen. Alzan las manos a las iniquidades del pueblo de Dios los malos prelados y los malos jueces, que se alegran cuando hallan culpable a algún subordinado suyo, para poder acusarlo y sacarle dinero. Igualmente, cualquier obispo que taimadamente quite una iglesia a cualquier sacerdote o cualquier honor a quien lo tenga, y los dé por dinero a otros, se condena.

(Códice Calixtino)

El juicio contra José Manuel Fernández Castiñeiras, su mujer y su hijo se celebró en la Audiencia Provincial de La Coruña entre los meses de enero y febrero del 2015. Antes de que los acusados se sentaran en el banquillo y los testigos hablaran, siguieron ocurriendo cosas «curiosas» para el inspector jefe Tenorio y los suyos, que también participaron en el proceso. En diciembre del 2014, la defensa del electricista, ejercida ya por la abogada Carmen Ventoso, presentó un informe psicológico sobre Castiñeiras. Era algo novedoso, porque desde que había sido detenido, el hombre se había negado siempre, y lo seguiría haciendo hasta el final, a ser examinado por los psiquiatras del Imelga, el Instituto de Medicina Legal de Galicia. Muchos acusados de delitos acceden a someterse a la lupa de los expertos en la conducta humana porque los psiquiatras pueden descubrir que padecen un trastorno y eso puede

ayudarlos a ver reducida su condena. Muchos acusados acceden a que un extraño entre en su mente, pero Manolo Castiñeiras, no. Al jefe Tenorio y a la inspectora Ana no les sorprendió la decisión del electricista, así que cuando vieron que un psicólogo lo había estado tratando tuvieron curiosidad.

En realidad, había sido Remedios, la mujer del electricista, la que lo había forzado a ir a la consulta, después de las detenciones y de pasar ella misma cuatro noches en la cárcel. La mujer estaba acusada de blanqueo de dinero en el juicio en el que su marido era el protagonista. Y su hijo, Jesús, también. La fiscalía reclamaba para ellos un año y medio de cárcel. De forma que Castiñeiras, a quien pedían quince años de prisión por el robo del *Códice*, del dinero y otros delitos, no pudo negarse a acudir a las sesiones de terapia con un psicólogo. Se trataba de un prestigioso profesional de la zona de Vilagarcía de Arousa, la misma de la abogada de Castiñeiras y la misma donde se había curtido como juez el magistrado José Antonio Vázquez Taín.

El psicólogo estuvo tratando al electricista hasta en quince sesiones. En su informe, que explicaría luego ante el tribunal que juzgaba a Castiñeiras, aseguraba que el que fuera electricista de la catedral sufría «elevados parámetros depresivos» y un «alto nivel de ansiedad». Castiñeiras tenía entonces sesenta y tres años y el especialista buceó en la historia de su familia en busca de algo que ayudara a entender su conducta y, si fuera posible, disminuir su condena.

Ante el psicólogo, y forzado por su mujer y las circunstancias, Castiñeiras explicó algunos detalles sobre su vida. Dijo que recordaba que su abuelo ya cogía cosas sin ton ni son de las calles. Que su padre, José Fernández, también padecía esa manía y que los vecinos de San Xoan de Ortoño, una pequeña localidad cercana a Ames donde habían vivido, aún lo recordaban. El padre del electricista había sido también un hombre muy religioso, lo que permitía darse cuenta de lo importante que había sido para Castiñeiras entrar en la cúspide del cristianismo en Santiago de Compostela, pero el hombre acabó yendo por los caminos del pueblo sin ton ni son, recogiendo trastos que la gente abandonaba y cantando alabanzas al Señor. En aquel pueblo recordaban que cuando José Fernández era ya un anciano, se había construido una caseta de chapa donde guardaba la mayoría de esos objetos callejeros inútiles.

Visto ahora, el padre de Castiñeiras parecía sufrir algún tipo de síndrome de Diógenes, el mal diagnosticado en los años setenta del siglo pasado para

definir a personas hurañas, que acumulan grandes cantidades de objetos inservibles o basura y bautizado así en honor a Diógenes de Sínope, un filósofo de la época de Aristóteles que preconizaba un estilo de vida extremadamente austero y sin comodidades de ningún tipo. El síndrome de Diógenes suele ir acompañado de algún trastorno de personalidad obsesivo compulsivo y es más habitual en personas ancianas.

El psicólogo diagnosticó que Castiñeiras padecía algo similar a su padre. Lo llamó síndrome «obsesivo compulsivo de tipo acumulador», es decir, el electricista de la catedral de Santiago tendría un trastorno que lo empujaría a acumular cosas de todo tipo. Luego, siempre según ese diagnóstico, se siente mal consigo mismo por guardarlas. Se siente también «culpable» por haber ocultado a su familia la acumulación de objetos. No se muestra nunca, eso sí, demasiado arrepentido por haber cogido el *Códice Calixtino*. Siempre decía la palabra: «cogido», nunca «robado». Sabía que lo que había hecho estaba mal, pero siempre aseguraba que pensaba devolverlo, en el fondo no había sido algo tan grave.

Remedios, la humilde costurera, le contaría al psicólogo que ni ella ni su hijo sabían lo que guardaba su marido detrás de aquella cortina colocada en su casa, que los dos se habían enterado «hace poco» de todo eso, «por un problema legal», en alusión al asunto del *Códice Calixtino* y el registro de sus casas realizado por la policía. Desde que supo eso, aseguraba, ella se encargaba de «controlar» a su esposo y lo acompañaba diariamente. Es una mujer humilde que desde el principio aceptó y asumió las manías del marido en todos los aspectos de su relación.

En realidad, ese patrón de conducta no parecía ajeno a Manolo. La famosa cortina con la que separaba la «estancia privada» de su casa de su mujer y su hijo, la acumulación de montones de documentos, su propio aspecto personal, extremadamente humilde, que le haría acudir al juicio con un par de zapatos casi rotos... El problema fue, según el tribunal que lo juzgó, que Castiñeiras no acumulaba solo basura, sino objetos de valor, algunos de muchísimo valor como el *Códice Calixtino*, y montañas de dinero, hasta dos millones trescientos mil euros. El psicólogo trató de explicarlo afirmando que el trastorno de Manolo era especialmente acentuado cuando se trataba de recoger objetos de «papel»; de hecho, aún tenía guardados algunos papeles del año 1960. Y puso algunos ejemplos de que el hombre, cuando estaba ya en libertad

y a la espera de juicio, seguía recogiendo cosas de la calle. «Noticias de prensa, folletos de propaganda...»

Castiñeiras le dijo al psicólogo que había empezado a almacenar papeles «desde que era un crío» y admitió ante él: «No soy capaz de frenarme». Nunca en su vida había acudido al médico en busca de ayuda. El experto recomendó entonces que un psiquiatra lo examinara para completar su diagnóstico y ponerle un tratamiento adecuado, pero el electricista se negó a ser examinado por ninguno de ellos. Su abogada intentó que en el juicio contra Castiñeiras y su familia declararan varios conocidos y contaran toda esa historia familiar de trastornos y acumulaciones inútiles, pero el tribunal rechazó su petición. La idea que pretendían defender era que Manolo era un cleptómano, un acumulador de objetos, y que el entorno algo «enfermizo» de la catedral de Santiago, donde parecía que todo el mundo que estaba allí dentro podía coger cosas y nadie controlaba lo que ocurría ni lo denunciaba, habían agravado su trastorno.

El profesor García-Andrade, una verdadera eminencia en psiquiatría forense, un pionero y también un superviviente, solía decir que la represión de un deseo natural lleva al delito. Es decir, si alguien quiere comer y se lo impiden las circunstancias o su situación, esa persona puede acabar robando para conseguir la comida. Si alguien tiene ganas de sexo y no lo consigue, si no se lo dan libremente, puede acabar cometiendo delitos para lograrlo. Una rama de la criminología es la que atiende a esa faceta sexual que está detrás de muchos delitos, no solo de las violaciones o agresiones sexuales a mujeres. Beatriz de Vicente, profesora de Criminología en la Universidad Camilo José Cela de Madrid, habla de «acciones sexuadas», comportamientos que aparentemente no tienen caracteres sexuales, pero que sí están impregnados de una «fuerte pulsión sexual».

Entre esos comportamientos sexuados, De Vicente incluye los incendios provocados por algunos pirómanos que no buscan venganza ni dinero ni son personas torpes que cometen una negligencia en el monte. Y también a los cleptómanos sexuales, aquellas personas que no roban solo por dinero, sino que sustituyen la sexualidad por el robo, que les genera emocionalmente la misma carga de tensión erótica. Así, algunos cleptómanos sustituyen la seducción, la acción y el clímax propios de una relación sexual por sensaciones similares que consiguen robando papeles, cosas. Se excitan con la

idea de robar y llegan a sentir robando algo similar al orgasmo —algunas mujeres cleptómanas han contado que ellas lo alcanzaban después de cometer sus hurtos.

El DSM IV, el manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales que edita la Asociación de Psiquiatría de los Estados Unidos, define la cleptomanía, un término acuñado en 1838 por el psiquiatra francés Esquirol para explicar los robos cometidos entonces casi siempre por mujeres en grandes almacenes, como «la incapacidad recurrente de resistir el impulso de robar objetos que son innecesarios para su uso personal o para la obtención de fines económicos». Ese trastorno puede en ocasiones requerir a quienes lo padecen «demasiado tiempo» y puede, como sería el caso del electricista Castiñeiras, «interferir significativamente en su funcionamiento social». De hecho, incluso cuando iba a terapia, el electricista no podía evitar llevarse a casa algunas revistas de la consulta.

Los cleptómanos sexuales buscan, según los estudios psicológicos, el hurto como algo «secreto, íntimo, prohibido». Y luego sufren remordimientos. No queda claro que Castiñeiras fuera un cleptómano sexual, porque también robaba dinero, mucho dinero, aunque la mayoría lo escondía en su casa y no lo gastaba en su vida diaria, pero sí que acumuló cosas inútiles y que no necesitaba durante años (folletos, periódicos, documentación, cartas de vecinos que no llegaba ni a abrir en muchos casos...). En cuanto al *Códice*, los investigadores creen que su robo fue una pura venganza para provocar un disgusto al deán y forzar su caída en desgracia. El electricista nunca intentó venderlo, ni siquiera cambiarlo de sitio. Lo tuvo casi un año en un garaje y todo indica que ni siquiera leyó una de sus páginas.

Lejos de aquellas teorías desfasadas y machistas que trataban de explicar que la mayoría de las cleptómanas son mujeres y apuntaban a la influencia del «ciclo menstrual» en sus robos, actualmente hay varias explicaciones para ese comportamiento. Se trata, por un lado, como advirtió el psicólogo que trató a Castiñeiras, de un «trastorno en el control de los impulsos». También hay estudiosos que apuntan a la «adicción» a la cleptomanía, algo similar a lo que siente una persona dependiente de una droga. En esa línea, el electricista sufriría ansiedad antes de cometer los robos y esa tensión bajaría cuando los llevara a cabo, pero muy pronto sentiría la urgencia de repetirlos, en apenas unas horas.

Entre un hurto y otro, para un cleptómano la vida se vuelve gris, vulgar, aburrida, algo que sí podría aplicarse al ladrón de documentos, dinero y, finalmente, el *Códice Calixtino* en la catedral. La idea de una posible adicción a cometer pequeños robos ha hecho que en algunos países incluso se haya suministrado a los cleptómanos naltrexona, un antagonista de los opiáceos que se utiliza en los tratamientos para la desintoxicación de la heroína. Y los experimentos parecen haber funcionado, pues se han reducido los robos.

En Santiago de Compostela se acercaba el juicio por el robo del *Calixtino* y todos los implicados, no solo el cleptómano más o menos diagnosticado Manolo Castiñeiras y su familia, deberían pasar por el estrado. Los acusados, como lo permite la ley española, podrían mentir, no contestar o alegar cualquier falta de memoria para eludir las preguntas difíciles. Los testigos, sin embargo, siempre deben decir la verdad, y no pueden siquiera alegar sospechosas y repentinas amnesias sobre lo que les pregunten. Si lo hacen, el tribunal puede acusarlos de falso testimonio, un delito castigado en España hasta con tres años de cárcel.

Entre los testigos llamados por el tribunal que deberían decir verdad estaba, claro, el que fuera deán de la catedral y buen amigo de Manolo, don José María Díaz. El psicólogo que había tratado al electricista hablaba en su informe entregado al juez Taín de la «peculiar relación de obediencia-sumisión» que Castiñeiras tenía con el anciano sacerdote, a quien definía como «persona de mal carácter, déspota e intransigente». Era muy posible que don José María tuviera que explicar los detalles de esa relación con el electricista ladrón, definida por el psicólogo como algo «que va más allá de una relación de jefe-empleado». El terapeuta apuntaba esa obediencia casi servil de Manolo hacia el canónigo y la comparaba con algo similar a la que ocurría a veces entre un hijo y su padre, dado que el sacerdote tiene veintiún años más que el electricista.

Antes, delante del juez Vázquez Taín, Manolo Castiñeiras había comparado su relación con el deán de otra forma. Había dicho que ellos dos eran como un tío y un sobrino muy allegados. El informe psicológico apuntaba que el deán podría haber manipulado al hombre de forma «encubierta», es decir, sin tener necesidad de darle ninguna orden para que hiciera lo que quisiera, y señalaba que, a pesar de todo lo ocurrido, pese a la tormenta del *Códice*, esa relación entre los dos hombres «persiste aún hoy, pese a los

problemas legales que surgieron». Tanto que, cuando hablaba del viejo deán, Castiñeiras siempre se refería a él como «señor».

El deán tendría que responder, y responder de verdad, a muchas preguntas incómodas sobre ese informe y sobre esa posible relación de dominación-sumisión con el electricista. Y también, y él lo sabía, le iban a preguntar sobre muchas cuestiones de la vida diaria y nocturna de la catedral, del descontrol del dinero de los peregrinos, quizá también sobre los vicios privados del organista, sobre el guardés nocturno, sobre las luchas de poder con otros canónigos próximos o no al Opus Dei y, si acaso el tribunal consentía y daba manga ancha a los abogados, también sobre aquellas historias de jóvenes monaguillos que visitaban el archivo y a los que personalmente enseñaba el *Códice*.

En diciembre del 2014, cuando faltaban menos de dos meses para el juicio del *Calixtino* en la sección sexta de la Audiencia Provincial, el abogado del canónigo don José María Díaz, que ya había sido cesado como archivero y también como deán de la catedral, presentó un informe médico. Padecía la enfermedad de párkinson, y sus síntomas y temblores, que ya habían detectado la inspectora Ana y los suyos cuando llegaron a Santiago para recuperar el *Códice*, se acentuaban especialmente en situaciones nerviosas. Tras su caída en desgracia, el anciano sacerdote vivía retirado en la parroquia de Mondoñedo, apartado de la catedral. Obligarlo a declarar en el juicio, sostenía el informe médico, podría hacer mucho daño a su salud. Los magistrados no hicieron caso y ordenaron que saliera de su retiro y acudiera a Compostela, donde fue examinado por los imparciales forenses del Instituto de Medicina Legal de Galicia.

Los expertos designados por el tribunal determinaron que Díaz Fernández, entonces de ochenta y cuatro años, apenas había sufrido algún pequeño «deterioro cognitivo» con el paso del tiempo. Añadieron que no había nada que le impidiera declarar en el juicio. La forense, eso sí, recomendó al tribunal que no hiciera esperar durante mucho tiempo en los pasillos al anciano sacerdote y que los interrogatorios que iban a hacerle no fueran demasiado largos ni invasivos. El deán era una pieza clave de todo el robo del *Códice*, tanto que el electricista cometió el robo para hacerle daño a él, de forma que el tribunal decidió rechazar su petición de excusarlo por su salud y lo obligó a testificar en el juicio que se iba a iniciar el 19 de enero del 2015.

La vista oral empezó con la declaración de Manolo el electricista (*ver página Q*). Las paredes de la catedral estaban inquietas por si mantenía su denuncia de robos masivos y sexo clandestino en el templo. Su abogada, Carmen Ventoso, había tratado de anular todo el caso contra él antes de empezar las sesiones. La combativa letrada apeló a que Castiñeiras había sufrido un «Guantánamo procesal» y recordó la entrada en su casa de un grupo especial de la policía para colocar los micrófonos. El tribunal lo rechazó y la declaración del acusado iba a ser clave para marcar el tono del juicio. Si seguía con su actitud agresiva y de poner el *ventilador*, las sesiones podían convertirse en un proceso a los que gobernaron la catedral y a quienes se aprovecharon del descontrol que allí reinaba durante años. Pero, para sorpresa de muchos, Manolo Castiñeiras optó por el silencio y la desmemoria. Acusó al juez Vázquez Taín de haberlo presionado con enviar a prisión a su esposa y a su hijo si no colaboraba. Esa presión, dijo, fue la que le habría hecho confesar su participación en el robo del *Códice Calixtino*, aunque eso tampoco lo recordaba. «Soy un hombre inocente», eso dijo. En realidad, afirmaba que no había visto el manuscrito en su vida. Alguien tenía que haberlo puesto en su garaje. Tampoco sabía nada de las montañas de dinero encontradas en su casa.

—No declararé libre. Me sentí maltratado, el juez se burló de mí —dijo ante el tribunal.

Con esa declaración, que era casi un armisticio con los canónigos y la catedral, Castiñeiras volvía a firmar la paz con el antiguo deán, que tenía que testificar dos días después. Podía haber hecho mucho más daño con un testimonio escandaloso que hubiera dado la vuelta al mundo, pero no lo hizo. Con sus silencios y con su teoría de que alguien le había colocado el *Calixtino* en aquella plaza de garaje, el electricista se había condenado. Pero así lograba favorecer a su esposa y su hijo, procesados por blanqueo de dinero al usar parte de los robos para comprar pisos. Y también hacía que el silencio volviera a caer sobre la piedra, sobre el símbolo de Santiago, el hogar del apóstol, la tumba a la que miles de peregrinos seguían llegando y dejando donativos.

Después de su marido, se sentó en el banquillo Remedios Nieto, la

humilde costurera. Explicó que ella pensaba que Manolo era muy ahorrador, que «somos una familia humilde, en casa no tenemos casi gastos». El hijo, Jesús, también acusado, declaró que su padre les prohibía entrar y tocar algunas cosas en casa, defendió la capacidad de ahorro de la familia y se mostró «traicionado» cuando supo las enormes cantidades de dinero que había en casa de su padre y hasta en su piso, donde el electricista había ocultado una parte del botín.

A pesar de todo lo que había ocurrido, su esposa y su hijo no acusaron a Castiñeiras de los robos, ni lo dejaron abandonado. El tribunal escuchó, además, una de las grabaciones realizadas por la policía en su casa. Una grabación que servía para dejar fuera de culpa en el robo a la esposa y al hijo del ladrón del *Calixtino*. En ella se escuchaba a Remedios, indignada, quejarse a su hijo sobre aquella habitación *sagrada* de su marido, la estancia tras la cortina en la que ellos no podían asomarse siquiera.

—Ya se sabe lo que tiene ahí. Solo mierda.

El exdeán don José María Díaz declaró en la tercera jornada del juicio. Todo había tomado un rumbo sensato y allí ya solo se estaba investigando el robo del *Códice*. Habría alguna pregunta incómoda, seguro, pero don José María, el religioso esfinge que asombraba a los policías por su capacidad para encajar los golpes, sabría superarlas con una sonrisa. Ninguna cuestión que le plantearan iba a ser tan dura como las cosas que le dijeron durante las investigaciones el inspector jefe Tenorio y la inspectora Ana, cuando ambos estaban buscando la verdad para recuperar el *Calixtino*.

Don José María no decepcionó. Estuvo educado y templado ante el tribunal, pese a las circunstancias. Recordó que había encargado a José Manuel, como él lo llamaba, arreglar la puerta de acceso a la cámara acorazada donde se guardaba el *Códice*. Quería que electrificara el portón. No estaba seguro de si le había dejado entonces la llave para que pudiera entrar a trabajar cuando él no estuviera. A Manolo el electricista lo había recomendado otro sacerdote, don Juan Martínez Bretal, que fuera superior jerárquico de don José María.

La relación entre dos hombres tan distintos siempre fue «muy buena», los dos hablaban mucho, siempre de «temas espirituales». El canónigo recordó

que José Manuel «siempre había sido muy amable y muy servicial conmigo, atendiéndome en todo detalle. Me llamaba la atención que este hombre nunca hablaba mal de nadie». Tampoco lo había hecho en el juicio, en realidad. Sentado a pocos metros, en el banquillo, Castiñeiras escuchaba al deán con la cabeza baja, la vieja señal identificada por la inspectora Ana de que Manolo ya no *estaba allí*.

El canónigo explicó que esa relación se había estropeado cuando a él lo habían nombrado deán de la catedral. Afirmó que el electricista había acudido rápidamente para reclamar los cuarenta mil euros que decía que le debían. Don José María no pudo ayudarlo y Castiñeiras no lo entendió, lo vivió como una puñalada. El exdeán lo resumió así: «Él pensó que yo estaba por encima de la ley». Posiblemente, no fue el único.

Por el juicio también pasó luego como testigo el que fuera administrador de la catedral, don Manuel Iglesias. Castiñeiras lo había responsabilizado de su despido y también de orquestar una extraña trama para robar el *Códice* y lograr así aumentar las visitas de los peregrinos al templo. Durante las sesiones, nadie habló de esos rumores, de *ratones* y queso. El sacerdote Iglesias contó al tribunal que el electricista mantuvo una «estrecha relación» con el canónigo Martínez Bretal, que estaba enterrado cerca de la zona donde luego cometería el robo y junto a cuyo sepulcro Manolo decía que acudía a rezar. Aquel sacerdote que acabó sus días casi ciego y caminando con dificultad por las dependencias del templo, guiado por el brazo de Manolo Castiñeiras, tenía dos juegos de llaves de la caja fuerte. Uno de ellos nunca había sido encontrado.

Iglesias confesó que, nada más llegar a su puesto de administrador de la catedral, en el año 2003, ya notó que faltaba mucho dinero de las cajas fuertes. Afirmó que muy pronto tuvo sospechas sobre Manolo Castiñeiras. No se decidió a poner una cámara de vídeo en su despacho hasta el año 2009, explicó, porque confiaba en descubrir al culpable por otros medios. Tampoco denunció los robos a la policía, ni siquiera, dijo, al cabildo, al gobierno de los sacerdotes, «para no generar alarma». Sí recordó haberle comentado algo al deán don José María Díaz, pero lo había hecho sin entrar en demasiados detalles.

El juicio concluyó sin revelaciones explosivas. La catedral seguiría en pie. El representante de la Iglesia anunció, generoso, que «moralmente

perdonamos» a Manolo Castiñeiras, aunque mantuvo su petición de que pasara treinta y un años en prisión. La sentencia dictada por los jueces Angel Pantín como presidente del tribunal y los magistrados Paz Filgueira y Jorge Cid, declaraba probado que el electricista había robado el *Códice Calixtino* y, además, se había apoderado de 2.447.590, 68 euros de la caja fuerte de la catedral.

También se había llevado 30.106 dólares estadounidenses y diferentes cantidades de dinero en billetes de libras esterlinas (Inglaterra), libras escocesas, reales y cruzeiros brasileños, pesos argentinos, dólares canadienses, billetes coreanos, florines húngaros, yens japoneses, zlotych polacos, francos suizos, billetes legales de Eslovenia, bolívares venezolanos, pesos uruguayos, colones de Costa Rica, pesos chilenos, soles de Perú, quetzales de Guatemala, nairas de Nigeria, rupias de la India, pesos cubanos, coronas danesas, dólares de Hong Kong, liras italianas, rupias de Indonesia, pesos mexicanos, rublos rusos, deset kunas de Croacia, dólares de Singapur, rupias de Sri Lanka —la antigua Ceilán—, liras de Rumanía, linares de la antigua Yugoslavia, coronas de Noruega, liras de Turquía, billetes de patdesiat de curso legal en Eslovaquia y la República Checa, dinero de China, escudos portugueses, rands de Sudáfrica, francos franceses, ykpihn de Ucrania, shillings austríacos y dólares de Trinidad y Tobago y también de las islas Bermudas. Manolo robó también rials de Yemen y de Irán, dinares de Túnez, libras del Líbano y hasta dírhams de Arabia Saudí. Dinero de todo el mundo, procedente de peregrinos y creyentes que lo entregaban en mano cuando llegaban a la catedral y que nadie controlaba. Pasaba al cepillo y luego otras manos lo llevaban a La Fábrica y finalmente a la Administración. La sentencia de la Audiencia de La Coruña lamenta la «clamorosa desidia» para vigilar los donativos que había cometido el sacerdote don Manuel Iglesias, administrador de los dineros del templo. También calificó como «censurable» que esos robos se ocultaran, durante todo el tiempo que duraron las pesquisas, a la policía que llegó a Santiago para investigar el robo del *Calixtino*. Los jueces no consideraron probado que otras personas, ya fueran canónigos o gregarios de la catedral, cogieran dinero de la caja fuerte, no contaban con elementos suficientes para hacerlo.

Los magistrados sí sentenciaron que Manolo se puso de acuerdo con su esposa, Remedios, para blanquear buena parte de ese dinero comprando pisos

y fincas. Así, entregaron más de cien mil euros para pagar un piso con dos plazas de garaje y trastero en la avenida de Rosalía de Castro, y apenas tres años después, más de ciento cincuenta mil euros a tocateja para hacerse con el ático de Sanxenxo. La mujer, según los magistrados, sabía que su marido no tenía «medios de vida lícitos» que permitieran hacer esos pagos, de forma que no podía alegar, como hacía y como han hecho luego esposas de políticos corruptos, desde Isabel Pantoja hasta la infanta Cristina de Borbón, desconocimiento de lo que hacía el hombre de su vida. En el cajón de la mesilla de noche de Remedios, además, la policía había encontrado tres mil euros en billetes. La esposa del electricista fue condenada a seis meses de prisión por ese delito de blanqueo de dinero. Como no tenía antecedentes penales anteriores y debido a su perfil personal y biográfico, los jueces decidieron no ordenar su ingreso en prisión, algo que pueden hacer cuando una condena es la primera para un ciudadano y no supera los dos años de cárcel.

El hijo, Jesús, fue absuelto. Los jueces explicaron en la sentencia que tenían «dudas» sobre su participación. Había cuarenta y nueve mil euros y tres facsímiles del *Calixtino* en su casa, pero eso no bastaba para condenarlo. Su padre no le dejaba tocar ni mirar en sus cosas y todo estaba dentro de un armario. Explicaron que «para condenar a una persona no basta la sospecha ni la conjetura, ni la verosimilitud ni siquiera la mera probabilidad. Solo sirve la certeza, entendida como probabilidad máxima, consecuencia de la aplicación del principio *in dubio pro reo*», en caso de duda, se beneficia al acusado.

En cuanto a Manolo Castiñeiras, el tribunal iba a desestimar que padeciera síndrome de Diógenes o un trastorno compulsivo similar a la cleptomanía que le hiciera almacenar objetos de todo tipo, especialmente de papel. De un lado, los jueces advirtieron que el electricista no solo almacenaba cosas inútiles, sino más bien al contrario, muy valiosas. Y no solo el *Códice Calixtino*, de valor incalculable. También, las montañas de dinero que ocultaba en su casa. Un dato que, en sus quince sesiones con el psicólogo, en compañía de su esposa, Manolo había olvidado mencionar ante su terapeuta. Además, Manuel no era un Diógenes, porque cogía parte de ese dinero y lo utilizaba para comprar pisos, uno de ellos cerca de la playa. También, a veces, lo llevaba al banco y lo ingresaba. En sus cuentas corrientes había más de setenta y cinco mil novecientos euros.

Y tampoco actuaba de forma compulsiva, según los jueces. Las imágenes

de sus robos, grabadas por la cámara oculta en el despacho del administrador, lo mostraban «examinando con detenimiento los papeles», leyéndolos y seleccionando los que finalmente se llevaba. Era la misma teoría que manejaban el juez Taín y el jefe Tenorio. Todo lo que acumulaba Castiñeiras tenía un valor para él, ya fuera simbólico o directamente económico. Las grabaciones de sus entradas en el despacho de la caja fuerte lo mostraban seleccionando, mirando y tocando todo, eligiendo incluso unos billetes concretos y rechazando otros con frialdad. En definitiva, los jueces entendieron que el electricista no padecía ninguna anomalía psíquica que le hiciera cometer los robos y le impidiera controlarse. Fue condenado a diez años de cárcel por los robos y el blanqueo de dinero, que luego el Tribunal Supremo rebajó a nueve y, finalmente, a ocho años y dos meses. Los jueces lo condenaron también a devolver al cabildo de la catedral dos millones cuatrocientos mil euros y treinta mil dólares. Además, dictaron que podrían embargársele su piso de Santiago y el ático de Sanxenxo.

Los jueces ordenaron en la sentencia que el millón setecientos mil euros que se había recuperado en los registros de las casas de Manolo fuera entregado de inmediato a la Iglesia. En un acto público celebrado poco después, el nuevo administrador anunció que el dinero se emplearía en obras de mantenimiento y reparaciones de la catedral. Pero, acto seguido, el nuevo jefe del cabildo, el deán don Segundo Pérez, propuso dedicarlo a «acción social», entregárselo a Cáritas y a las personas «sin techo».

El nuevo deán, don Segundo, explicó tras conocer la sentencia que sentía «pena» por el antiguo electricista: «Yo he trabajado con personas que han estado presas y me hubiese gustado que él no tuviera que ir a la cárcel, porque las personas se quedan muy tocadas allí y sus familias se desestructuran». Durante aquel juicio, Manolo Castiñeiras se libró de ser condenado por violar la intimidad del antiguo deán, don José María, y de otros dos canónigos a quienes había robado su correspondencia. El anciano sacerdote no quiso acusarlo y ese delito fue perdonado.

No ocurrió lo mismo con el siguiente juicio: el de los robos de la correspondencia privada de sus vecinos de la avenida de Rosalía de Castro. Manolo había cogido cartas de todo tipo que llegaban a los buzones del edificio, donde él había llegado a ser presidente de la Asociación de Vecinos. Cuando llegó el juicio, el electricista aseguró que no había cogido ninguna

carta, e incluso dejó abierta la puerta a que hubiesen sido los propios policías, los agentes que apoyaron al inspector jefe Tenorio y a la inspectora Ana, los que entraran en su piso y dejaran allí la correspondencia, pero las pruebas halladas en su casa eran abrumadoras.

Castiñeiras afrontó ese juicio con mucho más nerviosismo que el primero, incluso la vista fue aplazada después de que sufriera un episodio de estrés. Finalmente, la jueza Elena Fernández Currás iba a condenarlo a un año de prisión por cada carta de un vecino que se hubiese llevado durante los últimos cinco años antes de ser detenido por el robo del *Códice*. Todas las anteriores quedaron fuera del juicio al haber prescrito esos delitos contra la intimidad. Y fueron cientos de cartas de sus vecinos; solo de uno llamado Jose se había quedado con sesenta y ocho. Pese a ese límite de tiempo, Manolo el electricista conservaba ciento noventa cartas robadas a sus vecinos durante los últimos cinco años. Le quitó cincuenta y cinco a Francisco, setenta y seis a Mercedes, trece a Teresa, cinco a Fredesvinda... y hasta cuatro a la propia comunidad de propietarios, de la que él mismo había llegado a ser presidente. En la parte de atrás de dos de ellas, el electricista iba apuntando la contabilidad de sus robos. A dieciocho de esos vecinos, Castiñeiras tuvo que indemnizarlos con quinientos euros a cada uno. Y a otros tres más, a los que se demostró que había causado «perturbaciones morales», la jueza dictaminó que les pagara mil euros a cada uno.

No quedó claro nunca para qué robaba el electricista esas cartas. Algunas, como demostró su abogada, ni siquiera las abría. Pero muchas otras, sí. Y así Castiñeiras se enteraba de correspondencia privada de sus vecinos, de las cartas del banco, de citaciones médicas, facturas del gas, de empresas aseguradoras, algunos avisos del ayuntamiento, notificaciones sobre impuestos, hasta un carné de conducir de uno de sus compañeros de edificio... En años en que muchas gestiones seguían haciéndose por correo convencional, Manolo había provocado muchos trastornos a sus vecinos, que simplemente perdían citas o datos o no sabían que otros familiares les habían escrito cartas. A uno de ellos, una mujer madre de un joven discapacitado, le había robado los papeles donde la Administración le comunicaba que debía renovar la pensión de invalidez o la perdería. La mujer estuvo desesperada durante meses, no entendía por qué la carta no había llegado a casa. A todos, Manolo les había hecho «la vida imposible», como explicaron durante el juicio. La

jueza volvió a desestimar el informe del psicólogo donde se apuntaba que el hombre podía padecer un trastorno obsesivo que le hacía robar y acumular papeles. Entendió que lo había hecho, simplemente, por «el ánimo de conocer aspectos de la vida privada de algunos vecinos del mismo inmueble y portal». Es decir, para la magistrada Manolo, más que un enfermo, era un cotilla enfermizo.

La ley española no permite que ningún delincuente cumpla el triple de tiempo en prisión que la condena por su delito más grave. Como Castiñeiras había sido castigado con un año de prisión por cada carta robada, la condena de ciento noventa años (ciento noventa cartas) sería solo simbólica y el electricista solo cumplirá tres años por aquellos delitos. Tiempo de cárcel que ha de sumarse a los ocho años y dos meses por el robo del *Códice Calixtino*, del dinero de la catedral y del blanqueo comprando su piso y su ático.

- CAPÍTULO 34 -

UNO DE CADA CUATRO EUROS

El 10 de febrero del 2015, la policía fue a buscar a su ático de Sanxenxo a Manolo Castiñeiras para ponerlo a disposición del juez, que había ordenado su ingreso en prisión. El hombre había perdido todos los juicios, incluido el último recurso presentado por su abogada ante el Tribunal Supremo. Durante ese tiempo había disfrutado de libertad, pero ya no habría más prórrogas. Tenía que empezar a cumplir con la justicia los algo más de once años de condena efectiva por sus delitos.

Desde entonces, José Manuel Fernández Castiñeiras es un preso tranquilo, no da problemas. Está en la cárcel de A Lama, en la provincia de Pontevedra. Lleva cuatro años encarcelado y su fecha para recuperar la libertad es el año 2026. Eso sí, fiel al trastorno que le detectó el psicólogo, el único experto que consintió que lo viera, durante algunas temporadas ha ido amontonando en su celda los tiques diarios de la cafetería de la prisión. Desde que este libro fue escrito, el electricista jubilado puede solicitar permisos de salida, que es muy posible que obtenga, y también pedir pasar a disfrutar del régimen carcelario de tercer grado, que permite acudir a la prisión solo para dormir.

Remedios Nieto y su hijo Jesús Fernández no entraron en prisión. La mujer fue condenada a seis meses y el joven fue absuelto en los juicios contra el cabeza de familia. La sentencia ordenaba que se les embargaran uno de los pisos que tenían en la avenida de Rosalía de Castro, así como el ático con plaza de garaje que habían comprado cerca de la playa de Sanxenxo con el dinero robado por Manolo en la caja fuerte de la catedral. A finales del pasado año, esa decisión judicial aún no se había ejecutado.

Tras el escándalo del robo y el juicio por el *Calixtino*, don José María

Díaz fue cesado de sus puestos y apartado a una casa parroquial en Milladoiro, a las afueras de Santiago de Compostela. Pasó a ser deán emérito y publicó un libro de poemas llamado *Ante el Pórtico de la Gloria*. El cabildo de la catedral eligió para sucederlo a don Segundo Martínez, uno de los canónigos que más había colaborado con la policía en aquel año turbulento y que sigue al frente del cabildo. El descontrol de las cuentas del templo había provocado que se nombrara a un nuevo administrador. Por primera vez en la milenaria historia de la catedral, no es un religioso, sino un profesional civil ajeno a la catedral. Fue elegido para esa misión Florencio Domínguez, un ejecutivo que se había curtido en Caixa Galicia y Televisión. Ya nunca más un sacerdote se encargará de las finanzas ni de velar por las donaciones de los peregrinos.

Lo cierto es que el cambio ha borrado para siempre algunos agujeros de seguridad por el que parecían colarse los *ratones* del templo. Antes, un año normal de la etapa anterior, la catedral de Santiago perdía unos ciento setenta mil euros, según sus propios datos. Ese déficit se compensaba cuando tenía lugar un Año Santo compostelano. Entonces, el aluvión de peregrinos con donativos frescos hacía que se ganara en torno a medio millón de euros. Sin embargo, desde que los canónigos no tienen el control del dinero, la catedral gana mucho, todos los años, no solo los de Xacobeo. Presenta un superávit en torno a ciento ochenta y cinco mil euros anuales tras cubrir todos los gastos de los empleados (unos ochocientos mil euros al año).

Es muy relevante cómo el dinero que dejan los peregrinos se ha multiplicado, como si fuera panes y peces, desde que cualquiera ya no puede meter la mano en los cepillos. Un año vigente con el sistema anterior, con el descontrol del queso y el festín de los ratones, la catedral declaraba que había recibido unos quinientos setenta mil euros en donativos. El primer año que se cambió el sistema, en el 2014, los ratones desaparecieron y el queso, las donaciones, se multiplicaron hasta dejar en la catedral más de un millón treinta mil euros, casi un sesenta por ciento más de ingresos que dejaban los creyentes. Es decir, descontado el efecto *Calixtino*, contando con que se hubiera producido un incremento morboso de peregrinos tras el robo, de manera similar al efecto que hizo subir el caché del bailarín Farruquito o la cantante Isabel Pantoja después de sus problemas con la justicia, las cifras indican que algunos *ratones* de la catedral se estuvieron llevando durante años

al menos el veinticinco por ciento del dinero que dejaban allí los peregrinos. Según esos cálculos, uno de cada cuatro euros que dejaban los creyentes no llegaba al banco.

Además, en el templo del apóstol Santiago ya no puede haber un nuevo caso Castiñeiras, aseguran los expertos. El *Códice* fue incluido a finales de octubre del 2017 en la lista de la Unesco llamada «Registro de la Memoria del Mundo», una iniciativa para proteger los documentos que se consideran patrimonio cultural del mundo.

En la catedral hay ahora instaladas cuarenta y tres cámaras de seguridad y hasta se hacen cacheos al público que entra y sale de las zonas más sensibles. Uno de cada cuatro euros que se gastan ahora en la seo está dedicado a cuestiones de seguridad.

EPÍLOGO

Manolo Castiñeiras cumple condena en la cárcel de A Lama (Pontevedra). Tiene fecha de salida para el año 2026. En el 2018 cumplió la primera cuarta parte de su vida en prisión, por lo que ya puede pedir permisos para disfrutar de libertad durante unos días. En la prisión, Castiñeiras vive casi como lo hacía cuando era un hombre libre. No se relaciona con mucha gente, no participa en cursos. No da problemas disciplinarios, tampoco aporta gran cosa a los demás. Aislado y huraño, sigue pasando mucho tiempo meditando y rezando, acudiendo a misa en la cárcel.

Su mujer, Remedios Nieto, vive en el piso familiar de Rosalía de Castro. Es un ama de casa «sencilla, pero no simple», como la define uno de los investigadores. «Parece que no te dice nada, que está ahí por estar, pero como pueda, hace», añade otro. Remedios es una persona cariñosa, no es fría como su marido. Eso sí, nunca respondía a las preguntas sobre el *Códice Calixtino* ni sobre la fortuna que fue robando Manolo. De ella dicen en un informe que usó durante años «la ignorancia como escudo». Le funcionó.

El juez Vázquez Taín sigue impartiendo justicia en Santiago de Compostela y sigue siendo amigo del inspector jefe Tenorio. Ha escrito varias novelas policíacas y otra más basada en casos judiciales reales. Una de ellas, *La leyenda del santo oculto*, trataba sobre el *Códice Calixtino* mezclando una trama histórica con un robo del manuscrito cometido en el siglo XXI. En otra, titulada *Al infierno se llega deprisa*, narra la historia de un magnate acusado del asesinato de un delincuente de poca monta y de la desaparición de la hija adolescente de su pareja. El juez escribe allí cómo se inicia el viaje que puede llevar a alguien a perderlo todo, a arruinar su vida. «Al infierno se llega con errores nimios que se van sumando. Primero se juega el dinero o la libertad. Si pierdes, arriesgas algo de lo que te queda; y así vas equivocándote hasta

que, cuando no tienes nada, te juegas la vida.» La investigación sobre el robo real del *Códice Calixtino* le marcó en muchos sentidos y también le hizo aficionarse a todo lo relacionado con los peregrinos. Después de recuperar el manuscrito, él mismo hizo buena parte del Camino de Santiago.

La inspectora Ana continúa en la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional, es jefa de grupo. El subinspector Javier es su segundo de a bordo. La policía Rebeca se fue de la brigada cuando encontró un destino en su tierra, Zamora. Ana sigue sintiendo cierta lástima cuando alguien que comete robos sin violencia acaba pasando la noche en comisaría, pero no deja de detenerlos por ello. En el 2013, poco después de resolver el caso del *Códice Calixtino*, tuvo noticias de su viejo amigo, aquel coleccionista salvaje, Leonardo Patterson, que la hizo trabajar en Santiago de Compostela por primera vez, el tipo que había montado una exposición formidable con mil quinientas piezas precolombinas y al que varios países habían acusado de expolio. Finalmente, Patterson había huido a Alemania con las piezas y fue detenido en el aeropuerto de Barajas en el 2013, después de que se resolviera el robo del *Calixtino*. Guatemala, Nicaragua y Perú reclamaban su extradición. Su abogado en el juicio celebrado contra él en Santiago de Compostela fue el que luego sería alcalde con el PP, Gerardo Conde Roa.

Ante el tribunal, Patterson aseguró que, pese a la prohibición expresa de la inspectora Ana y sus compañeros, desconocía que no podía sacar de España el tesoro que reclamaban aquellos países. Fue absuelto. Sí fue condenado a un año y tres meses de cárcel por la falsificación de una fabulosa cabeza olmeca, supuestamente de unos tres mil años de antigüedad. En realidad, había sido esculpida en el patio de una casa de Veracruz (México). Dos amigos de Patterson habían firmado su autenticidad como pieza precolombina del golfo de México. Su valor era, supuestamente, de sesenta millones de euros, y así fue presentada en España. Patterson no llegó a entrar en prisión y su colección pirata de arte duerme todavía en un almacén de París, o ese fue su último destino conocido.

La búsqueda de los cuadros de Francis Bacon robados en un piso de su antigua pareja en Madrid fue el último gran servicio del inspector jefe Antonio Tenorio. Él y su compañera Ana descubrieron tras dos años de complicadísimo trabajo —eso sería otro libro— a los diez implicados y recuperaron tres de los cinco cuadros robados, valorados en unos treinta

millones de euros. Tras esa operación, Tenorio se jubiló y regresó a su pueblo, Avilés, en Asturias, donde pasa los días entre sus eternos dolores de espalda, su rehabilitación y su familia. No pierde el carácter socarrón ni su afición por juntarse con amigos de la infancia y tomarse unas sidras. Sigue disfrutando de la pintura y no lo hace mal, aún conserva un viejo caballete que compró en su etapa de investigador destinado en el Banco de España.

Cuando los dolores le dejan dar un *paseín*, como le ha prescrito su cardiólogo, Tenorio piensa en épocas pasadas. Y cuando ejerce de abuelo, además de sentir orgullo de sus nietos, el viejo policía siente un pellizco de remordimiento: «Por mi trabajo yo sacrifiqué a mis hijos, literalmente. Pasaba la semana trabajando en la policía y los fines de semana estudiando Derecho». También ve algunas series de Netflix, casi siempre de misterio. La penúltima que le gustó mucho fue *Peaky Blinders*, la historia de una familia de gánsteres en los años veinte del siglo pasado. Lee mucho, también le gusta escribir, no lo hace mal. Aunque, como dice con retranca asturiana, «mi principal afición desde hace años es pasar mi tiempo en la unidad del dolor del hospital». La espalda.

Hay quien piensa que el viejo inspector jefe Tenorio es un héroe. Así lo define el juez Vázquez Taín, su amigo desde que aquel robo del *Códice Calixtino* unió sus vidas: «No sabemos valorar a algunos policías que tenemos en España. En arte, Tenorio era una autoridad, en cualquier país de Europa al que viajes te hablan de él como una persona que tenía un conocimiento... En aquella historia, él fue el poli malo y yo el poli bueno. Se suele decir que la suerte sonrío a los audaces. Tenorio lo fue. Ha dado todo a la sociedad». Como en Santiago. En aquellos doce meses desde que los *bárbaros* policías mandados por Tenorio llegaron a Santiago y tomaron el templo, ellos fueron los justos, los que buscaban la verdad, mientras otros que presumían de conocer la palabra sagrada se la ocultaban.

La inmensa mayoría de los vecinos del inspector jefe Tenorio no saben quién es. Nadie diría, al verlo caminar con dificultad bajo las nubes de Avilés, que ese hombre de bigote y pelo blancos es un héroe. Un héroe tranquilo, que no se da importancia, como aquellos personajes de John Ford o Howard Hawks. Un tipo que llegó a la catedral de Santiago como Spencer Tracy en aquella magnífica película: *Conspiración de silencio*. Alguien que se limitó, durante muchos años, casi toda su vida, a hacer bien su trabajo. Siempre mejor

en la calle que en los despachos. Pisando suelo y tierra antes que moqueta. Y que a veces disfrutó mucho con ello. Cuando tras recuperar y devolver el *Calixtino* le presentaron al presidente de la Xunta de Galicia, Alberto Núñez Feijóo, uno de sus jefes lo retrató con precisión descarnada: «Presidente, este es Antonio Tenorio, inspector jefe de la Policía. No es comisario porque no le sale de los cojones».

El camino de peregrinación es para los buenos; carencia de vicios, mortificación del cuerpo, aumento de las virtudes, perdón de los pecados, penitencia de los penitentes, camino de los justos, amor de los santos, fe en la resurrección y premio de los bienaventurados, alejamiento del infierno, protección de los cielos. Aleja de los succulentos manjares, hace desaparecer la voraz obesidad, refrena la voluptuosidad, contiene los apetitos de la carne que luchan contra la fortaleza del alma, purifica el espíritu, invita al hombre a la vida contemplativa, humilla a los altos, enaltece a los humildes, ama la pobreza; odia el censo de aquel a quien domina la avaricia; en cambio, del que lo distribuye entre los pobres, lo ama; premia a los austeros y que obran bien; en cambio, a los avaros y pecadores no los arranca de las garras del pecado.

(*Códice Calixtino*)

En agosto del 2018, un joven envió una carta al Obispado de Santiago. En ella explicaba que, tres años atrás, cuando iba a visitar la catedral, un anciano sacerdote le había pedido ayuda para bajar las escaleras que llevan del templo hacia la plaza.

—He guardado silencio hasta ahora sobre este hecho que le voy a exponer y que me sucedió cuando tenía diecisiete años. Una tarde, un amigo y yo estábamos en la plaza y este sacerdote nos interpeló para que lo ayudásemos a bajar las escaleras; al tratarse de un anciano, no lo dudamos, ocasión que aprovechó para tocarme el trasero, rechazándolo yo de inmediato.

El incidente fue descubierto y publicado por el diario *La Voz de Galicia* y, entonces, el obispado emitió un comunicado en el que confirmaba la denuncia:

«Tras las necesarias deliberaciones y de forma inmediata, con fecha 3 de septiembre», se ordenó abrir las investigaciones «siguiendo los actuales protocolos de la Iglesia y ajustados a la legislación civil vigente».

Son tiempos del papa Francisco: el obispo designó a un delegado instructor para investigar el caso y se informó al denunciante. Se tomó declaración al joven y a su padre. El chaval había estado estudiando en Santiago y no se había atrevido a contarlo hasta que había dejado la ciudad. Su carta al obispado concluía afirmando que había estado «hablando con otros chicos; me dijeron de actuaciones parecidas. Le ruego tome medidas para que no se repita. Hasta ahora nadie se ha atrevido a denunciar».

La iglesia de Santiago decidió entonces apartar al sacerdote de sus funciones públicas «dentro del respeto a la presunción de inocencia que también lo ampara». El obispo de Mondoñedo atribuyó esa conducta a «cosas de la edad y la merma de facultades». El que fuera deán de la catedral, don José María Díaz, vive desde entonces recluido en una casa de Mondoñedo.